

Edward Bunker

NO HAY BESTIA TAN FERROZ



No hay bestia tan feroz, publicada por primera vez en 1973, supuso el debut literario de Edward Bunker, singular escritor norteamericano tan afamado por sus obras como por su poco común biografía. Inspirándose en el conocimiento del ambiente criminal de Los Ángeles que su propia experiencia le procuró, Bunker da vida en esta novela a Max Dembo, un ex-convicto en libertad vigilada después de ocho años en prisión. Su voluntad de llevar una existencia honesta, y de no volver a vivir entre rejas, chocará con un sinfín de obstáculos y se verá finalmente frustrada cuando, cansado y cargado de rencor, decida volver a la seguridad que ofrece, paradójicamente, el mundo del crimen. Sin romanticismo ni artificios, cruda y auténtica, No hay bestia tan feroz relata la rabiosa lucha por la supervivencia de un hombre acosado por los más inamovibles prejuicios sociales.

Lectulandia

Edward Bunker

No hay bestia tan feroz

ePub r1.0

mantaraya 03.07.13

Título original: *No hay bestia tan feroz*

Edward Bunker, 1973

Traducción: Laura Sales Gutiérrez

Retoque de portada: mantaraya

Editor digital: mantaraya

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Louise Fazenda Wallis
que le regaló a un preso de dieciocho
años una máquina de escribir y le
ofreció su amistad.*

Prólogo

James Ellroy

PREGUNTA: ¿La gran novela de los bajos fondos de Los Ángeles?

Respuesta: *No hay bestia tan feroz* de Edward Bunker.

La opinión podría incluso discutirse. Pero es indudable que se trata, por la precisión y el rigor de los detalles, del libro más bello jamás escrito sobre el tema del atraco a mano armada, una actividad criminal que la ficción siempre ha retratado exagerando y tergiversando la realidad. Aquí, en cambio, tenemos un análisis agudo y veraz de la psicopatología criminal.

Max Dembo sale de prisión en libertad condicional. Trata, sin gran convicción, de volverse honesto. Pero el instinto criminal reivindica sus derechos. A través de una serie de gestas autodestructivas, Max refuerza su decisión de ser un atracador a mano armada. Se sumerge de nuevo en los bajos fondos de Los Ángeles, donde se mezcla con una fauna de vagabundos de ínfimo rango. Las explosiones de violencia se suceden, una tras otra, escapando completamente a su control. Pero Edward Bunker nos ofrece también, página tras página, una visión penetrante y asombrosa de las reflexiones íntimas de Max Dembo: sutileza en el análisis de la sociedad, despiadados retratos del comportamiento de su personaje, sin concesiones ni justificaciones, juicios implacables sobre la ley y sobre la justicia, y su burla final. Edward Bunker (ex ladrón, encarcelado en San Quintín) reparte observaciones tan agudas como dramáticas.

L. L. Red vive en un cuchitril con las paredes empapeladas de fotografías pornográficas.

Max Dembo elude al responsable de su libertad condicional... un inicio asombroso que pone en marcha una infernal sucesión de acontecimientos.

Max Dembo da a un confidente de la policía un epitafio apropiado... gesto simbólico que ilustra perfectamente un libro en el cual nada ni nadie se salva.

Es esta una novela de una originalidad absoluta, una obra maestra del género negro que ha permanecido incomprendida y desatendida.

Ultima advertencia: desconfiad, no saldréis indemnes de vuestro encuentro con Max Dembo.

No hay bestia tan feroz
que no conozca algo de piedad

Ricardo III, Acto 1, Escena 2

PRIMERA PARTE

En cada grito humano,
en cada chillido de cada niño asustado,
en cada voz, en cada prohibición,
escucho las cadenas forjadas por la mente.

WILLIAM BLAKE

Capítulo 1

Me senté en la taza del váter sin tapa que había al fondo de la celda para abrillantar los horrorosos zapatos abombados que les entregaban a los que iban a salir en libertad. En mi cabeza resonaba un canto pletórico: «Por la mañana seré libre».^[1] Pero salir de la cárcel después de ocho años no sólo me llenaba de alegría. Me había puesto a limpiar aquellos horribles zapatos no tanto para darles mejor aspecto, sino para aliviar la tensión que me dominaba. Estaba más nervioso en el momento de salir en libertad condicional que el día en que había entrado allí, mucho tiempo atrás. Me consolaba pensar que, aunque lo negasen, aquella era una aprensión común entre los presos, para quienes el mundo exterior se había vuelto más impreciso con el tiempo. Después de varios años entre rejas, cualquiera llegaba a estar tan mal preparado para la vida en libertad como un monje trapense arrojado a la vorágine de la ciudad de Nueva York. Al menos, el monje siempre podía sostenerse en su fe, en tanto que al ex recluso sólo le quedaba el recuerdo de su fracaso, su encarcelamiento, además de la viva conciencia de ser un «ex presidiario», un marginado en la sociedad.

Cuando terminé con los zapatos, los coloqué bajo la litera y me puse de pie. La celda era pequeña; no llegaba al metro y medio de ancho. La litera ocupaba tanto espacio que rocé la pared con un hombro al pasar junto a ella hacia la parte de delante de la celda. ¿Cuántas horas de mi vida habían transcurrido en aquel espacio? Había estado allí ocho largos años, día tras día, de las cuatro de la tarde a las siete de la mañana. Era incapaz de hacer el cálculo. Ahora la celda tenía un aspecto especialmente desolado. Me había deshecho de mi pequeña biblioteca, de la estera de fibra trenzada, del jabón, de la crema de afeitar y de la pasta de dientes, de todo... «¡A la mierda!», musité, sin ningún propósito definido, sin tener nada concreto en mente. Miré por entre los barrotes; había trece y estaban colocados tan juntos que entre ellos sólo se podía pasar la mano hasta la muñeca. En torno a aquella celda había otras quinientas, la mayoría para dos presos —yo había conseguido una individual a los cinco años—, cerradas con llave durante la noche. Se oía el tecleo de una máquina de escribir por las inmediaciones: alguien escribía una carta a su familia, o redactaba una petición de *babeas corpus*. Oí también el vapor circulando por una tubería. Pero lo que más se oía eran las voces de unos presos que se entretenían metiéndose con las familias de unos y otros. Había empezado a oírlos hacía media hora, pero sólo entonces atrajeron por completo mi atención.

—¡Eh, tú, cabrón! —gritó uno.

—¿Qué coño quieres, gilipollas?

—Hoy sale tu madre en el *Chronicle*.

—No sabía que te dedicabas a leer las noticias de sociedad.

—Sale en la sección de deportes. Aquí está, con guantes de boxeo y casco,

preparada para una pelea con Listón. Se ve que quiere quitarle el título. Y además ha escrito un poema. ¿Quieres oírlo?

—¡Follate a tu madre, imbécil!

—¡Venga, venga, el poema! —gritó otro.

—Ahí va —respondió el poeta—: «Soy la Gran Dama Blanca / tengo el coño grande y me gusta cualquier tranca. / Me enfrentaré a ese fantasma en combate / con mis puños de dinamita le pelaré el gazzate. / A ese mono lo voy a dejar hecho un guiñapo / ya se puede preparar, porque se le pondrá cara de sapo. / Soy la Gran Dama Blanca / tengo tanta mierda en el culo que cualquiera me la arranca». ¿Qué te ha parecido, chaval? —concluyó el poeta, entre grandes risotadas.

—Bueno, cabrón, deja en paz a mi madre si no quieres que todos se enteren de dónde has salido tú.

—Yo soy tu padre, desgraciado.

—Cágate. Tú saliste de la sífilis de la polla que un perro le metió en el culo al travesti de tu padre. Y no naciste, te cagaron.

La voz airada de un negro interrumpió aquel intercambio.

—¡Eh, blancos, a ver si dejáis de hablar de una vez de fantasmas y esas cosas!

Había estado esperando aquellas palabras. Sentí una punzada en el estómago, aunque ni siquiera estaba implicado en la discusión y saldría de allí por la mañana.

—¡Vete a la mierda, negro! —gritó otro.

—Dime dónde vives y nos vemos mañana por la mañana, ¿eh?

—Eso, puto blanco de mierda —gritó otro negro—. ¿En qué celda estás?

La galería se quedó en silencio. Se habían cometido asesinatos por incidentes más triviales.

—Es mi habitación, a ver si te enteras. Y si lo que me pides es la dirección de mi casa, ya me dijo mi querida madre que no me mezclara con gentuza del gueto.

Aquella respuesta, tan insólita en la cárcel, desató un estallido de carcajadas, pero enseguida volvió el silencio, sólo interrumpido por las máquinas de escribir. Aquella conversación inconsciente y vulgar podría haber desencadenado una nueva batalla racial en la prisión. Había habido varias durante mi condena y cada una había resultado en unos cuantos muertos y decenas de heridos. Nadie quedaba al margen. Los presos que lo intentaban eran los que tenían más probabilidades de acabar siendo las víctimas; eran los objetivos más fáciles porque no estaban preparados. «Sería una putada —me dije con sarcasmo— que un negro gilipollas me clavara una puñalada justo la mañana en que me piro».

Mi atención se desplazó a más allá de los barrotes de las ventanas, donde el terreno de la cárcel se extendía hacia la bahía de San Francisco. Los reflectores de las orillas lo iluminaban todo, excepto la oscuridad de las aguas. Los enormes edificios de cemento y acero se veían relucientes, igual que las atalayas, situadas sobre pilotes

en aguas poco profundas. Tres kilómetros más allá, en la otra orilla del oscuro estuario, se veían unas suaves colinas. Sólo las luces, como joyas arrojadas sobre terciopelo negro, insinuaban su contorno. Una autopista rodeaba el pie de las montañas. Las luces blancas de los faros delanteros y las luces traseras carmesí fluían sin interrupción. La autopista también estaba salpicada de neones rojos, plata, verdes y azules. No sabía qué representaban aquellos rótulos de neón, porque sólo los había visto de lejos. La noche en que había llegado a la cárcel la autopista era una mancha oscura apenas iluminada por un puñado de automóviles y las montañas estaban despobladas. El paisaje había cambiado. Me preguntaba si el mundo habría cambiado demasiado para mí. ¿Habría perdido en ocho años las aptitudes mentales y emocionales necesarias para la vida en el exterior, distintas a las que se requerían para sobrevivir en la cárcel? Volvió a invadirme la inquietud. En mi nerviosismo, me agarré a los barrotes y los sacudí con todas mis fuerzas. No se movieron ni una millonésima de centímetro.

Leroy Robinson apareció en el pasillo de la galería con un cubo de agua y un largo pitorro para pasarlo entre los barrotes. En las celdas sólo había agua fría. El interior del cubo desprendía vapor. Leroy me sorprendió peleándome contra los inquebrantables barrotes.

—¿Qué haces, cabrón? ¿Tensión dinámica?

—Me las piro, gilipollas, ¿es que no lo ves? —Leroy me hizo sonreír; siempre lo hacía, por su amistad, y también porque contagiaba, quizá por ósmosis, su absurdo sentido del humor. Leroy seguiría contando chistes de camino a la cámara de gas. Recurría al ingenio tanto para evitar enfrentarse con sus fracasos (lo habían trincado cuatro veces) como para poner el mundo en perspectiva.

—Ya sé yo de qué te quieres escapar —dijo—. Estás tan tenso como un pavo de Acción de Gracias la segunda semana de noviembre. Te he traído una cosa para calmarte los nervios.

Dejó el cubo de agua en el suelo y metió un brazo entre los barrotes. En la palma de su mano había dos nembutales amarillos, envueltos en el celofán de un paquete de cigarrillos. Aquellas pastillas tenían el mismo valor que un cartón de cigarrillos. Era una suma considerable, teniendo en cuenta que por diez cartones había presos capaces de apuñalar a alguien y con veinte se podía pagar un asesinato.

Desenvolví las cápsulas y las dejé sobre el camastro. Leroy vertió agua caliente en un tarro de mantequilla de cacahuete y yo la mezclé con el poco café instantáneo que me quedaba. Un café para acompañar las pastillas.

—No te olvides de llamar a mi hermana y decirle que estoy bien.

—Tío, tendrías que escribirle tú. Le gustaría saber de ti.

—Mira, es que está casada; tiene hijos y vive con su marido en las afueras. Es otro mundo.

Negué con la cabeza. Leroy se había adaptado totalmente a la vida en prisión.

—Antes me preocupaba un montón —dijo—. Pero eso era cuando salía con la absurda idea de reformarme.

—Bueno, eso es lo que yo quiero. Estoy cansado de esta mierda. —No me atrevía a expresar mis temores. Me avergonzaba lamentarme, cuando Leroy hubiera dado cualquier cosa por estar en mi lugar. De estar en mi situación, seguramente se habría reído de mis preocupaciones. Pero, tras las dudas, empezaron a aflorar todos mis miedos, que no eran más que vagas sensaciones, salvo en la cuestión del trabajo—. He escrito doscientas cartas y no he recibido ni una respuesta —dije.

—Joder, cabrón, no esperarás que alguien contrate a un ex presidiario sin verle la cara.

—No, pero por lo menos alguien me podría haber dicho que me pasara para una entrevista.

—Bueno yo no tengo ese problema. Me pongo a robar en cuanto salgo por la puerta.

—Eso es lo que yo no quiero hacer. Tío, igual me pudro detrás de una caja registradora, trabajando para algún imbécil, pero quiero pasar página. Ya he pasado ocho años en este agujero de mierda. Se acabó.

—Mira, Max —dijo—. Yo ya he pasado por todo eso que tienes ahora en la cabeza, pero un día decidí dejar de luchar contra el destino. Y mi destino era ser un delincuente y pasar tres cuartas partes de mi vida en la cárcel. A lo mejor tu destino es diferente. Pero algún día, a lo mejor mañana, a lo mejor de aquí a veinte años, cuando tengas cincuenta, te darás cuenta de que, seas lo que seas, y hayas hecho lo que hayas hecho, las cosas no podrían haber sido muy diferentes. Verás que estás llamado a hacer en la vida precisamente esto y que cuando todo se acabe y llegue la hora de hacer balance, así habrás vivido y eso es lo que habrás hecho, sea lo que sea. Ahora todavía te quedan esperanzas, pero algún día las dejarás atrás. Por eso se tienen hijos, para tener a alguien en el que poner tus esperanzas. Yo no tengo hijos, por eso te tengo tanto afecto.

Era lo más serio que jamás le había oído decir a Leroy. Podría haberle discutido sus afirmaciones, pero no quise arruinar el momento de camaradería.

—Bueno —dije—. Sólo espero que me dure más que a ti. Y espero poder arreglármelas ahí fuera.

—Joder, yo me lo monté bien, pero me trincaron igualmente. Así es la vida. Además, casi prefiero estar metido en este pozo de cemento que estar ahí fuera, con una mano delante y otra detrás. Soy como un imbécil que ha perdido en el póquer toda la pasta menos cuatro céntimos. No hay manera de dejarlo. A lo mejor la próxima vez es la buena, dame cuatro o cinco años. Y después que me entierren. A la mierda.

—Yo no quiero volver, ni el año que viene ni dentro de veinte. Sólo quiero vivir como todo el mundo.

—Pues ánimos, si eso es lo que te va. No es lo mío y lo tengo claro.

—Estoy muy quemado.

—Si puedes aguantar el rollo de la fiambarrera...

—Voy a intentarlo. Pero tengo miedo. Quiero jugar a su juego y eso es algo nuevo para mí. Además, ni siquiera sé si me acordaré de cómo follarme a una tía. Llevo tanto tiempo entre rejas que a lo mejor me apetece más darle por culo a un chaval.

—Píllate a una puta para írsela metiendo hasta que te vayas acostumbrando a todo.

Nos quedamos charlando unos minutos más. La conversación se interrumpía con largos silencios. Mi marcha había alterado la química de nuestra relación. La amistad se mantenía, pero nuestras vidas tomaban caminos distintos, separados por los muros de la prisión, y con un universo totalmente diferente a cada lado.

Sonó un timbre, que retumbó en las paredes. Los altavoces bramaron: «Cierre final para recuento. Cierre final».

—Hasta pronto, amigo —dijo Leroy, pasando la mano por los barrotes en gesto de despedida.

Escuché música con los auriculares hasta medianoche. El nembutal me relajó, pero no llegué a conciliar el sueño. Mis pensamientos se desviaban a veces a la música, o a los pasos de un carcelero haciendo la ronda, a la succión del agua cuando alguien tiraba de la cadena del váter o a algún insulto entre dientes pronunciado en una pesadilla. Sobre todo pensaba en la libertad y en lo cansado que estaba del crimen y el castigo. Pero conseguir algo diferente me exigiría ser diferente. ¿Era posible? Yo me expresaba bien, era bastante inteligente, había leído mucho (en ocho años cualquier imbécil podía haber leído mucho), pero, ¿qué podía hacer? El único trabajo que había tenido era de vendedor de coches de segunda mano en Nueva Orleans y había cogido aquel trabajo como tapadera para evadir una orden de arresto federal. Tenía treinta años y nunca había pagado el impuesto sobre la renta ni utilizado mi tarjeta de la seguridad social.

Tener un trabajo era importante, incluso más que tener dinero; sería un ancla que me mantendría estable hasta que hiciera la transición a una nueva vida. Me preocupaba no haber recibido ni una sola respuesta a mis cartas. ¿Era una profecía? ¿Sería diferente cuando saliera afuera? ¿Podría ocultar mi historia?

En mis cartas de solicitud de empleo no había mentido, pero tampoco había dicho toda la verdad. Habrían palidecido si hubiera relatado todos los hechos: «Estimado Sr.:\», pensé, «Le escribo para solicitar un puesto de trabajo para un ladrón especializado en allanamientos, estafas, falsificación y robo de coches; también tengo experiencia como atracador a mano armada y chulo, así como en falsificación de

documentos, entre otras cosas. Empecé a fumar marihuana a los doce años (en los años cuarenta) y a pincharme heroína a los dieciséis. No tengo experiencia con el LSD y el *speed*. Se hicieron populares después de mi encarcelamiento. He sodomizado a jovencitos guapos y homosexuales afeminados (pero sólo mientras he estado encerrado y apartado de las mujeres). En el lenguaje de las cárceles, reformatorios y demás pozos de mierda (algunos de lujo), soy un cabrón, y no lo digo en el sentido literal. En mi mundo, el término, tal y como yo lo uso, sirve para alardear de ser el puto jefe, un virtuoso del delito. Por supuesto, por ser un cabrón en ese mundo, soy una basura en el suyo. ¿Me contrata?».

La carta que escribí mentalmente se explayaba demasiado en los detalles sórdidos como para conseguir el tono humorístico que pretendía: y no contaba toda la verdad, sino sólo aquello que el mundo consideraba importante para juzgarme. Yo no podía contarle a nadie lo que yo era en realidad; quizá contarle al mundo lo que uno es en realidad es algo imposible. Quizá la verdad no consistía más que en órganos viscosos, en engranajes, en orificios, en la nada en el fondo de un espacio temporal que se derrite y se hace añicos. Quizá podría haberles contado cómo recordaba el momento en que me echaron en una celda totalmente oscura, desnudo, sin ni siquiera un colchón, yo solo con el cemento y la oscuridad; tenía nueve años. O cuando me esposaron a un radiador caliente en el centro de menores y un adulto me pateó las costillas; tenía once años. (Pero para ser justos con aquel hombre, yo le había escupido).

Fuera lo que fuera la verdad, lo que yo quería era vivir en paz. Mañana empezaba una nueva vida. El ave fénix resurgía de las cenizas.

Había amanecido. Los gorriones que anidaban en los recovecos del techo de la galería hacían un ruido increíble. Un recluso iba dando la vuelta a la cerradura de las puertas de cada celda; pero las puertas no se abrían hasta que levantaran la barra de seguridad de cada piso. La apertura de las cerraduras creaba un ritmo constante de acero contra acero —clac, clac, clac— que subía y bajaba de volumen. Se oía muy alto cuando el carcelero estaba en el piso de arriba o de debajo, y se desvanecía cuando llegaba al final de cada piso. Mucho antes de que llegara a mi celda, ya me había vestido y afeitado.

Cuando me dejaron salir, pasé por el comedor sin coger una bandeja y salí al patio principal. Estaba lleno de presos de otras galerías. En unos minutos la puerta del patio se abriría y los reclusos saldrían en tropel al resto de la cárcel. El patio, coronado de asfalto, era casi rectangular, un cañón de cemento rodeado por enormes galerías. La pintura descolorida y los barrotes oxidados del patio contaminaban el sol matinal y se añadían al ambiente lúgubre y desolado. Los tiradores nos vigilaban desde un paso elevado, preparados para disolver las peleas con balas.

En los dos días anteriores, había hecho la ronda de salida y me había despedido

de la mayoría de mis amigos. Justo a la salida de la puerta del comedor me esperaban media docena de mis compañeros, los más próximos. A la mayoría los conocía desde el reformatorio y un par habían sido mis cómplices. Querían darme la mano y desearme suerte. No había nada más que decir. Yo me marchaba y ellos se quedaban.

Pero Aaron Billings, que era a quien realmente quería ver, no apareció. Aaron era negro y siempre evitaba encontrarse con los grupos de blancos, igual que yo evitaba a los grupos de negros. Las razas se habían polarizado totalmente en los últimos años y por aquel motivo había hablado cada vez menos con Aaron, pero nuestra amistad se había conservado. El día anterior había pasado por la oficina del dentista (Aaron trabajaba allí), me había comentado que era posible que lo trasladasen a un campo de trabajo y me había pedido que lo ayudara a escapar. No habíamos tenido tiempo para hablar entonces, así que quedamos para vernos por la mañana.

Me despedí enseguida de mis amigos, para los que la vida en la cárcel seguiría igual en mi ausencia, y empecé a buscar a Aaron entre la multitud. Era más consciente de mi entorno de lo que lo había sido en varios años. Dos mil voces se fundían en un estruendo tan estremecedor como el de las rachas del mar. El estrépito se elevaba hacia el cielo por los muros de la galería, fracasaba en su ascenso y resonaba en el foso. A alguien que no hubiera visto nunca aquel patio, le recordaría a un hormiguero abarrotado, con cada preso idéntico a los demás.

Una voz atravesó el estruendo: «¡Despejad! ¡Viene un muerto!».

En unos segundos se abrió un camino de tres metros de ancho. Moisés no hubiera podido dividir el Mar Rojo más limpiamente. Primero llegó un carcelero, el que había gritado. Dos metros más atrás iba el condenado, un hombre negro joven y alto. Le seguía otro carcelero. Un tirador los cubría desde arriba.

Era pronto para una procesión del corredor de la muerte. Aquella parecía dirigirse hacia el interior del edificio de administración. Los condenados a muerte siempre llevaban ropa tejana nueva y zapatillas blandas sin cordones. Las zapatillas de aquel hombre todavía eran nuevas, lo que indicaba que acababa de llegar. Seguramente iba a que le tomaran las huellas y le hicieran una foto de archivo. Yo estaba a unos tres metros de él y observé su cara, buscando (como lo hacía todo el mundo) una respuesta al gran misterio: como si alguien condenado a morir en una hora concreta con gas de cianuro supiera algo más de la vida que los demás o estuviera especialmente condenado a aquel destino. El rostro negro no emitió ningún mensaje. No sabía quién era ni por qué lo habían condenado a muerte. En el corredor había ocho hombres esperando la hora. Unos cuantos habían salido en los periódicos; los demás eran anónimos. A algunos los conocía personalmente. A veces el condenado había estado en la galería principal y saludaba a los amigos cuando se lo llevaban. Pero aquel negro no saludó a nadie. Mantuvo la mirada fija hacia delante, salvo para mirar el cielo de vez en cuando. Otro detalle me indicó que acababa de llegar: estaba

delgado. Después de varios meses, todos los que estaban en el corredor de la muerte engordaban, por culpa del menú especial. Cada vez que veía a uno con la barriga oronda pensaba en cómo se engorda a los cerdos antes de llevarlos al matadero.

La procesión desapareció y la multitud se reagrupó tras su paso. La sirena que anunciaba el inicio del día de trabajo desgarró el aire. La puerta se abrió y a los pocos minutos sólo quedaban en el patio algunos presos dispersos.

Aaron estaba cerca del muro este de la galería; solo, como era habitual. Su cráneo marrón, afeitado y untado en aceite, relucía bajo un errático rayo de sol. Llevaba bajo el brazo tres libros gruesos de matemáticas avanzadas. La tenue sonrisa que esbozó al verme equivalía en su caso a una muestra efusiva de afecto. Su ambición era enfrentarse a la vida con distancia precisa y científica, con el mínimo de emoción posible. La única decoración de su celda era un esbozo a carboncillo del busto de Albert Einstein.

Nos estrechamos la mano. En la cárcel, aquel gesto era más que un ritual vacío. Era un signo de amistad.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Nervioso.

—¿Preparado para salir?

—Más que preparado para disfrutar de un poco de libertad. Si con eso basta para lidiar con un agente de la condicional... eso ya es otro tema.

—Después de ocho años, no te falta preparación.

—Sí, si no estoy preparado ahora, es que no lo estaré nunca. Espero estarlo.

—Vamos a caminar un rato. Le dije al médico que llegaría tarde.

Empezamos a pasear por el patio, que se había quedado vacío. Aunque teníamos la misma altura —1,80 metros—, él pesaba unos quince kilos más, repartidos entre los hombros, el pecho y los brazos. Años atrás, antes de que el clima racial aumentara de forma desmedida las miradas siniestras entre negros y blancos, acostumbrábamos a pasear juntos por el patio por lo menos una hora o dos, una vez por semana. El hábito del paseo se había iniciado porque cuando no nos movíamos nuestros amigos se acercaban e interrumpían la conversación. Las conversaciones serias que teníamos de vez en cuando —sobre libros y su contenido— tenían un efecto saludable en mí. Los temas de conversación más habituales dentro de la cárcel eran los asesinatos, los jaleos, la homosexualidad, los juegos de azar, las drogas, los soplones, los polis y las escapadas. La palabra comodín era «cabrón» y su significado dependía del contexto y la entonación. Si algún día desapareciera aquella palabra del vocabulario de los presos, las cárceles se quedarían en silencio. Ni la vulgaridad de los diálogos ni los temas de conversación me ofendían; normalmente tenían mucho que ver con mi propia vida. Pero una dieta continua y exclusiva de aquellos ingredientes me dejaba con hambre de algo más y la inteligencia de Aaron me estimulaba. En once años de

condena había aprendido a hablar español, francés y portugués, había dominado la programación informática y la electrónica, y ahora era técnico dental. Sus hábitos de lectura eran menos eclécticos que los míos, pero tenía una precisión mental única.

Era nuestro primer paseo en seis meses. Me había alejado de él. Aaron conocía el motivo y no había dicho nada. Nunca habríamos sido amigos si las bases de nuestra amistad no se hubieran puesto antes de que se desatara el odio racial y estallara la guerra. El ambiente había cambiado en los dos últimos años. Las armas controlaban la situación para que no desembocara en una matanza sistemática, pero de vez en cuando había intentos de asesinato. Si un blanco apuñalaba a un negro, por cualquier razón, había represalias: a continuación unos cuantos negros asaltaban el piso de la galería y apuñalaban al primer blanco que encontraban. Los blancos esperaban y después respondían. Aaron pensaba que había ignorantes en los dos bandos. No es que renunciara a sus orígenes o le faltara orgullo, pero se negaba a convertir la raza en una cuestión de deshonor o un elemento aglutinador de odio. Sencillamente, consideraba que los racistas de los dos bandos tenían actitudes insostenibles, que carecían de base científica. El problema no eran los reclusos blancos, si es que se asumía que los negros podían cambiar el mundo con violencia. Los negros también le tenían antipatía, porque despreciaba su ignorancia. Si intentaban imponerle sus opiniones, los hacía retractarse, porque su serenidad no se traducían en miedo ni en pasividad. Podía ser peligroso. Trataba a cada persona como individuo, y no había ignorancia que lo disuadiera. Aquella perspectiva creaba una situación insólita. Muchos blancos racistas militantes lo trataban de entrada como persona y su negritud pasaba a segundo plano. Es decir, que se comportaban con él tal y como él actuaba consigo mismo.

Cuando llegué a la cárcel tenía pocos prejuicios, a pesar de haber vivido peleas raciales entre bandas en los reformatorios.

Ahora odio a la mayoría de los negros; porque están paranoicos. Que tengan suspicacias puede estar justificado, pero la paranoia es una enfermedad. Si ellos me odian porque soy blanco, yo los odio a ellos por ser negros. Odian a los blancos; quieren venganza, no igualdad. Creen que las leyes y los códigos morales de los blancos no son aplicables a ellos. Son una amenaza directa e inmediata para mí que ha despertado mi odio y aversión, así que cuando veo cómo el odio reluce en sus ojos ámbar, es odio lo que se refleja en mis ojos azules.

Me avergonzaba tener aquella actitud en relación con Aaron, pero raramente hablábamos de la situación racial de la cárcel, dado que estábamos de acuerdo en que no había respuestas universalmente aceptables. Pero la situación nos había alejado, no nuestra amistad, así que hablábamos con poca frecuencia. Y aquella sería la última vez.

—Sólo tengo un par de minutos —dije—. Quieres que te ayude a escaparte del

campo de trabajo. Si es que al final vas.

—Pues sí, así están las cosas. Llevo cumplidos once años y soy apto para la condicional desde hace cuatro. Me vuelvo a presentar a la Junta el mes que viene. Ayer vi a mi tutor y me dijo que si la Junta me vuelve a denegar la condicional va a recomendar al Comité de Clasificación que me envíen a un campo. Tú ya tienes la dirección de mi madre. Espero que te pongas en contacto con ella. Te escribiré allí y te diré qué tienes que hacer. Lo único que quiero es que me lleves en coche.

—Si realmente te deniegan la condicional en la Junta, si acabas yendo al campo y finalmente me pides que vaya, yo iré. Pero quiero que sepas una cosa: estás esperando mucho de nuestra amistad. Me importaría una mierda si saliera con la intención de seguir haciendo chanchullos, pero lo que quiero es reformarme. Y antes de salir, ya me encuentro con que tengo que elegir entre la amistad y la ley. Sería un capullo si no te dijera que para mí es un marrón prometerte cometer un delito antes incluso de salir.

Aaron sonrió y me cogió del hombro.

—Lo he pensado mucho antes de pedírtelo. Si se tratara de algo menos importante que la libertad, no te lo hubiera pedido. Y no hay ningún riesgo. Ya lo sabes. Vas con el coche hasta Sierra Nevada, me recoges, y te vuelves con el coche.

—Espero que te den la condicional. Joder, seguro que la tienes a la vuelta de la esquina.

—Muchas veces hay mucha diferencia entre lo que uno tiene a la vuelta de la esquina y lo que acaba consiguiendo.

—Lo tienes chupado el año que viene.

—Podría decir «el año que viene» hasta el día del Juicio Final. Y yo no soy un burro que viva persiguiendo una zanahoria.

Yo comprendía su punto de vista y además compartía su criterio. Dimos otra vuelta en silencio. Yo me quería marchar. Cuanto antes llegara a la puerta, antes estaría al otro lado de aquellos muros. Mi pensamiento estaba lejos de él y él lo comprendía. Cuando llegamos al final del patio, se detuvo y me tendió su mano morena.

—Hasta pronto, amigo. Buena suerte.

—Gracias —dije—. Nos vemos.

Había llegado el momento de presentarme en Salidas.

Capítulo 2

Salí de la cárcel con sesenta y cinco dólares, un traje barato (que llevaba diez años pasado de moda), unos pantalones militares y una muda envueltos en un paquete marrón, y un billete de autobús a Los Ángeles. Un carcelero con uniforme me llevó a la estación y se quedó conmigo hasta que subí al autobús.

Subí deprisa, contento de escapar de las miradas de la gente de la estación, atraídas por la compañía del carcelero. Cuando vi cómo se marchaba a través de la ventana de vidrio ahumado, me atravesó como un impulso eléctrico la certeza de que era libre. ¡Libre!

Los demás pasajeros fueron llegando poco a poco y subiendo sus bultos a las rejillas que había encima de los asientos. El motor al ralentí hizo temblar el vehículo. Me invadió una sensación de irrealidad tan intensa que me mareé. Todo era extraño. La resonancia y el tintineo de las voces de las mujeres, que hacía ocho años que no oía, me resultaban tan ajenos al oído como el chino. La variedad y los colores de los vestidos —los tonos rojos y amarillos de los estampados de verano— chocaban contra mi sensibilidad con una fuerza cegadora. Me quedé en el asiento, totalmente embelesado.

El conductor llegó por el pasillo. Era un hombre corpulento. La barriga le sobresalía por encima de la hebilla del pantalón; se había quitado la gorra y tenía los cabellos empapados en sudor. Le pedía el billete a cada pasajero y bromeaba con ellos. Cuando llegó a mí, la sonrisa le desapareció del rostro. Remugó y ni siquiera me miró a los ojos. Sentí una humillación y una rabia que me dieron náuseas, pero luego me pregunté si sólo me lo había imaginado. En todo caso, el conductor retomó las gracias con el siguiente pasajero.

«A la mierda» —musité—. «En unas cuantas horas me mezclaré con la multitud y nadie se dará cuenta».

Los frenos chirriaron y el motor diesel se puso en marcha. Mi viaje hacia la libertad acababa de empezar. Todo lo que sentía quedó eclipsado por la emoción de ver el mundo más allá de los muros de la cárcel. Mientras recorrimos lentamente las callejuelas de la ciudad, me empapé de todos los detalles. Los talleres mecánicos, las tiendas de recambios para automóviles, los bares y las tiendas de ultramarinos más destartaladas tenían un aspecto sórdido y lastimoso bajo el sol implacable, pero a mí me parecían edificios indescriptiblemente hermosos.

El autobús llegó pronto al campo. El asfalto negro dividía kilómetros y kilómetros de campos de alfalfa, extensiones esmeralda pulidas por el agua de los aspersores giratorios. Observé los campos con la fascinación de un niño la primera vez que mira por un calidoscopio.

Las horas iban pasando, kilómetro tras kilómetro. El autobús pasó por onduladas

extensiones de maleza —preciosas— y pueblos con bulliciosas gasolineras, donde vaqueros con sombreros de cowboy holgazaneaban y los niños jugaban en las calles. Y después más campos, meciéndose voluptuosamente bajo las caricias de la brisa. Me sentía como si pudiera viajar en aquel autobús durante toda la eternidad y no necesitara nada más para ser feliz.

Dos chicas adolescentes se bajaron en un pueblo cerca de la base aérea. Las miré cuando se alejaban de las estación. Llevaban pantalones ajustados que les marcaban claramente los muslos y el culo. Las observé ávidamente, mientras las fantasías se desbocaban con rapidez e intensidad. Al pasar años sin una mujer los presos desarrollan una gran habilidad imaginativa: hay que tener imaginación para tirarte a un marica con barba de varios días y las cejas depiladas. Cierras los ojos y te imaginas que es otra persona, a lo mejor la exótica estrella de cine que viste en la película del fin de semana. La imaginación es necesaria cuando se sustituye una mujer por una mano resbaladiza llena de vaselina. Vaselina, los ojos cerrados y la imaginación. Cuando las muchachas desaparecieron, seguí excitado por mis fantasías.

El autobús tardó una hora en recorrer lenta y penosamente una carretera que subía por un desfiladero, entre muros de piedra salpicados de matorrales. No había vistas. Aproveché aquel interludio para revisar el sobre lleno de papeles que me habían dado en la puerta de la cárcel. Había tres formularios del informe de la condicional. El primero tenía que rellenarlo y enviarlo la primera semana del mes: nombre y número del recluso, dirección, lugar de trabajo, ingresos, ahorros, descripción y licencia del vehículo. Había también una copia del acuerdo de libertad condicional firmada por mí, con sus condiciones. Eran criterios estándar: conservar un empleo adecuado (¿qué quería decir «adecuado»?), no cambiar de dirección, no conducir un vehículo sin autorización por escrito, no beber, no firmar ningún contrato, no pedir ningún préstamo, evitar a los antiguos cómplices y personas de mala reputación, y atender los consejos y las propuestas del agente de la condicional. El incumplimiento de cualquiera de aquellas condiciones era motivo suficiente para volver a la cárcel sin notificación ni audiencia previas.

En uno de los documentos se mencionaba que el agente de la condicional se llamaba Joseph Rosenthal. Tenía que ponerme en contacto con él en cuanto llegara. Me gustaba la idea de que fuera judío: los judíos habían sufrido tanto que tenía que sentir alguna empatía por mis problemas.

El autobús se detuvo veinte minutos en Santa Bárbara. Bajé rápidamente al arcén porque quería dar una vuelta. La maraña de movimiento y color me marearon. Todo era extraño, un mundo diferente al que yo estaba acostumbrado. Me metí sin pensarlo en una licorería y compré un puro de veinticinco centavos y un cuarto de litro de vodka. No es que tuviera intención de emborracharme (ya estaba borracho de libertad), sino que quería aprovechar mi libertad de elección para comprar algo.

Pero estaba borracho cuando el autobús emprendió el último tramo del viaje por la costa. Observé el encaje que tejían las olas a lo largo de la playa y el brillo del mar, con los tonos desleídos del crepúsculo de principios del verano.

No tuve presente que estaba cerca de Los Ángeles hasta que el autobús subió un desnivel y llegó a Santa Mónica. De súbito, la conciencia de estar en casa chocó con una sorpresa absoluta y un poco de incredulidad. Con la avidez de un niño, aplasté la nariz contra la ventana ahumada y observé el exterior. Reconocía todos los edificios, pero todos me sorprendían.

En West Hollywood giramos por otra avenida. Sunset Strip quedó a la izquierda y pude ver las colinas verdes salpicadas de edificios blancos. Los recuerdos me vinieron a la cabeza con una fuerza arrolladora. Aquel había sido mi territorio el año antes de que entrara en la cárcel: el único buen año que recordaba. No bueno en el sentido moral, todo lo contrario, pero había conseguido dinero fácilmente y lo había gastado en la buena vida: un apartamento caro, un coche deportivo, trajes de seda, licores buenos y comida. Por mucho que fuera una vida frustrante y sin sentido, era una existencia constantemente embriagadora. Con tanto hedonismo no había tiempo para pensar en el «sentido» de las cosas. Aquel año me había costado ocho años de pesadilla, un intercambio totalmente injusto.

El autobús llegó a Hollywood. Me acordé de los horribles chalés de estuco rosa y amarillo, que habían entrado en decadencia tras la edad de oro de los años treinta. Ahora había altos bloques de pisos y rascacielos.

De pronto, el autobús se detuvo en una estación. Tenía un billete para el centro de Los Ángeles y no tenía pensado bajarme en Hollywood, pero cogí mi paquete y salí a toda prisa, con el vientre revuelto.

La estación era pequeña y había poca gente. Eran las cinco y veinte. La oficina de la condicional ya tenía que estar cerrada, pero decidí llamar por teléfono por si acaso.

Contestó una mujer. Me pareció extraño que me dijera «por favor» y «señor», en vez de «gilipollas» y «cabrón», que era a lo que yo estaba acostumbrado. Rosenthal todavía estaba en la oficina.

—Hola, Max —dijo—. Qué sorpresa que hayas llamado. Tu autobús tenía que llegar a las seis y a esa hora ya no iba a estar.

—Me he bajado en Hollywood.

—¿Estás ahí ahora?

—Me dijeron que te llamara en cuanto llegara y eso he hecho.

—Muy bien, muy bien. ¿Cómo estás?

Le dije que estaba un poco borracho. Parecía una afirmación ingenua, pero en cierto modo era una prueba. Si me lo reprobaba, sabría que me había tocado un gilipollas y tenía que actuar en consecuencia y mentirle siempre a partir de entonces. Si lo pasaba por alto con humor o mostraba comprensión, sabría que podría

manipularlo. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente dijo «Oh» y yo me ruboricé y me maldije por no haber aprendido la lección, cuando sabía que había que tener la boca cerrada delante de la autoridad. Me preguntó dónde estaba la estación. Curiosamente, no lo sabía. Había nacido en Hollywood, pero no recordaba ninguna estación. Dejé el auricular colgando y salí a la calle.

En el rótulo de la calle ponía «Vine Street»; en el cruce, «DeLonpre Avenue». Debía de haber pasado por aquella estación cientos de veces sin fijarme en ella.

Me quedé mirando a mi alrededor con asombro y fascinación. A la izquierda se alzaba el *skyline* del centro de Hollywood, familiar para mí desde la niñez y ahora tan conocido como totalmente nuevo. Más allá estaban las montañas bajas y neblinosas con el inmenso rótulo de Hollywood en la cima. A la derecha, un bloque más allá, estaba el Ranch Market. Era un mercado viejo y enorme, con puestos al aire libre, como antiguamente. Al verlo me vinieron a la mente multitud de recuerdos. De madrugada, el mercado, que tenía un puesto de perritos calientes y un quiosco, contaba con una clientela formada por tipos raros, estafalarios y grotescos, y putas achispadas con sus chulos. Había que pasar por el puesto de perritos para llegar al aparcamiento, donde se reunía en la oscuridad la gente más extraña, observando con mirada depredadora a los que iban a comprar algo allí a las tres y media de la madrugada, camareras de coctelerías y músicos con los ojos enrojecidos a fuerza de pasar las noches en bares llenos de humo y de vivir en compañía de la marihuana, las pastillas, el alcohol y el sueño desordenado. Cuando era adolescente, demasiado joven para ir a los bares, y no tenía adónde ir, rondaba por el mercado en busca de algún borracho o algún maricón, al que convencía para llevarlo a algún sitio apartado. Entonces le daba un golpe en la cabeza y finalmente conseguía apenas quince o veinte dólares.

Durante el día podría haber sido un mercado cualquiera. Yo sólo lo había visto de madrugada.

Me acordé de Rosenthal y volví a toda prisa a la estación. Le di las indicaciones y le prometí esperarlo en la esquina; se pararía de camino a su casa.

Antes de salir, compré unas cuantas postales y se las envié a algunos amigos que había dejado en chirona. Yo había apreciado aquel gesto de otros otras veces y estaba seguro de que a mis amigos también les gustaría.

Las sombras se iban alargando y empezó a soplar el viento. Era la primera vez que veía anochecer en ocho años, porque la cárcel se cerraba a las cuatro de la tarde. Leroy, Aaron y todos los hombres con número estaban ahora en su celda con unos auriculares, con libros, con sus pensamientos.

Rosenthal llegó con un automóvil pequeño y sencillo, y se detuvo en doble fila para hacerme una señal. Subí rápidamente y Rosenthal dio la vuelta a la esquina y aparcó en una calle residencial con chalés pequeños. De entrada me pareció un

cerdito gordo y feliz con gafas sin montura, una impresión que se reforzaba con una barba poblada e hirsuta, y un traje que le apretaba demasiado el contorno de su orondo torso. La imagen se completaba con su cara de pan, sobresaliendo sobre un cuello estrecho. En la cabeza llevaba un ridículo sombrero de ala corta con una pluma verde. Tenía un aspecto más absurdo que amenazante.

La ventaja que me daba observarlo mientras conducía quedaba largamente compensada por su conocimiento de mi largo expediente. Cuando nos dimos la mano, me miró con curiosidad y franqueza.

—Supongo que debes de sentirte muy bien —dijo—. Llevabas mucho tiempo en chirona.

—Sí, estoy como mareado, borracho de libertad. —Intenté sembrar una sombra de duda en su mente sobre lo que le había dicho por teléfono. Rosenthal pestañeó; había unido las dos frases. No dijo nada al respecto.

—No tienes mucha pinta de duro —dijo, con una sonrisa afable, para sacar el tema de mi expediente. Le devolví la sonrisa con una falsa amabilidad. No olvidaba que nuestra relación se basaba principalmente en el hecho de que él me tenía pillado y con una navaja en el cuello. Podía mandarme a la cárcel cuando quisiera. Percibí que su afabilidad dependía de que no le llevara la contraria.

—¿Crees que podrás cumplir esta condicional? —preguntó.

—No veo por qué no. Sólo es cuestión de vivir igual que millones de personas. Tengo problemas, pero son cosa mía, y tengo que ser capaz de controlarme.

—Bien, actitud positiva. Pero a veces a los ex presidiarios todo les resulta más difícil. Necesitan ayuda. Para eso estoy aquí. He visto que tu expediente contiene partes buenas y otras malas. La mayoría de agentes de la condicional llevan ochenta o noventa casos. Yo sólo llevo trece, porque son casos especiales.

—¿Yo soy un caso especial? Sólo tengo una condena por falsificación.

—Una falsificación, sí. Pero el expediente se remonta a muchos años atrás y ha habido episodios de violencia. Por eso eres un caso especial.

—Necesito más vigilancia —dije con acritud.

—Se ve que sí y de eso me encargo yo. —Hizo una pausa—. No tienes trabajo, así que para que mi supervisor aprobara tu libertad a tiempo he tenido que presentar algo. Te he conseguido una plaza en el centro de reinserción de Twenty-Fourth con Vermont.

—¿Un centro de reinserción? —La idea de ir a un albergue para vagabundos, que es lo que eran realmente los centros de reinserción, me ponía enfermo. Y aquél estaba en lo que había sido la frontera del gueto hacía ocho años; sabía que ahora la zona tenía un noventa y cinco por ciento de población negra.

Al ver mi reacción, Rosenthal me explicó que los centros de reinserción estaban destinados a personas como yo, sin hogar, familia ni recursos.

—Es simplemente un refugio hasta que te instales.

A lo mejor tenía razón, pero aquello me sonaba a servicios sociales y suponía seguir controlado por la autoridad. Yo quería libertad, no cambiar una celda por otra. Rosenthal se dio cuenta de mi actitud y cambió de tema:

—¿Y qué tal lo del trabajo? ¿Se te ocurre algo?

—De vendedores de coches siempre hay demanda. Yo tengo bastante facilidad de palabra y trabajé una vez en eso.

—A eso me tengo que oponer. Demasiadas tentaciones de estafar a alguien.

—Bueno, ¿tiene alguna otra idea?

—Ya hablaremos mañana. Me espera la cena y mi mujer me va a pegar la bronca. ¿Y qué tal lo del centro? Pruébalo un par de días.

—Déjeme pensármelo hasta mañana también.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? —Atisbé el pensamiento que se ocultaba tras su mirada suspicaz: ¿Iba a desaparecer y dejar colgada la condicional?

—Estaré en su oficina a primera hora. Guárdeme el paquete en el coche. Y tengo que cobrar los treinta dólares que me deben por salir en libertad condicional. No voy a escaparme y dejar esto aquí.

—Si te vas a mí me da igual. Ni me va ni me viene. —Cogió la llave de contacto—. Voy a pasar por Hollywood Boulevard. ¿Quieres que te deje allí?

—Vale.

Hollywood Boulevard me parecía igual de bien que cualquier otro lugar; mi pensamiento no iba más allá del encuentro con Rosenthal.

Cuando Rosenthal se alejó en su coche y me quedé solo en la acera, me sobrevino la sensación de libertad con toda su fuerza. Hasta aquel momento me había dejado llevar por la perspectiva de llegar a la ciudad y la necesidad de ver a Rosenthal. Ahora tenía una sensación de libertad total, algo que pocas personas experimentan. Daba exactamente igual que fuera al norte o al sur, al este o al oeste, que subiera o bajara por aquella acera. Era una libertad tan absoluta que era como estar en un vacío.

Una multitud anónima pasaba de largo a toda prisa, con destinos que habían elegido y que a su vez estaban asociados a elecciones pasadas. Todos tenían un lugar adónde ir y sus grilletes invisibles les hacían más felices que la exigencia de enfrentarse a la libertad. Yo estaba mareado, intimidado y un poco asustado.

Un bosque de neón iba cobrando vida. La aureola resplandeciente que envolvía cada tubo aumentaba a medida que las luces iban ganando terreno a la noche. Los colores centelleaban espasmódicamente, se transformaban en imágenes en ebullición, se movían en espiral, estallaban y relucían sobre el brillo metálico de los vehículos. Empecé a andar hacia el oeste, simplemente porque allí había luces más intensas. Tenía que tomar alguna decisión, hacer algún movimiento.

—¿Y qué coño hago ahora? —La pregunta debería de haber sido absurda, porque

había nacido a menos de tres kilómetros de allí y había vivido toda mi vida (en libertad) en Los Ángeles. Pero entre los millones de habitantes de la ciudad no se me ocurría a quién llamar. Conocía a cientos de delincuentes y ex presidiarios que eran más o menos amigos. Estarían en las coctelerías de Sunset Strip o en los bares cutres del centro, o en las cantinas y los bares de los barrios del este. Vivían en furtividad y hacían lo posible para que no se les pudiera encontrar. Pero si me daba una vuelta por los sitios habituales me encontraría a unos cuantos y a través de ellos contactaría con los demás. En unos días podría haberme vuelto a instalar en los bajos fondos de Los Ángeles. Sería fácil y eso precisamente era lo que quería evitar. De pronto las luces de neón me nublaron la vista; era como la sensación que había tenido en el autobús, pero más intensa. La multitud que pasaba a toda velocidad podría haber estado formada por insectos; me sentía totalmente ajeno a ellos. Intenté recomponerme para no perder el equilibrio mental.

El olor a comida y la conciencia del hambre me devolvieron a la realidad. Me comí una hamburguesa grasienta en una cafetería abarrotada y me supo deliciosa, después de haber pasado tantos años en un lugar en el que el queso Velveeta era una exquisitez. Estaba acabando de tomar el café y observando a la gente (los hombres llevaban ahora el pelo más largo) cuando se me ocurrió a quién podía llamar: Willy Darin, el drogata. Llevaba dos meses fuera del centro de rehabilitación, en libertad condicional, o eso había oído por ahí. El teléfono de su suegro estaba en el listín, y allí alguien sabría cómo encontrarlo.

Sujeté el auricular con la mano empapada en sudor. Conocía a toda la familia y esperaba reconocer a quien contestara; pero la voz masculina que apareció en la línea no me resultaba conocida.

—¿La residencia de la familia Pavan? —pregunté.

—Sí. ¿Qué quiere?

—¿Con quién hablo?

—Tío, has llamado aquí.

El juego de suspicacias mutuas era ridículo.

—Me llamo Max Dembo —dije— y...

—¡Me tomas el pelo!

—No te tomo el pelo.

—¡Hostia, tío! Soy Willy. ¿Cuándo has salido?

—Esta mañana. Jo, chaval, no te he reconocido la voz. Oye, estoy aquí tirado en Hollywood. ¿Tienes coche?

—Sí, más o menos. Puede que aguante hasta allí. Pero tardaré un rato, digamos una hora. Has tenido suerte de pillarme aquí. Me he parado un momento saliendo del trabajo, antes de llegar a casa. Tengo que pasar por casa y ducharme.

—¿Cómo está Selma?

- La misma mierda de siempre. Ahora nos contamos. Y nos colocamos, tío.
- Que no sea cualquier mierda.
- Un poco de hierba o algo.
- No me dejes colgado. Ya se sabe que no eres de fiar.
- No te apures. ¿Dónde estarás?
- En la esquina de Hollywood con Vine. ¿Dónde iba a estar, cabrón?
- Llegaré dentro de una hora.

Cuando salí para pasear y matar el tiempo, habían desaparecido las incertidumbres y las tribulaciones y, con ellas, la angustia de la soledad. La cárcel atrofia muchas necesidades emocionales, pero intensifica otras, como la necesidad de compañía. Vivir hacinado las veinticuatro horas del día crispera los nervios, pero también crea adicción.

Paseé por el bulevar, mirando los escaparates, y vi que mi traje, con pantalones con raya y vuelta en los bajos, era un anacronismo. Me encantaba vestir bien —quizá por cierta inseguridad— pero controlé mis ansias pensando que la ropa la conseguiría con trabajo y paciencia. Los que ahora tenían las cosas que deseaban habían estado luchando para conseguirlas mientras yo vegetaba en la cárcel. Sólo la delincuencia me permitiría recuperar el tiempo perdido de la noche a la mañana y eso no podía ser. En muchos sentidos nunca recuperaría el tiempo perdido. Así eran las cosas y no había nada que hacer.

Capítulo 3

Willy aparcó en doble fila y tocó el claxon. Su coche atrajo miradas de desaprobación entre los transeúntes, pero a mí me hizo sonreír. No había cambiado. Compraba cacharros por cincuenta dólares, los trasteaba hasta que se movían y cuando finalmente se averiaban los abandonaba. Éste tenía un faro apagado, el motor asmático y el silenciador estropeado.

La mujer y los dos hijos de Willy estaban dentro del coche. Conocía a Selma desde que ella tenía once años y yo catorce. Conocí a Willy en su casa; su hermana fue mi primera novia. La última vez que había visto a los niños eran bebés. Era curioso que Willy hubiera traído a la familia. Era como si lo protegieran. No tenía ningún motivo para tener miedo de mí, pero en el mundo de la delincuencia (Willy era más drogadicto que delincuente) hay muchos sentimientos de culpa y muchos miedos. La sospecha constante es un hábito de supervivencia. Willy había venido con su familia por algún motivo; y lo único que se me ocurría era que su hermano llevaba tres años haciendo de soplón. Es posible que tuviera miedo de que alguien se vengara a través de él.

—No me podía creer que fueras tú —dijo, cuando me senté al lado de Selma, que llevaba un bebé en brazos. Considerando que Willy había estado dos años en el centro de rehabilitación, o el bebé no era hijo de Selma o había hecho una estupidez.

—¿Cómo están Joe y Mary? —pregunté.

—Él vuelve a estar en Folsom, después de infringir la condicional.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos o tres meses.

—Y Mary y él ya no están juntos —dijo Selma.

Joe había estado fuera un año. Debía de haber llegado alguna noticia de Folsom, pero estaba claro que no me había enterado. Willy explicó que a Joe le había ido «bien», lo cual, según el eufemismo de la delincuencia, significaba que había ganado mucho dinero de forma ilegal.

—Le colocaron posesión ilegal —prosiguió Willy—. Y aquella mierda no era suya, estaba clarísimo. Iba en el coche con otro tío y, cuando la pasma los paró, el otro tiró una bolsa por la ventana. Después declaró a favor de Joe, pero los putos polis no se lo tragaron. No pararon hasta que le quitaron la condicional.

—Joe tenía un coche nuevo y toda la pesca —dijo Selma—. Mary se lo podría haber quedado, pero no le llegaba para los plazos.

El fracaso de Joe también era una mala noticia para mí. Me acordé entonces del rumor de que estaba ganando un montón de dinero. Podría haberme ayudado a reestablecerme. Habíamos sido cómplices en la adolescencia. Fumábamos marihuana juntos, bebíamos vino, íbamos juntos en coches robados, escuchando *rhythm and*

blues a todo trapo en la radio. Habíamos entrado a robar en casas, cometido atracos a mano armada y robado bolsos, todo juntos. A lo largo de los años él había estado en la cárcel cuando yo estaba fuera y viceversa.

Nuestros estilos también se habían ido diferenciando. Yo me había convertido en un ladrón activo —ladrón de casas, atracador, falsificador— y él en un traficante de drogas y chulo ocasional. Pero él me habría ayudado y yo le habría ayudado a él.

Willy salió a la autopista, pero se quedó en el carril lento. A 80 kilómetros por hora, el coche traqueteaba sin parar.

En los tramos de oscuridad de la autopista, miraba fugazmente a la pareja. Willy, como siempre, era la viva imagen de la sordidez; el mejor traje se transformaba en un guiñapo en cuanto él se lo ponía. Con aquella luz mortecina me resultaba difícil ver a Selma con claridad, pero alcancé a percibir sus facciones duras y su rostro demacrado. Nunca había sido guapa, pero en su juventud había desplegado cierta sensualidad que su vida estéril había acabado marchitando.

Pasado el centro de la ciudad, Willy salió de la autopista, y se adentró en los bulevares y las callejuelas del este, la zona más sórdida de Los Ángeles. Hacía poco que le habían puesto una multa en la autopista por el faro que le faltaba y no quería encontrarse con el mismo policía.

Desde el asiento trasero, uno de los niños le dijo a Selma con voz lastimera que tenía hambre. Me había olvidado de ellos. Me arrepentí de haber hablado con tanta naturalidad sobre delitos y cárceles.

—Enseguida llegamos a casa —dijo Selma.

—¿Dónde vivís?

—En El Monte.

—¿Con tus padres?

—¡Huy, qué va! —respondió—. Y mi madre tampoco vive allí ya. Ahora está en otro sitio igual de horrible que la casa de Court Avenue.

—La abuela está en el manicomio —soltó uno de los niños desde atrás, lo que provocó que Willy le mirara y lo reprendiera por llamarlo así—. ¡Pero así es como lo dices tú, papá! —respondió el niño, dolido.

—¿Por dónde anda Mary? —pregunté.

—Vive a tres kilómetros de nosotros.

—Y supongo que tu padre sigue lidiando con las lechugas y las zanahorias.

—Y tanto. Y acumulando dinero.

Cuando yo les conocí, la familia vivía en una casa grande de madera gris en Court Avenue, en el barrio de Lincoln Heights. Yo me había escapado de un centro de menores de la zona junto con el hermano mayor de la familia, Gino. Ya entonces la casa estaba destartalada. Diez años más tarde tenía un olor nauseabundo. Las paredes estaban recubiertas de grasa y mugre, la basura podrida pasaba semanas en la cocina

y había porquería por todas partes. Una vez llamaron a un exterminador de insectos y sacó dos barriles de cucarachas. El deterioro se había producido cuando los hijos se habían marchado: las chicas contrajeron sus desgraciados matrimonios y Gino cayó en el arroyo de la droga y la cárcel.

Lo trágico era que su padre era rico. Cuando llegó a la ciudad era un inmigrante inculto y torpe, pero en 1932 había cobrado del seguro dos mil dólares por perder tres dedos, entre ellos el pulgar. Se compró un tugurio de cuatro habitaciones y montó un puesto de verduras en un mercado. El valor de la propiedad subió; pidió un préstamo dando su propiedad como aval, compró más tugurios y siguió trabajando. Vivió la grave escasez de vivienda de la guerra y el boom inmobiliario de la posguerra en el sur de California, y ahora tenía en propiedad tres docenas de tugurios: edificios, dúplex, triplex y tiendas. Había tenido tanta suerte con el dinero, a fuerza de poca virtud (a menos que la mezquindad y la tenacidad en el trabajo rutinario se consideren virtudes), como poca suerte con su familia sin tener culpa alguna, empezando por su esposa, Jessica. Había sido guapa, pero cuando la conocí ya estaba ajada. Su marido se negaba a comprarle nada y ella sabía que se lo podía permitir. Se dio a los barbitúricos, y después al alcohol, y se convirtió en una bruja desaliñada y chillona, que a veces se recluía en el mundo privado de la esquizofrenia.

Gino, el hijo mayor, había sido un niño bonito, con un físico fuerte y unos cabellos ondulados que le caían sobre la frente. Se convirtió en un ratero de poca monta que robaba a los amigos y la familia. Una vez cumplió condena por cobrar cheques en nombre de su padre. Al viejo le habían dado la opción de denunciar a su hijo o de aceptar la pérdida monetaria y había decidido denunciarlo.

La siguiente fue Mary, mi primera novia y mi favorita de la familia, aunque mi gusto por las mujeres había cambiado desde la infancia. Tenía un temperamento dulce y apacible, que milagrosamente había conservado pese a la sordidez del entorno. Las drogas y la delincuencia afectaron su vida, pero no su dulzura característica. Su ingenuidad también era su maldición, porque carecía de la fuerza suficiente para apartarse de la ciénaga. Los «buenos chicos» nunca se habían acercado a una zona ocupada por delincuentes tan violentos como su hermano, Joe Gambesi, yo mismo, y nuestros amigos. Se casó con Joe a los diecisiete años. En aquella época Joe quería algo más de la vida que ser un delincuente, pero pronto se convirtió en lo que le marcaba el destino: traficante de drogas. Era el único camino que podía imaginar para conseguir los bienes materiales que deseaba. También tenía una historia funesta. Se había criado con la miseria que le daba la asistencia social del condado y una madre que era una fanática religiosa. Vivían en una habitación sin ventanas. A veces había ratas correteando por el suelo. La habitación siempre olía a rancio, por las velas que ardían continuamente en el altar privado de su madre. Joe buscaba refugio en la calle y no iba nunca al colegio; no le veía ningún sentido. Nos conocimos cuando teníamos

quince años y yo me había escapado del reformatorio.

Selma se quedó embarazada de Willy, se casó con él y huyó de un pozo de miseria para caer en otro. Willy se enganchó a la heroína, como su hermano Gino, y Joe Gambesi, y yo mismo durante una temporada.

El otro hijo de los Pavan, Georgie, era como una sombra en el fondo del cuadro. Todavía vivía con ellos. Tenía un retraso mental grave y una expresión ausente, y nadie sabía lo que le pasaba por la cabeza. Le habían detenido sólo una vez, por mirón.

Un año antes de que entrara en la cárcel el viejo compró una casa moderna tipo rancho en un terreno grande de El Monte, que tenía incluso naranjos en el patio de atrás. Según contaba Selma, ahora estaba en el mismo estado que la casa de Court Avenue. Me pregunté qué debían de pensar los vecinos.

Y la casa de Court Avenue era el único lugar al que se me había ocurrido llamar. Me pregunté en qué lugar me dejaba a mí aquella ocurrencia.

—¿Quieres que pasemos a ver a Mary? —preguntó Willy cuando nos acercábamos a El Monte.

—Llévanos primero a casa —dijo Selma—. Los niños no han comido y a mí me duele la cabeza.

Aprobé la decisión en silencio. Quería hablar con Willy a solas, colocarme, y a lo mejor liarme con alguna mujer.



La casa de los Darin era un chalet muy pequeño y barato con un camino de entrada lleno de mugre. Estaba en una zona que no era ni rural ni industrial, con unas pocas casas destartadas, separadas por terrenos de gravilla y solares llenos de material de construcción.

Esperamos dentro del coche hasta que Selma y los niños entraron en la casa.

—¿Vamos a ver a Mary? —preguntó Willy, mientras daba marcha atrás.

—Me apetece más fumarme un poco de hierba y echar un polvo.

—Lo de la hierba está hecho y conozco a un par de putas de la vieja escuela, las podemos llamar. Pero eso es pasta.

—No es que tenga mucha liquidez para polvos. ¿No se me puede fiar?

Willy se rió.

—Tío, ya sabes cómo son las putas de los drogatas. El negocio es el negocio.

—Mierda. ¿Y tú qué tal?

—Me chuto una vez a la semana, el día después de la nalorfina. No te pueden hacer la prueba dos días seguidos.

—Y también trabajas. Nunca pensé que vería algo así.

—Es una mierda. Me paso ocho putas horas al día poniendo remaches en las paredes de aluminio de los tráilers. —Willy no soportaba el trabajo monótono y rutinario, pero no tenía ningún oficio y no encontraba ningún empleo mejor.

—¿Me podrías buscar algo allí?

—Estás loco. Tío, que te conozco. Vas a dejar limpia toda la ciudad.

—No, se acabó la historia. Voy a coger un trabajo y a establecerme. —Quería explicarme con más detalle, pero entonces me di cuenta de lo ridículo que era explicar por qué no iba a delinquir. De todos modos, el respeto que Willy me tenía se debía a que yo era un delincuente, a mi habilidad para robar. Y parte de mi botín acababa redundando en su beneficio. Me respetaba como el chacal respeta al león y se aprovechaba de ello del mismo modo.

Cuando llegamos al este de Los Ángeles, Willy aparcó delante de una cantina, en una calle oscura con casas de madera y talleres. El ritmo de un mariachi salía de una máquina de discos que no se veía por ninguna parte. Me dijo que le esperara en el coche. En menos de cinco minutos ya estaba de vuelta con una caja de cerillas llena de marihuana, que me tiró en el regazo.

—Es gratis —dijo—. Este tío quiere que pase heroína con él. Hay mucho drogata en El Monte.

—Venga, tío. Harás una venta de diez dólares y te caerán diez años.

—Sí, los muy cabrones. Te caen más años por una papela de heroína que por asesinato.

Nos paramos para comprar dos latas de cerveza y un paquete de papel de liar, y después aparcamos debajo de una farola y nos liamos media docena de porros finos con las hojas verde oscuro que había traído Willy. Nos fumamos un porro entre los dos, aspirando hondo el humo y bebiendo sorbos de cerveza de vez en cuando. Había fumado marihuana desde mi primera adolescencia —durante mucho tiempo, todos los días—, pero a la cárcel llegaba tan poca que me sentí como si fuera la primera vez. Además, a mí la marihuana siempre me ha subido más que a la mayoría. Era como si, fumando, se descorriera un velo semiopaco, el de la realidad cotidiana, de modo que podía verlo todo con mayor claridad: todo era igual que siempre, pero lo veía tal y como era en realidad. Los colores eran especialmente vivos, como después de limpiar los cristales de una ventana sucia. Las luces de neón ya me habían extasiado hacía unas horas; ahora me paralizaban, como si emitieran un brillo sobrenatural. Willy encendió la radio del coche y la música, un complicado tema de jazz con piano, me pareció tan sencillo que podía coger cada nota en el aire y prácticamente verla. Me entró una risa floja y sin ningún motivo, aparte de los efectos de la droga. El mundo me parecía nítido.

—Tío, estás colocado —dijo Willy.

—Joder si lo estoy... —dije, sin dejar de reír—. Ha pasado mucho tiempo. Esto

es la hostia.

—Lo que me jode es que nosotros llevamos toda la vida fumando hierba en el gueto y antes era el peor delito que se podía cometer. Si te trincaban, nunca tenías ninguna oportunidad de salvarte en los tribunales. Ahora que fuman porros los hijos y las hijas de los senadores y toda esa mierda, y los están pillando, están cambiando las leyes. Les importaba una mierda cuando les tocaba a los pobres imbéciles.

—Tienes razón, pero nosotros nos avanzamos a los tiempos.

Willy encendió el motor y circulamos lentamente y sin rumbo fijo, recordando tiempos pasados. Enseguida salió el nombre de su hermano y Willy lo insultó y lo describió como un «soplón asqueroso y un hijo de puta, no mi hermano». No creía que los sentimientos de Willy se acercaran siquiera a la intensidad de sus palabras (seguramente estaba apenado por la circunstancia), pero también sabía lo que yo pensaba de los soplones y quería desvincularse de su hermano.

El reloj iluminado de la ventana de una lavandería marcaba las 11.40. Dormir era lo último que se me ocurría —a la mierda el sueño en mi primera noche en libertad—, pero al día siguiente tenía que ir a ver a Rosenthal, encontrar alojamiento y buscar trabajo. Necesitaba un sustituto químico del sueño.

—¿Dónde puedo pillar anfetetas? —pregunté.

—Yo sólo conozco a un tío que pase, L. L. Red, pero ahora no estará en su choza.

—¿Todavía anda por ahí ese viejo loco?

—Y está peor que nunca.

—Vamos a uno de los bares de maricas del centro. Allí echan anfetaminas como pienso a las gallinas.

Willy empezó a rezongar, diciendo que era muy probable que en el centro nos parara la policía, pero al final cedió, y yo sabía que era porque era mi primera noche. Me acordaba de cuando no dejaba pasar la oportunidad de ir adonde yo quisiera, siempre que yo tuviera los bolsillos llenos y todo corriera a mi cuenta.

Main Street estaba tan iluminada como Hollywood Boulevard. Willy conducía lentamente, mientras yo observaba las aceras abarrotadas. Sólo estaban abiertos los negocios de los bajos: casas de empeño, puestos de perritos calientes, galerías de máquinas tragaperras, cines con películas porno veinticuatro horas al día. Sobre todo había bares (de *country*, mexicanos, de *rock and roll*...); todos con la puerta totalmente abierta para que se oyera en la calle cada estilo de música. De pronto recordé el olor a orín de los cines.

El vicio allí era barato y se exhibía sin disimulo. No había problema en que una puta agarrara a cualquier imbécil de los pantalones, le cogiera el miembro y lo arrastrara a un hotel. Las aceras estaban llenas de masas de negros de aspecto sórdido. Se consideraban timadores o chulos, pero con sus sombreros de pelo de castor, zapatos de punta y anillos de circonita, iban tan a la moda que asustaban a

todo el mundo menos a los más idiotas, que eran los soldados jóvenes.

Pero el vicio imperante en la zona era la homosexualidad. Había muchos más chaperos jóvenes que putas y adoptaban unas poses tan masculinas que resultaban paródicos. Y también había mariquitas afeminados por todas partes, deambulando arriba y abajo, solos o en grupo, congregados con mayor densidad en torno a algunos bares gays, haciendo poses o sacudiendo su cuerpo, presentando una caricatura de la femineidad con cada gesto de la mano y cada inclinación de hombro. Su estridente alegría era desafiante, cuando no histérica.

En cada manzana había una pareja de policías uniformados con porras patrullando, en busca de algún perdido: borrachos, alborotadores y todos los que perturbaran el orden de alguna manera. Un furgón policial hacía constantemente el recorrido entre Main Street y la cárcel. También rondaban por allí policías de paisano, en busca de lo que la suerte y la estupidez de algún transeúnte les pudiera deparar: un fugitivo, un drogadicto con contrabando, un soldado ausente sin permiso.

Todo me resultaba familiar, hasta el intenso olor a la grasa de los fritos y las cebollas de los puestos de perritos calientes me recordaba a la época en que había pasado hambre en aquella misma calle. Cuando me escapé del reformatorio, sobreviví ocho meses en la calle. Gambesi había sido mi cómplice. Muchas noches las pasábamos en los cines de veinticuatro horas, uno durmiendo, mientras el otro vigilaba para que no llegara la policía. Uno de nosotros compraba una entrada, entraba en el cine y abría la puerta de atrás para que entrara el otro. Una vez le tocó a Joe esperarme a que yo abriera desde dentro, pero se impacientó y empezó a llamar a la puerta. Y entonces no salí yo, sino un policía (por eso no había abierto), que le atizó con la porra en la cabeza. Joe era tan joven que el poli no se atrevió a detenerle. Otras noches las pasábamos en los vestíbulos de albergues para indigentes o en un camión que aparcaba detrás de una panadería. A veces Mary Pavan nos dejaba entrar en su casa después de que su padre se hubiera acostado. Dormíamos en el suelo de su habitación y nos escabullíamos cuando la ciudad amanecía, antes de que su padre se levantara para ir a trabajar. A veces Joe pasaba por casa para ver a su madre y que nos lavara la ropa. Básicamente vivíamos de robar a los maricas. Uno atraía a un homosexual a un lugar aislado o incluso se iba con él a su casa, y entonces el otro se abalanzaba sobre él. Les pegábamos una paliza y les robábamos. Se corrió la voz y llegó un momento en que no encontrábamos víctimas. Aquella etapa terminó con una persecución a toda velocidad en un coche robado, que acabó chocando con la parte de atrás de un camión aparcado. Joe se escapó bajo una descarga de balas, pero la puerta de mi lado estaba atascada y me pillaron. Desde entonces ya no iba tanto por Main Street, pero alguna vez, como entonces, había ido a comprar anfetaminas. Era la zona de la ciudad donde se podían conseguir más fácilmente; los maricas eran grandes consumidores porque su uso estimulaba el placer sexual.

No tenía ninguna duda de que a lo largo de la calle uno de los dos vería un rostro familiar (un ex preso, un yonqui, algún mariquita). Pero en la acera no reconocimos a nadie. Aparcamos en un solar oscuro, tiramos la caja de marihuana cerca de una rueda, donde la podíamos recuperar después, y empezamos a recorrer la calle, entrando en los bares y observando las caras. Los dos llevábamos traje y los transeúntes nos miraban con miedo y suspicacia porque pensaban que éramos policías.

Uno de los bares, situado en un sótano, estaba abarrotado. Los focos de colores cubiertos por filtros giraban y proyectaban siluetas grotescas. Las voces desafiaban la fuerza y la cadencia de las guitarras amplificadas de la máquina de discos. Tenía los sentidos a flor de piel por la marihuana y me sentí inmerso en el corazón desnudo del caos de la sensualidad. La música penetraba en mí y me inundaba. En otra época aquella sensualidad me habría entusiasmado. La vida entonces consistía en sensaciones, en el ahora, sin moderación ni sentido. Pero tras años de reclusión en un monasterio propiedad del estado aquello era demasiado intenso. Intenté no perderme en la vorágine.

Alguien apareció a mi derecha. Era un mariquita que había visto en la cárcel, pero no me acordaba de su nombre. Allí llevaba pantalones muy ajustados y las cejas depiladas. Ahora vestía con más moderación, aunque el bar estaba atestado de homosexuales muy afeminados. Se enteró de lo que queríamos, cogió dos dólares y volvió a los diez minutos con dos rollos de pastillas envueltos en papel de aluminio.

Willy quería tomar una copa; le había echado el ojo a un mariquita joven y rubio que bailaba el twist con gran habilidad con otro chico.

—Pirémonos —dije—. No es que esté en contra de darle por el culo a un tío, pero sería un capullo si esa fuera a ser la primera vez que follo después de ocho años con nada más que maricas y pajas.

Cogimos el coche y fuimos a Chinatown, donde nos paramos a tomar un café para hacer pasar las pastillas y adelantar los efectos. De vuelta en el coche, me empezó a subir el estimulante, que erradicó la sensación de depresión. Era fantástico estar allí, simplemente circulando con aquel coche destartado por calles vacías. Era libre.

—Vamos a ver a L. L. Red —dijo Willy—. Ya debe de estar en su queli. No está muy lejos.

—Así que al final se fue de casa de sus padres, ¿no?

—Murieron hace unos tres años, uno un mes después del otro. Vendió la queli y a los dos meses ya estaba arruinado. Caballos, putas y colocarse. Lo único que le queda es un dos plazas M.G. que está que se cae a cachos. Tendrías que haber visto al viejo bobo con veinte mil dólares —prosiguió Willy—. Todas las noches iba del brazo de una puta o dos y con la cabeza bien alta. Pero te diré una cosa, se lo pasó bien mientras duró. Si no se le hubiera acabado la pasta, se habría matado en un par de

meses.

—¿De qué vive ahora?

—De la mierda de siempre. Trabaja hasta que puede cobrar el paro y se pira. Sigue con los porros, las pastillas y el vino peleón, y todavía piensa con la polla. — Willy siguió hablando sobre las juergas de Red, que en realidad eran la continuación de las juergas que se había corrido durante los doce años que habían pasado desde que lo conocí, y los doce anteriores. Red parecía crecerse con la autodestrucción. Todavía era fuerte y corpulento, y en otro tiempo había sido atractivo. Le daba demasiado miedo la cárcel para robar, pero sus constantes bacanales de poca monta le llevaron a conocer a muchos de los habitantes de la frontera de los bajos fondos: chatarreros, camareros, propietarios de bares... También conocía a muchos ladrones. Aquella gente fronteriza estaba dispuesta a comprar cualquier ganga, aunque fueran robadas. No es que Red fuera exactamente un perista, pero actuaba de intermediario cuando se le presentaba la oportunidad. Una vez detecté un camión de carne que se quedaba siempre sin vigilancia cuando el conductor se paraba a tomar un café. Yo sabía dónde vender cigarrillos, alcohol, televisores y equipos de sonido, maquinaria de oficina, cámaras, pieles, joyas en pocas cantidades, ropa y hasta bujías. Tres toneladas de carne cruda ya era otra cosa. Red conocía a un tío que tenía tres restaurantes y al que le gustaba el precio que le ofrecíamos. Antes de que el camionero le hubiera dado una vuelta a la cucharilla en la taza, yo ya había robado el camión.

Red también hacía de guía para los ladrones cuando tenían que celebrar un golpe. Algunos llevaban tanto tiempo en la cárcel que no sabían adónde ir ni qué hacer cuando tenían los bolsillos llenos. Red lo sabía y le encantaba enseñárselo a los demás.

Mientras yo pensaba en Red, Willy recorría las calles de un barrio ruinoso que estaba en las montañas y se veía desde el centro. Giró por una calle estrecha que se convertía en camino de tierra a medida que subíamos por la colina. El coche traqueteaba y los faros chocaban contra la tierra del camino y los matorrales secos. Aquella parte de la ciudad se había construido cuando el terreno llano todavía era barato y los constructores habían decidido rodear las montañas para ahorrar costes. Los edificios del valle se estaban viniendo abajo y en las montañas seguían sin construir. Mientras tanto, las excavadoras destrozaban unos campos de naranjos que había a 80 kilómetros de la ciudad.

En lo alto de la montaña vi una chabola de madera con las luces encendidas detrás de las persianas. Me acordé de otra de las singularidades de Red: nunca dormía en su cama. Se quedaba dormido en los sofás, en las sillas, en el suelo, en lo que encontrara, y parecía perfectamente cómodo totalmente vestido. El sexo era la única actividad que lo hacía desnudarse y meterse en la cama. Para él, dormir era una

pérdida de tiempo.

L. L. Red oyó el coche y salió de la chabola. Se quedó de pie en el umbral, con una garrafa de vino de dos litros colgándole de la mano, junto a la cadera.

—Eh, Big Red, qué pasa contigo, tío —dijo Willy.

—Nada especial. ¿Con quién vienes?

—Ven a verlo tú.

Red metió su enorme cabeza por la ventana del conductor y frunció el ceño, intentando distinguir el rostro en la oscuridad.

—¡Me cago en la puta! ¡Max Dembo!

—¿Qué pasa?

—¿Cuándo has salido?

—Esta mañana mismo.

—Me alegro de verte. Ya no quedan muchos como tú. —No le veía la cara, pero en el calor de la noche sí que podía oler su cuerpo. Desprendía el hedor rancio de los ancianos.

—Venga, pasa —dijo.

Camino de la puerta, me estrechó la mano y de inmediato empezó a jactarse de sus últimas aventuras sexuales.

—La mierda de siempre, ya me conoces: de polvo en polvo, colocándome y pasándolo en grande.

—Ése eres tú, no hay duda —dijo Willy.

La chabola tenía tres habitaciones, separadas por arcos sin puerta. Sólo el baño pequeño tenía una puerta. Bajo el linóleo desgastado se veía la madera desnuda. Los muebles eran todos trastos viejos, menos un televisor portátil en color que había encima de una silla. En un rincón una caja de cartón que servía de papelera desbordaba de botellas vacías de vino, entre otras cosas. Media pared estaba cubierta de fotografías de mujeres desnudas con las piernas abiertas. Era triste y a la vez ridículo.

—Red está acabado —dijo Willy, cogiéndole la jarra de vino de la mano y dejándose caer en el sofá—. Ya ni siquiera puede pagarse un polvo.

—Todavía se me levanta —dijo Red—. Tú te metes esa mierda por el brazo y no se te pone dura.

Willy se rió.

—Me flipas, Big Red. Eres un fenómeno.

Miré el rostro devastado por el vicio de Red, su tez amarillenta, su físico, corpulento años atrás, y ahora encorvado y lleno de arrugas. Se sentó en una silla, con la barriga colgando por encima de los pantalones desabrochados. Lo despreciaba, pero también nos comparaba y sabía que si se trataba de poner el bien y el mal en la misma balanza, yo era peor que Red. Él era inofensivo, más allá de sus vicios. Nunca

había hecho daño a nadie, mientras que yo había dado palizas, había dejado a la gente herida y robado a todo el mundo. Y había que tenerle en cuenta que vivía totalmente de acuerdo con sus deseos. Y decía mucho de él que sus intereses fueran el sexo y estar siempre colocado.

Nos fumamos los tres últimos porros. L. L. los chupaba con tanta ansia que parecía que llevara ocho años sin fumar. También se tragó media docena de tabletas de anfetis. Enseguida empezó a contar anécdotas de la juerga que Willy había mencionado antes. Las relataba con una mirada vidriosa y extasiada. Se le caía la baba. Su voz entonaba un apasionado canto litúrgico. El recuerdo de aquellos pocos meses era claramente su posesión más preciada; pulía las anécdotas y las revivía una y otra vez. Al final se cansó, inclinó la garrafa de vino y se bebió las últimas gotas. La nuez se le movió con el último trago.

—Nos hemos de correr alguna juerga tú y yo —me dijo—. Sé de unos sitios nuevos que tú no conocerás. Yo sí que sé dónde está la acción, ¿verdad, Willy?

—Joder si lo sabes —dijo Willy.

De súbito, Red se puso de pie y empezó a hacer crujir los nudillos. Creí que se había vuelto loco.

—Hostia, Max. Hostia. Me acabo de acordar. ¡Joder, qué suerte has tenido!

—¿Pero de qué estás hablando?

—Un golpe... Un golpe de la hostia. Un tío me ha pedido que encuentre a alguien bueno para un atraco. Y ahora llegas tú. Es un puto milagro... Y es pasta, tío, unos quince o veinte mil. Es fantástico para ti, fantástico.

—¿De qué se trata? —pregunté sin pensar, pero en cuanto las palabras quedaron en el aire quise haberme mordido la lengua.

—Es un juego de dados, con unos cuantos viejos italianos y armenios.

Le dije que se olvidara y me negué a dar más explicaciones. Me sentí ridículo, igual que antes con Willy, al estar en una posición en la que parecía necesario explicar por qué no iba a cometer un delito. Otros habían escrito miles de páginas para justificar sus malas acciones, pero yo tenía que justificar que no iba a cometerlas. Red me miró incrédulo.

—Está chupado —dijo Red—. Vaya, si es que ni siquiera llamarán a la poli.

—¿Y entonces por qué no te encargas tú? Esos veinte mil no te irían nada mal.

Red abrió la boca como un pez. El miedo le retenía, pero no lo quería admitir.

—Algunos de los jugadores me conocen —dijo—. Tío, déjame que te lo cuente. Es genial.

—No quiero saberlo.

—Venga, escúchame.

Era más fácil dejarle hablar y no hacerle caso que hacerle callar.

—Vale, pero ten en cuenta que no me interesa.

—Te interesará. No debería decir nombres, pero te aseguro que los dos sois formales. Cuando sepas quién está en el ajo verás que no te tomo el pelo y que es algo realmente bueno. Está detrás Johnny Taormina. Se ve que está totalmente arruinado, con el culo al aire y lleno de deudas. Necesita pasta.

—Creía que era de la mafia —dijo Willy—. ¿Qué le ha pasado?

Lo mismo me preguntaba yo. «Big Johnny T» era un nombre que había oído desde que tenía quince años. Se suponía que era un pequeño capo de la mafia, la Cosa Nostra, el Sindicato (o como se llamase aquella semana). Había controlado las apuestas y la usura del barrio de Lincoln Heights y se contaba que había ganado doscientos mil dólares en el mercado negro durante la Segunda Guerra Mundial. Me sorprendió mucho que reclutara a gente para timar a sus socios.

—Se lo pulió todo en el juego —dijo Red—. Medio millón en cinco años. No tiene ni un chavo, pero todavía sabe de qué va la cosa. Ha hecho una docena de golpes fáciles, juegos de dados como éste, corredores de apuestas con mucha pasta, dinero caído del cielo.

—Sí, claro —dije—, y después de tres golpes se enterarán de quién está en medio y lo colgarán de las pelotas.

—A ti eso no te afecta.

—No, si a mí la mafia me importa una mierda... Pero da igual. No quiero meterme en nada.

Red pestañeó.

—Tío, no te habrán domesticado, ¿no?

Mi rostro enrojeció.

—Llámalo como quieras. Pero, como tú mismo has dicho a Willy, es mejor haber sido algo que nunca haber sido nada. Y que se joda Big Johnny T. Seguro que es un soplón, como todos los mafiosos.

—Podrías aprovechar la pasta para establecerte —dijo Willy—. Tío, ya sé lo que piensas ahora, pero te conozco. Has sido un delincuente toda la vida.

—He cambiado.

Red estaba callado y confuso. Intentó comprender mi negativa, navegando entre la neblina del vino peleón, la marihuana y las anfetaminas. Me pregunté cómo había llegado a trabajar con Johnny Taormina. Yo no conocía a aquel mafioso, pero de entrada Red parecía una elección improbable. Aunque, pensándolo un poco, me pareció más razonable. Eran del mismo barrio y de la misma generación. Red era un borracho y un salido, pero la verdad es que se callaba la boca y conocía a delincuentes de fuera de la mafia, a gente que Johnny no conocía. Y tampoco es que pudiera publicar su oferta de empleo en los periódicos. Los bajos fondos de los mafiosos y los ladrones comparten frontera y a veces se solapan, pero son diferentes. El poco trato que yo había tenido con los mafiosos me había hecho respetarlos y a la

vez despreciarlos. Eran gente de éxito, organizados y astutos; usaban el dinero para ganar más dinero. Sólo unos pocos pasaban por la cárcel y en todo caso era para pasar unas cortas vacaciones. Por otro lado, a mi parecer la mayoría eran unos falsos, más hombres de negocios que delincuentes. Satisfacían los deseos prohibidos de la sociedad en horario de oficina y después vivían como el paradigma de la moralidad... Y en comparación con el delincuente peligroso, que era el depredador más independiente del mundo, eran unos peleles. Muchos eran delatores de la policía. Se habla mucho de cómo los mafiosos corrompen a la policía, pero la policía también corrompe a los mafiosos. Los corredores de apuestas soplan a los ladrones con bastante frecuencia.

De pronto tomé conciencia de la insensatez de mis pensamientos. Estaba pensando desde la perspectiva de un delincuente, con actitudes totalmente alejadas de mis nuevos objetivos. Los ciudadanos decentes no especulan ni siquiera por un momento sobre los robos, los soplones y la ética del delito.

Nos marchamos a las tres de la madrugada. L. L. Red nos acompañó a la puerta y se ofreció para llevarme en su coche cuando lo necesitara, hasta que yo tuviera uno y siempre que, como dijo entre risas, yo pagara la gasolina. No trabajaba. La chabola no tenía teléfono, pero me apuntó el número de un billar en el que se lo podía encontrar normalmente durante el día.

En el trayecto con Willy hacia El Monte mi estado de ánimo osciló entre la euforia y la depresión. Era un placer pasear por la noche en coche y mirar las estrellas, esparcidas como polvo sobre terciopelo negro. Pero, por otro lado, volvía a frecuentar el mismo tipo de personas y estaba sumido en la misma sordidez que me había acompañado durante todos los años desperdiciados. Willy y Red eran mis amigos, pero sus vidas eran muy limitadas, sin esperanza. Cuando se interrelacionan, estas personas se atrapan unas a las otras. Quería alejarme, encontrar a gente distinta y empezar una nueva vida. Pero había llamado a Willy. Había sido mi libre elección, frente a alternativas como pasar la primera noche de libertad en el centro de reinserción o paseando solo. No veía nada malo en haber escogido aquella opción, dadas las circunstancias; lo malo eran las circunstancias en sí. Esperaba conocer a otro tipo de personas que me gustaran allí donde trabajara, fuera donde fuera.

—¿Vamos a tu quelí? —pregunté.

—Podríamos ir, pero Selma me va a pegar la bronca por haber estado tanto rato fuera de casa. Tengo que estar en el trabajo en tres o cuatro horas. La semana pasada falté dos días y ella no lo sabe. Si falto otro más me echan.

—¿Cómo es tu agente de la condicional?

—Es un desgraciado y un gilipollas. Tío, es un cabeza cuadrada, un imbécil de esos con educación. Ya se puede meter sus libros por el culo, porque no tiene ni puta idea de la vida ni de la gente. Es un tipo de esos que viven en una casita blanca bien

limpita con valla y un bonito jardín, y fue a catequesis los domingos hasta los dieciséis años. No ha robado nada en su vida, nunca se vio obligado a hacerlo. Su mujer y él dan clases de catequesis. Estoy seguro de que no le chupa el coño a su mujer. Seguramente ni se la tiró hasta que se casaron. Se comporta con los que estamos en la condicional como si fuera un misionero divulgando su fe entre los infieles.

Aunque su burda descripción resultaba en cierto modo divertida, representaba vividamente los problemas de Willy. No podía haber ninguna comunicación entre alguien como Willy y el personaje que describía.

—Debería estar contento de que no estés enganchado y no robes —dije.

—Quiere que todo el mundo sea igual que él. La gente es diferente. Hasta yo lo sé y eso que soy un drogata y un analfabeto. Mira lo gilipollas que es: si supiera que conduzco un coche me metería en la cárcel y enviaría un informe a la Junta de la condicional. Le sabría mal, pero pensaría que es su responsabilidad. ¿Es que no entiende que vivir en Los Ángeles sin coche es como quedarte sin agua en el Valle de la Muerte? Si tuviera que ir a trabajar en autobús, tardaría cuatro horas.

A continuación Willy relató cómo había perdido ya dos puestos de trabajo porque el agente de la condicional les había contado a sus jefes que Willy era un drogadicto y un delincuente, y estaba en libertad condicional. La normativa exigía que la empresa lo supiera, pero la mayoría de agentes hacían la vista gorda. Al propietario de un negocio le daban igual los problemas de un ex presidiario; lo que le preocupaba era que le robaran. Así que despidieron a Willy después de un par de semanas. La empresa dio una excusa barata y el agente nunca se dio cuenta de lo que había sucedido en realidad.

—¿Qué tal te va con Selma?

—Cuando salí, las cosas fueron bastante mal. No me fui a vivir con ella directamente. Ya has visto el bebé, ¿no?

—¿Es suyo, pero no tuyo?

—Pues sí. Yo estuve dos años fuera de la circulación y tampoco es que esperara que se quedara viendo la televisión... Joder, si ni siquiera le dejé una televisión en casa. La vendí y me fundí la pasta en caballo un mes antes de que me trincaran. Pero es que tener un hijo... es una estupidez. Ya nadie tiene hijos sin quererlos, ahora que está por ahí la píldora y esas mierdas. O por lo menos el aborto. Y ni siquiera me dijo nada hasta que estuve a punto de salir. El niño ya tenía cuatro meses. En aquel momento no quería ni verla y cuando salí me quedé en casa de Mary una semana hasta que cobré. A Joe ya lo habían trincado. Pero bueno, Selma pasó por allí un día, una cosa llevó a la otra, y acabamos juntos otra vez. ¿Quién soy yo para tirar la primera piedra? Y la tía me ha tratado bastante bien, teniendo en cuenta cómo ha ido todo. A veces es un coñazo, pero estoy acostumbrado. No estamos mal, la verdad.

Willy se quedó en silencio. Me hizo sonreír; sonaba tan estoico, como si no le hubieran afectado la pobreza y la frustración. Sus mayores ilusiones eran la euforia permanente de los narcóticos y que lo dejaran en paz. Iba tirando, aceptaba las humillaciones del agente de la condicional porque el encarcelamiento era peor, tenía paciencia con el mal genio de su mujer y a lo mejor acababa los cinco años de condicional.

—Pasémonos por casa de Mary —dijo—. Va a flipar al verte.

—Son las tres y media de la madrugada.

—Le importará un carajo que la despertemos. Está acostumbrada.



Mary Gambesi vivía a dos kilómetros de su hermana y su cuñado. Willy giró por un callejón, situado en un barrio de las afueras de clase media baja, y apagó los faros.

—Vive en la parte de atrás —dijo.

Willy apagó el motor y siguió avanzando hasta que el coche se detuvo. Caminando de puntillas, pero con los zapatos haciendo crujir la gravilla, avanzamos en total oscuridad a un chalet todavía más oscuro. Willy conocía el camino. Golpeó una ventana con los nudillos. Un perro empezó a ladrar por allí cerca, incitado por el ruido. Una docena de voces caninas se unieron de inmediato al coro.

—Me cago en el perro... Ahora algún imbécil llamará a la policía y dirá que hay alguien rondando por aquí.

Willy golpeó más fuerte la ventana.

La persiana se movió y apareció un rostro pálido y sin rasgos.

—¿Eres tú, Willy?

—Sí, soy yo... tu viejo y fiel cuñado.

—¿Has venido con Max?

—Sí. —Willy se volvió a mí—. Debe de haberle llamado Selma.

Pisoteamos un arriate de flores y rodeamos la esquina del edificio. Willy murmuraba insultos a los perros, que seguían aullando. Mary esperó a que la puerta estuviera cerrada para encender las luces. Con una mano se sujetaba una bata de franela alrededor del cuello. Se tapó la boca con la otra en cuanto me vio. Era un gesto tan expresivo que tuvo que ser espontáneo.

—Selma me ha llamado y me lo ha dicho, pero no me lo puedo creer.

—Lázaro resucitado —dije—. Todo el mundo acaba saliendo, con la condicional o dentro de una caja. —Observé que el tiempo se había portado bien con ella. Aun descalza y con la cabeza llena de rulos, no aparentaba más de dieciocho años. Esperó mi juicio con una dulce sonrisa. Nos unía el afecto—. Estás igual que siempre —dije.

Ella hizo un gesto de desdén; no estaba acostumbrada a los cumplidos.

—Siéntate —dijo—. Enseguida vuelvo.

Quería ponerse las zapatillas y cerrar la puerta de la habitación de los niños. Nos pidió que no hiciéramos ruido.

—Entre vosotros hay algo —dijo Willy—. ¿Por qué no te la ligas? Tiene clase y está libre. Joe y ella ya no están juntos.

—Para mí todavía es la antigua novia de Joe. Y además tampoco me gusta en ese sentido.

—Si realmente te quieres reformar, es perfecta para ti. Ya sé que te gustan las rubias explosivas, pero tienes que superarlo. Si quieres a alguien que esté siempre a tu lado, no hay nadie mejor que Mary. Joder, es que es un encanto, casi parece que no sea real.

—A lo mejor es demasiado encantadora para mí.

Mary regresó en aquel momento. Se había cepillado los cabellos y su abundante melena morena le caía sobre los hombros. Me volvió a sorprender lo joven que estaba.

—¿Es que no envejeces, tú? —pregunté.

—Me arranco las canas. —Se rió, ruborizada.

—Si yo lo hiciera estaría calvo.

—Ya lo he visto. Pero te da un aspecto distinguido.

—Todavía sabes cómo hacer sentir bien a un tío, ¿eh?

De súbito, espetó:

—Max, estoy tan contenta de que estés libre... Sólo espero que puedas seguir fuera y disfrutar de la vida por una vez. —La manifestación de emoción la hizo sonrojarse. Se volvió a Willy—. ¿Tienes un cigarrillo? Ya sé que Max no fuma.

—Sólo puros —dije.

—Que huelen fatal, si no recuerdo mal.

Preguntó si teníamos hambre, pero los efectos de la anfetamina nos habían dejado sin apetito. El café ya era otra cosa. Puso el agua a calentar y cogió unas tazas. Apoyé la silla contra la pared, me relajé y dejé que me invadiera una sensación de tranquilidad. Me empapé en la calidez de la amistad que se respiraba en la habitación. Mirando a Mary, me pregunté cómo estaría sin Joe. ¿Trabajaría mucho a cambio de poco? Pero estaba muy acostumbrada a vivir con delincuentes. Recordaba su figura en el fondo de la escena cuando los drogadictos iban a comprarle las dosis a Joe. Se drogaban en el baño y después dejaban los cigarrillos encendidos encima de los muebles y se quedaban tumbados en el salón, completamente colgados.

Pensé también en sus hijos. Cuando me marché Lisa tenía seis años y Joey Júnior, tres. ¿Cómo serían ahora? ¿Qué efecto habría tenido en ellos el extraño mundo de sus padres y tíos? Le pregunté a Mary. Parecía que Lisa estaba loca por los chicos y en aquel momento le preocupaba que no le crecieran los pechos tan rápido como a sus

amigas. Joe era un diablillo, pero encantador.

Mary comentó que a Selma le preocupaba que Willy estuviera conmigo. Tenía miedo de que lo metiera en líos. Willy meneó la cabeza en expresión de indignación, se acabó el café y se marchó al salón para dormir un rato.

Aunque no se lo dije a Mary, aquellos temores de Selma eran infundados. Si alguna vez volvía a la delincuencia, nunca trabajaría con Willy. No podía confiar en él, más allá de pedirle que consiguiera el material o se encargara de otras tareas de mínima importancia. Había dado un golpe con él —más bien lo había llevado conmigo— y aquella sería la última vez. Era un asunto fácil —tan fácil como puede ser un golpe—: un corredor de apuestas que llevaba encima por lo menos dos mil dólares. El tío pesaba más de cien kilos. El plan era entrar en su apartamento y esperarle. Willy tenía que esperarme fuera y seguirle cuando llegara para ayudarme a atarle.

Entré en el piso cortando una persiana del baño y esperé al corredor con una careta puesta. Llegó veinte minutos después. Me enfrenté a él, le cogí el dinero y lo obligué a sentarse en el sofá. Quería abalanzarse sobre mí; se lo notaba en los ojos. Willy no se presentó. Era imposible atarlo con una mano mientras tenía la pistola en la otra, y además acercarse demasiado a él podía ser peligroso. Lo esperé media hora y al final me marché andando sobre mis pasos. Sabía que la víctima cogería el teléfono en el momento en que yo cerrara la puerta y había previsto ganar tiempo para la escapada dejándolo atado, pero no pudo ser.

Willy se había marchado. Donde había aparcado sólo quedaba un espacio vacío. Huí a toda velocidad por patios traseros y callejones.

Willy me esperaba en mi apartamento. Estaba temblando. Me contó que un coche de policía había pasado dos veces por delante de él y que los policías se le habían quedado mirando. Por eso había huido. Yo no me lo creí, pero acepté su relato sin discusión. Lo más importante era la amistad. Pero aquella fue la última vez que me planteé contar con Willy para un golpe. Le faltaba valor.

—¿Sabes algo de Joe? —le pregunté a Mary.

Mary bebió un sorbo de café y bajó la mirada.

—Escribe de vez en cuando y me asegura que la próxima vez será diferente. Pero se acabó, Max, se acabó. Llevo años esperando que cambie y no lo va a hacer. No creo que ninguno de vosotros cambie jamás. Seguiría con él si estuviera sola, pero tengo que pensar en los niños.

—Tendrías que esperar a que estuviera en la calle y no dejarle ahora que está dentro. Ya sabes lo que parece.

—Me da igual lo que parezca. Le he esperado media docena de veces. Ni siquiera salgo con nadie. Cuando está entre rejas siempre me promete que las cosas cambiarán. Y a lo mejor se lo cree, pero yo no. Todos vosotros tenéis una

enfermedad. Esta vez se marchó de casa antes de que lo cogieran. Venía aquí y se ponía a discutir. —Los ojos se le empañaron—. Estaba viviendo con una puta y había vuelto a vender heroína. Cuando vino a ver a los niños vino con ella.

—¿Te daba algo de dinero?

—No nos mantenía, si te refieres a eso. Les compraba cosas a Joey y a Lisa, y ellos pensaban que tenían un padre maravilloso, pero eso no nos daba de comer. Ahora que está en la cárcel tenemos más ayudas sociales. Es curioso, pero me es más fácil criar a mis hijos —y darles de comer— si mi marido está en la cárcel.

Volvió a servir café y hablamos hasta que vi que se contenía los bostezos. La acompañé a su habitación y le prometí pasarme por allí en unos días para ver a los niños. Sólo faltaba una hora para que amaneciera. Willy y yo podíamos pararnos en algún sitio para desayunar. Después me podía dejar en el centro y marcharse a trabajar. Yo buscaría trabajo hasta la hora de presentarme ante Rosenthal.

Y así terminó mi primera noche en libertad. No había habido fuegos artificiales, ni una banda que tocara una canción de bienvenida, ni banderas ondeando al viento.

Capítulo 4

Los Ángeles Times tenía una sección de ofertas de empleo. Sólo una pequeña parte de los trabajos que se anunciaban eran apropiados para mí y, entre aquéllos, sólo media docena estaban en el centro y me permitían acercarme antes de ir a ver a Rosenthal.

Me presenté a cuatro a lo largo de la mañana. Uno de los puestos ya estaba ocupado. El otro era en una multinacional que investigaba los antecedentes de los candidatos y me marché sin entregar el curriculum. Las otras dos empresas querían comerciales, pero que tuvieran coche, y ninguna de ellas ofrecía una garantía ni adelantos durante el período de aprendizaje. Yo no tenía coche ni dinero para mantenerme.

Entre una oficina y otra caminé cinco kilómetros. Después de llevar las botas de la cárcel durante tantos años, mis pies no estaban acostumbrados a zapatos planos. En cada tendón de Aquiles se me había formado una ampolla llena de pus del tamaño de media moneda. Cuando llegué a la oficina regional de libertad condicional, que estaba en West Olympic Boulevard, cojeaba ostensiblemente. Para mayor incomodidad, un calor infernal empezaba a esparcirse por la bahía de Los Ángeles.

El edificio donde estaba la oficina de la condicional pasaba desapercibido. Apenas un rótulo sobre el vidrio coloreado. —Departamento de Correctivos, División de Servicios Comunitarios— lo distinguía de una pequeña consulta médica. En la sala de espera vacía había unos bancos rígidos pelados. La recepcionista avisó de que había llegado y pulsó un botón. Se oyó un ruido de interfono y se abrió una puerta automática que daba a la zona de oficinas. Aquel sonido me estremeció. Al otro lado de aquella puerta, estaría recluido.

Rosenthal estaba de pie en un pequeño pasillo, bajo una puerta. La luz del sol iluminaba el espacio entre sus piernas. No llevaba chaqueta y su camisa de manga corta dejaba ver una alfombra de pelo negro y tupido en los antebrazos.

—Pasa —dijo—. Me preocupaba que te escaparas. Anoche estabas bastante nervioso.

—Si llego a saber lo de la puerta automática igual me habría largado. Estas cosas dan miedo. Me siento como si estuviera en una comisaría.

—Ah, ya... No ha sido idea mía. Siéntate.

—No me vendría mal el dinero de la libertad condicional.

Rosenthal removió los papeles que tenía sobre la mesa.

—Aquí tienes —dijo, entregándome el cheque.

Lo cogí.

—Treinta dólares por ocho años. No sale a mucho por año.

—La sociedad no te debe ni siquiera eso.

—No es mucho para empezar una nueva vida.

—Igual podrías arrepentirte un poco más y hacerte menos el mártir.

—Lo siento, sólo estoy un poco resentido. Y lo intento controlar.

—Bueno, ¿qué hiciste anoche?

Tenía una mentira preparada para cuando surgiera la pregunta.

—Fui a ver a unos amigos y estuve con una chica.

—¿Duermes en su casa?

—No, en un hotel.

—Eso es un poco caro para tu situación.

—Este hotel no es caro.

Rosenthal inclinó la silla y apoyó los pies en la mesa. Entrelazó sus dedos rechonchos, puso las manos detrás del cuello y me observó atentamente con una mirada llena de franqueza. Mascaba chicle con toda tranquilidad. La tensión aumentó con el silencio.

—No me gusta nada tu actitud —dijo— ni cómo has empezado. Primero no quieres ir al centro de reinserción y luego te pasas la noche por ahí. No es un buen comienzo, la verdad. El problema está en tu actitud, en tu forma de ver las cosas.

Me acaloré y quise replicar, pero me contuve para no elevar el tono de mis palabras. Enfrentarse con la autoridad era un juego que yo había jugado a menudo y sabía que no era justo. Si discutía con Rosenthal, me metería en la cárcel (a menos que le pegara un puñetazo y saliera corriendo), luego redactaría un informe diciendo lo que quisiera y yo acabaría volviendo a la cárcel en un autobús con barrotes en las ventanas. No habría audiencia, ni apelaciones, y ni siquiera llegaría a leer jamás lo que Rosenthal había escrito. Así que me contuve y decidí que apelando a la razón podríamos entendernos.

—Lamento que tenga esta opinión —dije—. Sólo intento ser directo y sincero. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—El problema es tu actitud. Te lo repito. Actúas como si fueras libre y pudieras hacer lo que te da la gana. Pero no eres libre, todavía estás en *custodia legis*, eres legalmente un preso al que se le permite cumplir parte de la condena fuera de la cárcel, en libertad condicional. Además, tu larguísimo expediente demuestra que no sabes cómo vivir tu vida. Y deberías arrepentirte más de tus actos.

—Ocho años por falsificar cheques tendrían que ser suficientes para hacer borrón y cuenta nueva.

Advertí la ligereza de mis palabras en cuanto las hube pronunciado. El rostro de Rosenthal se crispó. Era evidente que era un moralista y mi vida le escandalizaba. Sabía más de mí de lo que nadie debería saber jamás de sus congéneres. Pero el contenido de mi expediente no reflejaba todo lo que yo era. Allí no había nada que indicara que yo era un ser humano.

—Mire, tengo treinta y un años, y más canas que usted. Me gustaría tener edad

suficiente para tomar algunas decisiones. Por lo menos, dónde dormir... Si no he aprendido al menos eso en la cárcel, es que ha sido una pérdida de tiempo.

—Cuando estabas en la cárcel la sociedad estaba protegida de ti. Y ése es también mi trabajo. Es mi tarea principal.

—Pero me han soltado. Y quiero seguir fuera. No tiene que estar encima de mí. Hará mejor su trabajo si me ayuda, ¿no? Quiero ser un hombre decente. A lo mejor para mí eso significa algo distinto de lo que piensa la mayoría de la gente. —Hice una pausa. Me esforzaba para traducir mi confusión en palabras. El sudor me resbalaba por la frente y las axilas—. Tiene que darse cuenta de que no soy como usted. Soy un hombre con mucho pasado y eso me ha marcado el carácter y me ha complicado la vida. Eso no quiere decir que esté destinado a ser una amenaza para la sociedad. Si creyera que mi futuro va a ser como mi pasado, me suicidaría. Estoy cansado. Puedo hacer concesiones y mantenerme dentro de los márgenes de la ley, pero nunca voy a ser un tipo de esos con mujer, hijos y una casa en el valle de San Fernando. Me gustaría ser como él, pero no lo soy. Y amenazándome no va a conseguir que cambie.

—Nadie te amenaza —dijo Rosenthal—. Sólo te cuento cómo está la situación y a qué te tienes que adaptar.

—Pues eso suena a amenaza.

—Estoy aquí para ayudarte a resolver tus problemas.

—Y por eso me dice lo que tengo que hacer y lo que no, como si fueran los diez mandamientos.

—Yo no he puesto los requisitos de la condicional, sólo me encargo de que se cumplan. No puedo autorizarte a que rompas las reglas. No lo podría hacer, aunque quisiera. Este trabajo no me duraría mucho.

—Si usted cede un poco, yo también cederé. Pídame sólo que no cometa ningún delito, no que viva según sus principios morales. Si es eso lo que la sociedad quería de mí, no me tendría que haber metido en orfanatos y reformatorios, y haberme deformado el carácter. Y así he pasado ocho años. Joder, después de eso, ya nadie puede ser normal. Sólo le pido que comprenda lo difícil que es mi situación. Sólo conozco a ex presidiarios, estafadores y prostitutas. Ni siquiera me siento cómodo con los que respetan la ley. Me gustan las prostitutas y no las buenas chicas. No necesito ninguna explicación freudiana, que al fin y al cabo, tampoco cambiaría las cosas. Pero que prefiera acostarme con una prostituta no quiere decir que vaya a perforar una caja fuerte con un soplete de acetileno.

—Quiere decir que quieres tener permiso para hacer de chulo.

—¡No, claro que no! Lo que quiero es que entienda que las personas no se pueden reducir a fórmulas. —Me detuve para tomar aliento y elegir palabras inteligibles entre los confusos pensamientos que me rondaban por la cabeza—. Básicamente, lo que le pido es que esta libertad condicional no me asfixie.

—Básicamente, quieres hacer lo que te venga en gana, ¿no?

Se me cayó el alma a los pies. Rosenthal seguía impassible. Al menos yo lo había intentado. Me resbalaban gotas de sudor por el torso. Un pensamiento espantoso emergió como un geiser. ¿Y si Rosenthal tenía razón? ¿Y si seguir ciegamente las reglas fuera el camino a la felicidad y la paz interior? ¿Puede una persona sola tener razón, aunque esté segura de ello? Quizá Rosenthal advirtió cómo me ofuscaban las palabras. Pensar de aquel modo era como poner un pie en el abismo. Me refugié en la tierra firme de la indignación encubierta. Había intentado ser sincero y había descubierto que aquel cabrón no era de fiar. A partir de entonces recurriría al engaño.

Rosenthal me observó, con una sonrisa de Gioconda en sus labios gruesos, los ojos brillantes y la mandíbula mascando chicle.

—Dejémonos de sandeces y vayamos a cuestiones prácticas —dijo—. Voy a decirte lo que espero de ti. —Asentí para mostrar mi conformidad—. No te voy a meter en un centro de inserción —dijo—, sencillamente porque están todos llenos. Creo que sería lo mejor, pero no puedo hacer nada. Tienes un historial de narcóticos, así que te voy a meter en la prueba de nalorfina. Ten, firma este formulario. —Se inclinó para alcanzar un cajón.

—No me he pinchado desde los diecinueve años.

—Si se tiene algún historial de narcóticos de cualquier tipo, marihuana, pastillas, lo que sea, hay que pasar por la prueba de la nalorfina. —Me pasó el documento y un bolígrafo por encima de la mesa. Era una declaración en la que yo accedía de forma voluntaria a participar en el programa de control de narcóticos con nalorfina. Firmé el formulario, pero estaba furioso. Me dijo que tenía que presentarme en el centro el viernes, entre las doce de la mañana y las seis y media de la tarde, y me dio un papel con la dirección.

—Bueno —dijo—, ¿y qué tal va el tema del trabajo?

—Estoy buscando —dije.

—Algún responsable de la empresa debe estar informado de que estás en libertad condicional.

Aquellas palabras me pusieron enfermo. Contaba con poder ocultar mi pasado y empezar a ser diferente a partir de que los demás pensaran que soy diferente. Aquella orden tan excesiva me dejó asombrado.

—¿Cómo voy a conseguir un trabajo digno en esas circunstancias?

—Es lo que establece la normativa. Bueno, hoy empiezas la libertad condicional. —Miró el reloj—. Tenemos que dejarlo aquí. Esta tarde estoy citado en el juzgado. Cuando encuentres un alojamiento, déjale la dirección a la chica de afuera. —Rosenthal cogió el abrigo y me acompañó a la salida. Por el pasillo me contó por qué iba al juzgado. Iba a recoger a un preso en libertad condicional al que habían visto pasando una dosis de diez dólares de heroína de camino al centro para pasar la prueba

de la nalorfina. Rosenthal dijo que le parecía una lástima, porque aquel hombre tenía dos condenas anteriores por narcóticos y después de aquello automáticamente no iba a tener derecho a la condicional hasta pasados quince años. Ahora tenía cuarenta y seis.

No dije nada. No sentía ninguna pena por aquel hombre, que había cometido una gran estupidez. Y tampoco estaba furioso con Rosenthal, que se había comportado exactamente como yo esperaba. Él estaba más ciego que yo. Yo podía verme a mí mismo a través de su mirada, pero la empatía no era mutua. Si conseguía salir adelante, sería a pesar de él.

Al llegar a la acera, me sentí aletargado por el calor. Tenía que encontrar una habitación para dormir. Empezaban a pasar los efectos de las pastillas y el cansancio acumulado era doblemente intenso. Sentía que la libertad condicional se volvía una carga cada vez más pesada, como un albatros abrazado a mi cuello. O la cumplía o volvía a la cárcel. «Hijo de puta —mascullé—. Hijo de la gran puta».

Capítulo 5

Alquilé una habitación en una pensión de tercera cerca del cruce entre las calles Séptima y Alvarado, en un barrio con edificios decadentes de ladrillo y antiguas mansiones victorianas convertidas en pensiones. Era una zona habitada por personas que pasaban por una época de penuria o estaban en el lindar de la pobreza, alcohólicos (pero no borrachos callejeros), jubilados, putas que cobraban diez dólares por servicio, yonquis y chaperos pasando una mala racha. La población contaba con abundantes servicios: casas de empeño, bares y locales de striptease. No escogí aquel barrio por el ambiente ni porque el precio fuera barato, aunque aquel era un punto a favor, sino porque era más sencillo desplazarse por la ciudad desde allí que desde cualquier otra zona. El centro de Los Ángeles estaba a veinte minutos de distancia y Hollywood, sólo a media hora en autobús; aquellas eran las zonas en las que era más probable encontrar trabajo.

Me decidí en concreto por aquel pequeño hotel porque no tenía recepción. Rosenthal no podría interrogar a nadie sobre mis horarios. Toda mi vida pasada en furtividad, junto con la desconfianza que me generaba aquel agente de la condicional, me habían hecho tener muy en cuenta aquel aspecto. La habitación tenía lavabo, pero el baño estaba al final del pasillo.

La moqueta estaba raída, pero en comparación con el cemento desnudo parecía todo un lujo. La ventana daba a un pasaje que separaba el hotel del muro de ladrillo de un garaje. Al asomarme a la ventana, me fijé en los tres metros que había hasta el suelo, pensando en posibles vías en caso de huida. Enseguida me reí de lo que estaba haciendo.

Los pies me ardían. Las ampollas se habían hinchado. Me quité los horrorosos zapatos que llevaba y bajé al piso de abajo descalzo para llamar a la oficina de la condicional y dejar mi dirección. Después volví a subir. En el exterior, el sol era abrasador. El calor era tan intenso que me nublabá el pensamiento. Me dormí y, empapado en sudor, soñé que me ahogaba en el mar de los Sargazos, arrastrado por un alga de un color verde amarillento. Cuando me desperté, el sudor se había enfriado con la brisa. Anocheceía y tenía hambre. También me había despertado descansado, así que después de comer un plato del día en un café del barrio decidí dar un paseo y pararme en alguna tienda para comprar artículos de aseo.

Con las ampollas, el paseo no se alargó demasiado. A las dos manzanas decidí volver, aunque por otro camino. En la calle Octava me detuve en una licorería para comprar un puro. Me encontré con un viejo que salía de la tienda, con el uniforme de todos los viejos olvidados: pantalones caquis anchos y un jersey insulso de color aceituna. Caminaba encorvado y con paso de cangrejo, con demasiada firmeza para ser un vagabundo borracho, aunque llevaba en la mano una bolsa de papel, cogida

por el cuello de la botella que había dentro. La botella era una estrategia para enfrentarse a la soledad de una habitación alquilada, o para sobrellevar las comidas a solas en un rincón de la barra de un bar o en una cafetería. Barrios como aquél eran un polo de atracción para aquellos viejos, que sobrevivían con una pensión, pero estaban completamente solos y así se sentían.

Aquel viejo me trajo recuerdos de mi padre. Cuando mi madre murió como consecuencia de mi parto, él tenía cincuenta y dos años. Cuatro años más tarde lo declararon inválido, tras el primero de los muchos ataques al corazón que padeció. La nuestra era una familia sin parientes ni amigos próximos, así que a los cuatro años comparecí por primera vez ante un tribunal, que consideró que yo era un niño necesitado y me dejó bajo tutela del condado. El condado me dejó en una casa de acogida y mi padre empezó a morir lentamente en asilos de ancianos y habitaciones alquiladas. Desde el principio fui un alborotador, un fugitivo, un niño aficionado a los berrinches y un ladrón. Si aquella conducta respondía a algún propósito, yo era demasiado pequeño para articularlo. Ni siquiera recordaba lo que sentía. Más tarde mis sentimientos fueron confusos y contradictorios: odio a la autoridad, soledad, anhelo de amar. Por aquel entonces el estado —o la sociedad— estaba decidido a acabar con la rebeldía. Cuando cumplí los diez años, el círculo ya se había cerrado.

En mi infancia, mi padre nunca fue un modelo para mí, apenas un hombre viejo y encorvado, vestido con pantalones caquis y un jersey, que me iba a ver a las casas de acogida y los reformatorios. Recuerdo cómo le suplicaba que me llevara a casa. Me parecía imposible que estuviera «tan enfermo» si se tenía en pie. Estar enfermo quería decir estar en cama. Cuando me escapé del reformatorio con Gino, le fui a ver a la habitación alquilada en la que vivía entonces, después de pasar tres noches durmiendo dentro de un coche en un desguace. Mi padre quiso entregarme a las autoridades. Me escapé y lo maldije por su reacción. Fue la última vez que le pedí ayuda.

Ahora comprendo que se sacrificó para vestirme con una ropa mejor que la que me procuraba el condado y comprarme libros, cuando empecé a interesarme por la lectura. Pero nunca ejerció una gran influencia en mi vida. Crecí solo.

A medida que yo me hacía más fuerte, él se debilitaba. Siguió viviendo, semi inválido, durante trece años. Entonces iba yo a visitarlo, y pasaba un rato con él en una habitación de aspecto anodino o un parque, deseando sentir algo más de lo que sentía, que no era amor, sino lástima. Cuando yo estaba en el reformatorio, tuvo otro infarto y lo metieron en un asilo para que esperara la muerte. Supongo que aquello lo costearon el sindicato de carpinteros y la seguridad social. La última vez que lo vi estaba en aquel asilo. Fue en la época en que me había escapado del reformatorio y rondaba por las calles con Joe Gambesi. El asilo estaba cerca del barrio en el que estaba ahora; era un edificio Victoriano con tejado a dos aguas y unos grandes

terrenos. En el patio de atrás se habían construido unas casitas diminutas. Una mujer de la limpieza me indicó el camino a una de ellas. El interior era oscuro y sombrío; las cortinas estaban corridas, para no dejar pasar el sol e impedir que se vieran las flores del jardín. La estancia estaba impregnada del hedor del deterioro humano. Había media docena de viejos en pijama, con el semblante enjuto, la piel arrugada y barba de tres días. Todos tenían una mirada vidriosa y ausente.

La visita fue una tortura. Mi padre no me reconoció y, cuando le recordé quién era yo, apenas registró la información y empezó a soltar un discurso lastimero sobre la comida, los demás viejos y la dirección del centro. Alguien le había robado los cuatro chavos que tenía para cigarrillos y me pidió dinero. También le habían quitado el reloj, pero aquello no parecía importarle. Era un reloj de bolsillo grande, de oro, el único objeto valioso que había poseído jamás, y que había llevado encima durante cuarenta años. Le di cigarrillos y los pocos dólares que tenía. Me suplicó que le llevara conmigo; se repetía a la inversa la situación de seis años atrás, cuando yo se lo había implorado. Entonces yo estaba tan desamparado como él lo había estado años atrás. Tenía quince años, me había escapado del reformatorio y lo único que tenía eran cinco dólares en el bolsillo. Me fui llorando de rabia y frustración. Mi padre se había convertido en un bebé, irracional e indefenso, y estaba solo. A los quince años la muerte es tan sólo una idea, algo irreal, pero entonces comprendí qué era la soledad con total clarividencia. En aquel breve episodio se me presentó claramente el destino humano en toda su crudeza. La condición humana era aquello y no la gloria de los libros y la historia. Me marché furioso por la indiferencia del universo.

Fue mi última visita y la última vez que lo vi. Al salir me encontré con una enfermera, que me miró con los ojos muy abiertos y me espetó que la policía había ido a buscarme. En cuanto ella cogió el teléfono, eché a correr.

Dos años más tarde, yo volvía a estar en el reformatorio. Un día, el capellán me dio un telegrama. Mi padre había muerto. El capellán miró el reloj y me dijo que tenía que ausentarse quince minutos, pero que me podía quedar en su despacho y aprovechar ese rato para llorar, si quería.

De vez en cuando, cuando veía a un viejo con pantalones caquis, como el que había salido de la licorería, me venían a la memoria aquellos recuerdos. Cuando yo me muera, nadie se acordará de mi padre. Podría no haber nacido nunca; tan poco sentido tuvo su vida. Ni siquiera sé dónde está enterrado.

Antes de regresar a la habitación, llamé por teléfono a la hermana de Leroy. Respondió una canguro y no dejé ningún mensaje. A través del vidrio de la cabina veía cómo empezaban a encenderse las luces de la ciudad. Aquella habitación inhóspita me recordaba demasiado a la celda de la cárcel. Probé a llamar al número del billar que me había dado L. L. Red, con la intención de pedirle que me fuera a buscar. Respondió una chica mexicana. Red se había marchado hacía una hora.

Se me ocurrió ir andando al centro y pasarme por los locales habituales de los ex presidiarios, pero las ampollas me impedían caminar. En una librería de segunda mano me compré dos libros de bolsillo manoseados y, en la licorería cogí un periódico, una lata de cerveza y un puro, y volví a la habitación.

Capítulo 6

La simple tarea de buscar trabajo era un martirio en varios sentidos. Las ampollas de los pies me hacían cojear a cada paso, lo que se convertía en una tortura. La intensa y sofocante ola de calor me absorbía las fuerzas y retenía el aire contaminado de la atmósfera, con lo que los ojos me lloraban continuamente. Pero lo peor eran los efectos psicológicos. Por mucho que me recordara que millones y millones de personas habían pedido un trabajo a lo largo de la historia, para mí era algo nuevo. Cada oficina me resultaba aterradora, porque ponía al descubierto la desesperación absoluta de la necesidad. Más allá de mi actitud y mi apariencia, lo que hacía era suplicar que me dieran trabajo. Sólo me ayudaba a continuar el dinero que poco a poco iba saliendo de mi bolsillo —un dólar para la comida, dos dólares a cambio de otra camisa, cuarenta centavos para el autobús—, porque me aterrorizaba quedarme sin un duro, por lo que pudiera hacer en aquellas circunstancias. Me molestaba sentir aquel impulso y es posible que se me notara. Me avergonzaba tener que contar en cada empresa que yo era un ex presidiario y quizá ocultaba aquella vergüenza con cierta actitud desafiante.

Pasé tres días buscando trabajo por el centro, cojeando, sin confianza en mí mismo, apartado de todos los vínculos personales que había tenido, intentando encontrar los cimientos sobre los que construir una nueva vida. A medida que las monedas se iban gastando, sentía la presión inexorable del tiempo. No encontraba trabajo en ningún lugar. La condición de ex presidiario me descartaba de un empleo tras otro, incluso los de menos responsabilidad, como repartidor o conserje, porque eran puestos en los que había oportunidades para robar y nadie quería arriesgarse. Me senté en oficinas sofocantes y otras con aire acondicionado, cumplí formularios y dejé mi dirección. Una gran compañía de seguros hacía unas pruebas de selección. Aun sabiendo que no serviría de nada, me presenté a la prueba y la aprobé con la puntuación más alta de las treinta personas que se habían presentado. Pero cuando le dije al entrevistador que había estado en la cárcel, me dijo sinceramente que ninguna empresa me iba a asegurar y que el seguro era imprescindible para el puesto.

Volví al calor de las aceras y los autobuses abarrotados, y finalmente llegué a mi terrible habitación y me puse a contar el dinero que me quedaba.



Rosenthal pasó por allí una tarde, a los tres días de haber llegado. No le gustó la situación del hotel: dijo que el barrio «olía» a heroína. Quería hablar con él sobre el trabajo y pedirle que me permitiera ocultar mi expediente, pero lo único que le preocupaba es que me presentara a la prueba de la nalorfina el viernes siguiente.

Finalmente, me dieron trabajo en una empresa que gestionaba una serie de aparcamientos (el director de personal había cumplido condena), pero tenía que esperar un mes, hasta que abrieran un local nuevo. Me quedaban sólo treinta y tres dólares.

La oficina de trabajo temporal estaba en Wilshire Boulevard, en la undécima planta de un rascacielos azul. Era la hora de la comida y no se veía a nadie, excepto a una joven, sentada tras una mesa en la parte de atrás de la oficina. Esbozó una sonrisa impersonal y profesional, y se acercó a saludarme. No tenía más de 25 años y, aunque no era especialmente bella, era hábil con el maquillaje. Tenía unas piernas bonitas, que lucían con una falda corta y ajustada. Me hizo sentir incómodo. Después de tanto tiempo en un mundo únicamente masculino, las mujeres sexualmente atractivas me ponían nervioso.

La joven, que era la eficiencia personificada, averiguó el propósito de mi visita, descubrió que sabía mecanografía y me dio una máquina de escribir para que hiciera una prueba. Puso un cronómetro y volvió a su mesa. Pulsé las teclas con demasiada fuerza como para adquirir velocidad, cometí errores y maldije mi impericia en voz alta. Escribir a máquina me había sido muy útil en la cárcel, porque mecanografiando para otros presos apuestas de fútbol, peticiones de *babeas corpus* y cartas había satisfecho mis necesidades de artículos de aseo, café y tabaco. Sabía hacerlo mejor, pero cuando sonó el cronómetro ya había llegado a la última línea. La muchacha se acercó, leyó el texto y me comentó que lo había hecho muy bien. Me explicó que sería más fácil conservar un empleo si tenía otros conocimientos o asumía diferentes tareas. La escuché sólo a medias y con los dientes apretados. Me avergonzaba que mis habilidades fueran tan triviales que estuvieran al alcance de miles de taquígrafos imbéciles.

Me dio un formulario. La irritación aumentó a medida que lo iba cumplimentando. En las preguntas sobre mi experiencia laboral, dejé los espacios en blanco. Cuando le devolví el formulario, la joven frunció el ceño, perturbando la tersura de su frente.

—Se ha dejado algo —dijo—. Su experiencia de trabajo.

—No he trabajado nunca.

—Bueno, puede poner también si ha trabajado por su cuenta o ha estado en el ejército.

Negué con la cabeza.

—¿Y qué ha hecho?

—He estado en la cárcel.

La muchacha, que estaba mirando hacia abajo, alzó la vista súbitamente, sorprendida por mi afirmación. Sus labios rosados formaron una «O» de asombro y se quedó observándome con detenimiento. La miré directamente a los ojos y se

sonrojó. Tenía los ojos azul oscuro, con una pequeñísima corona gris alrededor del iris. Apartó rápidamente la mirada y se mordió los labios. Tamborileó rítmicamente sobre el formulario con sus largas uñas.

—Necesito un trabajo, lo necesito de verdad —dije, complacido de que me mirara como una persona. Le había contado la verdad para cumplir las normas que había establecido Rosenthal, pero también me motivaba una necesidad más profunda, provocar precisamente una respuesta: el reconocimiento de mi identidad.

—Bueno, creo que lo podemos dejar en blanco —dijo, mirándome con una sonrisa afable y sincera—. Le encontraremos un trabajo, no se preocupe. ¿Tiene teléfono?

—Sí, pero no tengo aquí el número.

—Llame y déjeme el número. Le llamaré con un día de antelación y le diré adónde tiene que ir. ¿Cómo tiene la cuestión del transporte?

—Puedo tomar prestado un coche. —Mentí, pensando que tener transporte me daría más oportunidades.

—Eso será útil —dijo, mientras lo anotaba en el formulario—. Bueno, hoy estamos a jueves. El viernes y el sábado solemos recibir llamadas para la semana siguiente. Me dejo su nombre aquí, encima de la mesa. Tendrá noticias mías a lo largo del fin de semana. —Prosiguió—: No es que quiera inmiscuirme en sus asuntos personales, pero... ¿Qué...? ¿Por qué...?

¿Qué delito podía sonar como que no era un delito? La joven me veía como una víctima, pero si evocaba una imagen que no era adecuada, me transformaría en agresor. Si conocía la verdad, su compasión se convertiría en horror.

—Me cogieron con... un poco de marihuana.

—¿Tantos años por eso? —dijo incrédula.

—Esto es California. La marihuana provocaba un pánico generalizado entonces. —Aquella mentira podría haber sido verdad. Conocía a un músico de jazz al que le habían caído diez años por posesión de una cantidad de marihuana tan pequeña que, en el juicio, tuvieron que meterla en un tarro de aceite para que flotara y pudiera verla el jurado.

—Lo siento —dijo—. No era mi intención entrometerme.

Musité algo ininteligible y eludí la conversación. Los empleados iban regresando a la oficina después de comer. La joven me dio su tarjeta. Se llamaba Olga Sorenson.

Al bajar con el ascensor, me sentí como si hubiera perdido peso. Más pronto o más tarde, el trabajo sería una cuestión trivial, pero por el momento era una salvación.

Wilshire Boulevard centelleaba con el calor que desprendían el vidrio y el cemento. El asfalto irradiaba oleadas de calor y la acera ardía bajo la suela de mis zapatos. El intenso resplandor me hería los ojos. Un reloj marcaba las 12.20. A las

dos entrevistaban a comerciales para otra empresa en la sexta planta de un hotel de Hollywood. Tardaría media hora en autobús, por lo que me sobraba una hora.

El parque Hancock estaba cerca de allí. Decidí descansar unos minutos en la hierba y dar una vuelta por el museo de arte del condado, que estaba en el parque. El sudor me resbalaba por la espalda cuando encontré una zona de sombra debajo de un árbol y me senté. El cuello de la camisa estaba húmedo y mustio. El traje barato se había deformado; tendría que lavarlo y plancharlo durante el fin de semana. El dolor de los pies me atenazaba. Me quité los zapatos y vi que las ampollas de los talones habían estallado y la piel estaba en carne viva. Se habían formado otras ampollas en la parte anterior de la planta y en el dedo gordo. Era irónico. Al salir de la cárcel, había previsto enfrentarme a toda clase de problemas, menos a las ampollas en los pies. Y aquel dolor casi me inmovilizaba. El museo de arte quedó descartado. Difícilmente se puede apreciar el arte cuando te mortifican unas ampollas.

A lo lejos veía las montañas, por encima de Sunset Strip, apenas a un breve trayecto en autobús. Se me ocurrió que podría ir hasta allí, buscar a algún conocido y pedirle dinero. Se sentiría obligado a dármelo. Si no me lo daba por propia iniciativa, lo haría cuando yo le insinuara sutilmente alguna amenaza.

Me quedé sentado unos minutos más, mirando cómo tres muchachas almorzaban entre risas, y me puse en marcha.

En la acera de enfrente de la parada de autobús de Wilshire Boulevard había una tienda de ropa de hombre. Me acordé de que una vez había comprado allí un jersey que me había costado sesenta dólares. Lo recordaba básicamente porque era caro. Hacía mucho tiempo de aquello. Fue poco después de poner fin a mi carrera en el ámbito de los delitos menores para pasar a los mayores, antes de que me acostumbrara a la ropa cara y a una vida lujosa.

Durante el trayecto, pensé en los dos años anteriores a mi llegada a la cárcel, en Sunset Strip y, especialmente, en su inframundo dedicado al vicio. Los bajos fondos de Sunset Strip, con prostitutas con aspecto ingenuo y chulos que parecían jóvenes ejecutivos de la industria del cine, vivían en un mundo aparte del hampa salvaje de los barrios bajos, tanto por su situación como por el dinero que se manejaba. La primera vez que supe de su existencia fue por una yonqui que hacía la calle en el centro. Tenía apuntados cientos de números de teléfono en una libreta, muchos de famosos. La heroína le había robado prematuramente la juventud y cuando su chulo la pegó y la echó porque le escondía el dinero, nadie quiso cogerla. Me dijo que había chicas que ganaban setenta mil dólares al año. Las prostitutas que yo conocía ganaban haciendo la calle lo suficiente para comprar drogas y pagar el alquiler. A mí me iba bien en el robo de mercancías, pero corría riesgos, y desde luego ganaba menos de lo que ella decía. Le encantaba contar historias y, escuchándola, percibí cierta debilidad en los que llevaban aquel tinglado. Nadie estaba organizado, pero su

éxito apuntaba a una posible debilidad. Me contó que tenían coctelerías y distribuían cigarrillos, y había uno que tenía en propiedad un yate de 24 metros de eslora y lo alquilaba.

Empecé a frecuentar sus lugares de reunión. Pronto decidí que iba a organizar la red de prostitución y cobrar un porcentaje. El plan consistía en recopilar información sobre ellos, encontrar cómplices y hacerles entender que, si se resistían, todo se iría a pique. Sería necesario utilizar la fuerza y el miedo, pero lo más importante era hacer un uso psicológico de la fuerza y del miedo. Tenían que enfrentarse a algo ajeno a su experiencia: un loco con una navaja que los amenazara con arrancarles el corazón, que les metiera una pistola en la boca a las chicas y no dejara lugar a dudas de que aquello no era un farol, que les dejara claro que se iban a colocar bombas en sus bares y negocios, y que se acosaría por teléfono a los clientes y el negocio se les iría a pique. Y el otro ardid psicológico consistía en hacerles creer que nadie les timaba, sino que se adscribían a una organización que les beneficiaba. Las putas y los chulos independientes se mantendrían alejados del territorio y, si alguien daba problemas, podrían contar con la fuerza para resolverlos.

El principal problema era conseguir ayuda. Los chulos, aunque no estaban organizados, tenían dinero y, si querían eliminar a alguien, podían contratar a un asesino. Y conseguir ayuda resultó ser un gran obstáculo. Los pelagatos de los barrios bajos resultarían ridículos en Sunset Strip, sobre todo si eran jóvenes, como la mayoría de mis amigos. Las metas de los yonquis eran demasiado cortas: robar una pitillera en una tienda para irse directamente a comprar una dosis de heroína. Los delincuentes más viejos no prestaban atención a alguien de mi edad. A otros los descarté por no ser suficientemente violentos. Otros lo eran demasiado como para dirigir sus esfuerzos a un objetivo. Querrían violar a las chicas, que eran mucho más deseables que los cuerpos marchitos a los que estaban acostumbrados.

Antes de dar el primer paso, cometí un error: hablé demasiado. Había seguido cometiendo robos y, el fin de semana en el que celebramos la venta del camión de carne robada, llevé a L. L. Red a ver a la puta que me había dado la idea. Ella insultó a los chulos y yo, borracho, me jacté de lo que les iba a suceder. La prostituta, por miedo o por malicia (¿quién sabe lo que le pasa por la cabeza a una puta drogadicta?) llamó por teléfono a su antiguo chulo y se lo contó.

El chulo y dos matones me pillaron en un aparcamiento y me apalearon. Fue una buena paliza, pero conseguí escapar. Aquél fue el error del chulo.

Una semana más tarde, cuando llegó a su apartamento, yo le estaba esperando, con una pistola en una mano y unos nudillos metálicos en la otra.

—No te creerías que la mierda se había acabado, ¿no? —le dije.

Cinco minutos después tenía los dientes como colillas, la mandíbula fracturada y las costillas rotas. No se marchó a pie.

Dejarlo vivir fue un error. Como yo vivía siguiendo las normas no escritas de los delincuentes, asumí que él también las respetaría. Pero le conté a la policía quién era yo y lo que había sucedido. En aquel momento me sorprendió, pero si hubiera tenido más experiencia, me lo habría esperado.

Tardaron cuarenta y ocho horas en dejarme salir en fianza, así que cuando llegué a la escena del vicio, la historia ya era un rumor. El chulo estaba en el hospital, pero evité encontrarme con los demás.

Una semana más tarde, el chulo testificó en la vista preliminar y afirmó que no sabía por qué lo había atacado. Después ya no pude encontrarlo. Quería convencerle para que estuviera callado. Si la persuasión fallaba, tendría que decidirme entre dos opciones: huir de California o matarlo.

El destino me evitó tener que elegir. Murió en un accidente de tráfico y el conductor del otro vehículo se dio a la fuga. Esperaba que me detuvieran inmediatamente y me tuvieran unas horas en la comisaría de la zona, dándome una paliza, hasta que mi abogado recibiera una orden judicial. No sucedió nada. Nadie fue a buscarme. El día del juicio, se retiraron los cargos porque el testigo principal de la acusación estaba «en paradero desconocido». Aunque parezca increíble, los policías que investigaban la agresión por algún motivo no conocían la existencia del accidente y los que investigaban el accidente no sabían que el fallecido era un testigo decisivo en un juicio por agresión.

En los bajos fondos de Sunset Strip se dio por sentado que yo lo había matado. Nadie conocía el origen de nuestra disputa, pero se extendieron los rumores. Según el relato más aceptado, él tenía una deuda con la mafia y yo era su matón.

El miedo había dejado una huella indeleble en el hampa de Sunset Strip. Los chulos desviaban la mirada en cuanto les miraba a los ojos. Los camareros se convirtieron en aduladores empalagosos; raramente pagaba una bebida. Me resultaba divertido, aunque desempeñaba mi papel con mucha seriedad.

El motivo por el que nunca llevé a cabo el plan que me había propuesto (además de la falta de cómplices) fue que conseguí una prostituta de lujo para mí, que me daba a la semana casi mil dólares de beneficios para mí solo, libres de impuestos. Tenía veinte años y era de Texas, había madurado en un burdel de Nueva Orleans y se hacía llamar «Sandy Storm». Como en todas partes, en el mundo de la prostitución, anunciarse sale muy a cuenta.

Ocho meses después Sandy triunfó: se casó con un australiano que tenía un rancho de ovejas del tamaño de la mitad del estado de Texas y se marchó a Australia. A su partida, yo tenía veintidós mil dólares en la caja fuerte, un Cadillac nuevo y un buen fondo de armario. En vez de buscarme otra puta que me mantuviera, empecé a dedicar mi tiempo de ocio y mi dinero a la preparación de golpes. Los delincuentes escuchaban a alguien con fachada, como yo, y me dediqué a cubrir, planificar y

financiar las estafas de los demás. La mayoría de los delincuentes viven al borde de la desesperación y están dispuestos a actuar, pero carecen de recursos. No les importa correr el riesgo y dar un porcentaje de los beneficios a cambio de que se les hagan todos los preparativos. Una de mis operaciones más lucrativas era la falsificación de cheques. Dos veces al mes me iba a Tijuana y compraba una identificación falsa y un talonario de grandes compañías de aviación, como Douglas, Boeing o Lockheed, u otras grandes empresas, como Southern Pacific. Nadie dudaba de aquellos talones. Los cheques y tres juegos de identificación costaban 125 dólares y encontrar a un ladrón que colocara aquel papel de primera clase era más fácil que comprarlo. Me llevaba el treinta por ciento. Pero aquella operación resultó ser mi perdición. Pillaron a uno de los que pasaba el material por la frontera, que tuvo un ataque de verborrea en la comisaría. El éxito me había vuelto descuidado y cuando los policías derribaron la puerta de mi apartamento encontraron cheques, un protector y una máquina de escribir. Aquel descuido me costó ocho años.

Según los criterios de los bajos fondos (los de los ladrones), en los que la duración de las victorias se valora más que la caída final, que se considera inevitable, yo había tenido un éxito clamoroso. Dos años con trajes de seda, Cadillacs y fines de semana en Palm Springs eran el colmo del éxito, especialmente para las personas con las que yo me había criado.

En los ocho años que pasé en la cárcel me di cuenta de que no había sido feliz y sentí que la mía había sido una victoria sin sentido.

Capítulo 7

El conductor del autobús anunció que habíamos llegado a Sunset Boulevard, los frenos chirriaron y me bajé: estaba de vuelta a la tierra de mi éxito. Mis actos me parecían irónicos. A pesar de mi sincera resolución de empezar una nueva vida, quería seguir aprovechándome de la antigua. Esperaba encontrarme con alguien que me conociera y temiera lo suficiente como para darme dinero. Rosenthal no lo entendería jamás, pero a él no lo habían soltado de la cárcel con lo que llevaba puesto, sin familia, sin trabajo y con dinero para vivir con frugalidad durante dos semanas.

El sol era cegador. Apenas había recorrido 15 metros por la avenida cuando empezaron a escocerme los ojos por el sudor. El entorno era familiar: moteles con rótulos inmensos, túneles de lavado, tiendas de ropa, palmeras altísimas. Pero también era diferente: todo tenía el tono amarillento del paso del tiempo. Las paredes de los moteles tenían la pintura descascarillada y las fachadas estaban salpicadas de vetas de óxido rojo que habían dejado las tuberías agujereadas. Las palmeras estaban cubiertas de polvo, lo que les daba un aspecto apagado y sin vida, que contrastaba con el verde intenso que yo recordaba.

Había algo que estaba claro: mi destino estaba mucho más lejos de lo que recordaba. Cuando empujé la puerta acolchada de la coctelería, me había aflojado la corbata, llevaba el abrigo colgado del brazo y hacía lo posible para no cojear. Ante la súbita oscuridad del interior del local, unas espirales luminosas me centellearon ante los ojos. Avancé con un brazo extendido hacia delante y encontré un taburete. Me sentía como un pueblerino; esperaba un estallido de carcajadas de un momento a otro. El aire acondicionado me enfrió el rostro y me hizo tomar más conciencia de mi cuerpo empapado en sudor. El camarero apareció tras el mostrador, una figura oscura con una camisa blanca. Pedí un Tom Collins y un vaso de agua con hielo.

Me bebí el agua de un trago y, mientras esperaba el cóctel, mis ojos se adaptaron a la oscuridad y el entorno empezó a materializarse. La decoración era de un tono rojo oscuro con toques de negro. Yo lo recordaba todo dorado y negro. Había una docena de clientes: un buen día entre semana para cualquier bar.

Cuando pagué el cóctel, volví a recordar con fastidio que mis fondos eran cada vez más escasos. ¿A quién era más probable que conociera aquel camarero? Se me ocurrió el nombre de Rick DeLavelle. Rick era un cobarde; me abrazaría, me profesaría amistad eterna y me prestaría ayuda.

Tenía el vaso vacío. Se había vaciado con más rapidez de la prevista. El joven camarero lo vio y se acercó. Tenía los cabellos largos y un rostro delgado y cetrino. Le hice una señal para que trajera otra copa.

—Oye, he estado fuera de la ciudad. ¿Cómo puedo encontrar a Rick DeLavelle?

—Habrás estado mucho tiempo fuera, tío. Murió hace tres años.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasó?

—No lo sé.

El camarero me miró con suspicacia, intentando identificarme a partir del traje barato y del pelo corto. No sabía si era un imbécil o un policía.

Cuando trajo la segunda copa, le pregunté:

—¿Y Ernie Baker?

—¿Qué?

—¿Lo conoces?

—Le he visto por aquí.

—¿Cuándo viene?

—Yo me dedico a hacer cócteles y a darle a la caja registradora. No sé cuándo viene nadie.

—¿Le puedo dejar una nota?

—Esto no es correos, tío.

La ira se había ido adueñando de mí, concitada por la frustración, por todo; de súbito se apoderó de mi cerebro y afloró. Me levanté y me incliné sobre la barra.

—¡Me cago en tu puta madre, capullo! ¿A que te parto la cabeza y te reviento el culo? ¿Qué te parece, capullo?

La saliva le salpicó. Abrió los ojos como platos. De pronto, el desdén dio paso al miedo. El camarero retrocedió hasta toparse con el anaquel que había detrás del mostrador.

Me quedé temblando, pero su expresión apaciguó mi ira. Sólo el vago e imperceptible recuerdo de que una pelea me devolvería a la cárcel me había contenido de embestirlo por encima de la barra y pegarle una paliza hasta dejarlo sin sentido. Y si mis palabras furiosas no provocaban la respuesta adecuada, estaba dispuesto a hacerlo igualmente. Estaba acostumbrado a tratar con hombres que se respetaban, no por cuestiones de modales, sino porque sabían que el otro era peligroso y que un desaire podía desatar la violencia y quizá terminar en un asesinato.

—¡Tranquilo, tío! —dijo—. Oye, por favor, no quería... Como cuando viene aquí un tío haciendo preguntas, qué... —Extendió las manos para explicar su confusión.

—Más te vale aprender a hablarle bien a la gente. Sino te van a dar mucho por culo, chaval —respondí.

—Lo siento, tío. Pensaba que eras de la poli.

—Igual lo soy. Pero a la gente se la trata con respeto.

—Los polis no sueltan esos tacos. —Intentó esbozar una sonrisa.

De pronto la situación pareció ridícula.

—Bueno, ya está. Tranquilidad —dije—. Déjame pensar un momento... ¿Vas a ver a Ernie?

—Viene de vez en cuando a lo largo del día. Yo me marché a las seis, pero puedo dejarle un recado.

—Te voy a dejar una nota y mañana te llamo. ¿Cómo te llamas?

—Willy Epstein.

—Vale, Willy. Olvídate de esta gilipollez. ¿Qué tal le va a Ernie?

—Mejor que a mí. Tiene a una vieja haciendo la calle y va por ahí con un Cadillac.

—¿Sabes dónde vive?

—Sólo lo conozco de vista.

—Pues dame un papel y un bolígrafo.

Me disponía a escribir la nota, y ya estaba pensando en qué tono era mejor utilizar, cuando me di cuenta de que estaba cayendo en viejos hábitos. A continuación llamaría a Willy Darin y aquello me llevaría a L. L. Red y su propuesta de robo. ¿Adónde me llevaría Ernie? Bien sabe Dios que necesitaba dinero. Arrugué el papel, lo dejé en un cenicero y me marché. Entonces me acordé de que no había pagado la segunda copa. «A la mierda», pensé, y seguí andando.

—¡Eh, oye! —gritó el camarero. No le hice caso.

El implacable fulgor del mediodía me consumía. Los vehículos avanzaban como una horda de escarabajos, con la cascara brillante, moviéndose a empujones en formación de columnas. El sudor volvía a resbalarme por el cuerpo y cada paso me laceraba las ampollas. Había llegado la hora de la entrevista de trabajo en Hollywood; con el aspecto que tenía, era difícil que causara buena impresión.

Una voz femenina gritó mi nombre. A mi lado se había detenido en doble fila un automóvil nuevo y elegante. Los coches de detrás pararon en seco. En el asiento del pasajero había una rubia que me indicó con una seña que me acercara. Bajé de la acera y rodeé el automóvil. Era demasiado joven para que yo la conociera y quienquiera que estuviese tras el volante estaba oculto por el parabrisas, que reflejaba el sol como un espejo. La joven abrió la puerta y se desplazó a un lado para dejarme espacio.

—Sube —dijo.

Subí. El conductor me resultaba conocido, pero no alcanzaba a identificarlo. El coche avanzó, mientras los conductores de los vehículos de detrás mostraban su irritación a bocinazos.

—Nena, cierra la ventana —dijo el hombre—. Se va a calentar el aire.

—Cuidado —dijo la rubia, inclinándose sobre mí para pulsar un botón. Su pecho rozó con indolencia mi antebrazo. Un escalofrío me recorrió inmediatamente. Ya fuera por su evidente sensualidad o por mi abstinencia prolongada, la reacción fue intensa y me distrajo por un momento de mi intento de identificar al conductor. Era un hombre corpulento al que se le estaban ablandando las carnes; la barriga llenaba

ampliamente una chillona camisa sport. Tenía los labios gruesos, el pelo rizado con mechones grises y una tez cetrina: era judío o italiano. Era el rostro de alguien a quien yo había conocido bastante bien, no mucho tiempo atrás. No era un amigo íntimo.

—Preséntanos, Abe —dijo la rubia, tirando del brazo del conductor.

—Max, ella es Angie Nichols. Max Dembo.

Agradecí la presentación, pero la rubia ya me había dado la clave. «Abe» era Abe Meyers, agente de fianzas. Pero cuando yo lo conocí no era agente de fianzas y tampoco lo era ahora, si no recordaba mal lo que contaban los periódicos. Le habían quitado la licencia por algún asunto turbio. Aquello había sido el año anterior. Cuando yo lo conocí, muchos años atrás, era propietario de un puesto de perritos calientes del East Side y su clientela estaba formada por jóvenes gamberros. Compraba mercancía robada y vendía pastillas. Más tarde tuvo un bar en el centro en el que se podían hacer apuestas. El que se encargaba de las apuestas era otro; Abe siempre se quedaba en segundo plano. Después Abe se trasladó a Sunset Strip, por la misma época que yo. Sus movimientos eran distintos a los míos y no sabía qué hacía, pero nos saludábamos cuando nos encontrábamos por la calle, de forma que cuando oí su nombre en la cárcel se me quedó. Se había convertido en un agente de fianzas de éxito. Pero lo que me vino a la cabeza en aquel momento fue sobre todo el término «soplón», aunque matizado con un interrogante. Un par de ladrones de joyerías lo habían acusado de ser responsable de sus fracasos. Recordé que la primera vez que había oído aquella acusación, no quise tomar partido. Las pruebas eran poco sólidas. Pero el rumor me alertó lo suficiente como para ir con cautela. Había que evitar todas las situaciones en las que un soplón me pudiera perjudicar. Y tenía que ser una tarea fácil, teniendo en cuenta que no estaba haciendo nada ilegal.

—Estábamos en el semáforo cuando saliste de Cheri's —dijo Abe—. Me he quedado de piedra.

—Soy yo, en carne y hueso.

—¿Adónde ibas?

Señalé el Boulevard.

—¿No tienes coche?

—Todavía no.

Abe frunció el ceño y me miró inquisitivamente a los ojos. Yo miré a Angie, también con una pregunta en la mirada.

—Ella es de fiar —respondió Abe—. Trabaja para mí.

—Bueno, pues...

—¿Cuándo llegaste a la ciudad?

—A principios de esta semana.

—Hacía mucho que no se te veía por aquí, ¿eh? —dijo Abe, con un suave silbido.

—Pues sí.

Angie se volvió a mí con sus ojos azules muy abiertos, acentuados por la sombra de ojos.

—¿Dónde has estado? —Esperaba oír nombres de lugares lejanos con resonancias exóticas. Abe se rió entre dientes y la verdad se hizo evidente—. Oh —añadió, con un intenso rubor en las mejillas—. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. —Su confusión alivió mi timidez.

Nos detuvimos en el semáforo.

—Acabo de abrir un club un poco más abajo —dijo Abe—. Vente a tomar una copa con nosotros, si tienes tiempo.

—Pues la verdad es que me apetece un trago bien frío. Oye, ¿qué pasó con el negocio de agente de fianzas? Oí que te lo habían cerrado.

Abe hizo un gesto de desdén.

—En un par de meses estaré de vuelta. Siempre puedo poner la licencia a nombre de otro. Luego te cuento toda la historia.

«Luego» indicaba algo más que una copa. Abe quería algo. Su amistad siempre tenía condiciones.

Habíamos llegado a Hollywood cuando preguntó:

—Oye, ¿no conocerás por casualidad a Lionel y Bulldog?

—Sí, los conozco. Y van diciendo cosas de ti.

—¡Joder, qué gilipollecitas, me cago en la puta!

Su vehemencia me sorprendió. Para un verdadero delincuente, ser tildado de soplón era muy grave, pero para alguien que vivía en los márgenes de la legalidad, como Abe, aquella acusación no debía de resultarle más desasosegante que el rugido de un animal salvaje dentro de un zoo. Lionel y Bulldog iban a estar encerrados durante mucho tiempo y los rumores que se filtraran por aquellos muros lejanos podrían irritarlo, pero no eran preocupantes. La posición de Abe estaba protegida por el dinero, que siempre atrae a los aduladores, y no dependía del respeto de los delincuentes. Pero era evidente que se había parado para recogerme precisamente por aquello. Había algún motivo.

La conversación se interrumpió por la presencia de Angie. Me dediqué a disfrutar de su aroma y a especular sobre el roce de su muslo con el mío. Me acordé de la entrevista de trabajo en Hollywood, pero decidí que tenía el traje demasiado arrugado para dar una impresión aceptable.

El club, que se llamaba «The Corral», estaba en una calle que cruzaba Sunset Boulevard y Hollywood Boulevard, una calle estrecha. Ocupaba los bajos de un edificio de ladrillo en el que había un hotel de segunda categoría. La fachada del club de Abe se había revestido con azulejos negros para que pareciera un establecimiento distinto.

Abe entró en un callejón de detrás del hotel y aparcó en un espacio estrecho.

—No abrimos hasta las siete —dijo—, pero los conocidos se pasan por la parte de atrás durante el día.

Un joven apareció en la puerta, atraído por el ruido del motor. Era un muchacho atractivo y elegante, con pantalones ribeteados y un jersey amplio.

—Tío, menos mal que has vuelto —dijo—. El teléfono no ha parado de sonar. Lloyd Johnson quiere saber si hay trato con la máquina de discos y hay otra tía que no para de llamar. Tiene al viejo en el talego y quiere sacarlo con fianza.

Angie se dirigió a la entrada del club, pavoneándose, y Abe y el joven siguieron hablando sobre la mujer y la fianza. Me quedé mirando cómo le temblaba el culo dentro de sus pantalones ajustados hasta que desapareció en el interior del local. Cuando el joven se marchó, dije:

—Pensaba que no tenías permiso para tramitar fianzas.

—No tengo permiso, pero cuando alguien me lo pide, lo hago y le paso el tema a Clyde Brooks, que me da una parte. Con este asunto me llevaré unos cien, por un par de llamadas.

De pronto, dejó de sonar la música de *rock and roll* que salía del interior del local. Cuando llegamos a la sala principal, vi que un grupo de cuatro músicos repasaba unas partituras sobre un escenario diminuto colgado de una pared. Angie subió al escenario por una escalerilla. La sala estaba a oscuras y las sillas estaban colocadas boca abajo sobre las mesas. Era más grande de lo que parecía desde afuera. Había dos barras. En la parte de delante había unas mesitas muy pequeñas colocadas sobre una tarima. La mayor parte de la sala estaba llena de mesas, tan cerca unas de las otras que casi se tocaban. En la parte de atrás había una pista de baile minúscula. El escenario estaba a tres metros de altura. La distribución estaba pensada inteligentemente para reunir al máximo de clientes en el menor espacio.

El joven volvió a nosotros. Se llamaba Manny y era el encargado y el jefe de camareros.

—Tómame algo mientras hago esas llamadas —me dijo Abe, mientras le hacía un gesto a Manny para que se encargara de ello. Abe desapareció por un corto pasillo que conducía a su despacho.

—Le debes de caer muy bien —dijo Manny, mientras me servía una ginebra triple con hielo en la barra—. Abe se dejaría robar los dientes antes que poner una copa gratis.

—Nos conocemos desde hace mucho —dije.

Sin ocultar su curiosidad, Manny examinó mi traje anticuado y mis cabellos cortos y pasados de moda. Quería hacerme preguntas, pero tras años de cárcel, yo estaba condicionado a apartarme de su curiosidad. De pronto estallaron las trepidantes guitarras del grupo, que pusieron fin a la necesidad de intercambio verbal.

El ritmo ahogaba el pensamiento y aún más la conversación. Angie era bailarina y empezó a menearse y a dar vueltas, haciendo pasos de bailes que, como me enteré después, se llamaban «*frug*», «*watusi*», «*swim*» y «*boogaloo*». Se llamaran como se llamaran, los movimientos eran eróticos. La ginebra me desinhibía.

Cuando volvió Abe, me acompañó a su oficina, un cuchitril con una mesa rayada, una silla y una caja fuerte antigua que podría desvalijarse en treinta minutos. Aquellas cajas habían sido legendarias para los ladrones de cajas fuertes de hacía cuarenta años.

Cuando Abe se dejó caer en la silla, su contorno pareció desbordarse por encima de la mesa. Le daba vueltas espasmódicamente a un lápiz y transpiraba. Siempre transpiraba.

—Te han tenido entre rejas mucho tiempo —dijo—. ¿Qué pasó?

—No tenía contactos con la junta de la condicional.

Las palabras de Abe mostraban empatía, pero su mirada era calculadora.

—¿Tienes algo en marcha ya?

—De momento voy acostumbrándome a cruzar la calle sin que me atropellen.

—Adaptarse debe de ser un coñazo. —Hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos—. Antes has dicho que conocías a Bulldog. ¿Y a Stan Bergman?

—Es amigo mío. ¿Por qué?

—Está en la cárcel, pendiente de juicio por un robo. Me gustaría que fueras a hacerle una visita.

—¿Sólo una visita?

—Bueno, hay algo más. Te cuento toda la historia. Tiene que ver con Stan, Bulldog y con el hermano pequeño de Bulldog.

Después de negar enfáticamente que hubiera soplado a Lionel y Bulldog —aunque lo cierto es que entendía por qué se habían llevado aquella impresión errónea—, me contó que había hecho de intermediario en la venta de unos diamantes robados, pero cuando se los entregaron no fue capaz de conseguir un precio adecuado. La publicidad que estaban dando los periódicos fastidiaba el golpe y todo el mundo estaba tenso. Los nervios estaban a flor de piel. Bulldog quería recuperar los diamantes, pero Abe se los había dado a un vendedor de diamantes al por mayor que vivía en Nueva York. Los dos ladrones le habían lanzado un ultimátum de veinticuatro horas. Aquella noche los detuvieron con la mitad del botín y pensaron que Abe había llamado a la policía por miedo. Se quedó con los diamantes que todavía tenía en sus manos. Según Abe, no tenían mucho valor, aunque yo recordaba que Lionel decía que valían veinte mil dólares.

—De eso hace un año —espeté—. ¿Qué problema hay ahora?

El problema era el hermano de Bulldog, que tenía diecinueve años. Recién salido del reformatorio, había empezado a amenazar a Abe. Quería diez mil dólares para la

apelación de Bulldog. Stan Bergman estaba casado con la hermana de Bulldog, por lo que era el cuñado del muchacho. Stan podía influir a su esposa y ésta al joven. Mi papel era mediar con Stan. Abe tenía otros métodos de persuasión, entre ellos un abogado. Si aquello fallaba, me dijo:

—A lo mejor podrías ayudarme con el chaval.

—¿Por qué no consigues los diez mil? Estabas en el ajo con esos tíos y algo sacaste.

—¿Después de todo lo que han dicho de mí? Y, en cualquier caso, si me dejo engatusar por cualquier chaval, se me van a tirar encima todos los gamberros de tres al cuarto de esta ciudad.

Aquella historia me indignó. Sólo otro delincuente podía comprender por qué. Abe prácticamente había admitido su traición en el asunto de los diamantes, pero aquello era insignificante, frente a la posibilidad de que fuera un soplón. Si era así, se merecía morir. Pero su versión de los hechos podría ser cierta. A Stan Bergman le iba a ir bien una ayuda, si lo habían acusado de atraco. Y Abe no iba a soltar diez mil dólares; eso estaba claro.

Lo más importante era que yo necesitaba ayuda e ir a ver a Stan era una tarea bastante fácil. Si aquello no funcionaba, Abe se quedaría solo (incluso podría avisar al muchacho), pero Abe no tenía por qué saberlo en aquel momento.

—Vale, iré a hablar con Stan. ¿Cuándo quieres que vaya?

—En cuanto quede con un buscapleitos para que nos deje entrar en la sala de abogados. En la de visitas seguramente habrá micrófonos. —Abe estaba ahora más relajado. Paladeaba mi aceptación y calculaba cuánto le costaría mi colaboración. Intentaría que fuera lo menos posible—. Sé que acabas de salir. ¿Cómo te puedo ayudar a salir adelante?

—Necesito un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Tú?

Le expliqué los requisitos de la condicional, que tenía que trabajar o volver a la cárcel, y que por eso quería un trabajo. Había reaccionado con tanta incredulidad que no le podía decir la verdad. Además, a sus ojos, la verdad habría debilitado mi posición.

—También me gustaría echar un polvo —añadí.

—Así que todavía no te has dado un revolcón, ¿eh? ¿Cuánto hace?

—Ocho primaveras.

—Joder, por aquí vienen unas cuantas que se te llevarían a casa sólo para pasar un buen rato.

—Pues preséntame a alguna.

—Pásate por la noche. Este antro se llena de zorras. Ya te consigo algo.

—¿Y qué pasa con el trabajo? Eso es lo importante.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro, joder.

—¿Sabes servir copas?

—Lo único que sé hacer es robar, repartir mierda y hacer estupideces.

—¿Qué te parecería trabajar de portero? Sólo como tapadera. Tendrías que pedir los carnets, cubrir las cuentas y mantener el orden.

—Está guay.

—Pero tienes que venir, ¿eh? Veinte dólares por noche. Por ser tú, puedes beber lo que quieras. Te servirá de tapadera hasta que montes algo. Igual puedes pillar a una puta también. Por aquí vienen bastantes.

Aquel trabajo de gorila sería una solución temporal ideal. Me aportaría ingresos y me dejaría el día libre para buscar otras cosas. El empleo de la oficina de trabajo temporal también lo cogería. Y además me divertiría con el ambiente del club nocturno.

Abe se apartó de la mesa y se disculpó, diciendo que tenía que atender un asunto urgente. Me dijo que me quedara por allí si quería, me dio una palmada en el hombro y cogió el teléfono.

Me quedé el resto de la tarde sentado en la oscuridad del club. Afuera hacía demasiado calor y no tenía adónde ir. Manny me emborrachó. Abe le dijo que me había contratado de portero, así que teóricamente era mi jefe, pero también le dijo que no me molestara. Manny intuía que yo era algo especial. Yo me preguntaba cuándo empezaría a trabajar y quería disponer de más información sobre el hermano pequeño de Bulldog, para calcular hasta qué punto podía implicarme en aquel asunto sin correr riesgos. Pero Abe no dejaba de hablar por teléfono y no había manera de interrumpirle. Además, con lo que había bebido ya estaba contento con estar simplemente ahí sentado descansando los pies.

Abe se marchó para cenar y cambiarse de ropa para atender el negocio de la noche. Yo mentí y dije que tenía que hacer algo en otro lugar y me marché. Estaba contento. En aquel ambiente habría que resistirse a las tentaciones, pero me sentía cómodo en aquella situación y confiaba en tomar las decisiones adecuadas en cada momento. Rosenthal nunca apreciaría lo irónica que resultaba la situación: había conseguido un trabajo sólo por mi reputación como delincuente.

Me subí al autobús lleno de satisfacción.

Después de darme un baño y afeitarme, bajé al puesto de hamburguesas que había en la esquina del hotel. Al atardecer, las calles eran un hervidero de gente acelerada. El puesto de hamburguesas tenía al lado una terraza cubierta por una marquesina de aluminio. Me senté a observar las prisas de los transeúntes.

Casi me había terminado el bocadillo cuando reconocí a alguien. Era Augie Morales, un compañero del reformatorio, ex presidiario y amigo de la infancia, que

caminaba apresurado por el bordillo de la acera, pasando junto a los transeúntes como si estuviera en el carril rápido de la autopista. Su ropa arrugada indicaba su estado. Salí rápidamente tras él sin pensarlo, aunque si lo hubiera pensado tampoco habría cambiado de decisión. Cuando lo alcancé, estaba a punto de pararse a vomitar en una alcantarilla. Algunos transeúntes lo miraban al pasar, pero nadie se detuvo ni le dijo una palabra. Reconocí de inmediato que los vómitos se debían a un exceso de heroína o al síndrome de abstinencia. Al verle, comprendí que se trataba del síndrome de abstinencia. El sudor le resbalaba por las mejillas, tenía manchas de humedad en la camisa, alrededor de las axilas, y los ojos muy abiertos, con las pupilas dilatadas y ocupando todo el iris.

Le toqué el brazo y le llamé por su nombre. Dio un respingo nervioso, como un gato asustado por un ruido. Asintió con la cabeza para mostrar que me reconocía, pero sin ninguna expresión de sorpresa ni de cordialidad. Era comprensible, teniendo en cuenta el terrible tormento que padecía.

—Tienes mala cara, tío —dije—. Te gotea la nariz.

—Soy un perro enfermo. —Miro el tráfico de alrededor—. ¿Tienes coche?

—No.

—Vamos tirando. Este barrio está lleno de polis de narcóticos.

—¿Adónde vas?

—A pincharme en una gasolinera.

—¿Llevas el caballo?

—Dos gramos en la boca.

—¿Y el material?

—En el culo.

—Mi habitación está a la vuelta de la esquina. Te puedes chutar allí.

Yo fui delante, cojeando. Augie quería caminar más rápido. Cada cinco metros tenía espasmos en el vientre. Era evidente que estaba muy habituado.

Mi impulso de generosidad me sembró de dudas. Ofrecerle una habitación era una idiotez. Nos podrían parar por la calle y detenernos. Acabaría en la cárcel sólo por estar con él, sobre todo si tenía marcas de pinchazos recientes en los brazos. Tendría que haber dado la vuelta cuando lo vi vomitar. Pero lo conocía desde hacía veinte años: nos habíamos conocido en el centro de menores. Estaba allí por robar bicicletas. Una vez, en el reformatorio, me metí en una pelea con un mexicano y él impidió que los demás fueran contra mí. En la cárcel también habíamos sido amigos; no éramos íntimos, pero cuando nos encontrábamos nos saludábamos y charlábamos un rato. Quizá llamarle había sido una idiotez, pero hubiera sido vergonzoso dejar pasar a un amigo sin decirle una palabra, o dejarle correr el riesgo de pincharse en el lavabo de una gasolinera.

Lo único que dijo Augie por el camino fue «date prisa». Un drogadicto enfermo

sólo piensa en acabar con el sufrimiento y estar en paz. O quizá olvidar. Quizá sean lo mismo.

Cerré la puerta con llave y puse la cajonera delante. Augie escupió dos globos rojos del tamaño de una canica pequeña, atados con un nudo y con el extremo cortado. Sin ningún apocamiento, se fue a una esquina y se desabrochó los pantalones. Se agachó, se metió un dedo en el culo y sacó un paquete pequeño manchado con heces. Lo lavó en el lavabo, lo desenvolvió y esparció el contenido encima de la cajonera: una cuchara medidora con una bolita de algodón en el fondo, un cuentagotas cortado con la punta envuelta en hilo y vidrio ahumado por usos anteriores; había habido casos de hombres condenados por posesión de heroína cuya única prueba condenatoria habían sido unos trozos de cuentagotas. La aguja, muy corta, estaba situada debajo de la pera del cuentagotas, insertada de tal forma que el vidrio servía de cubierta protectora.

Aunque le temblaba todo el cuerpo, movía hábilmente las manos.

—Dame un vaso de agua —dijo.

Al dárselo, me invadió la inquietud. Yo compartía el deseo de Augie, aunque en una escala microscópica en comparación con lo que él sentía. Aún después de tantos años, mi sistema nervioso seguía ansiando aquel éxtasis que acaba con todo el dolor (físico y psicológico) y hace parecer sin importancia lo que no acaba de erradicar. Sólo los iniciados saben lo difícil que resulta resistirse a ese deseo.

Las manos de Augie eran hábiles y expertas. Primero pasó agua por la aguja para limpiarla y a continuación rompió un globo y, dándole unos golpecitos, llenó la cuchara de polvo *beige*. Añadió unas gotas de agua, encendió tres cerillas a la vez y movió la cuchara por encima de la llama. El olor de azufre mezclado con heroína caliente me revolvió el estómago.

El polvo se transformó en un líquido semitransparente y Augie lo aspiró con el cuentagotas a través de la bola de algodón. La aguja encajó perfectamente en el extremo cubierto con hilo. Mientras sostenía delicadamente el equipo con una mano, se quitó el cinturón con la otra. Se rodeó hábilmente la muñeca con el cinturón y abrió y cerró la mano hasta que las venas del dorso se convirtieron en rígidas protuberancias. Estaban rodeadas de tejido cicatrizado entre azul y negro, producto de incontables pinchazos. Golpeó la punta de la aguja sobre una costra reciente y un hilo de sangre entró en el cuentagotas, lo que indicaba que había encontrado la vena. Introdujo la poción en su organismo.

A los diez segundos, Augie suspiró de felicidad. Se había acabado el tormento. Los problemas se habían disipado. Sus pupilas dilatadas se contrajeron hasta convertirse en diminutos puntos negros. Su fatigosa respiración se calmó. Su ritmo cardíaco también descendió.

Mientras se pinchaba, ninguno había dicho nada. Conversar no tenía sentido.

Entonces me señaló el globo que quedaba. Había cantidad suficiente para cinco dosis, si se las tomaba alguien no habituado.

—Pruébala —dijo—. Es un caballo bastante bueno. —Arrastraba las palabras.

Me sentí tentado, pero finalmente me decidí y negué con la cabeza. Augie arqueó una ceja, incrédulo.

—Tú te metes —dijo.

—Lo he dejado.

—Estás de broma. ¿Seguro?

—Seguro.

—Voy a limpiar todo este lío.

Volvió a guardar el equipo en el paquete y se lo metió en el bolsillo. Limpió la cuchara y se lavó la cara en el lavabo. Observó su barba de tres días.

—Tengo que afeitarme.

—Afeítate aquí.

Mientras se afeitaba, se puso a hablar. Le habían concedido la condicional hacía un año y había estado trabajando como operador de una prensa troqueladora; estaba contento de estar en libertad. Entonces le empezó a impacientar la rutina. Empezó pinchándose el día que cobraba, para pasar un buen rato, como cualquiera. Después añadió otro chute justo después de la prueba semanal de nalorfina. Su esposa — estaba casado y tenía tres hijos— empezó a recriminarle lo que se gastaba en drogas. Cada globo le costaba diez dólares, la cantidad más pequeña que podía comprar. Con dos chutes a la semana, la suma subía a ochenta dólares al mes, un gasto considerable para un obrero. Los reproches de su esposa, en vez de detenerlo, lo llevaron a vender unas cuantas papelas de diez dólares cada noche, sólo para pagar lo que se pinchaba. Pero al tener más heroína al alcance de la mano, consumía más. Llegó el día en que se levantó con la necesidad de pincharse para ir a trabajar; estaba enganchado. Ya no podía pasar la prueba de la nalorfina y eso implicaba que tendría que volver a la cárcel. Así que incumplió la condicional y desapareció en el hormiguero urbano. Los fugitivos no pueden trabajar y tampoco había ningún empleo que le diera dinero suficiente para mantener su hábito. Empezó a vender más papelas de diez dólares. Cada mañana gastaba cincuenta en siete gramos, lo dividía en una docena de globos y se iba al centro. Se pasaba el tiempo andando o sentado en cafés y bares, donde iban a buscarlo los drogadictos. Vendía lo suficiente para pagar el alquiler y comprar comida, y el resto se lo pinchaba. Llevaba siempre dos globos en la boca y el resto, lo escondía. La semana anterior había ido a visitar a su esposa. Habían ido a buscarle dos policías, no por incumplir la condicional, sino porque tenían una orden de detención por venta de drogas. Le había vendido una dosis a un policía secreto.

—¿Tu último marrón fue por drogas, no?

—Todos mis marrones son por drogas.

—Joder, chaval, te van a caer quince años fijo. ¿Qué coño haces en la calle?

Encogió los hombros. En plena euforia de heroína, no sentía miedo ni le afectaba la realidad en toda su dureza.

—¿Qué voy a hacer?

—¡Pues mándalo todo a la mierda, tío! Sal del país. Márchate a México. No habrá manera de que te deporten jamás.

—Allí no conozco a nadie. No sabría qué hacer.

Su rendición tácita era terrible.

—Tío, estás más pillado que un pez en el anzuelo. En algún momento te van a trincar. Consíguete una pipa y haz algún atraco, ¡un banco o algo! Sácate dinero suficiente para huir. Si te van a pillar, que te pillen en plena calle. No tienes nada que perder.

—A la mierda. Si me pillan, que me pillen.

—Te caerán quince años.

—Qué más da, llevo toda la vida encerrado. La comida no está mal y se puede jugar al frontón. Joder, tengo más problemas cuando estoy fuera que cuando estoy dentro.

Lo dijo irónicamente, pero era tan cierto que no hacía ninguna gracia. Su futuro estaba pavorosamente claro. Seguiría drogado cuanto pudiera y continuaría vendiendo pequeñas dosis de heroína para ir tirando. Sería un pequeño milagro que aguantara tres meses así, especialmente porque vivía en barrios infestados de policía. Lo detendrían y se pasaría quince años viviendo en la tumba, junto a otros tantos muertos vivientes.

Se aplicó loción de afeitado sobre sus mejillas demacradas, se peinó y se alisó la ropa. Entonces se sentó a descansar unos minutos antes de volverse a lanzar a la vorágine de las calles. Miró alrededor de la habitación.

—No está mal. En la mayoría de estos antros no hay ni alfombra.

—Un antro es un antro.

Que se dejara destruir sin oponer resistencia me ponía furioso. Fuera lo que fuera —y yo no pensaba que fuera una mala persona, sino alguien con una vida trágica—, y aunque la sociedad tenía derecho a protegerse, su derecho a la supervivencia dictaba que él tenía que luchar hasta el último suspiro.

—¿Cuándo saliste? —pregunté. Antes de que pudiera responder, se le cayó la cabeza al pecho. La levantó bruscamente.

—Joder, se me cae la cabeza. ¿Qué has dicho?

—Nada.

Renegó. Se le volvió a caer la cabeza. Lo conocía desde que era un muchacho de rostro lozano. Ahora tenía arrugas profundas en la cara. Su espalda, que había sido robusta y fuerte, estaba huesuda, y el gris le poblaba los cabellos. Volvió a dar una

sacudida.

—Oye, Max, ya sé que acabas de salir, pero, ¿no me podrías dejar unos pavos?

A pesar de mi escasez de recursos, había pensado darle cinco dólares, pero al final le di diez.

—No es mucho. Yo también voy de culo.

—Me irá bien. Tengo otro globo para esta noche. Por la mañana estaré mal, pero mi contacto me va a adelantar algo. —Se levantó y se puso la camisa—. Tengo que pirarme. ¿Te vas a quedar mucho aquí?

—Un par de semanas.

—Igual me paso.

Vi cómo se alejaba por el pasillo, con aire indiferente, balanceando un brazo de forma exagerada y moviendo los hombros con estilo. Había adoptado aquellos andares en su juventud, para demostrar que era un tipo duro, y se había convertido en un hábito. Aquella forma de andar, como los tatuajes azules hechos a mano, delataban a un hombre que había pasado parte de su juventud en centros de menores.



Antes de encontrarme a Augie, se me había ocurrido ir a algún cine del barrio, pero con diez dólares menos en el bolsillo, cambié de opinión. Leí durante una hora y me quedé dormido. Después de medianoche me levanté con hambre y me fui andando a una cafetería de Alvarado. Las aceras todavía estaban llenas de gente, y de los bares y coctelerías surgía una música estridente. Las risas despreocupadas de las parejas que salían de aquellos locales me dieron envidia. Todo magnificaba mi deseo de estar en Sunset Strip o en Malibú; en cualquier lugar en el que pudiera ir bien vestido y tener dinero en el bolsillo para disfrutar de la vida.

Me senté a tomarme un café y un trozo de pastel duro.

Capítulo 8

A la mañana siguiente —era viernes—, llamé a Olga Sorenson, la chica de la agencia de trabajo temporal. Si podía, quería mantener dos trabajos y conseguir dinero para comprar ropa y un coche. Me prometió que me tendría en mente, apuntó el número de teléfono del hotel y me dijo que lo dejaría encima de su mesa. Estaría en la oficina durante el fin de semana y quería llamarme el sábado por la tarde.

Entonces llamé a Abe. También se alegró de hablar conmigo. A las cinco de la tarde nos esperaba un abogado en el aparcamiento de la Prisión Central. No había perdido el tiempo a la hora de concertar la visita.

A las cuatro y media, Abe me recogió en el cruce de Wilshire Boulevard y nos dirigimos hacia la autopista. Llevaba un traje de seda iridiscente de un tono gris pálido, con un corte muy elegante. En el dedo pequeño llevaba un anillo de diamantes de cuatro quilates. Con aquel anillo me podría comprar varios trajes, e incluso un coche. Cogerlo sería fácil: sólo tenía que esperarlo en el callejón de detrás del club y apuntarle con una pistola entre las costillas. Incluso podría entrar con él y limpiar la caja. De pronto me di cuenta del curso de mis pensamientos y lo atajé.

Abe advirtió mi retraimiento y confundió el motivo.

—No te preocupes —dijo—. Con Stan no va a haber ningún problema. Está hasta el cuello y totalmente colgado. Él nos ayuda y nosotros lo ayudamos a que no le caiga una pena por delincuente habitual.

—Igual el chaval no le hace caso a él —dije.

—Bueno, ya lo pillaré, entre Stan, la mujer de Stan y tú. Incluso podríamos hacerle un regalito, mandarle una puta. Alguien que encandle al chaval.

—Espero que tengas razón, por la cuenta que te trae.

—Bueno... Más bien es a él al que le conviene. Yo no soy presa fácil. Si hace falta, soy capaz de dar cuatro hostias. ¡Ya puede ir creyéndoselo! Y tengo dinero. Si conmigo no basta, contrataré a otro.

No dije nada, pero aquellas palabras me hicieron cambiar de opinión sobre Abe Meyers. Era un hombre dominado por la inquietud y con el miedo a flor de piel. Pero no era un miedo que paralizara la acción. Bajo presión, podría resultar peligroso. Y era astuto, seguramente demasiado para aquel muchacho.

Salimos de la autopista, dimos varias vueltas por las calles del gueto y pasamos junto a unos parques de chatarra. De pronto llegamos a una calle inhóspita con la acera bordeada por casas de contrachapado, todas con el mismo rótulo: AGENTE DE FIANZAS, 24 HORAS. Nos acercábamos a la cárcel.

Poco después la vimos, al otro lado de la calle, detrás de un jardín con árboles y un césped muy bien cuidado. Era un enorme edificio de cemento *beige* totalmente nuevo y de aspecto mediocre, aunque era la construcción más moderna y cara en tres

kilómetros cuadrados.

Había llegado el rumor a la cárcel de que el nuevo edificio era peor que el antiguo —que la brutalidad se administraba con mayor libertad— y me acordé de cuando, a los quince años, me había peleado con otro menor en la antigua cárcel. Tres guardias me esposaron a una tubería y se fueron turnando para darme una paliza. Después de romperme tres costillas, me tiraron al «agujero», una caja de acero sobre ruedas. Estaba totalmente oscuro; no me podía ver la mano a dos centímetros de la cara y no sabía si era mediodía o medianoche. La única ración de comida diaria consistía en un litro de agua y tres rebanadas de pan. Cada tres días, me daban un plato de papel con unas gachas de avena con pasas. Las lamía de rodillas en la oscuridad, como un perro. A los diecinueve días, cuando me devolvieron al reformatorio —aquello ocurrió cuando me volvieron a internar, después de escaparme—, me desmayé. Tenía una neumonía. Podría haber cambiado de vida, pero lo que no había cambiado era el odio que sentía hacia aquellos lugares y las personas que los dirigían.

Abe entró en el inmenso aparcamiento.

—Ahí está —dijo, señalando un hombre apoyado en el guardabarros de un Rolls Royce marrón.

—¿De quién es el Rolls?

—Suyo... Y del banco. Llevan nueve meses intentando recuperarlo. Alien McArthur es el mayor moroso del mundo.

—¿Ese cabrón es el infame de Alien McArthur?

—¿Lo conoces?

—Sólo he oído hablar de él. Un amigo mío le pagó para que presentara una apelación y dejó pasar el plazo. Y he oído por ahí que a otros les ha hecho cosas peores.

—No es mal tío, dentro de lo que cabe.

—A mí me parece un mierda. Los buscapleitos son peores que los soplones.

—Tú tranquilo. Ahora lo necesitamos.

—Bueno, vale.

Abe aparcó en una plaza vacía que había cerca del Rolls Royce. Alien McArthur se acercó y Abe nos presentó. Cuando me tendió la mano, se la estreché, pero lo miré con desprecio. Tenía unas manos delgadas, la mandíbula hundida, los ojos húmedos y el rostro lleno de marcas de acné. Advirtió mi hostilidad y, en el camino al edificio, se puso al otro lado de Abe.

Para entrar en la sala de abogados, había que pasar por dos puertas que se abrían con control remoto. Estaban situadas con tres metros de separación y sincronizadas para que nunca estuvieran abiertas las dos a la vez. Así se impedía que alguien saliera corriendo. Entre las dos puertas había un guardia, dentro de una garita de control a prueba de balas. Alien McArthur le enseñó su acreditación de abogado y los

formularios pertinentes cumplimentados. El guardia los metió en un tubo neumático, que envió a otra parte de la cárcel. Cuando se abrió la segunda puerta, entramos en la sala a esperar a Stan Bergman. La sala tenía unos doce metros de largo; había cuatro mesas largas, divididas a lo largo por un panel de plexiglás colocado a la altura de la barbilla. En el extremo de cada mesa había un guardia, que vigilaba a los presentes y se aseguraba de que ningún objeto franqueara la división de plexiglás sin una autorización y un examen previos.

Era la hora de la cena en la cárcel y la sala estaba medio vacía. Normalmente estaba repleta de abogados, agentes de fianzas y oficiales de la condicional: todos los implicados en la justicia penal, excepto los jueces. Los presos estaban sentados a un lado, empalidecidos por la vida en la cárcel —los negros adquirirían una tez grisácea—, demacrados, reducidos al aspecto de niños de la calle, con sus arrugados uniformes de tela vaquera con las palabras «cárcel del condado» rotuladas con pintura naranja en las rodillas, sobre el trasero, el pecho y la espalda.

Aun estando la sala medio vacía, la cháchara no cesaba: cada preso tenía su crisis personal y no prestaba atención a nadie más. Los abogados, con mirada calculadora, intentaban recabar hasta el último penique. Vendían esperanza a precios desorbitados. Muchas veces se desembarazaban de los despojos de un cliente al que ya no podían exprimir más o lo cambiaban en la oficina del fiscal del distrito por otro que les pagara mejor: «A éste lo declaro culpable a cambio de que el pederasta consiga la condicional».

Con el ruido de la sala y mi actitud brusca con Alien McArthur, nadie entabló conversación. Nos sentamos los tres uno al lado del otro, con Abe en medio.

Cuando apareció Stan Bergman, se detuvo delante del guardia de la puerta, mientras recorría la sala con la mirada, en busca de su visitante. Yo conocía sus tribulaciones. Quería estar preparado por si le iba a ver la policía.

Abe le saludó y le hizo una seña. Stan recorrió el pasillo que había entre las mesas. Hacía años que no lo veía. Había envejecido veinte años. Estaba encorvado; parecía que llevara la camisa en una percha, en lugar de puesta sobre los hombros. Se había quedado calvo y sus ojos, hundidos en huecos cavernosos, fulminaban con una mirada enferma y feroz. En un único momento de clarividencia absoluta, cegadora, pude percibir su existencia a través de sus ojos: era un hombre de cuarenta años al que lo habían pillado por tercera vez y estaba pendiente de juicio por atraco a mano armada.

Al reconocer a Abe desde lejos, frunció el ceño, pero cuando se acercó y me vio a mí, esbozó una amplia sonrisa. Éramos amigos, pero tampoco tan íntimos como para justificar aquella expresión radiante. Su situación desesperada le añadía brillo a sus sentimientos. Abe había tenido razón al llevarme. Yo podía tener influencia sobre él.

Tras saludar lacónicamente a Abe y McArthur, Stan se sentó directamente en

frente de mí. Las normas prohibían que nos diéramos la mano.

—¡Hostia, Max! ¿Cuándo saliste?

—Hace unos días.

—Anoche hablé de ti con el Caballo. Me dijo que te faltaba poco.

—El Caballo salió el mes pasado. ¿Qué le ha ocurrido?

—Entró a robar en una casa con gente dentro. En mi celda hay cuatro ex presos.

—Hay que ver, cariño. Te veo los rasgos un poco ásperos. Mira que eras mono de jovencito. ¿Dónde vas a encontrar un hombre cuando salgas?

Stan se rió. Las bromas de homosexuales, ubicuas en la cárcel, daban un toque de humor a su nefasta situación.

—Mierda —dijo—. Si no encuentro a un hombre que me cuide, me pongo a dar por el culo.

—Dicen que todos los que dan por culo son enculados buscando venganza.

—¿No te estarás cambiando de acera?

—Tío, no nos pongamos a discutir mis refinados hábitos sexuales.

La risa tiñó de color su tez amarillenta.

—¿Y cómo te va todo lo demás? —pregunté—. ¿Qué tal ahí dentro?

—Tío, yo soy quien pongo las estrellas Michelin a las cárceles. Y ésta es la más mierdosa del mundo.

—Algo he oído.

—Estos guardias deben de haber estudiado en Auschwitz. Aunque no te hostien, este sitio es una pesadilla. Sólo ir al juzgado... Te despiertan a las tres y media de la madrugada, te bajan a otra celda y te dejan atado a una silla, seis tíos con una cadena. Cada celda mide tres por cuatro y es para un juzgado diferente. Así que, si hay cincuenta tíos que van a Pasadena o a Long Beach, meten a cincuenta en una jaula de tres por cuatro, encadenados. Y te dejan ahí como hasta las ocho o las nueve de la mañana. Si tienes que mear, te vas con otros cinco tíos arrastrando. Y si no te gusta, te cascan. Si no me fuera a caer cadena perpetua, me declararían culpable, sólo para volver a la antigua cárcel y dejar atrás esta mierda.

—Saldrás adelante.

—Vale, saldré adelante, pero, joder, ni siquiera me han condenado aún.

—Olvídate de la ética. Ya sabes que los blancos pasan de esas historias. ¿Por qué te han pillado?

—Un atraco común a un supermercado.

Pensé que efectivamente era un atraco común, pero con dos condenas anteriores le caería una pena de delincuente habitual. Y un supermercado... Habían atracado tantos a principios de los cincuenta —cuando había muchos— que ahora la mayoría contaban con un complejo sistema de seguridad.

Stan me explicó la operación con detalle. Para el atraco, había utilizado un coche

robado y los dependientes del supermercado habían apuntado el número de matrícula. Aquello hubiera dado igual si no fuera porque la policía encontró el coche y, en él, una única huella dactilar en el retrovisor. Con una sola huella es imposible que encuentren a alguien en el archivo del FBI —que está clasificado con las huellas de los diez dedos—, pero si hay algún sospechoso, la huella sirve para confirmarlo. Ocho meses después alguien le sopló su nombre a la policía. Tras comparar las huellas de archivo con la que encontraron en el coche, lo detuvieron. En la ronda de identificación, un testigo dijo que estaba bastante seguro de que había sido Stan quien llevaba la pistola.

—Si tuviera un buen abogado, podría contradecirlo —dijo—. Pero con el de oficio... —Negó con la cabeza y volvió el pulgar hacia abajo—. Puedo conseguir testigos para la coartada, pero con mi expediente no puedo subir al estrado.

Stan tenía razón en lo que respectaba a los abogados de oficio. Si le representaba uno, no tenía ninguna posibilidad. La mayoría eran jóvenes imberbes, sin ninguna experiencia o incompetentes, y aunque hubiera algún Perry Mason entre ellos, tendría las manos atadas, porque llevaría sesenta o setenta casos. No hay ningún abogado capaz de hacer un seguimiento de tantos casos y mucho menos representar a cada acusado de forma individual. Lo único que podía hacer un abogado de oficio era representar su ritual, soltar unas cuantas frases de manual e intentar que no se pararan las máquinas. La mayoría de los abogados penalistas eran igual de incompetentes, pero por lo menos podían dilatar el proceso. Si todo sucedía como decía Stan, no lo absolverían si no era por milagro. Pero un abogado decente podría intimidar a la acusación. No es que ganara el caso, pero podría alargar el proceso durante meses, embrollar las cosas, atascar a los tribunales y acumular dinero. Finalmente la acusación estaría dispuesta a negociar para conseguir que se declarara culpable de un delito menos importante o renunciaría a la pena por delincuente habitual. El resto de la vida de Stan pendía de un hilo. No me extrañaba que hubiera envejecido. Sentí pena por él.

Pero, además de sentir compasión por Stan, estaba indignado por su incompetencia. Cualquier ciudadano modelo que hubiera visto alguna serie de policías no habría metido tanto la pata. Sin un testigo que pudiera identificarle, era casi imposible que lo condenaran por atraco. Pero Stan había ido a cara descubierta y había dejado huellas.

Abe se introdujo en la conversación en un momento de silencio. Cuando Stan lo miró, la sonrisa que había mantenido mientras hablaba conmigo se transformó en una expresión de frialdad. Las graves acusaciones que pendían sobre Abe justificaban su desapego.

—¿Cómo va todo? —preguntó Stan.

—Bastante bien. Hace tiempo que quería venir a verte, para ver qué puedo hacer

con tu caso. Cuando me encontré con Max me imaginé que también te gustaría verle.

Stan asintió, pero apenas le escuchaba. Sus pensamientos habían vuelto a su situación desesperada y su negro futuro. Se encerró en sí mismo.

—Y quería hablar contigo sobre Bulldog y aclarar ese tema.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —dijo Stan, con renovada hostilidad—. Es cosa vuestra.

—El hermano pequeño de Dog, tu cuñado, me ha amenazado. A lo mejor podrías hablar con él.

—No lo he visto desde que tenía trece años. —Stan no le escuchaba realmente. Estaba insensibilizado ante Abe.

—A lo mejor tu mujer sabe cómo contactar con él.

—¿Cómo? —espetó Stan—. Yo no pienso tenderle ninguna trampa. —Me miró con ojos furiosos; me acusaba de ser un asesino a sueldo de Abe.

—Nadie le va a hacer daño —dije—. Sólo queremos que se relaje un poco. Si puedes ayudar, será en beneficio de todos, tú incluido.

—¿Cómo me puede beneficiar a mí esto?

Levanté la mano para que Abe no hablara.

—Mira, tío, habla con él o dile que se ponga en contacto conmigo. No me voy a enfadar contigo. Pero ponte en el lugar de Abe. ¿Qué harías tú si un matón te dijera que va a por ti? Irías tú antes a por él. Abe quiere ser sensato.

—¿Y si Bulldog dice la verdad?

—Pues ya sabes. Ya se lo encontrará. Pero lo cierto es... —Hice una pausa para carraspear y adoptar un tono de vendedor de coches de segunda mano que me avergonzaba— que no sabemos si es verdad. Llevas mucho tiempo en este rollo y ya sabes que la gente suelta rápidamente que hay un soplón cuando alguien los ha dejado sin parte de la pasta. Yo he oído hablar de esa historia y no lo tengo claro. No les diría que mienten, pero tampoco juzgaría la situación a partir de las pruebas que tengo. Tú no sabes más que yo. El chaval sabe menos que nosotros. En cualquier caso, es cosa de Dog. Pongamos que le pegan una paliza al chaval, o lo trincan por pegársela a Abe. ¿Cómo se sentiría Bulldog? Abe te quiere echar un cable, pero ¿cómo va a hacerlo si el hermano pequeño de tu chico lo amenaza con ir a por él? —Me detuve, miré fijamente a Stan y le guiñé el ojo. Sus ojos se entrecerraron; iba comprendiendo la situación.

—Supongo que le podría decir que me viniera a visitar y explicarle que tendría que calmarse un poco. De pequeño me hacía caso. ¿Por qué no volvéis la semana que viene?

—¿Qué día?

—El miércoles o el jueves. No voy a ver a mi vieja hasta el lunes.

—¿Estás seguro de que podrás hacerte cargo de él?

—Me respeta. Me escuchará.

—Eso es muy de agradecer —dijo Abe—. Ahora necesitarás un abogado. Yo te presto el dinero y ya me lo devolverás cuando salgas.

—Si es que salgo. Ya estaría contento si me librara de la perpetua.

—¿Qué te parece Alien?

—Gracias, pero no. —Stan hizo un intento de explicarse. No hacía falta.

—Soy un buen abogado —dijo Alien. Nadie le hizo caso.

—¿Has pensado en alguien en concreto?

—Richard Barton.

—Barton es caro —dijo Abe.

—Si vas a ayudar, ayuda de verdad —espeté yo, interrumpiéndole—. No hagas trampas.

Por un momento, Abe adoptó una expresión hostil, pero a continuación asintió en señal de conformidad.

—Ya he hablado con Barton —dijo Stan— y tampoco cobra tanto: mil quinientos, o incluso menos si no va a juicio. Ya sabe que me declararé culpable en segundo grado. A la cárcel seguro que vuelvo por incumplir la condicional, por mucho que un jurado diga que soy Cristo crucificado. Con un segundo grado, tengo posibilidades de conseguir otra condicional a los seis o siete años. Por mil quinientos, Barton no se dejará la piel, pero hará lo que pueda. Y creo que puede conseguir un trato. Soy un caso más, nada especial.

—De acuerdo —dijo Abe—. Tendrás a Barton. Pero a lo mejor Alien también puede investigar a la acusación y mirar qué actitud podría tener, de cara a un acuerdo. Eso no hace mal a nadie.

Alien McArthur había sacado de la nada un cuaderno y un bolígrafo de plata.

—Llamaré a primera hora del lunes —dijo—. ¿Cuál es tu número de caso y en qué departamento estás?

Stan dudó, pero finalmente debió de pensar que lo que dijera en aquel momento tampoco lo comprometía a que Alien McArthur le representara como abogado.

—Del número no me acuerdo. Lo tengo arriba en la celda. Pero sigo en el departamento 100. Llevo tres meses consiguiendo aplazamientos porque quiero un abogado. El juez Keene se está poniendo bastante pesado con el tema. Está a punto de hacerme tragar al abogado de oficio.

—Conozco al delegado del fiscal del distrito asignado a ese tribunal —dijo Alien—. Nos llevamos bien. Si está dispuesto a un acuerdo, lo hará conmigo. Si se niega, Barton puede pasar el tema a otro tribunal cuando fijen una fecha para el juicio. Y allí también podrás negociar.

—Eso estaría bien —dijo Abe—. ¿Por qué gastar mil quinientos si se puede evitar?

—¿Tienes dinero en la cuenta? —le pregunté a Stan.

—Ni un centavo. Me saco algo para caramelos y cigarrillos a costa de los imbéciles que juegan al póquer. Ya sabes cómo va.

—Yo te dejo cincuenta —dijo Abe.

—¿Quién me contará lo que pasa el lunes con el fiscal?

—Te lo cuenta Max el miércoles, cuando venga por lo del otro —dijo Abe.

—A lo mejor la semana que viene estoy trabajando —dije, pensando en el trabajo de oficina.

—Bueno, alguien se pasará.

—¡Tío, no tardéis tanto! —exclamó Stan—. Poneos en mi lugar. Os gustaría saber qué es lo que pasa con vuestra vida.

Abe hizo una pausa, sin duda para valorar si contar antes de tiempo cuál era la situación legal afectaría a su presión sobre Stan. Jugaba con la miseria de los demás.

—Te diré algo el lunes por la tarde, en persona o por telegrama —dije.

—No creo que la acusación se haya comprometido ya —dijo Alien McArthur—. Querrán revisar el asunto antes.

—Pero sabrás qué actitud tienen —dijo Stan—. Decidme algo. Joder, aunque sea el tiempo que hace. Aquí dentro ni siquiera te enteras de si llueve.

Quedamos así. Una vez tomada la decisión, se abrió un abismo entre los dos lados de la mesa. Los que estaban a un lado salían a la calle, para dejarse llevar por las múltiples opciones que presentaba la noche en la ciudad. Yo me iba al club con Abe, me bebería unos whiskies e intentaría seducir a alguna tía para que se acostara conmigo y me impregnara de su dulce aroma. Stan volvía a la galería de la cárcel, donde el resplandor de los fluorescentes te deslumbraba día y noche, y podía elegir entre jugarse cuatro centavos al póquer o leer alguna novelucha morbosa. O quedarse mirando el techo, pensando en los quince años de cárcel que le esperaban.

Abe miró el reloj.

—Tenemos que marcharnos, Stan. —Se levantó y me dio una palmada en el hombro—. No quiero que Max se meta en líos.

Stan me deseó suerte y me dijo que me tomara una copa a su salud. Su vida desperdiciada me apenaba. Le pregunté si quería que hablara con alguien.

—Toda la gente que conozco está en la cárcel. La puta con la que estaba me dejó tirado en la comisaría. Tú tranquilo. —Se levantó y se marchó por el pasillo hacia el guardia. Nosotros nos dirigimos a la puerta de salida. Me volví para ver a Stan, que se detuvo en la puerta y me saludó alzando el puño.

La puerta se abrió automáticamente. Me di la vuelta para seguir a Abe.

Entonces vi que Rosenthal estaba a un metro de distancia, de perfil junto a la garita del guardia, con la papada desbordándole el cuello de la camisa. Era evidente que había ido a visitar a un preso que había incumplido la condicional; era una visita

frecuente para los oficiales de la condicional. Encontrarse con él era una casualidad, pero tampoco totalmente insólito.

Me palpitó el corazón. Di un paso a la derecha y avancé para esconderme detrás de la mole de Abe, que estaba a pocos centímetros de la pared. Quería colocarlo en medio de Rosenthal y de mí, para pasar por la derecha mientras Rosenthal giraba a la izquierda.

Le cogí el brazo a Abe.

—Tranquilo —dije, apartándolo de la pared. Abe se sobresaltó. Dio un paso a la izquierda para dejarme espacio y se tropezó con Rosenthal, que se volvió automáticamente hacia mí. Nos miramos. Yo me ruboricé. Él abrió un poco los ojos. La papada le cambió de color: de un tono pálido con manchas rojas a un rojo encendido, salpicado de motas blancas. Era todo un espectáculo.

—Pero, ¿me haces el favor de decir qué estás haciendo aquí? —preguntó con un tono de voz excesivamente apacible.

Me atormentaba saber que la puerta estaba cerrada. Estaba encerrado.

—Estos dos señores venían a visitar a alguien y he venido con ellos —dije—. El Sr. Meyers me va a contratar. Es agente de fianzas. Este otro caballero es abogado.

—Y has entrado, en vez de esperarlos en el aparcamiento. —Su voz era algo estridente. Fulminó con la mirada a Abe y a Alien McArthur, y señaló a este último con el pulgar—. A ti te he visto antes. ¿Estás en libertad condicional?

—Ya le he dicho que era abogado. —Mi cuerpo iba tomando conciencia de la gravedad de la situación.

—Aquí tiene mi acreditación —dijo Alien, sacándose un pañuelo del bolsillo. Hizo como que la mostraba, aunque no llegó a hacerlo—. Espero que usted me enseñe también su identificación.

El rostro de Rosenthal volvió a encenderse.

—¿Quién es este tipo? —me preguntó Abe.

—Mi oficial de la condicional.

—Ah.

—¿Y quién es él? —preguntó Rosenthal, para no ser menos.

—Me va a dar empleo.

—¿Qué empleo?

—En un club nocturno de Hollywood.

—¿A quién habéis venido a visitar?

Nadie respondió. Rosenthal me fulminó con la mirada. Alien McArthur irrumpió con su mejor tono de barítono ejercitado en los tribunales.

—Yo he venido a entrevistar a un cliente. El Sr. Meyers está considerando la posibilidad de que salga en fianza. Este caballero, no recuerdo su nombre, nos acompañaba, y afuera hace un calor espantoso. —Alien sonrió y se encogió de

hombros, para dar a entender que todo era normal y no había motivos para sospechar de nadie.

El guardia abrió la puerta automática que daba a la sala de abogados. Había gente esperando a ambos lados. Rosenthal tenía que decidir si iba a detenerme o no.

—Espérame fuera —dijo—. Nos vemos en cuanto acabe aquí dentro.

—Ellos se tienen que marchar.

—Me da igual lo que hagan. Tú te esperas. —Entró rápidamente por la puerta, que se cerró al mismo tiempo que se oía el aviso automático de apertura de la puerta de salida. Me sentí como si se abrieran las puertas del cielo.

Mientras salíamos por el pasillo, la rabia se fue apoderando de mí. Tuve la tentación de seguir adelante, salir y meterme en el coche con Abe. Pero quizá era lo que Rosenthal quería. En cuanto me saltara la condicional, me habría pillado. Tendría que soportar tres o cuatro años más en la cárcel, y después otra condicional.

—Hostia —dijo Abe—. ¿Cómo puedes aguantar esa mierda?

—Es mejor que estar en la cárcel. Aunque tampoco tanto.

Cuando llegamos al vestíbulo, Abe me preguntó qué iba a hacer.

—Me quedo esperando a ese maricón. ¿Qué voy a hacer?

—Me espero contigo, si no va a tardar mucho.

—Si te quedas va a ser peor.

—¿No es nada grave, no?

—No creo. Ya lo tranquilizaré de alguna manera.

Alien McArthur tosió para atraer nuestra atención.

—Disculpad. He quedado para cenar.

—Vale, Alien. Pon en marcha aquello el lunes y llámame —dijo Abe.

Alien McArthur salió por las puertas de vidrio y se sumergió en la luz del incipiente anochecer.

Abe sacó un fajo de billetes y me dio veinte dólares.

—Esto para el taxi. ¿Te pasas esta noche por el club?

—Si no me trincan, sí.

—Te presentaré a un par de guarras.

Me dio una palmada en el hombro y salió por la puerta. Al minuto me acordé de que se había olvidado de ingresar el dinero en la cuenta de Stan. Hasta ahí había llegado el influjo de Rosenthal.

Cuando Rosenthal volvió veinte minutos después, yo estaba fuera, fumando un puro y observando cómo las sucias siluetas de los edificios de aquel barrio industrial se suavizaban a medida que anochecía.

—Tirando la casa por la ventana, ¿eh?

—¿Y eso?

—Aquí, fumando puros.

—Cuestan diez centavos. —Quise preguntarle si fumando puros también incumplía las condiciones de la condicional, pero la indignación y el rencor quedaron sumergidos en una mezcla de agotamiento emocional, soledad, depresión y deseos de paz. Estaba cansado de conflictos y me pregunté cómo un judío, con miles de años de experiencia de opresión, no se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Se había convertido en mi maldición, pero no actuaba expresamente con maldad. No, lo que le impedía escuchar era el miedo a que le tomaran el pelo. En la rigidez se encontraba seguro.

—¿Por qué has venido en realidad? —preguntó.

—Por lo que le he dicho —dije pausadamente—. Mire, señor Rosenthal, déjeme respirar, aunque sólo sea un poco. No estoy jugando con usted. Intento ser sincero. Uno de esos hombres es propietario de un club nocturno. Puede comprobarlo. Y me va a dar trabajo. No es que sea un asiduo del Rotary Club, pero tiene un empleo para mí. Al presidente de la General Motors no lo conozco y, de todos modos, tampoco iba a contratar a un ex presidiario. Pocos lo harían.

Mi hastiado lamento afectó a Rosenthal, que moderó su inflexibilidad.

—Max, ya sabes que un preso en libertad condicional no tiene que visitar una cárcel. Si vas a ser un ciudadano decente tienes que apartarte de los ambientes de la delincuencia. Los agentes de fianzas, los clubes nocturnos y las cárceles forman parte de los mismos hábitos. No te convienen.

—No sé adónde ir o a quién acudir. No voy a ir a ver a las Hermanitas de la Caridad.

—¿A quién venían a visitar?

La pregunta me atormentó. Me había pasado la vida convencido de que no había que aportar información a las autoridades, ninguna información, pero especialmente un nombre. Era un mandamiento sagrado. La pregunta de Rosenthal me cortocircuitó. Tardé un rato en contestar, hasta que se me ocurrió que podría averiguar el nombre igualmente si se lo preguntaba al guardia de la garita, si es que no lo había hecho ya. Negarme a contestar o mentirle sería peligroso. Se lo dije.

—¿Por qué has tardado tanto en contestar? Eso demuestra que todavía piensas como un delincuente.

Rosenthal no me presionó para que diera más detalles. Me preguntó qué tipo de trabajo me había ofrecido Abe. Cuando le dije en qué consistía, quiso saber por qué no me embolsaba el dinero.

—Confía en mí.

—Y eso tiene que hacer. Cuando un preso en libertad condicional le roba a una empresa, crea una mala imagen del departamento. Así es más difícil que otros consigan trabajo.

—Él conoce mi pasado. Si confía en mí, ¿a usted qué más le da? Me dijo que

tenía que informarle de los empleos que tuviera durante la condicional. Con eso tendría que bastar.

—Ahora no vamos a tomar una decisión definitiva. ¿Y el otro trabajo, al que llamaste por teléfono?

Cuando empezaba a explicárselo, Rosenthal hizo una señal hacia el aparcamiento y se lo conté por el camino. Entonces me dijo que me llevaría al hotel; le cogía de paso. Durante el trayecto, yo seguí hablando. No asentía ante mis palabras, pero me escuchaba sin el ceño fruncido y sin su habitual expresión de chupar un limón. Era buena señal, porque si se volvía algo más flexible, si pensaba «vamos a ver qué pasa», yo tendría menos problemas. Le demostraría de lo que era capaz.

Cuando llegamos al hotel, apagó el motor, en señal de que quería prolongar un poco la conversación. Yo tenía que orinar y el dolor de pies era insoportable. Se lo dije y lo invité a subir. Accedió y me dijo que aquellas ampollas le preocupaban mucho. Si empeoraban, me pediría hora en el Hospital General. A pesar de la gravedad de las ampollas, pensé que podría preocuparse menos por mis pies y más por mis demás problemas, que eran más urgentes.

—Es bastante deprimente —comentó al llegar a la habitación.

—Mejor que una celda. Y aunque no lo fuera, por lo menos puedo salir.

Me senté en la cama y me quité los zapatos y los calcetines.

Igual que mi pasado me había entrenado para fijarme en las ventanas que podían ser útiles en caso de huida, Rosenthal estaba condicionado a cierta conducta. Observaba las habitaciones, especialmente las de los presos en libertad condicional, en busca de pruebas de delito. Siguiendo su hábito, miró alrededor.

—¿Qué es esto? —preguntó, mientras se volvía de la cajonera. Me mostró tres cerillas quemadas, sostenidas entre el pulgar y el índice, frente a sus ojos. Estaban unidas por la tira del librito de fósforos, por donde se habían arrancado, y las cabezas quemadas estaban unidas. Rosenthal las había cogido del cenicero, donde las había dejado Augie. Así se utilizaban las cerillas cuando se calentaba la heroína y Rosenthal lo sabía.

Me quedé sin aire.

—¿Qué es qué? —pregunté sin mucha convicción. ¿Qué otra cosa podía decir?

—Ya te estás pinchando —dijo.

—¿Por qué lo dice? —Era una defensa débil y nada convincente. Pero cualquier defensa era débil en aquella situación.

Rosenthal, que seguía junto a la cómoda, pasó el dedo índice por encima de una mancha de la superficie esmaltada y se volvió, con el dedo en alto, como un fiscal mostrando una prueba. Tenía la yema ennegrecida.

—Esto lo ha dejado una cuchara quemada —dijo.

Lo que había encontrado era una prueba de mal comportamiento mucho más

condenatoria que mi presencia en la cárcel. Sabía que alguien se había pinchado en aquella habitación. Demostrar que no había sido yo me obligaría a hacer otras confesiones. Me costaba encontrar palabras para explicarme, pero no tenía miedo. Igual que en la cárcel se me había impuesto la dura presencia de los barrotes, ahora era consciente de que estábamos solos. Si decidía detenerme, no habría ningún guardia que fuera en su ayuda, y no podría hacerlo él sólo.

—¡Está loco! ¡Yo no me he chutado!

—No he nacido ayer. Sé lo que esto significa. —Sacudió las cerillas.

—Me acusa porque hay tres cerillas en un cenicero. Esto es una locura.

Entrecerró los ojos. Valoraba si tenía suficientes pruebas para devolverme a la cárcel. Necesitaba poca justificación, pero en un informe quedaría ridículo hablar de tres cerillas en un cenicero. Hasta se lo parecería a sus superiores y él lo sabía. Me pidió que le enseñara los brazos y lo hice. El regocijo que pudiera sentir ante su frustración quedaba mitigado, porque sabía que todas mis esperanzas de compenetración con Rosenthal se habían destruido para siempre. En su cabeza yo era culpable y si no lo podía demostrar, su hostilidad se exacerbaría.

Me observó detenidamente los brazos y el dorso de las manos. Su actitud era prepotente, como si estuviera dentro de la cárcel, rodeado de gente que pudiera ayudarle, y no fuera un tío gordo totalmente solo en una habitación. Accedía a sus exigencias, pero me daban ganas de reír. Quizá tenía delirios de grandeza, o había tratado con demasiados presos muy sumisos.

A continuación rebuscó en mis bolsillos y después registró la habitación. Examinó el hueco de debajo del lavabo y las hendiduras de la parte de atrás de la cómoda, detrás de los cajones. Eran escondrijos habituales de los drogadictos.

Cuando terminó, sudado y con la respiración agitada, se secó las manos y se volvió hacia mí. Yo estaba sentado en la cama y ya había previsto su siguiente movimiento.

—Ponte los zapatos. Te voy a llevar a hacer una prueba de nalorfina.

Lo había estado esperando. Pensé que, si acompañaba aquella orden con un gesto de sacar las esposas, le pegaría un puñetazo en la cara, o lo que fuera, y me escaparía. Las esposas significaban que había decidido meterme en la cárcel. Sin ellas, era más probable que tuviera intención de esperar los resultados de la prueba. En cualquier caso, si me marchaba con él había un riesgo de que acabara en la cárcel, pero si lo atacaba y huía, en cuanto me pillaran la prisión estaba asegurada. Tenía que escoger entre dos males. Me puse los zapatos.

Capítulo 9

El edificio de cemento que albergaba el centro de pruebas de nalorfina del departamento de la condicional podría haber sido obra del mismo arquitecto que había construido la cárcel. Tenía el mismo aspecto árido y neo orwelliano. Y estaba en un barrio decrepito.

Rosenthal dejó el coche en un aparcamiento que había junto al edificio. Cuando salimos, advertí el silencio vacío del vecindario. Las calles de los barrios pobres suelen estar llenas de ruidos y movimiento. Aquella zona estaba desierta, como si la malignidad que yacía en su centro fuera ajena a la vida. La luz del anochecer ya no empapaba las azoteas, sino que se colaba entre los edificios e iluminaba las siluetas dándoles un cariz irreal.

La docena de automóviles que había en el aparcamiento eran nuevos o casi nuevos. La mayoría eran utilitarios: lujo económico, con asientos individuales, interiores blancos y acabados cromados relucientes. Era una zona de uso exclusivo «para el personal».

Nos dirigimos a la acera y nos volvimos hacia la puerta del edificio. Al otro lado había otro aparcamiento mucho más grande, pero no estaba asfaltado. Allí los vehículos estaban diseminados al azar, hundidos en los surcos del terreno, sobre sobre sus artríticas suspensiones. Se apreciaba toda una gama de modelos anticuados, todos con aspecto de tener a Willy Darin detrás del volante. Pero la mayoría estaban ocupados por mujeres; algunas tenían un bebé en brazos y otras vigilaban a niños que correteaban por ahí con ánimos de juego, como si aquello fuera un parque. Todas esperaban a que sus parejas pasaran por el aro. Temían sin excepción que las fauces de aquel edificio se las tragarán y que, cuando volvieran a oír sus voces, estuvieran dentro de la cárcel. Sabía que aquellas mujeres tenían los rostros ajados, porque tenían que reflejar la vida de sus parejas.

La puerta era de vidrio opaco esmerilado. Al entrar, apareció un rostro negro enfundado en un traje. La sala estaba muy poco iluminada para que los ojos se habituaran a la penumbra mientras se preparaban para la prueba de nalorfina.

—¿A quién tenemos aquí, Bill? —preguntó el negro.

—Uno de los míos. Creo que ha consumido.

El negro me miró.

—¿Has sido malo, eh? —dijo.

Aquella frivolidad me crispó los nervios. Yo no era un niño, ni ellos mis padres adoptivos, ni la situación era divertida.

El negro era corpulento como un luchador y su tamaño probablemente había sido uno de los factores decisivos en su elección para aquel puesto, aparte de los méritos que pudiera tener en la escala del funcionariado. Cuando les toca ir a la cárcel, la

mayoría de los drogadictos se encogen de hombros y preguntan qué hay para comer, pero alguno se podía rebelar y aquel negro estaba allí para restaurar el orden, al servicio de los blancos.

Me dio el registro para que firmara y anotara mi nombre y número de preso. Me pregunté si grabarían aquel número en mi lápida. Rosenthal me hizo quedarme de pie con él mientras mis ojos se adaptaban a la penumbra. En la sala había tres hileras de bancos de madera con unas quince figuras sentadas en silencio, esperando en la oscuridad. Observé detenidamente los rostros de aquellos hombres. La mayoría eran mexicanos, algunos eran negros y también había algunos blancos.

Rosenthal me hizo una seña. Le seguí, sobrecogido por pensamientos situados en la frontera de la irrealidad, y me encontré en otra sala, sentado delante de un médico, un hombre alto con un oftalmoscopio que emitía una luz abrasadora. Me formuló ritualmente varias preguntas —mi historial médico—, mientras sostenía un extraño instrumento para medir el tamaño de mis pupilas. Enseguida me pinchó en el brazo.

La nalorfina me dio calambres, lo que se añadió a las náuseas que ya sentía. Me esperé en otra habitación a oscuras. Otras siluetas estaban sentadas junto a mí. Los fueron llamando uno a uno. Entonces pronunciaron mi nombre. El médico me volvió a hacer la prueba. Ya no tenía las pupilas dilatadas, se habían empequeñecido, y aquello significaba que estaba limpio. Negó con la cabeza y le dijo a Rosenthal que había pasado la prueba.

Rosenthal no estaba satisfecho y quiso que me hicieran un análisis de orina; así saldrían a la luz otras sustancias, además de los opiáceos.

—Se ha pinchado algo —dijo Rosenthal.

Me acompañó por un pasillo, con la botella en la mano. Unos rótulos rojos indicaban la vía de salida para los que habían pasado la prueba. Al final del pasillo había una puerta automática, que se abría para los que pasaban la prueba, pero no para los que la fallaban. A la izquierda de la puerta había un pequeño pasillo que daba a una celda. Los que no pasaban la prueba no tenían otra opción que entrar en la celda. Allí es donde se recogían las muestras de orina.

Dentro había un joven mexicano tumbado en un banco, con la cabeza apoyada en la pared y las manos cruzadas en el pecho. Abrió los ojos cuando Rosenthal me dejó entrar, pero no hizo ningún otro movimiento.

Los fluorescentes se reflejaban en las paredes de hormigón esmaltadas. De súbito, la furia me desbordó y pronuncié una invectiva frenética y algo incoherente, en un intento de que Rosenthal comprendiera que lo que tenía que preocuparle no era la heroína, sino su actitud, porque con ella podía conseguir que hiciera algo mucho peor. Mi confuso arrebató le resultó ininteligible. Daba lo mismo.

Antes de que terminara la diatriba, el fornido negro irrumpió en la celda, atraído por el ruido. Estaba entrenado como un perro para controlar cualquier rebeldía. Su

llegada me contuvo, porque estaba a punto de decir cosas que, puestas sobre el papel, podían llevarme a la perdición. En silencio, el pulso siguió martilleándome la cabeza.

Rosenthal me pasó la botella. Meé dentro, cerré la botella con la tapadera de cartón blanco y se la devolví.

Al salir, cerraron la puerta. Sólo quien ha estado entre rejas puede comprender lo terrible que es oír una llave en una cerradura. Rosenthal lo había hecho con indiferencia y sin dar ninguna explicación. Y había sido astuto, porque me había engañado totalmente.

Me quedé de pie en medio de la celda, con las piernas separadas, un animal mudo, completamente desamparado. Me invadió un tormento infinito, pero parte de mi pensamiento estaba distante, calmado, como si viera aquella escena en una pantalla de cine.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó el mexicano.

Negué con la cabeza. Tenía miedo de hablar. Tampoco podía pensar. Estaba aislado, en una especie de shock. Las cosas habían ido demasiado lejos, a un lugar en el que ya no importa pensar, o eso me parecía.

Me senté y esperé, sin conciencia del tiempo. Poco después entró el negro, acompañado de otro oficial de la condicional, que llevaba en la mano unas cadenas que repiquetearon al caer al suelo. El negro le puso las esposas al mexicano. Las cadenas eran para mí.

Yo estaba sentado en el retrete y no me había movido al verlos entrar. El otro oficial de la condicional me hizo una señal para que me levantara y me encadenó. Consideré la posibilidad de darle un puñetazo en la boca, pero aquello me habría supuesto una satisfacción momentánea y un largo arrepentimiento. Tal y como estaban las cosas, estaba seguro de que me dejarían marchar cuando llegaran los resultados negativos de la prueba.

En silencio, intentando aparentar desdén, accedí a la petición. Los brazaletes de acero se cerraron sonoramente alrededor de mis muñecas. Pasaron una cadena a través de las esposas y me rodearon con ella la cintura, para que no apartara demasiado las manos del cuerpo. Me pusieron grilletes en los tobillos. Un trozo de cadena me colgaba por detrás, pendiendo de la cintura; servía para llevarme, como una correa.

—Bien envuelto, como un regalo de Navidad —dijo el oficial de la condicional.

—Al final tampoco es un tío tan duro —dijo el negro.

Me quedé mirando fijamente la pared, sin hacerles caso, hasta que el negro tiró de la correa y me llevó, cojeando, hasta el furgón que nos esperaba afuera. El mexicano ya estaba en el asiento de atrás.

El negro conducía el vehículo, que tenía una rejilla divisoria entre los asientos delanteros y traseros. La ciudad estaba a oscuras y las luces centelleaban al pasar el

furgón. Pronto llegamos al barrio de las oficinas de los agentes de fianzas.

Eran las dos y media pasadas de la madrugada cuando se terminó el proceso de ingreso. Me habían tomado las huellas, fotografiado, dado una ducha tibia, rociado con insecticida; me habían dado un uniforme, hecho un análisis de sangre y una radiografía del pecho. Era uno de los miles de presos que entraban en la cárcel cada noche. Finalmente, escoltado por un guardia, me llevaron a las celdas junto con un grupo de otros cuarenta presos.

Las luces de la celda estaban apagadas, pero el pasillo exterior estaba muy iluminado, y unas franjas de luz se colaban entre los barrotes. Me sorprendió que las celdas fueran individuales. Después supe que aquella galería estaba diseñada para presos condenados a la pena capital y por tanto tenían derecho a un simulacro de intimidad. Después de la construcción del edificio, los presos de alto nivel se destinaron a otro lugar y aquella galería se utilizaba para presos comunes. Varios estaban leyendo todavía cuando pasé por allí. Tenían la cabeza cerca de los barrotes, para que les llegara la luz del exterior. Sus rostros eran manchas en la oscuridad.

Se abrió una puerta automática, con un imponente ruido de acero contra acero. Pero en el fondo de la galería alguien seguía roncando sin interrupción.

Entré en la celda. El acero chocó contra el acero. Estaba encerrado. El entorno de sobra conocido del jergón, el váter sin tapa, el lavabo con grifo de botón y los grafitis grabados en las paredes pintadas («Si no aguantas la celda, no juegues con mierda») formó una amalgama que rompió en añicos mi coraza de frialdad. Sólo hay que imaginar el huracán emocional de un hombre que, después de ocho años de condena, pasa en libertad menos de una semana y vuelve a encontrarse de nuevo entre rejas, sin haber cometido ningún delito. Me vi envuelto en una vorágine de soledad, rabia y desesperación, que desembocó en un llanto enloquecido y cegador. «Oh, por favor, ayúdame», supliqué en silencio. Era una súplica dirigida a la Fortuna, al Destino, a Dios o a un poder anónimo, una súplica que todo hombre pronuncia alguna vez a lo largo de su vida.

Dominado por un tormento insoportable, estupefacto, me lancé al camastro y enterré mi rostro en la almohada —una almohada grasienta por el paso de otros cientos de cabezas—, para que nadie pudiera oír mi enfurecida rendición ante el abatimiento. Durante horas intenté encontrar una razón que justificara lo que estaba ocurriendo, pero no hallé ninguna; a menos que ocho años no hubieran sido castigo suficiente. Tenía que haber alguna razón, en alguna parte, que justificara aquel sufrimiento. Si no había ninguna, si no había justicia, mi salud mental peligraba.

El torbellino de rabia, dirigida a Rosenthal, me mareó. Poco después, estaba hecho un trapo, y sentí oleadas de desesperación tan inmensas que consideré la posibilidad del suicidio como huida de aquel tormento. No se trataba de aquel momento de sufrimiento, que era simplemente un ejemplo de toda mi vida. Así

habían sido siempre las cosas y así seguirían. ¿Por qué tenía que sufrir en vano? La lógica dictaba el suicidio, pero es más fácil articular un pensamiento lógico que llevarlo a cabo hasta las últimas consecuencias, sobre todo en lo que respecta a la muerte. El cuerpo se rebela contra la inconsciencia. Al llegar al borde del suicidio, volví en mí.

Lo peor de mi dilema era la incapacidad para encontrar un bastión de fe que mitigara los golpes de la existencia, que hiciera soportable mi situación. No tenía ningún dios que soportara mis cargas. El dolor sin sentido es el más difícil de soportar. Mis pensamientos angustiados no tenían más sentido que el zumbido de un mosquito delante de una ventana.

Sumido en aquel abismo estéril, en aquel vacío, estallé de indignación. Era una ira que iba más allá del odio. Abarcaba a Dios y al hombre. Surgía de los estertores de mi fe en mi condición de ser humano y en lo que la humanidad consideraba que era el bien. No sólo se habían truncado todas mis esperanzas, sino que el deseo también estaba muerto y enterrado. Los resultados de la prueba de orina no tardarían en llegar del laboratorio. Volvería a estar en la calle. Y aunque me devolvieran a la cárcel y pasara más años allí, mi elección vital salía reforzada, si es que algo absoluto puede amplificarse.

Me declaraba en guerra contra la sociedad, o quizá solamente renovaba mi contienda. Se había acabado la duda y la desazón. Me declaraba liberado de todas las normas, excepto de las que yo quería aceptar, y aquéllas las cambiaría según mis deseos. Cogería todo lo que quisiera. Sería lo que ya era, un delincuente, pero de verdad. Mi decisión de optar por la delincuencia y el abandono absoluto de las constricciones sociales —a menos que la sociedad fuera capaz de imponérmelas a la fuerza— era también mi verdad. Otros podían decidir acaparar tanto poder como pudieran. La delincuencia era mi vida, donde me sentía cómodo y no desgarrado en mi interior. Y aunque era una libre elección, también era mi destino. La sociedad me había convertido en lo que era —y me había aislado, por temor a aquello que la sociedad misma había creado— y yo me regodeaba con mi condición. Si se negaban a dejarme vivir en paz, yo no quería hacerlo. En aquella penosa semana había sido desgraciado, desgraciado en mis pensamientos. ¡A la mierda la sociedad! ¡A la mierda su juego! Ni aunque tuviera muchas posibilidades, ¡a la mierda también! Por lo menos me quedaba la integridad de mi alma, tenía control sobre mi pequeña parcela de infierno, por pequeña que fuera, aunque estuviera confinada al interior de mi cabeza.

Cuando llegó la mañana me sentía fuerte; había superado la indecisión.

Capítulo 10

Rosenthal tardó tres semanas en ir a la cárcel. No me visitó nadie. Stan Bergman, que estaba en otra planta, me envió un mensaje. El delegado del fiscal del distrito estaba dispuesto a negociar para rebajar la acusación y Stan había hablado con su cuñado y resuelto los problemas de Abe. Antes de recibir aquella nota, había esperado que Abe me fuera a ver, pero me olvidé en cuanto la recibí; a Abe nunca se le ocurriría visitarme, si no tenía nada que ganar con ello. Aquello no me enfureció; no era mi amigo y no me debía ninguna lealtad. Empecé a escribir a Willy Darin a la dirección de Sal Pavan, pero no terminé la carta, porque esperaba estar en la cárcel sólo unos días y pensé que la respuesta llegaría cuando ya estuviera en libertad.

Pasado el primer miércoles, cada mañana esperaba que me dejaran en libertad al anochecer; aquella fase duró los primeros diez días. Después ya no quise anticiparme a los acontecimientos. La angustia que provocan las expectativas frustradas no puede llegar si no se espera nada.

A los veintiún días de la prueba, me llamaron para que fuera a la sala de abogados. Rosenthal estaba sentado al otro lado de la pantalla divisoria, luciendo una sonrisa afable en su cara de pan. Tenía las mejillas y la frente enrojecidas por el sol. Su nariz escarlata estaba cubierta de peladuras de piel muerta. Me explicó que hubiera querido ir a verme antes, pero había estado de vacaciones. Quería saber si había aprovechado el tiempo en la cárcel para hacer una profunda reflexión. Lancé una perorata sobre los errores de mis actos y reconocí que mi actitud había sido errónea. Sonrió, como aquel hombre que cree haber conquistado a otro y puede permitirse ser magnánimo. Yo le devolví una sonrisa avergonzada. Me dijo que había pasado el análisis de orina, pero no se disculpó por haberme metido en la cárcel, sino que me dijo que me daba «otra oportunidad» y que me había preparado un plan. Me había conseguido un trabajo en un puesto de perritos calientes y además iba a llevarme a un centro de reinserción. También tenía que pasar la prueba de nalorfina dos veces por semana y asistir a una terapia de grupo.

Yo asentí con la cabeza ante todo lo que dijo. Comentó que observaba una mejora en mi actitud y me prometió que iría a buscarme a las seis de la tarde. Me llevaría en coche al centro de reinserción y me presentaría al equipo.

Cuando estuvimos dentro del coche aquella tarde (más cerca de las ocho que de las seis), Rosenthal me dijo:

—Tu gran problema es la inmadurez emocional. Quieres que la vida sea como en el cine, llena de emociones. Así es como piensan los niños, pero los adultos aceptan la monotonía, el tedio, la frustración.

Estábamos entrando en la salida a la autopista. Los automóviles iban a 110 kilómetros por hora. Rosenthal siguió cotorreando, expresando la plenitud de su vida

en un barrio de las afueras de la ciudad: jugar al golf y al bridge, y ver partidos de fútbol eran emociones suficientes para cualquier persona normal.

—Está muy bien, señor Rosenthal. Me alegro de que sea feliz. ¿Sabe lo que me gusta a mí realmente?

—Me lo puedo imaginar.

—La velocidad. Ir rápido. Siempre quise ser un piloto de fórmula 1. Ruuum, ruuum... ¿Alguna vez ha pensado en hacer algo así?

—Poner en riesgo la vida de forma innecesaria es inmaduro.

—¿No le gustaban los coches de carrera cuando era pequeño?

—La verdad es que no.

—Joder, pues tendría que ver lo que se siente. —Me había ido acercando a él. De pronto, planté el pie izquierdo sobre el dedo gordo de su pie derecho y apreté el acelerador hasta que llegó al suelo. El vehículo hizo un movimiento brusco y dio un salto hacia delante.

—¡Eh! —exclamó Rosenthal.

Estiré la pierna. Él intentaba sacar el pie. El coche serpenteaba, pero seguía adquiriendo velocidad. Íbamos casi a 130.

—Estás acabado —amenazó.

—A lo mejor lo estamos los dos.

El velocímetro llegó a 145.

—Por favor, para —dijo, con el rostro empalidecido.

—Jódete, gilipollas.

Intentó coger la llave de contacto. Le agarré el pulgar y se lo doblé hacia atrás brutalmente; entonces le golpeé la nariz con el dorso de la mano. El coche hizo un viraje brusco por encima de la línea blanca. Se oyeron una bocina y un chirrido de frenos.

El corazón me palpitaba con fuerza. Tenía miedo, pero mi temor era insignificante frente al terror de Rosenthal. Nos habíamos abalanzado sobre la parte de atrás de un autobús. Rosenthal había girado justo a tiempo. Gimoteaba. Oírlo me llenaba de alegría.

Delante de nosotros, había vehículos en todos los carriles y no había espacio para hacerse un hueco. La carrera salvaje había durado dos minutos, aunque en estas situaciones el tiempo se congela. Aparté mi pie del acelerador. Rosenthal apretó el freno con tanta fuerza que el coche casi resbaló. Bajo las quemaduras solares, tenía el rostro pálido, empapado en sudor, y cogía el volante con las dos manos con tanta fuerza que la sangre no le llegaba a los nudillos.

—No volverás a salir jamás —dijo, con un tono de voz histérico.

—Cállate la boca. —Volví a golpearlo con el dorso de la mano. Le salió un reguero de sangre por la nariz—. Métete en el carril de la derecha y sal por la

próxima salida. Ahora mando yo, me cago en la puta.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, en tono suplicante. La entropierna de los pantalones, muy ajustados sobre sus gruesos muslos, se le había oscurecido. Se había meado encima—. Casi nos matas.

—El mundo iría mejor sin nosotros. Tú eres tan inútil como yo, vives a costa de la miseria.

Llegamos a Florence Avenue. La velocidad se había reducido a ochenta kilómetros por hora. Rosenthal cambió al carril derecho, mientras se sorbía la nariz para intentar detener el reguero de sangre que le goteaba sobre la camisa. Estábamos en la salida de la autopista cuando se me ocurrió pedirle que aparcara en un callejón y darle una buena paliza. Sería el acto violento más satisfactorio de mi vida. Me había dejado en la cárcel tres semanas, mientras él estaba de vacaciones. Pero descarté la idea por la falta de privacidad. En aquella zona no había ningún lugar en el que se pudiera estar seguro de que no iba a haber interferencias.

Cuando redujo la velocidad para pararse en una señal de stop, en lo alto de la rampa de salida de la autopista, le cogí por la corbata para que no saliera corriendo. Era consciente de la fugacidad de mi poder. Lo había reducido a la fragilidad de un hombre solo, pero en pocos minutos daría la voz de alarma y se convertiría en el centro de atención de las autoridades del estado. Ahí empezaría la persecución.

Tenía que desaparecer. Descarté echarlo del coche y llevármelo porque aquello suponía cometer un delito de robo, o un secuestro perpetrado para realizar un robo, si se tenía en cuenta cómo lo había atemorizado. El beneficio no era tan alto como para compensar el riesgo y la pena. Estaría más seguro en la oscuridad protectora de la noche. Con unos minutos de ventaja, seguro que conseguía huir y estar a salvo, por lo menos durante aquella noche.

Llegamos a Sunset Boulevard. Mi dominio de la situación peligraba. Si pasaba un coche de policía, Rosenthal gritaría para pedir ayuda, porque sabía que yo no iba armado.

—Gira a la derecha —dije, cuando nos acercábamos a una calle residencial. Acató mi orden, temblando de miedo, con gotas de sangre todavía cayéndole por la nariz. Le dije que aparcara junto a la boca de un callejón y le cogí las llaves del coche. Tendría que buscar un teléfono. Esto me daría una ventaja de un mínimo de diez minutos hasta que llegara la policía. O incluso el doble.

—Tendrías que estar encerrado el resto de tu vida —dijo amargamente—. Eres un peligro.

Hice una finta y me reí al ver que levantaba los brazos y se encogía de miedo.

—Eso. El error fue crear a alguien peligroso y después dejarle salir.

—Me das lástima, Max. De verdad. Necesitas ayuda —dijo, aún escondido detrás de sus brazos. La piedad sincera de su voz era más exasperante que su desdén

habitual. Pero pegarle tampoco cambiaría nada. Su ceguera, basada en una confianza inquebrantable en su rectitud, era impenetrable. Nada le haría ver que si las personas como yo eran una enfermedad, los que eran como él eran los portadores de esa misma enfermedad.

—Yo no siento lástima de mí mismo —dije, con toda sinceridad, y deseando decir algo más perspicaz. No lamentaba mi decisión, sino las condiciones que me habían llevado a tomarla.

Me bajé del coche y salí corriendo por el callejón, buscando alguna verja de salida que pudiera saltar. Finalmente decidí volver a Florence Avenue y coger un taxi.

SEGUNDA PARTE

En el desierto más solitario ocurre
la segunda metamorfosis;
allí el espíritu se convierte en león;
quiere conquistar su libertad
y ser señor en su propio desierto. [...]
El gran dragón se llama «tú debes»,
pero el espíritu del león dice «yo quiero».

NIETZSCHE

Capítulo 1

Con una garrafa de dos litros de vino barato en la mano, subí trabajosamente la pendiente que llevaba a la chabola de L. L. Red. Había dejado al taxista esperando delante de un bar del barrio, a un kilómetro y medio de distancia, y le había dicho que volvería en cinco minutos. A continuación me había escapado por la parte de atrás del local, con lo que me había ahorrado ocho dólares. El vino de Red había corrido a cuenta de la compañía de taxis. Red era una persona dócil, siempre que se le mantuviera borracho, que era lo que yo quería. No jugaba con él. El vino era su bien máspreciado.

La chabola estaba a oscuras. Eran las once y media, muy pronto para que Red hubiera acabado su ronda nocturna por bares mugrientos. La puerta estaba abierta. Red no tenía nada que valiera la pena robar o proteger.

Al pulsar el interruptor de la luz, di una patada a una botella vacía, que rodó por toda la habitación, rebotó contra una pared y seguía rodando cuando una bombilla de apenas cien vatios iluminó la habitación. La escena me dio asco —un conjunto desordenado de trastos de mal gusto, con un fuerte hedor acre que lo invadía todo—. Había pensado quedarme unos días con L. L. Red, hasta ponerme en marcha, pero entonces pensé que prefería dormir debajo de un puente a quedarme allí más de una noche.

Abrí una ventana para que entrara el aire y miré el paisaje. Aquélla era una chabola inmunda, pero presidía desde lo alto la infinitud de la ciudad. Una brisa había dispersado la bruma habitual y el aire era cristalino. El cielo, salpicado azarosamente de estrellas, apenas era un insulso proscenio del esplendor que tenía a sus pies: un cuenco lleno de joyas refulgiendo hasta el horizonte. Desde allí, la tierra iluminada por los hombres resultaba más hermosa que los cielos. Las calles, que parecían sórdidas bajo la descarnada e intensa luz del día, ahora fluían como ríos de diamantes y rubíes, con miles de vehículos circulando en uno y otro sentido. El paisaje evocaba una mezcla de júbilo y el agridulce dolor de la soledad. Me sentía, ciertamente, el olvidado de Dios.

«Solo contra toda la humanidad», me dije, temblando. Las palabras en el aire magnificaron el pensamiento y la sensación. Era aterrador, y al mismo tiempo maravilloso, vivir sin la ayuda de nadie, sin credo, y sentirme completo y seguro conmigo mismo. «Solo contra la humanidad». Aquella expresión era tanto una presunción como un lamento. Había tomado una decisión y quería cumplirla, pero la fascinación que, en soledad, me habían provocado las luces de la ciudad ponía en cuestión las verdades que con tanta firmeza había sostenido dentro de la cárcel. El ansia de pertenencia y de sentido parece imposible de erradicar. Un hombre puede aceptar la verdad, sin que necesariamente le guste.

Aquellos arabescos de pensamientos inútiles sólo podían debilitar mi decisión. Los aparté de mi mente. Llegaban demasiado tarde. En aquellos momentos las emisoras de la policía ya habrían difundido mi nombre y mi descripción, y las fotocopiadoras y los teletipos reproducirían la orden de busca y captura. No se pondría en marcha ninguna gran persecución, pero si me cogían por borracho, o me paraban para ponerme una multa (antes de que consiguiera una identificación) o si alguien daba el chivatazo, me habrían pillado. Estaría a salvo en cuanto tuviera una identificación, y siempre que nadie les soplara dónde estaba y no me detuvieran por algún otro delito.

Necesitaba dinero: para comprar la identificación y para vivir. El dinero es fundamental para los fugitivos. En la cárcel decidí que podía vivir a base de atracos a mano armada, aunque tampoco descartaba otras opciones que pudieran resultar interesantes. La clásica simplicidad del robo a mano armada me resultaba atractiva. Sin duda, «cogería» lo que quisiera. Ciertamente, la pena que me caería en caso de captura era considerable, pero el riesgo se reducía a unos segundos de acción en los que el tiempo se congelaba. A diferencia de lo que sucedía con otros delitos, no había que actuar en un entorno criminal, donde podría estar sometido a la observación de la policía. Entre los delitos que tenía a mi alcance como fugitivo, el robo ofrecía la mayor recompensa por el menor riesgo y la menor inversión. Me jugaba la vida, pero lo cierto era que, tal y como era, tampoco valía nada. Si no podía vivir como yo quería, mi vida no me importaba.

Mis pensamientos se volvieron pragmáticos. Necesitaba armas de fuego, las herramientas de mi oficio, y unos dólares para ir tirando hasta que pusiera algo en marcha. Quizá L. L. Red sabía dónde conseguir armas o conocía a alguien que se las prestara como inversión. Quizá Johnny Taormina tenía dinero suficiente para financiar el robo que tenía previsto.

A las tres de la madrugada, Red subió andando por la pendiente. Su descapotable abollado se había quedado sin gasolina a tres kilómetros de su casa. A pesar de la larga caminata, seguía borracho. Había pasado la noche bebiendo de gorra —a cambio de su lujuriosa conversación— en bares diversos. No le sorprendió verme y apenas tenía cierta curiosidad por saber qué me había pasado en mis tres semanas de ausencia. Lo que más le interesaba era la botella que llevaba. No había visto últimamente a Johnny Taormina y no sabía si la propuesta de robo seguía en pie, pero por la mañana lo averiguaría.

El depósito vacío del coche de Red y la hora que era marcaron el lugar en el que pasaría la noche. Red no me preguntó cuánto tiempo me quedaría con él; le daba igual que fuera una noche, una semana o un año. Yo lo veía de otro modo. Necesitaba a Red para conseguir un transporte hasta que surgiera algo provechoso, pero aquella era la última noche que pasaba en la chabola. Tenía que montar algo a lo largo del día

siguiente.

Nos bebimos la garrafa entre los dos. Entre aquello y lo que llevaba encima, se quedó derrengado. Se durmió en el sofá, vestido, y empezó a roncar profundamente.

Colgué mi traje barato en una silla para que no se arrugara todavía más y me tumbé en el suelo. Estaba suficientemente borracho como para que no me importara el olor de la manta en la que me envolví. Con todo, dormir en el suelo con una manta sucia, habiendo tomado la decisión de vivir y morir como yo quería, era una opción mejor que las sábanas limpias y el ambiente doméstico del centro de reinserción, bajo la tiranía de Rosenthal.

En lo último que pensé antes de dormirme fue en una escopeta recortada.

Capítulo 2

Cuando lo vi bajar de un Chevrolet de doce años de antigüedad, en el aparcamiento de un bar con una clientela de jugadores, me pareció un sesentón enclenque y gris. Llevaba un traje que había sido caro hacía diez años, pero estaba desgastado y era evidente que estaba pasado de moda. Me esperaba a un siciliano fornido y elegante. Sin embargo, el gran John Taormina, el célebre mafioso, tenía el aspecto de un contable triste y nervioso. Tenía cataratas en los ojos y una mirada inquieta, que sólo se cruzó un segundo con la mía cuando L. L. nos presentó.

—Me alegro de conocerte —dijo, mirando alrededor del aparcamiento—. Entremos.

—Eso se merece una copa —dijo Red sonriendo con sus dientes manchados.

Mientras avanzábamos hacia la puerta lateral del bar, Johnny me preguntó qué me había dicho Red.

—Sólo que buscas cómplices para robar en una partida de dados.

—Eso es lo único que sabe. —Johnny quería mostrar que podía tener la boca cerrada—. ¿Tienes experiencia en esto?

—Entre otras cosas.

—¿Yonqui?

—No —respondí, pero sus preguntas me molestaron. Ya no era un pez gordo. Y aunque lo fuera, no me gustaba que me hicieran preguntas. No dije nada más; ya llegaría el momento de bajarle los humos.

La camarera, mucho mayor de lo habitual, saludó a Johnny por su nombre y sonrió. También conocía a L. L. Red, pero no le hizo caso, más allá de saludarle mecánicamente con un movimiento de cabeza. Él le lanzó una mirada lujuriosa, a pesar de que la mujer no llevaba con gracia sus cincuenta años.

Cuando nos sirvieron las bebidas, Johnny fue a coger su cartera, pero finalmente cambió de opinión y le dijo a la camarera que lo apuntara en su cuenta. Ella se quedó inmóvil lo suficiente para que la pausa resultara perceptible y a continuación asintió con la cabeza y se marchó.

Antes de profundizar en los detalles del golpe, Johnny empezó explicando por qué quería intervenir en aquel juego. Su sentimiento de culpa le impulsaba a justificar por qué iba a traicionar a sus amigos. Tenía deudas, había hipotecado la casa de su madre —lo que justificó alegando que era él quien se la había comprado— y había perdido cuatrocientos mil dólares en el juego en cinco años, la mayoría a manos de aquellos «idiotas» a los que íbamos a estafar. Todos le debían favores que él les había concedido cuando estaba en la cresta de la ola y ahora nadie quería ayudarle. Necesitaba dinero para comprar un bar que se vendía con una entrada barata y montar una operación de apuestas en el Hospital General, que tenía miles de empleados,

innumerables pacientes y «mucha acción».

—¿Cuánto dará el golpe? —dije, interrumpiéndolo.

—De quince a veinticinco mil, contando las joyas que llevan algunos. Pero la mayoría es dinero en efectivo.

—¿Qué porcentaje quieres?

—El treinta por ciento.

—¿Incluidos los costes?

—Financiarlo no va a costar nada.

—Bueno, algo sí que costará. —Había pensado pedirle un «adelanto» para comprar armas, pero si sabía que no las tenía, mi posición quedaría debilitada. ¿Qué clase de delincuente se puede ser si no se tienen armas?—. El treinta por ciento es mucha pasta.

—Te lo estoy regalando.

—Sí, bueno, supongo que el treinta no está mal —dije. Mentía: en cuanto tuviera el dinero, le diría que o cogía el diez por ciento o se quedaba sin nada. Él iba a estar tranquilo en su casa viendo la televisión, mientras yo arriesgaba mi vida. Sólo se merecía el diez por ciento.

—Si lo haces bien, tengo en mente otras operaciones que son un auténtico caramelo —dijo con voz lastimera. Quería asegurarse de que no le traicionara. Si lo hacía, no me podría demandar por incumplimiento de contrato. La verdad es que no podría hacer gran cosa, excepto matarme, si es que tenía agallas y me podía encontrar. Dudaba que se dieran aquellas dos circunstancias.

—Bueno, vayamos por pasos. ¿Cuánta gente participa en el juego?

—Pueden ser entre siete y doce.

—¿Llevan armas?

Johnny lo negó enfáticamente con la cabeza.

—Llevan años jugando juntos y nunca han tenido líos. Les dan miedo las armas. —Se acercó más a mí, susurrando con un tono apremiante. Sus ojos cataráticos se le humedecieron. Jugaban en una suite de la parte de atrás de un motel grande del valle de San Fernando. Se reunían una o dos veces a la semana. No sabría qué noche concreta sería el golpe hasta unas horas antes. Un jugador habitual lo llamaría por teléfono y se lo diría. Yo tenía que estar preparado. Sabría que estaban allí si afuera había un Cadillac descapotable amarillo con la capota negra o una camioneta azul con el rótulo ACMÉ DISTRIBUIDORES en el lateral. Eran los vehículos de los jugadores habituales.

—El tío que te llamará... ¿Sabe lo que estás montando?

—¡No, joder! Me llamará porque a veces juego, cuando puedo apostar.

Parecía un golpe magnífico, pero cabía la posibilidad de que, en sus explicaciones, el señor Taormina se hubiera tomado las licencias de un comercial

vendiendo sus productos. Que necesitara dinero podía llevarle a quitar importancia a los inconvenientes de la operación, sobre todo porque él no corría ningún riesgo.

De todos modos, me comporté con frialdad, lo cual él esperaba y respeto.

—Dame la dirección. Red y yo podemos inspeccionar el terreno esta tarde.

—Vale. ¿Cuánto tiempo necesitas para tenerlo todo preparado?

—Podrá ser la semana que viene, si es que encuentro a un cómplice adecuado.

—¿No tienes a nadie?

—No son lo que necesito. Aquí hace falta un luchador que pase de los ciento diez kilos. Alguien corpulento, como Red.

L. L. se había tragado los cubitos de hielo y chupaba el vaso vacío.

—¿Eh? —dijo, alzando la vista cuando mencionamos su nombre.

—Nada. —Le expliqué a Johnny que necesitaba a alguien que fuera suficientemente grande para derribar a quien hiciera falta, si había algún momento de vacilación—. Será un espacio pequeño lleno de jugadores alborotados. Llamaremos a la puerta y diremos que somos de la policía, con lo que se alborotarán aún más, pero abrirán un poco la puerta. Entonces el tío fornido arrollará la puerta. Yo entraré detrás de él con una recortada. Tampoco tengo intención de soltar balazos a todo el mundo, si no es necesario. El gorila servirá para abalanzarse sobre los que hagan un movimiento equivocado.

Johnny asintió, en señal de que aceptaba la explicación, comprendía la situación táctica y le gustaba el tono profesional. Mi referencia de pasada a los disparos también le intimidó, que era lo que quería.

Cuando nos despedimos en el aparcamiento me estrechó la mano con firmeza y entusiasmo.

Después de llenar todo el depósito del M.G. por primera vez en seis meses, nos dirigimos rumbo al noroeste por la autovía de Hollywood, en dirección al valle de San Fernando. Los vehículos pasaban con un zumbido. La brisa que entraba por la ventanilla y el sol que me caía sobre el cuello me hacían sentir bien. La vida puede ser muy agradable, incluso para los parias y los delincuentes.

Al ver el rótulo blanco sobre negro Vine Street, carril derecho pensé en Abe Meyers. Él podría aportar armas, financiación e incluso una identificación. Ahora Abe estaría en el club. El motel seguiría en el mismo sitio una hora más tarde.

Le llamé desde una gasolinera que estaba a cinco manzanas, para preguntarle si la policía había pasado por el club. A Abe le sorprendió la llamada y afirmó que apenas se había enterado de que estaba en la cárcel el día anterior. Me contuve a expresar mi incredulidad, aunque tuve la tentación de preguntarle dónde había creído que estaba al ver que no me encargaba del asunto de Stan Bergman. Me dijo que la policía no había preguntado por mí.

—No te habrás escapado, ¿no? —preguntó.

—No. Sólo he dejado colgada la condicional. Me paso por allí a tomar algo.

—Vale. —No parecía entusiasmado.

Red dio la vuelta a la manzana y entro por el callejón sin detenerse. No se veían coches de paisano ni a nadie que quisiera pasar inadvertido. Tampoco esperaba encontrar nada. Yo era un pez demasiado pequeño para una operación tan costosa.

Cuando entramos por segunda vez en el callejón, se me ocurrió otro problema: L. L. Red. Su aspecto reflejaba perfectamente lo que era en realidad: un vagabundo borracho y libidinoso. Su boca entreabierta era la imagen arquetípica de la perversión. Llevaba una camisa de punto con un agujero debajo de la axila derecha que dejaba el vello a la vista. Me avergoncé de sentirme avergonzado, ya que en comparación con Abe era un hombre virtuoso, o por lo menos tenía las virtudes que yo apreciaba: franqueza y lealtad. Pero en aquellas circunstancias no podía dejar la situación a merced de su carácter imprevisible. Le dije que se necesitaba vigilancia, le di dinero para que se tomara un par de chatos de vino y le dije que me esperara delante de la puerta del local. Si aparecía la policía, tenía que actuar. Pensando en el vino su decepción se mitigó y no fue capaz de argumentar que un vigía era innecesario. Me dejó junto a la puerta del callejón.

Pese a las garantías de Abe y mi observación del terreno, entré con cierta cautela. La policía aprovechaba momentos como aquél para tender una trampa.

Sonaba música en la máquina de discos. Las luces estaban apagadas y las sillas, colocadas boca abajo encima de las mesas. La oscura sala estaba prácticamente vacía. Abe estaba tras la barra, delante de Manny y un hombre corpulento y calvo, que estaban sentados en los taburetes. Ante ellos tenían una calculadora, una serie de libros de contabilidad y montones de recibos. Abe me vio, me saludó fugazmente con la mano y volvió a abstraerse en el libro y la calculadora. Aquel saludo descortés indicaba lo mucho que se había reducido la influencia que había tenido tres semanas atrás. De todos modos, Manny se acercó a mí.

—¿Qué tal, Max?

—Quiero ver a Abe y no tengo mucho tiempo.

—Tío, está muy liado. Están con un tema que tiene que salir por correo esta tarde. Se juegan diez mil.

—Mierda —musité.

—A lo mejor te puedo ayudar yo —dijo Manny.

¿Era de fiar? En ningún momento sospeché que fuera a delatarme voluntariamente a la policía, pero si sabía demasiado, tendría poder de negociación en caso de que lo detuvieran por algún delito menor, como proxenetismo o posesión de marihuana. Por otra parte, si lo único que les podía decir era que yo quería conseguir —o tenía— armas de fuego, el riesgo sería mínimo. Aquel detalle podía intensificar sus deseos de capturarme, pero no era una prueba de delito que pudiera

utilizarse delante de un tribunal. Siempre que Manny no supiera cuándo ni dónde se habían utilizado esas armas, o si se habían utilizado realmente...

—¿Armas? ¿Más de una?

—Sí, un par de pistolas de gran calibre y una escopeta de calibre 12.

—La recortada la puedes pillar en una casa de empeño.

—Eso si tuviera pasta. Lo que realmente me gustaría es una ametralladora, una Thompson o una Schmeiser.

—El otro día llamaron a Abe para venderle una M16.

—Joder, eso es exactamente lo que necesito.

—No me acuerdo de quién le llamó. Ya me enteraré.

—¿Cuánto pedía?

—Trescientos.

—¡Hostia! ¿Cuánto tiempo la tendrá?

—Vete a saber. Ya hablaré con él. También te puedo prestar la pasta, si no la tienes.

—¿Y las pistolas? ¿Alguna idea? Si conoces a alguien que te las pueda prestar, os saldrá a cuenta a los dos.

—Ahí igual te puedo ayudar. Conozco a un tío... Ah, y en la oficina hay un revólver. Era de un camarero que ha tenido un ataque al corazón y no volverá hasta dentro de dos meses. Creo que sólo es una calibre 32.

—Estupendo.

Manny se fue a la oficina. Le seguí.

Era un revólver de cañón corto del calibre 32 de un fabricante del que nunca había oído hablar. No era gran cosa, pero la culata cuadrículada se adaptaba bien a mi mano.

—¿Y qué pasa con las otras? ¿Y ese tío que conoces?

—Lo veré esta noche. Sé que tiene alguna cosa. Llámame mañana.

Cuando salí de la oficina, Abe seguía con el hombre de la barra. Vio que me marchaba y se despidió con la mano.

El motel era enorme y rabiosamente nuevo. Tenía una piscina olímpica y un minigolf. También había una gran cafetería. Para llegar a las habitaciones y las suites, que estaban a dos pisos de altura y tenían vistas a la piscina del interior —en la planta superior había un balcón que rodeaba todo el edificio—, había que pasar por un camino situado entre la cafetería y las oficinas, ambas con grandes ventanales. Entrar por aquel camino sería fácil, pero marcharse, sobre todo si iba con prisas, podría atraer una atención indeseada y peligrosa.

Red aparcó a una manzana del motel y volvimos andando. Al llegar, entramos y paseamos alrededor de la piscina. Hacía un día caluroso y la piscina estaba llena de turistas de mediana edad y clase media, echados boca arriba en tumbonas de lona,

poniendo al sol sus carnes blancas como la leche y ocultando los ojos con gafas de sol. La presencia de Red me volvió a incomodar, pero no porque me avergonzara de él. Llamaba la atención y la gente podría acordarse de él. Si el golpe se desmandaba y había heridos, se abriría una investigación, con la correspondiente localización y el interrogatorio de los huéspedes del motel. Yo siempre intentaba pasar desapercibido y ocultar mi condición de delincuente.

La suite en la que se celebraba la partida era la última de la balconada. Al pasar por debajo, vi que el balcón doblaba la esquina. Podríamos —quienquiera que fuese conmigo y yo— saltar tres metros y caer en un solar vacío que había junto al hotel. No tendríamos que volver por el camino rodeado de ventanales. Perfecto.

Otro posible problema, aparte de los imprevistos que pudieran presentarse dentro de la suite, era que algún huésped decidiera bañarse de noche y nos viera derribar la puerta. Decidí que era un riesgo que se podía asumir.

—Pirémonos —le dije a Red.

—¿Y qué pasa con el interior de la habitación?

—No tengo dinero para pagar una noche. ¿Qué misterio va a tener una habitación de motel?

Volvimos al coche.

La autopista que atravesaba el valle de San Fernando era un paso elevado que ofrecía una vista panorámica por encima de una alambrada de tela metálica que servía de protección para perros, gatos y niños. La polución acortaba el horizonte, pero se podían ver los tejados de las casas separadas por hileras de árboles que delimitaban las avenidas. Casas pintadas de colores pastel, antenas de televisión que desfiguraban la silueta de los edificios. Con frecuencia aparecía un relámpago azul celeste, una piscina. El horizonte era plano, salvo por algunas construcciones apiñadas en torno a un centro comercial. Aquella era la meca del sueño americano, lo que todo el mundo quería. Un mundo de mujeres jóvenes y esbeltas —a base de dietas—, con pantalones cortos y camisetas de tirantes con la espalda descubierta, que conducían vehículos familiares de 400 caballos, rumbo a supermercados con aire acondicionado y música ambiental. Un mundo de canguros y cultura condensada en clubes de lectura de «los mejores libros de la historia». Una vida de barbacoas junto a la piscina y cines al aire libre abiertos todo el año. Aquello no era para mí. A la mierda los seguros de salud y de vida. Querían vivir sin salir del útero. A mí me hacía sentir más vivo jugar sin reglas, contra la sociedad, y estaba dispuesto a jugar hasta el final. Anticipando el robo, me estremecí en un espasmo casi sexual.

Se me ocurrió ir a visitar a Willy y a Selma, y le dije a Red que se dirigiera a El Monte. Cuando el tráfico disminuyó, me pidió ansiosamente, casi con tono lastimero, que le asegurara que el golpe me parecía bien. Aquella impaciencia servil despertó en mí una resistencia reflexiva. Le respondí con monosílabos, pero cuando me insistió,

convine en que la operación «no estaba mal». Aquella afirmación le hizo tomar una vía indirecta. Entonces empezó a relatar lo amigos que éramos, las fiestas que nos habíamos corrido y las que nos correríamos aún. Quería una juerga más. Envejecía; tenía mala salud; necesitaba dinero.

—Yo siempre cuido de ti.

—Pero no quiero que me des doscientos dólares, en plan aguinaldo. Quiero una parte.

—Nadie se lleva una parte si no corre también riesgos.

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero, joder, Max... Dios, realmente lo necesito. Soy viejo y tengo que pagarme los polvos. Tengo la presión altísima. Necesito un último baile... Un coche decente y un traje gris de seda; y después ya me puedo suicidar.

Su voz sonaba apasionada y sin duda se lo creía palabra por palabra. Pero cuando llegara la hora del suicidio, todavía querría otra «última» exhalación hedonista.

Entonces probó otra táctica. Nos seguiría con su coche en el golpe, vigilándonos de cerca, y si alguien nos perseguía, les bloquearía el paso, y los embestiría, si hacía falta. Me juró que lo haría por dos mil dólares. Le prometí que lo pensaría, aunque descarté de inmediato la idea en cuanto la mencionó. En otro tipo de operaciones, tener un coche de vigilancia podía ser buena idea, por ejemplo, en un atraco a un banco en pleno día, porque era muy probable que se iniciara de inmediato una persecución. Allí no había prácticamente ningún riesgo de que nos persiguieran, y en todo caso, dudaba que Red acabara actuando. Se necesitan agallas para embestir contra un coche de policía, cuando sabes que te vas a pegar una hostia en la cabeza y vas a acabar en la cárcel. Por un «accidente» de aquel tipo raramente se pueden presentar cargos, más allá de una multa de tráfico, pero implicaba poner sobre aviso a la policía y darle la oportunidad de desembrollar la historia a partir del conductor del coche.

Decidí en silencio que, si todo salía bien, le daría mil dólares. Era menos de lo que quería, pero seguía siendo un buen salario por haberme llevado en coche durante unos días. Y seguro que Johnny Taormina también le daría algo.

Capítulo 3

Willy estaba todavía trabajando y no se le esperaba hasta por lo menos media hora después. Decidí esperarle. Red tenía que ir a la oficina de empleo para cobrar su paga antes de que cerrara. Quería volver y llevarme de bar en bar para celebrar el plan — su verdadera intención era que acabara de comprometerme—, pero rechacé su propuesta y lo alivié de sus preocupaciones dándole una palmada en la espalda, prometiéndole que todo saldría bien y diciéndole que no se preocupara, que lo llamaría al día siguiente al billar.

Selma estaba haciendo la cena. Me dijo claramente que aquella noche Willy se iba a ir al cine con ella y los niños. Fue fría, casi hasta el punto de la impertinencia. Salí a esperarlo afuera.

Su vivienda, con un camino de entrada largo y sucio, y un jardín infestado de malas hierbas, se hallaba en la parte de atrás de una avenida semirural por la que pasaban camiones de hormigón y gravilla. Me senté y apoyé la espalda en el tronco de un arbusto. Era un paisaje banal y deprimente, lleno de energía, pero carente de belleza.

Tres niños venían caminando por el arcén, con palos en la mano, con los que sacudían las hierbas más altas. Dos eran hijos de Willy. El otro, dos o tres años mayor, era esbelto y tenía una tez más pálida y la piel suave. Era bastante guapo. Todos llevaban ropas manchadas y desgastadas.

Se acercaron a mí con la franqueza y la timidez de los niños que, a pesar de todas las privaciones, han recibido cariño suficiente. Al tercer muchacho lo llamaban «Joey». Reconocí su parecido a Joe Gambesi. Era el hijo de Mary. Entraron en la casa para llamar a su madre; cenaría allí y después se iría al cine con sus primos.

Poco después, Willy apareció con su automóvil por el camino de entrada a la casa. Los hijos de los Darin se olvidaron de mí de inmediato. Salieron corriendo hacia al coche y acosaron a su padre mientras bajaba del coche, cogiéndole de las piernas y saltando sin parar. Él los cogió por el cinturón, uno en cada mano, los levantó del suelo y los columpió. Gritaron, temerosos pero alborozados. Los dejó en el suelo, los abrazó suavemente y los mandó adentro para que se lavaran antes de cenar.

—No me des la mano —me dijo Willy—. Llevo más grasa encima que un cerdo.

—Ese trabajo no te sienta bien.

—Bueno, ¿qué coño voy a hacer con Selma presionándome por un lado y el oficial de la condicional por el otro? Además tú ya no le molas. Dice que es mejor que no te acerques a mí.

—Ya lo he pillado. Sólo quiere tener a alguien a quien culpar, si te desmandas.

—¿Dónde has estado? Pensaba que te pasarías por aquí.

Le expliqué mi estancia en la cárcel y mi condición de fugitivo.

—Así que vuelves a la vida del afanar.

—Es lo que mejor se me da. Además de estar en el talego.

—Lo siento.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada, supongo. Ahora que me acuerdo, el otro día vi un sitio que a lo mejor te interesa. Es un mercado. Parece fácil.

—Ahora estoy con el golpe del juego de dados que dijo L. L. Incluso he conocido al gran Johnny T. Está muy venido a menos.

—Mejor que no haber llegado nunca a nada, como yo.

Tras la puerta de tela metálica de la casa apareció una silueta oscura. Selma le gritó a Willy que la cena estaría lista enseguida.

—Vamos a la parte de atrás —dijo Willy—. Necesito un chute.

—Así que estás enganchado... De vuelta a las andadas, igual que yo.

—Sólo a medias. En dos días estoy limpio.

—Sí, claro, en dos días.

En un lado del garaje había una habitación para los trastos con cestas de ropa vieja, un sofá y un frigorífico estropeado. Willy sacó de debajo del frigorífico un vaso que contenía un equipo envuelto en plástico y un condón lleno de heroína.

—¿Quieres probarla? —me preguntó, mientras deshacía el nudo que cerraba el preservativo de goma. Eran treinta gramos de heroína y, con el sueldo que cobraba, Willy no se permitía pagar cien dólares. Tenía que estar traficando un poco.

—Vale, un poco.

Un minuto después, me estaba sacando la aguja del brazo y apretándome con el pulgar para que no saliera sangre de la vena. Habían pasado muchos años y por un momento me arrepentí de mi debilidad. Pero aquella sensación quedó barrida por una rápida oleada de bienestar. Una sensación de calidez —una calidez indescriptible— se ramificó hasta llegar a todos los recovecos de mi cuerpo y lo más recóndito de mi cerebro. Hasta la soledad quedó borrada. Aquello era la paz sobre la tierra. Pero mi ira era un bien demasiado preciado como para dejarme llevar y perderme permanentemente en la somnolencia del drogadicto.

—Buen caballo —dije, arrastrando las palabras.

—Bastante bueno. Esta puta mierda me va a acabar matando.

—¿Cómo pasas la prueba de la nalorfina?

—No voy. O no me pincho en dos días y tomo baños de vapor. La semana pasada no fui; esta semana tengo una receta de codeína de un dentista, así que da igual. ¿Tienes hambre?

—¿Y Selma? No le va a molar que me coma su cena.

—A la mierda, tío. Vamos.

—¿Dónde puedo esconder esta pistola?

—¡Hostia! Seguro que no tardaste en conseguir una. Aquí. —La cogió y la metió por detrás de los cojines del sofá—. Aquí no entra nadie. Ahora que me acuerdo, hay un supermercado que a lo mejor te interesa. Cuando fui a cobrar el cheque, me enviaron a la oficina del jefe. Está arriba, justo al entrar por la puerta del aparcamiento. Nadie te verá subir. Hay una caja Mosler grandota en la oficina.

—¿Es un súper muy grande?

—No es que sea enorme, pero tampoco es un colmado.

—¿Cuántas cajas hay?

—Tres.

—A lo mejor vale la pena. ¿Dónde está?

—En Santee, muy cerca de la salida de la autopista.

—Hablando de dinero, ¿de dónde sacas la pasta para pincharte? —Advertí que se ruborizaba—. Olvídalo. En cuanto haga el golpe estaremos de puta madre.

En cuanto entramos en la casa, la decisión quedó aplazada. Los niños ya habían acabado de cenar y estaban en otra habitación. Tenía bastante hambre, a pesar de la heroína. Willy se sentó delante de mí, sin camiseta, y se inclinó sobre la mesa para engullir la comida. Con su torso musculoso, más que un drogadicto, parecía un estibador. Selma advirtió que estábamos drogados y me fulminó con una mirada acusadora. Apenas habló, y no dejó de hacer ruido mientras lavaba las ollas. Aun así, me había reservado un sitio al poner la mesa.

Se decidió que, de camino al cine, me dejarían en casa de Mary. Joey pasaría la noche con sus primos. Durante el corto trayecto en la carraca abarrotada y mal ventilada de Willy, decidí que no podía soportar seguir haciendo autostop y durmiendo en el suelo y en los sofás. Aquella noche, cuando hubiera oscurecido, robaría un coche y montaría un pequeño robo. Había un motel cerca del circuito de Santa Anita en el que había robado años atrás; me iría bien para conseguir doscientos dólares. Seguro que Mary tenía alguna media vieja de nailon para ponerme en la cabeza. Robar un coche sería fácil. Lo único que necesitaba era una pistola y agallas, y las dos cosas las tenía. No es que fuera la operación más inteligente de la historia, pero me daba igual.

Robar un automóvil no fue necesario. Mary tenía un Plymouth de once años de antigüedad. Después de dudarle por un momento, mordiéndose el labio, me dio las llaves y me exigió que le prometiera devolverlo por la mañana para que pudiera ir a comprar.

A las nueve de la noche pasé por Santa Anita y vi que en el lugar que había ocupado el motel había ahora unos grandes almacenes. Me puse a recorrer las avenidas de las urbanizaciones de las afueras, buscando algún otro objetivo. No tenía mucho tiempo. A medida que se cernía la noche, el dinero se ponía a buen recaudo y

circularían tan pocos vehículos que el mío quedaría al descubierto. Buscaba una tienda aislada, con apenas un par de personas dentro y una situación que ocultara el interior del local a transeúntes y vehículos. Encontré varias licorerías que cumplían aquellos criterios, pero las licorerías eran tabú: son para un atracador lo mismo que el papel atrapamoscas para las moscas. Son objeto frecuente de robos, normalmente por aficionados que no saben que muchas son propiedad de ex luchadores, ex policías u otros personajes con un carácter beligerante. Suele haber una pistola debajo del mostrador o la esposa del propietario está en la habitación de atrás con una escopeta. Todo el dinero, menos unos cuantos dólares, está siempre escondido.

A las once encontré un pequeño colmado abierto. Estaba en la esquina de una calle con todos los establecimientos cerrados y a oscuras. A la vuelta de la esquina había una calle residencial. No pasaba nadie. Aparqué doscientos metros más abajo del callejón, comprobé que llevaba la pistola, y volví al colmado. Me obligué a mantenerme concentrado en la operación. Había aprendido que, si se pensaba demasiado en las consecuencias, se perdía el coraje para actuar. Cometer un delito es como luchar en una batalla. Sólo se diferencian en que el delincuente se puede retirar antes de que inicie la acción; el soldado cumple órdenes.

Aun con la mente centrada, mi cuerpo quiso rebelarse. Tenía las piernas rígidas como palos e inquietas, y un nudo en el estómago. Me di cuenta de que necesitaba cometer aquel pequeño robo no sólo por el dinero, sino para adquirir práctica.

Con la media hecha una bola en una mano, lista para ponérmela en la cabeza, y el revólver en el bolsillo delantero de los pantalones, a punto para desenfundar, entré en el interior iluminado. Y entonces me quedé petrificado.

Había un joven con un delantal blanco subido a una escalera, colocando en un estante unas cajas de detergente de color naranja. Junto a él había un anciano, también con un delantal, que le iba dando las cajas.

Ninguno me vio.

Eran chinos.

Se me cayó el alma a los pies. Cuando tenía quince años, había asaltado a un anciano en una tienda. Gino, el hermano de Mary, estaba conmigo. Era un hombre de unos cincuenta años, débil, con el rostro arrugado como un pergamino viejo. Yo llevaba un madero de 38 por 89 milímetros y casi un metro de largo. Le exigí que me diera el dinero. Nunca sabré si se negó a cumplir mi orden o es que no me entendió. Agité el madero, que le rebotó en la cabeza. Lo cogió. Durante un momento, los dos luchamos por él. Entonces solté la mano y le pegué en la boca. Le desapareció el cigarrillo que tenía colgando de los labios y entonces —nunca olvidaré la imagen— escupió tabaco machacado, sangre y trozos de dientes. Le volví a pedir que me diera el dinero una y otra vez, y él siguió negando con la cabeza, y yo continué pegándole puñetazos. Con cada golpe, notaba cómo se le rompían los huesos de la cara y le

subía la sangre por el cuerpo. Yo jadeaba frenéticamente. Él negaba con la cabeza y no se derrumbaba. Gino lo observaba horrorizado. Finalmente, derribé a aquel hombre y le arranqué la cartera de los pantalones. Cuando me lavé las manos en la gasolinera, estaban cubiertas de sangre hasta las muñecas. Vomité. En la cartera había doce dólares.

Nunca olvidé aquel incidente. A medida que pasaba por diferentes cárceles, había oído a ladrones con más experiencia aconsejar que nunca se robara a un chino, porque siempre se negaban a dar el dinero.

Una vez en el interior del colmado y preparado para actuar, quise retirarme. Pero quería más dinero. Saqué la pistola y me acerqué a la caja registradora. No tenían que darme el dinero. Sólo tenía que mantenerlos a raya mientras yo lo cogía. El viejo oyó mis pasos. Levanté la pistola en cuanto se volvió.

—No te muevas. —Mis palabras sonaron con un tono de voz excesivamente agudo y vergonzante.

Pestañearon. Aquella fue su única respuesta. Seguí moviéndome, sin dejar de vigilarlos. Si era necesario, dispararía, primero a las piernas.

—Eh, tío —dijo el joven, bajando de la escalera. Le apunté en el vientre con la pistola. El viejo lo cogió por la muñeca.

No dijeron nada más. Abrí la caja registradora con un nudillo, para no dejar huellas. Entonces me di cuenta de que me había olvidado de ponerme la media en la cara; todavía la tenía en la mano. Si me consideraban sospechoso, podrían identificarme. Por un momento pensé en matarlos, pero enseguida me di cuenta de que era una locura. Me metí los billetes y las monedas en los bolsillos, sin preocuparme por contarlos, aunque sabía que la cantidad era exigua. Sin dejar de mirarlos al frente, di la vuelta al mostrador y salí del colmado. Entonces salí corriendo hasta el coche.

Diez minutos más tarde —a todo un mundo de distancia del lugar del delito, en una ciudad con millones de habitantes—, conté el dinero: 185 dólares. Era una cantidad tan insignificante a cambio de una posible cadena perpetua que me entraron ganas de llorar. ¿Qué clase de vida era aquella? Además, me dolía haber robado precisamente a los oprimidos. Lo que yo me había llevado con rabia y violencia era probablemente más de lo que ganaban en una semana de duro trabajo. No es que me arrepintiera, ni tuviera remordimientos; simplemente me angustiaba la miseria de la existencia humana. Y especialmente maldecía aquella situación, en la que el delito era mi única salida.

Capítulo 4

Las luces centelleantes que teñían de gris y blanco el contorno de la persiana indicaban que Mary estaba viendo la televisión. Llevaba una bata de franela y rulos en la cabeza. Al verme, se llevó el índice a los labios para pedirme que no levantara la voz y susurró que quizá Lisa estuviera despierta. Entramos en la cocina.

Le llevaba dos bolsas de comestibles, como regalo de un amigo y como tributo de la delincuencia al destino. Había comprado sobre todo productos que una familia que vivía de los servicios sociales no se podía permitir: filetes, langosta y un gran jamón cocido en lata.

Al vaciar las bolsas, se me quedó mirando, recelosa e inquisitiva. Quería saber de dónde había sacado el dinero.

—Bueno, ¿te creerías que...?

—No.

—Pues a caballo regalado, no le mires el diente, ¿vale?

—No sé qué has hecho y cuánto dinero has sacado, pero, sea lo que sea, no vale la pena. Selma me ha dicho que te has saltado la condicional. Ni siquiera lo has intentado en serio.

—Willy le cuenta demasiadas cosas y ella habla demasiado, en general.

—¿Por qué ni siquiera te lo has planteado en serio?

—No hace falta cruzar el Pacífico nadando para saber que es algo que no se puede hacer.

—¿Y ahora qué?

—Pues o me forro o me mandan directo a la cárcel. Si me saco un dinero, la cárcel me importa una mierda.

—¿Qué clase de vida es esa?

—Una vida que a ti no te va. Pero a mí ya me parece bien. Mete la carne en la nevera y ya soltarás el discurso después.

—Mejor me ahorro el esfuerzo. Gracias por todo esto.

Al verla trajinar por la cocina, comprendí que en cierto modo se imaginaba que volvería. Lisa dormía con ella y Joey estaba con Willy y Selma, así que yo podía dormir en la habitación de los niños.

—Si tienes hambre, te puedo preparar un bocadillo o algo —dijo.

—Prefiero irme a la cama.

—Ven. Puedes dormir en cualquiera de las dos camas. Las dos tienen sábanas limpias.

La habitación era pequeña y espartana, y estaba limpia. Las paredes estaban desnudas. No había juguetes por en medio.

—Quédate un rato —le dije cuando se marchaba, cogiéndola del brazo. Mi voz

sonó bronca. Sus ojos, muy abiertos, se posaron en los míos. Tenía miedo de que no entendiera mis intenciones y también de que me rechazara.

—Ahora vuelvo —dijo.

Esperándola, desnudo bajo las sábanas, sentí remordimientos por Joe Gambesi. Tuvieran la relación que tuvieran, Mary estaba casada con un amigo mío. Y, además, era una mujer atractiva, pero tenía demasiada familiaridad con ella como para que despertara en mí una pasión arrolladora. Aquello era ligeramente incestuoso. Pero entre aquellas vacilaciones surgió un pensamiento extraño: para un hombre que salía de la cárcel, el colmo del fracaso era «volver tan rápido que ni siquiera le diera tiempo a meterla». Era un pensamiento inquietante, una posibilidad que, más que cualquier otra cosa, avivó mi deseo.

Cuando volvió, todavía llevaba la bata, pero se había cepillado los cabellos. Su melena negra y exuberante le caía por la espalda. Las luces del dormitorio estaban apagadas, pero la puerta estaba entreabierta y entraba una ráfaga de luz. Al acercarse a mí, atisé sus piernas; debajo de la bata no llevaba nada. Tenía las piernas fuertes y ágiles de una bailarina. Aquella imagen eliminó cualquier sombra de duda. Enseguida se me puso dura y el corazón se me aceleró en cuanto dejó caer la bata al suelo, se metió entre las sábanas y me acarició suavemente el vientre. Sus cabellos me rozaron el hombro y la mejilla. Fue un contacto electrizante. Hacía ocho años que no besaba a una mujer y prácticamente me había olvidado del tacto de un cuerpo suave perfumado con jabón. El cúmulo de sensaciones me mareaba.

Ya estábamos follando cuando se abrió completamente la puerta. El chorro de luz nos hizo volver la cabeza.

—Mamá, ¿estás ahí? ¡Oh!

La sábana había desaparecido y Mary me tenía entre sus piernas, acariciándome el dorso de los muslos con las plantas de los pies. Mary se sobresaltó e intentó zafarse de mí. Me quedé paralizado mirando los ojos penetrantes y horrorizados de la niña en la puerta. El resplandor que entraba en la habitación me iluminaba como un foco.

—Sal de aquí —dije enfadado, pero sentía una vergüenza absurda, como si hubiéramos hecho algo malo. También me entraron ganas de reír, porque parecía condenado a la abstinencia.

—¿Quién eres? —preguntó la niña, al borde de la histeria.

Me acerqué a ella, totalmente desnudo. Retrocedió. Mary se había envuelto en una sábana.

—¡Gritaré! —dijo la niña cuando la cogí del brazo. Me imaginaba perfectamente a los vecinos llamando a la policía.

—No lo harás —repuse, apretándole con el brazo con tal fuerza que la niña hizo una mueca de dolor.

—Déjala, Max —dijo Mary, con una voz aguda—. Lisa, vete a mi habitación.

Enseguida voy.

La niña se nos quedó mirando fijamente, con una expresión que pasó del miedo a la inquina. De pronto, se volvió y desapareció, dejando la puerta abierta. Se oyó un portazo.

Mary empezó a mecerse sentada en la cama, todavía envuelta en la sábana. Cerré la puerta.

Me puse los calzoncillos y me senté en la cama. Yo quería terminar, pero la mirada perdida de Mary expresaba claramente una negativa.

—El orgasmo ha sido impresionante.

—No tiene gracia.

—Un poco sí. Y hay situaciones en las que lo único que puedes hacer es reírte. Las cosas más tristes son las más divertidas.

No me escuchaba.

—¿Qué voy a hacer? —dijo, pensando en voz alta—. Es la primera vez.

Quise decirle que se comportaba como una tonta, pero le dije que a lo mejor podía hablar con la niña.

—No, es mejor que te vayas. Si te vas, igual consigo que me perdone.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? —Me mordí la lengua.

—No tendríamos que haberlo hecho.

No supe qué decir. Mary estaba convencida de que habíamos hecho algo inmoral. Era absurdo y, además, triste. Suplicándole a su hija que la perdonara reforzaría la creencia de ambas de que aquello estaba mal.

Me vestí rápidamente. Mary se quedó modestamente debajo de la sábana hasta que me marché.

Cuando puse en marcha el coche —pues todavía tenía las llaves—, eran las dos y media de la madrugada. «Me voy a echar un polvo, aunque sea a la fuerza», me dije. Veinte minutos después estaba en el centro de Los Ángeles, circulando lentamente por Broadway, en busca de una puta. En aquellas horas pagar a una prostituta era un poco menos arriesgado que una violación, porque uno de cada cuatro vehículos era un coche de la policía: blanco y negro y con una luz roja en el techo. Encontré a una puta a la luz de la marquesina de un cine que abría las 24 horas. Llevaba un vestido mini de rayón amarillo brillante. A los veinte minutos, estábamos en un motel.

Al amanecer, cuando nos marchamos del motel, robé el televisor. A la mierda. Un auténtico ladrón está siempre de servicio.

Los lugares habituales de reunión de los ladrones de los bajos fondos estarían prácticamente vacíos hasta que llegara la noche. Dejé a la puta en el centro, desayuné y maté el tiempo hasta que abrieron las tiendas. Me fui de compras, me compré unos pantalones decentes y un jersey, y dos trajes que no hacía falta planchar. También me hice con dos pares de zapatos, uno con suelas de crepé. A continuación pagué por

adelantado una semana en un motel cerca del Hollywood Bowl. La habitación estaba bien amueblada y tenía vistas a una piscina y a las montañas bañadas por el sol.

Aunque estaba totalmente agotado, me duché y me afeité, y metí en una bolsa la ropa que me habían dado en la cárcel para tirarla a la basura. Cuando hice un recuento de los mugrientos recibos que había recopilado y las monedas sueltas que me quedaban, advertí que mi fortuna ascendía a ochenta dólares; no era demasiado, para acabar de cometer un robo a mano armada. Aunque sabía que era improbable que me cogieran en aquel momento —cogerían a otro ladrón por algún pequeño robo de características similares y entonces le pedirían a las víctimas de los últimos robos que lo identificaran—, me podían caer diez años de cárcel. Lo que había ganado por correr aquel riesgo era un poco de ropa, un polvo, y una semana en un motel. Lo más mortificante era que, si no se me presentaba ningún «buen» golpe antes de quedarme sin un duro, haría otra estupidez. Hacer bobadas es humillante, pero la vergüenza es mucho mayor cuando eres consciente de ello desde el principio.

De todos modos, cuando me dormí me sentía en paz conmigo mismo. A lo largo de la semana en la que había intentado cumplir la condicional, me había sentido inseguro y dubitativo. Ahora hacía lo que sabía hacer.

Aquella noche recorrí los ambientes delictivos de la ciudad para hacer contactos y encontrar a un cómplice. Sabía que lo último sería difícil, a pesar de mi amplia red de contactos. Quería a alguien con experiencia, corpulento y duro, que no pusiera objeciones a nada. Encontrar a ladrones dispuestos a cobrar cheques falsos o robar un chalet no era ningún problema; podría reclutar a media docena en un fin de semana. Pero en cuanto mencionara un asalto a un juego de dados de la mafia o un atraco a un banco, me mirarían como si estuviera loco. Aquellos ladrones, a pesar de ser delincuentes habituales, preferían delitos en los que un fracaso no les supusiera más que una pena de prisión corta y no tardaran en tener otra oportunidad, una opción que tiene sus ventajas, aunque el máximo beneficio que se puede obtener son cuatro chavos. Había pocos delincuentes dignos de confianza dispuestos a jugársela y apostar alto, y se encontraban de uvas a peras. Yo quería a un hombre que me inspirara confianza y que confiara en mí. De los centenares de delincuentes que conocía, muy pocos cumplían aquellos requisitos y los que podía recordar estaban todos en la cárcel.

Visité bares conocidos: el Carioca de Temple Street, el Sunset, cerca del centro, el Ebony de Brooklyn Avenue y el Caballeros de North Broadway. Pasearse por allí era peligroso. A menudo los policías de narcóticos te paraban sólo porque no te conocían. Entraba por las puertas laterales, me bebía una cerveza y examinaba los rostros de la clientela. En cada bar había rostros conocidos y de bastantes recordaba los nombres. La mayoría de los delincuentes que había en aquellos bares se dedicaban al tráfico de drogas, pero era a aquellos a los que buscaba, porque su actividad los llevaba a tener

contacto con otros delincuentes. Encontré a dos en los que confiaba lo suficiente como para hablarles con sinceridad. Los dos eran mexicanos y ex presidiarios con un «buen» nombre en los bajos fondos y el patio de la cárcel. En la conversación surgieron algunos nombres. Los habían visto por aquí o por allí, en la oficina de la condicional o en el centro de pruebas de la nalorfina, en un club nocturno o en un partido. Ninguno de los nombres que se mencionaron encajaba con el perfil que yo buscaba. Uno de los mexicanos sabía cómo comprar permisos de conducción y cartillas militares falsas. Me prometió que haría las gestiones correspondientes. Bebimos cerveza y rememoramos los viejos tiempos. Los dos estaban enganchados y ninguno era rico.

—Si estuviera forrado, estarías aquí charlando con otro idiota, pero yo... Yo no estaría traficando —me decían.

De todos modos, reunieron recursos y me prestaron cincuenta dólares para que fuera tirando «hasta que me asentara». También me contaron una triste noticia: la noche anterior habían cogido a Augie Morales, en la acera, justo enfrente de aquel mismo bar.

Mi última parada fue el Monticello. Al dejar el coche en el aparcamiento que había en la parte de atrás, mi mirada de ladrón se fijó en un detalle. Dos puertas más allá había una casa de empeño, con una puerta de atrás que daba al aparcamiento. En las casas de empeño tienen armas de Riego y todo lo que se vende con facilidad. También suelen tener alarmas antirrobo. Pero en el mismo edificio, justo al lado, había una pequeña barbería que no tenía alarma. De noche, el Monticello era el único establecimiento con vida en cien metros. Cuando me terminé la cerveza, salí por la puerta principal del bar y me paré delante del escaparate de la casa de empeño. La parte de delante de la tienda estaba iluminada. Me quedé mirando el escaparate, como si me hubiera fijado en algún artículo en exposición. En realidad examinaba las paredes en busca de cables que indicaran que tenían una alarma instalada. En aquel tipo de edificios no se podían instalar alarmas empotradas, así que los cables se colocaban a lo largo de los paneles de madera de las paredes o del zócalo. No había ningún cable a la vista. El propietario había limitado la protección a las ventanas y las puertas, unas vías de entrada que ningún profesional tendría en consideración. Sería sencillo entrar en la barbería y pasar a la casa de empeños haciendo un agujero en la pared. Podía ser una buena opción, en el caso de que Manny January no consiguiera las armas que necesitaba para el asalto del juego de dados.

Capítulo 5

Siguiendo los hábitos de la cárcel, me levanté pronto. Ya hacía un calor asfixiante. En el cielo no había ni una sola nube, pero estaba encapotado por la contaminación. Dudé entre ir a visitar a L. L. Red o ir en coche hasta la playa. Me decidí por la segunda opción. Me apetecía pasear por la arena húmeda, cerca de la orilla, poner una nota de color sobre mi palidez de presidiario y ver a las adolescentes jugando al voleibol o tomando el sol con sus cuerpos brillantes untados en aceite. Quería tomarme un respiro de las dificultades y aliviar la tensión. Una de las grandes ventajas de la delincuencia es que no tienes horario fijo.

Cerca de la Universidad de California pasé junto a una muchacha negra muy hermosa, con un cuerpo escultural. Me acordé de Aaron y, especialmente, de que no había llegado a hablar con su madre. En sus paseos por el patio de la cárcel, no se habría enterado de que yo había pasado tres semanas entre rejas. Simplemente sabría que había incumplido mi promesa.

Entré en una cafetería grande y luminosa de la playa de Santa Mónica para desayunar y llamar por teléfono. Por lo poco que me había dicho Aaron de su madre, básicamente un comentario de pasada sobre su fervor religioso, me esperaba la típica «mami», pero me sorprendió. Tenía un deje claramente negro al hablar, pero impregnado de cultura y orgullo. Esperaba mi llamada. La semana anterior la junta de la condicional había aplazado dos años la concesión de libertad condicional a Aaron y me había enviado una carta. Me preguntó si prefería que me la reenviara o la guardara para que fuera a buscarla. La segunda opción era preferible porque no tenía una residencia fija.

Sabía que la carta era sobre su fuga y me pregunté cómo habría conseguido sacarla de la cárcel. Ahora estaba más que dispuesto a ayudarle. Aaron sería el cómplice ideal, aunque sabía que, si se había presentado a la junta de la condicional la semana anterior, pasarían unas cuantas semanas más hasta que se marchara al campo y yo necesitaba un cómplice antes.

Cuando volvía a la barra de la cafetería, me llamaron por mi nombre. Me di la vuelta, tenso y predispuesto a temer lo peor. Era un hombre corpulento y sonriente que asomaba la cabeza desde una mesa que había junto a una ventana. Recordaba que era amigo mío, pero no de qué lo conocía. Llevaba gafas de sol y una melena canosa hasta el cuello. Tenía las patillas largas y un bigote poblado que se arremolinaba y acababa en una barba mefistofélica. Por aquellos ornamentos y su llamativa ropa deportiva, lo asocié con Sunset Strip y no con la cárcel.

Pero en cuanto nos dimos la mano y me dio una palmada en el hombro, todo encajó. Era Jerry Shue. Habíamos compartido celda en la cárcel del condado antes de que yo ingresara en prisión. Lo habían absuelto de una imputación de robo en una

casa, pero tenía una orden judicial por incumplimiento de la condicional en un estado de las Montañas Rocosas. De aquello hacía ocho años. Entonces rondaba los cuarenta y había cumplido dieciocho años seguidos, tres en el corredor de la muerte. A los dieciséis, había entrado en la cárcel por robar un coche. Al año siguiente, se fugó junto a otros siete presos, todos mayores que él. Le dieron una paliza a un guardia hasta que lo mataron. Tras varios días de intensa persecución bajo la nieve y la ventisca, y un tiroteo en una granja en la que secuestraron a una familia, la policía detuvo a los cuatro últimos presos, entre ellos, Jerry Shue. A dos los habían pillado a pocas horas de la fuga y a otros dos los mataron en un control de carretera. Todos los que cogieron vivos fueron condenados a muerte por el asesinato del guardia, Jerry entre ellos. Estuvo en la sombra tres años y se le encanecieron prematuramente los cabellos. El gobernador conmutó cinco de las seis penas. Sólo fue electrocutado el hombre que realmente mató al guardia. A Jerry le cambiaron la pena por veinte años de cárcel. A los quince, le concedieron la libertad condicional y se fugó inmediatamente a California. Dos años después, lo detuvieron por robar en otra casa.

Al principio me pareció un tipo aburrido y pensé que la cárcel le había embotado la mente, pero pronto me di cuenta de que su actitud estoica y serena se debía a los dieciocho años que había pasado entre rejas. De vez en cuando decía algo tan lúcido y penetrante que resultaba asombroso, más aún en comparación con su calma habitual. También era insensible a la violencia. ¿Quién no lo sería después de pasar dieciocho años en la cárcel? Nos habíamos hecho muy amigos, en la obligatoria intimidad impuesta por la celda, y a veces charlábamos hasta que amanecía y dormíamos durante el día. Cuando me trasladaron definitivamente a la cárcel, él todavía esperaba recibir la resolución de extradición.

—Me ha costado reconocerte, con tanto pelo y esos trapos tan elegantes.

—Yo sí que te he reconocido, pero se nota que has hecho mucho recorrido desde la última vez que te vi.

—Lo único que he recorrido es el patio de la cárcel.

—¿Tanto tiempo estuviste? —dijo incrédulo—. ¿Por cheques falsos?

—Acabo de salir. ¿Y tú, qué tal?

—Volví para pasar tres temporadas. Toqué techo en los veinte. Sin condicional.

—Tienes pinta de que te va muy bien.

—Dile a la camarera que te traiga aquí lo que has pedido y te lo cuento.

Mientras comíamos, me describió brevemente su situación. Al salir, había «montado un par» de golpes, pero entonces conoció a una mujer con la que había descubierto la felicidad por primera vez en su vida. A ella también la había maltratado la vida: en su juventud había estado casada con un gamberro del este de la ciudad. Ahora tenía cuarenta años, «pero aparentaba diez años menos», y cuando Jerry la conoció, trabajaba de camarera. (Di por sentado que en algún momento u otro

había trabajado como prostituta; era improbable que no hubiera sido así). Estaban al cargo de un edificio de apartamentos de lujo en Burbano y él además pintaba casas y trabajaba a veces para un pequeño contratista, coordinando un equipo de pintores.

—Por el traje que llevas, parece que te va bastante bien.

—Me saco entre doce y catorce mil al año. Tenemos dos coches, solomillo en la nevera, y whisky en el mueble bar. Soy feliz.

Mientras charlábamos, empecé a pensar en cómo embaucarlo para que abandonara su retiro. No era tan violento como yo quería, pero difícilmente encontraría a alguien más adecuado. No se inmutaba ante los actos violentos o las amenazas de violencia, pero le faltaba brutalidad. De todos modos, sabía soportar presiones y conocía las reglas del juego. Por mucha mierda que le cayera encima, se mantendría sereno e impecable. Nunca hablaba mal de nadie, lo cual era un defecto grave de otros delincuentes por lo demás profesionales; quieren reconocimiento en un mundo en el que no hay lugar para él. El único fallo de Jerry era que, en una situación crítica, podía pensárselo dos veces antes de disparar contra alguien; pero pensé que, con un poco de suerte, no tendría tantas dudas si lo que nos jugábamos era nuestra captura. Aquel inconveniente quedaba compensado por la seguridad de que, si nos repartíamos veinte mil dólares entre los dos, no me pegaría una puñalada por la espalda.

Mientras tomábamos otro café, le conté la situación. Se mostró atento y comprensivo hasta que llegué al golpe del juego de dados y le conté que necesitaba un cómplice. Entonces su rostro se quedó inexpresivo; los labios finos y la mirada ausente indicaban claramente una negativa. Casi se podía oír en su pensamiento cómo me pedía que no le obligara a ofenderme. No le dije nada directamente, pero tampoco abandoné mis esperanzas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Tengo que ir a recoger una carta.

—Pásate por el apartamento esta noche para cenar. Quiero presentarte a Carol.

—Igual sí que me paso. Te llamo luego para confirmarlo.

—Llama después de las cinco. Tiene visita con el médico y no estaremos de vuelta hasta entonces.

—¿Qué le pasa?

—Tiene falta de hierro. Nada, una tontería. Si necesitas pasta, te puedo ofrecer unos mil.

—Ahora mismo no, pero espérate, igual te lo acepto en un día o dos. ¿No tendrás una ametralladora en casa, no?

Esbozó una sonrisa agrídulce.

—¿Vas fuerte, eh?

—Hasta el final. Necesito dinero.

—¿Es por el dinero? ¿O es porque quieres fama o vengarte de ellos?

Su pregunta me diseccionaba como un bisturí.

—Son varias cosas —dije—, pero si tuviera dinero, no lo haría. ¿Qué más da el motivo?

—Sí que importa. Afectará a las decisiones que tomes, a cómo hagas las cosas, a los riesgos que corras, tanto los que tengas previstos como los que no. Si sólo quieres dinero, puedes ganar, a pesar de que tengas pocas probabilidades. Pero si lo que quieres es otra cosa...

—Tío, no me sueltes todo ese rollo freudiano. La gente que analiza demasiado las cosas se bloquea. Se obsesionan tanto con el tema que, cuando hace falta actuar, no pueden.

—Yo estoy contigo. Ojalá te montes un golpe millonario y te puedas comprar una mansión en Rio.

Salimos juntos de la cafetería. Jerry tenía su coche aparcado allí, un modelo familiar nuevo de una marca europea, y me dijo adiós con la mano desde el volante.

La madre de Aaron vivía en una casa pequeña de madera con la fachada amarilla, situada en una calle tranquila bordeada de árboles en el corazón del gueto, entre los barrios de Compton y Watts. Al bajar por Avalon Boulevard, quise haber llevado la pistola, porque en cada semáforo había varios rostros negros recordándome que era un invasor en territorio hostil. Pero lo que realmente me preocupaba era que la antigualla de Mary me dejara tirado y tuviera que seguir a pie. Los jóvenes negros, ataviados con abrigos de cuero de imitación que les llegaban a las rodillas, me miraban con tan mala intención —además de cubirme de insultos— que no dejaban lugar a dudas de que para un blanco era arriesgado adentrarse en aquella zona.

Cogí la carta en la puerta de la casa y me marché rápidamente, al advertir que en la acera se habían congregado varios niños que no dejaban de mirarme. Las únicas caras blancas que veían eran las de los trabajadores sociales y la policía.

Respecto al contenido de la carta, había acertado. La misiva, escrita con la misma parquedad de palabras y precisión que Aaron utilizaba al hablar, decía que la junta de la condicional había decidido que debía cumplir como mínimo dos años más. Lo trasladaban a un campo de trabajo en Sierra Nevada. La población más cercana, de quince mil habitantes, estaba a treinta kilómetros de distancia y para llegar había que atravesar un bosque. A un kilómetro del edificio penitenciario había un camping turístico. Cuando estuviera preparado para ir a buscarle, tenía que enviarle un telegrama a nombre de su madre diciendo que recibiría una visita a lo largo del fin de semana. Al día siguiente, a las diez y media de la noche, tenía que estar con el coche aparcado en la entrada del camping, con las luces de posición encendidas. Aaron llegaría media hora después, lo que nos daría dos horas de ventaja hasta que en el campo advirtieran que se había marchado. A las dos horas nosotros ya estaríamos

bajando a toda velocidad por la autopista interestatal 99.

En la carta, Aaron daba por sentado que le echaría una mano, y con toda la razón. No había necesidad de apelaciones sentimentales a la lealtad. De entrada, pensé en enviar el telegrama inmediatamente e ir al día siguiente. No podía confiar en que el coche de Mary soportara un recorrido de mil doscientos kilómetros, pero robar uno sería fácil. De todos modos, decidí resistirme a aquel impulso porque Aaron necesitaba algo más que un coche. Aquello era lo que pedía, pero también necesitaría alojamiento y ropa, entre otras cosas. Su fuga podía esperar; no mucho, pero sí un poco.

Le envié una tarjeta de felicitación diciéndole que había recibido su carta y que le enviaría un telegrama antes de la visita. Firmé con el nombre de su madre e indiqué su dirección en el remitente.

Se había hecho demasiado tarde para ir a la playa, pero todavía era demasiado pronto para llamar a Jerry Shue. Cogí el coche y me fui al billar al que solía ir L. L. Red y lo encontré allí. Me dijo que Willy Darin había pasado por su casa y le había dicho que su cuñada quería que le devolviera el coche. Además, Johnny Taormina quería que lo llamara. Red tenía su número.

—¿Qué tal pinta la cosa? —preguntó Johnny—. ¿Estás preparado?

—¿Cuándo juegan?

—Jugaron el mismo día en que hablamos, pero sabía que no estabas preparado.

En un par de días...

—Dame tu número y te iré llamando todas las tardes, para ver cómo está la cosa.

—Así que estás listo.

—Tío, yo no hago el capullo.

—Vale, muy bien. No es que pensara que eras un trolero. ¿Dónde nos encontramos cuando termines?

—En la chabola de Red, ¿te parece?

—Por mí, bien.

En cuanto colgué, Red me preguntó si estaba listo para el golpe.

—¡Qué va, tío! Pero, en el peor de los casos, intentaré liarla yo solo. Nadie tiene armas, así que lo peor que puede pasar es que tenga que pegarle un tiro a alguien cuando me vaya. Ayúdame a encontrar a un puto cómplice, Red.

—Daré voces —respondió.

A continuación llamé al club de Abe para hablar con Manny.

—Te esperaba por aquí —dijo.

—He estado liado. A lo mejor me paso con un par de amigos esta noche. ¿Sabes algo de aquello que comentamos?

—Sí, la cosa está bastante bien. Te lo cuento esta noche.

—Vale, hasta luego.

—Hasta luego.

Capítulo 6

Cuando aparecí por la acera, Jerry estaba abriendo un aspersor en el jardín de delante del edificio de apartamentos. Había aparcado el coche de Mary a la vuelta de la esquina, donde nadie lo pudiera ver. Jerry llevaba unos pantalones cortos de cuadros, una camiseta de manga corta con cuello alto, unas sandalias y gafas de sol: un atuendo extraño para la jardinería. Sus largos cabellos blancos realzaban su tez morena por el sol. Nadie hubiera dicho que había pasado veinte años en la cárcel. Más bien parecía un ejecutivo preocupado por bajar barriga que intentaba darse un aire juvenil. Me miró extraño; pasearse por Los Ángeles a pie era toda una curiosidad.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó.

—En la esquina. No es mío, me lo han dejado. Es muy viejo y está tan hecho polvo que me da vergüenza que lo vea la gente.

—Tío, no hacía falta. Ya sé cómo es salir de la cárcel.

—Sí, pero a lo mejor a tus inquilinos les parecía raro que te viniera a visitar un vagabundo.

—Tío, que se jodan —dijo, entre risas—. Ven, vamos a tomar una copa. También tengo un poco de maría, que va bien para despertar el apetito. Carol tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Qué le ha dicho el matasanos?

—Le ha recetado unas vitaminas y le ha hecho unas pruebas. Lo que pasa es que va muy cansada.

Jerry me acompañó por un camino de baldosas bordeado por setos altos y compactos. Entramos en un patio rodeado por varios edificios de dos plantas con fachadas de ladrillos amarillos. Tenían unos enormes ventanales emplomados —uno encima del otro, lo que indicaba que cada edificio albergaba dos apartamentos— con vistas al patio, donde se abrían varios caminos en dirección a un estanque con peces y una fuente. Entre los senderos se habían plantado lechos de rosas, amapolas y dalias, que teñían el ambiente con una paleta de colores violetas, amarillos, naranjas y blancos. En una extensión de césped, bajo la sombra de un árbol, había una mesa de picnic con una barbacoa y unos bancos. Era una escena bucólica y pacífica, como el claustro de una iglesia. Quien cuidaba del jardín le ponía mucho cariño.

—Esto es la hostia. ¿Quién lo cuida?

—Sobre todo yo. Carol también hace algunas cosas. Tengo habilidad para la jardinería. Y me gusta.

—¿Cuánto es el alquiler?

—Seiscientos, amueblado. Hay lista de espera. La mayoría de los edificios de apartamentos del valle están al sesenta por ciento de ocupación.

—Ya veo por qué tenéis lista de espera. Ojalá me lo pudiera permitir.

Subimos la corta escalera que conducía a su apartamento, que estaba en la planta baja. Advertí que su rostro traslucía preocupación; parecía turbado por algo, más allá de lo que estaba haciendo en aquel momento. Era una inquietud que surgía en los momentos de falta de concentración.

Carol realmente tenía un aspecto joven para su edad. Era alta y esbelta, y lucía una melena rubia, larga y lisa. Tenía unos pómulos altos que le esculpían el rostro y disimulaban su edad. Al saludarme, me tendió las dos manos para coger las mías y me sonrió afablemente.

—Jerry ha estado hablando de ti toda la tarde —me dijo.

Su leve acento de Brooklyn chocaba con sus gráciles movimientos y su elegancia en el vestir, y el buen gusto del mobiliario del apartamento. Me cayó simpática desde el primer momento, aunque me preocupaba un poco que lo único que le podía haber contado Jerry fuera que yo era un amigo de la cárcel que estaba planeando una carrera delictiva en solitario: no era precisamente una buena carta de presentación.

Tras su efusiva bienvenida y unos minutos de conversación trivial, se fue a poner la mesa. Jerry preparó unos whiskies con soda y trajo media docena de porros de marihuana.

Cuando estuvimos colocados, lo que nos despertó un hambre voraz, nos sentamos a la mesa. Jerry y yo charlábamos y, a medida que pasaban los minutos y Carol me creía absorto en la conversación, su afabilidad desapareció y se transformó en apenas un leve recuerdo de los primeros minutos de nuestro encuentro.

Cuando mi condición de fugitivo surgió como tema de conversación, sus ojos traslucieron cierta preocupación y, aunque no mostraba ninguna hostilidad, me recordó a Selma Darin. Jerry no advirtió el leve aumento de la tensión. Estaba radiante, medio borracho, colocado de marihuana, y cotorreaba sobre los trescientos dólares que se iba a ganar apostando a los caballos en Santa Anita.

—Max, ¿y a qué te dedicas tú ahora? —preguntó Carol en un momento de pausa.

—Voy haciendo lo que puedo.

—Tienes que vivir y no puedes trabajar. Sólo te queda robar, ¿no?

—Bueno, también me podría ir a vivir a Montana a criar ovejas, supongo. Pero aquí no puedo trabajar porque necesito un número de la seguridad social. Cuando tenga suficiente dinero me largaré del país.

Carol asintió con la cabeza, pero me fulminaba con la mirada. Sin pronunciar palabra, consiguió pedirme que mantuviera a Jerry alejado de la delincuencia. Me caía bien y mis intenciones corruptoras se desvanecieron. Decidí aparcarlas ahí. Ya encontraría a otro cómplice.

Media hora después, cuando Jerry estaba en el dormitorio cogiendo el abrigo para marcharse conmigo al club de Abe, le dije a Carol:

—No te preocupes, no lo voy a meter en problemas. Vosotros dos lo tenéis muy bien montado. No le valdría la pena correr el riesgo.

—Gracias —susurró—. Muchas veces la gente desesperada no tiene consideración.

—Sí, pero yo no estoy tan desesperado.

—Bueno, de alguna manera eres la persona más desesperada que he conocido.

—En eso podrías tener razón.



El motel estaba de camino al club de Abe. Nos detuvimos allí para dejar el coche de Mary y coger el de Jerry, y fumarnos los dos últimos porros. Desde que Carol había dicho que no le apetecía ir con nosotros y sobre todo desde que nos habíamos marchado, Jerry había estado pensativo. Quería volver a casa y se disculpó por su mal humor.

—Joder, ojalá no fueras un fugitivo —dijo—. Podríamos montar una empresa de pintura de la hostia. Necesito a alguien con educación, como tú. Tengo contactos, pero no me aclaro con los temas administrativos.

—Ahora ya no hay nada que hacer. Además, robar me gusta. Es un terreno que conozco.

—Sí, si yo no tuviera a Carol...

—Con eso tampoco hay nada que hacer. Las cosas son como son. Serías un idiota. Tienes el mundo a tus pies.

—Ojalá. Tengo miedo. ¿Y si algo sale mal?

Me reí y le di una palmada en el hombro.

—¿No ves que eso es una tontería? Aquí hay un gilipollas preocupado porque es feliz. ¿Preferirías ser un desgraciado y no tener nada que perder? Tío, eres demasiado.

Jerry se rió conmigo, pero cuando le acompañé hacia su coche, volvía a tener expresión preocupada. Justo antes de entrar en el coche, me metió algo en el bolsillo. Sabía que era dinero, pero esperé a que me dejara en el club para ver qué era: un billete de cien dólares.

El club de Abe estaba lleno a rebosar y la gente llegaba a la acera. Todas las mesas estaban llenas y en la barra había tres filas de clientes esperando a que les sirvieran. El portero —un cacho de carne— me dijo que Abe se había marchado y volvería en una hora. Manny trabajaba a destajo en la barra. Tardé diez minutos en acercarme lo suficiente para hablar con él. Tenía las mangas enrolladas, el sudor le perlaba la frente y combinaba cócteles como si fuera una máquina. Me gritó por encima de la barra que había conseguido una pistola del calibre 45 y una escopeta

reglamentaria de la policía. El berrido sonó como un susurro en el tumulto de la sala. Me puso delante una copa y siguió trabajando. Encontré un rincón desde el que observar cómo la multitud se esforzaba para divertirse.

A los pocos minutos, el grupo subió al escenario para empezar su actuación. Angie estaba con ellos, vestida con un bikini de fantasía. Los músicos probaron la batería y las guitarras, se colocaron en sus posiciones y, de pronto, el ruido electrónico brotó con fuerza e inundó la sala, alterando los sentidos, mientras los focos de colores del techo giraban como locos y contribuían a la sensación de desorientación. Yo seguía colocado por la marihuana y todo mi ser era un conducto de sensaciones, un circo de los sentidos. No pensaba en nada, a menos que los sentidos constituyan un pensamiento. Mi cuerpo ansiaba menearse y revolverse.

Angie daba vueltas sobre sí misma, se retorció y meneaba el culo, en una versión estilizada de la bacanal de brazos que se agitaban en la abarrotada pista de baile. Con su expresión indiferente, le faltaba la alegría que sentían otros con sus torpes movimientos. No obstante, su baile era un espectáculo erótico; y también lo era contemplar a las mujeres que atestaban la sala, con minifaldas que dejaban a la vista sus piernas blancas, o en pantalones ajustados que estimulaban mi imaginación. La combinación de música, alboroto y muchachas jóvenes conformaba una forma placentera de pasar la noche.

Llegaron las dos de la madrugada. Ya se habían servido las últimas copas, las puertas estaban cerrando y los clientes iban camino de alguna cafetería o de sus casas. Los camareros y camareras lavaban a toda prisa los vasos y limpiaban la barra y los ceniceros. La decoración hortera del club llenaba el vacío creado por la marcha de la multitud. Yo me quedé en un rincón, esperando a Manny January.

Abe Meyers se me acercó.

—Ven a la oficina —me dijo—. Me gustaría que conocieras a alguien.

Era la primera vez que me prestaba atención en toda la noche, aunque nos habíamos cruzado varias veces las miradas entre el gentío.

—¿Ah, sí? ¿A quién? —pregunté con frialdad.

—A un tío que compra joyas.

Inmediatamente me acordé de Bulldog. En cuanto se había metido en el negocio de las joyas robadas con Abe Meyers, la tierra se lo había tragado. Pero hablando con alguien tampoco corría ningún riesgo. Y los diamantes me interesaban. Un gran golpe con joyas es más fácil que un robo de una cantidad comparable de dinero. El problema era librarse de mercancías muy valiosas. Vender joyas por valor de dos mil dólares era fácil, pero cuando la cifra aumentaba también se incrementaba la dificultad. Un amigo mío había robado una vez una joyería de San Francisco y conseguido trescientos mil dólares de diamantes. A la semana, lo pillaron con toda la mercancía. Vivía en una habitación que le costaba diez dólares a la semana, tenía

sesenta en el bolsillo y todas las joyas en un cajón. Dos semanas después se suicidó. Se tiró por la ventana del juzgado, que estaba en una octava planta.

El tipo, que estaba sentado detrás de la mesa de Abe, se levantó en cuanto entramos, pero Abe le indicó con la mano que no era necesario. Era un hombre corpulento con una calvicie incipiente, una camisa blanca lisa, abierta por el cuello, y una chaqueta de punto. No tenía aspecto de ser rico, salvo por el grueso cigarro de tipo doble claro que tenía entre los labios, y cuando se lo quitó de la boca le vi un anillo en el meñique, con un solo diamante tan grande que tenía que ser auténtico. Un tío que llevaba camisas blancas lisas y jerséis andrajosos no se ponía cinco quilates en el dedo. Me escrutó con la mirada y yo también me lo quedé mirando.

Abe nos presentó.

—Eric Warren, Max Dembo.

—¿Podemos trabajar juntos? —preguntó el tío.

—Podemos hablar y ya veremos.

—A mí me interesan sobre todo los diamantes, pero puedo tratar con otras piedras, si la cantidad es considerable.

—¿Hasta cuánto puedes manejar?

—Lo que traigas.

—¿Qué te parecerían cien mil?

—Yo diría que puedo tratar con mercancía por un valor de medio millón de dólares. —Sonrió.

Me quedé anonadado. Me esperaba que se quedara en los cien mil. Se impuso el silencio, interrumpido solamente por los movimientos que se oían al otro lado de la puerta.

Carraspeó.

—Hay que aclarar una cosa. Puedo manejar un valor de medio millón de dólares, te lo aseguro, pero tienen que ser más de dos piedras. Pongamos, medio millón en piedras de tres quilates como máximo. Aunque tardaría unos días en conseguirme toda esa cantidad. Tendría que quitar los engarces y llevármelo todo a Nueva York. Serían dos días de viaje, a lo mejor tres. Te adelantaría una suma considerable en el momento de la entrega.

—Eric comercia con diamantes —dijo Abe—. Tiene una oficina en el centro.

—Ten mi tarjeta —dijo Eric.

—Y, una vez en Nueva York, ¿por qué no coger otro vuelo a Buenos Aires?

—Eso no sería un buen negocio —dijo.

—Eric está casado y tiene hijos —interpuso Abe—. No se va a fugar, en esas circunstancias.

—No sería la primera vez. Pero, bueno... A la mierda, de momento da igual. ¿Cuál es el precio?

—Mejor que el habitual. Te daría dos tercios de la venta al por mayor y un tercio de la venta al por menor. Con medio millón te sacarías unos ciento cincuenta mil.

El precio era correcto. El porcentaje estándar era una quinta parte de la venta al por menor y un tercio al por mayor.

—¿Qué te parece? —preguntó Abe.

—Suena bien. Pero, así de pronto, no se me ocurre ningún objetivo. Lo pensaré y ya me pondré en contacto con el señor Warren en este número. —Manoseé la tarjeta y me la metí en un bolsillo de la camisa.

—Llámame cuando quieras charlar —dijo Eric—. Podemos comer juntos. O pásate por mi oficina. A lo mejor allí podrías encontrar algo para ti, a precio rebajado, exclusivo para socios.

—Igual sí.

Cuando salí del despacho, Manny January me esperaba. Ahora, con una chaqueta y una bufanda, tenía un aspecto más pulcro.

—¿Qué pasaba por ahí? —preguntó.

—Bobadas. ¿Qué se sabe de las pistolas?

—Me las prestará si las guardo yo hasta que se utilicen. Quiere que me haga responsable. Y después del golpe, quiere llevarse trescientos dólares. Es un Cok del calibre 45 y un Remington del 12.

—Pide más de lo que cuestan.

—Ya lo sé, ¿pero qué le voy a hacer?

—Cógelas. Si el golpe sale bien, valdrá la pena.

—¿No dejarás colgado al tipo este, no?

—No, le pagaré. Ya te digo, valdrá la pena.

Abe Meyers salió del despacho y pasó a nuestro lado. Angie Nichols lo estaba esperando. Por encima de su escaso atuendo, llevaba un abrigo oscuro de visón que le llegaba justo por encima de las rodillas.

—Parece que a Angie le van bien las cosas —dije.

—Es un regalo de Abe.

—Pensaba que no estaba en el negocio.

—Hasta los que no están en el negocio saben reconocer algo bueno cuando lo ven.

—Me alegra saber que hay alguien que le puede sacar algo a Abe. Ya me gustaría follármela, pero me parece que no podría pagar la tarifa.

—Seguro que Abe paga. Está gordo como un cerdo y tiene una polla de mosquito, o eso dicen.

—Dicen que eso no tiene nada que ver con tu habilidad sexual.

—¡Y una mierda! Yo nunca le he tenido que comprar un abrigo de visón a ninguna tía.

Me hizo reír.



Más tarde, recorriendo calles vacías en un taxi, me sentí bien: pletórico, pero tranquilo. Las cosas empezaban a ponerse en marcha, las posibilidades iban en aumento. Tenía la agradable sensación de tener mi mundo bajo control. Hacía lo que sabía hacer.

L. L. Red me vio entrar en el billar y se acabó rápidamente la jarra de cerveza. Desbordaba entusiasmo y me acompañó a la acera, donde me aseguró, muy ufano, que había encontrado al cómplice que buscaba, un ex presidiario de ciento diez kilos que acababa de salir de San Quintín, tenía experiencia y buscaba un golpe.

—Se llama George Rimmer —dijo Red—. Es un tipo grande, de unos cuarenta años.

El nombre no me sonaba, pero en San Quintín había tres mil ochocientos presos —y con los movimientos que había habido a lo largo de ocho años, había llegado a ver el triple de caras— y era imposible conocerlos a todos. Quizá George Rimmer era un solitario o se relacionaba con inmigrantes sureños que yo no conocía.

Fuimos a verle. Vivía en una habitación que estaba a dos manzanas de la casa en la que había crecido Joe Gambesi; por aquel entonces ya era un barrio terriblemente pobre. En la escalera, que no tenía luz, las paredes olían a orín por las meadas de los vagabundos y había grafitis tapados con pintura negra. Era una residencia insólita para un delincuente profesional. Los delincuentes que yo conocía, y a los que respetaba, preferían probar suerte con algún golpe y acabar paseando por el patio de la cárcel antes que vivir de aquella forma.

Red llamó a la puerta. Nos abrió un hombre con barba y los cabellos desmañados que me hizo soltar una carcajada. «George Rimmer» no me sonaba, pero el hombre que tenía delante era «George diente de oro», un desgraciado que en la cárcel se prestaba a hacer felaciones a cambio de dos paquetes de cigarrillos; o tres, a los negros. Cuando se endeudaba demasiado, también acostumbraba a encerrarse en la celda a modo de protección. Al verme, se estremeció, lo que me hizo reír todavía más.

Cuando nos alejábamos con el coche, le expliqué la situación a Red. No le pareció divertida. La noche anterior, hasta había invitado a George a varias copas.

—Venga, ya te invitaré yo la próxima vez —dije—. Ahora tengo que ir a recoger un carnet falso y pasar a ver a unos tíos.

—Max, ¿cuándo nos iremos de fiesta de verdad? Me refiero a corrernos una juerga de la hostia.

—En cuanto me saque un poco de pasta, llamas a un par de buenas zorras.

Se puso contento con sólo pensarlo.

Capítulo 7

Llegué al motel pensando en Johnny Taormina y preguntándome si habría cambiado de opinión. Una hora antes me había asegurado que no me podía dar una fecha concreta para el golpe. Yo había bufado y él me había respondido con tono lastimero que decía la verdad, sin saber que lo que me alteraba era que a la mañana siguiente tenía que pagar la habitación. Todavía cabía la posibilidad de que se plantara en el último momento.

Pensaba en aquello —y en devolverle el coche a Mary— cuando di un traspies subiendo la escalera. Tenía un pie en alto y la puerta a un metro y medio de distancia cuando vi que la luz estaba encendida y alguien se movía dentro de la habitación. ¡La pasma! Como un gato al que le pisan la cola, salté hacia un lado y corrí a toda velocidad a esconderme en la oscuridad en un lado del edificio. Aterricé sobre unos arbustos altos y los atravesé; a continuación salté un terraplén de casi cinco metros de altura y caí en una zanja llena de maleza. Me quedé quieto y en silencio allí mismo, mirando fijamente el borde de la zanja y atento a cualquier ruido. Lo único que veía era el borde negro de las nubes flotando por encima de la media luna. Sólo se oía el tráfico a lo lejos. Pasados unos minutos, mi pulso recuperó el ritmo normal. Sentía el picor de las ortigas y los rasguños de los arbustos en los brazos y la cara. Era evidente que nadie me había visto. Me tranquilizó pensar que no había habido gritos ni persecuciones; si no me habían visto, seguía tan seguro como hacía una hora.

Empecé a moverme por la zanja. Lo más probable era que la señora de la limpieza hubiera encontrado el revólver. Si era así, no era nada grave, lo había perdido, junto a unas cuantas prendas de ropa. A lo mejor podía encontrar la forma de recuperar el carro de Mary. No cabía duda de que nadie me había visto conduciéndolo. Después de recorrer seis metros de zanja, llegué a un punto completamente oscuro. Me encaramé al terraplén para saltar a los arbustos y echar una ojeada.

El coche familiar de Jerry Shue estaba aparcado a tres metros del de Mary. El que estaba en la habitación era Jerry.

—Gilipollas —mascullé. Si hubiera prestado la atención debida, habría visto la luz y el coche aparcado al bajar por la calle.

Entré en la habitación convencido de que Jerry se quedaría extrañado de verme con cardos en el pelo y un aspecto tan desaliñado, y se reiría a gusto. Pero ni los advirtió ni se rió. Tenía los ojos enrojecidos. También tenía la ropa arrugada; le hacía falta afeitarse y tenía el pelo alborotado.

—He entrado con una ganzúa —dijo—. No quería esperarme en el coche.

—Tío, tienes mala cara. ¿Qué pasa?

—Carol tiene leucemia.

—Hostia. Joder, tío... —Aquella terrible noticia me dejó sin palabras. Le mostré mi empatía en silencio, negando con la cabeza con los ojos cerrados, para reforzar el mensaje—. ¿Estás seguro? —pregunté—. A lo mejor es un error.

—No, es algo que se llama mielofibrosis. Forma parte de la leucemia o la leucemia forma parte de ella. Voy a necesitar dinero. Ya debo ochocientos, pero ella va a tener todo lo que necesite. Si todavía me quieres de cómplice en el golpe...

—Tío, no quiero que tomes una decisión ahora que tienes la cabeza hecha un lío. Estás al borde de la histeria.

—Ya lo he pensado y me he decidido. Sé lo que hago.

—Toma la decisión mañana. Me gustaría trabajar contigo, pero... Ya sabes.

—No quiero volver al apartamento esta noche.

—¿Dónde está Carol?

—En el hospital.

—Quédate aquí. O vete a dormir a un hotel.

—¿Qué hora es?

—No llevo reloj, pero debe de ser la una y media.

—Vamos a comer algo. Tengo hambre y me siento culpable. Si me muevo me sentiré mejor.

Cuando salimos, me dio las llaves del coche. El verano se acababa y la brisa nocturna era fresca. Respiró profundamente. A los pocos minutos, surcando la autovía, ya no parecía tan alterado.

—¿Adónde vamos?

—Da igual.

Cogimos el camino a Long Beach; era un sitio como cualquier otro.

—Lo lleva bien —dijo Jerry—. O tiene una valentía asombrosa o es que no lo acepta.

Tomando un café, decidimos que a la mañana siguiente iría con él a visitarla. Hablamos sobre lo que haríamos. Jerry creía que volvía a robar sólo para asegurarse de que Carol tuviera todo lo que puede comprarse con dinero. Quizá tuviera razón, pero yo me inclinaba a pensar que, en algún rincón de su ser, sentía también la necesidad de combatir su situación con una agresividad ciega, arremeter irreflexivamente contra algo en busca de venganza. Su mejor opción era ver y aguantar, porque para Carol era mejor estar en la sala de la beneficencia del hospital del condado que tener a Jerry en la cárcel o muerto; y en aquellas dos circunstancias, de todos modos acabaría en la beneficencia. Ninguno de aquellos argumentos le convenció y cuando, a punto de amanecer, volvíamos a Los Ángeles por la autopista de la costa, ya habíamos acordado que íbamos a trabajar juntos.

—¿Cuándo damos el primer golpe? —preguntó.

—Cuando nos dé aviso. Puede ser mañana o pasado mañana. Y hay otra cosa. La

otra noche conocí a un tío que quiere diamantes. Ya me enteraré de si va en serio.

—Yo me apunto a todo. Ocho o nueve mil me servirán, pero no durante mucho tiempo. No tenemos ni seguro médico, nada de nada...

—Sacaremos pasta. Cuando se tienen cojones, la pasta está al alcance de la mano.

—Sí, pero para que la cosa salga realmente bien, hay que cortar la alarma y tener quince o veinte minutos para hurgar por dentro del local.

—Conozco a alguien que lo sabe hacer. Ahora está en un campo de trabajo y quiere pirarse. Lo iré a buscar dentro de poco. Es negro.

—A mí me da igual que sea a topos, mientras sea de confianza y haga su parte. Y confío en tu criterio.

Cuando nos desviamos de la costa, el día ya despuntaba. Jerry se había quedado dormido a mi lado.



Carol apagó el televisor con el mando a distancia en cuanto entramos en la habitación con la enfermera, que desapareció al instante. Jerry se había afeitado y cambiado de ropa.

Carol tenía mucho mejor aspecto que en el apartamento. Entonces no me había fijado en la palidez de su cara, pero al ver el cambio, lo advertí enseguida. Jerry tenía más cara de enfermo que Carol.

—He pensado que igual te apetecía ver a Max —dijo.

—Claro. Hola —dijo sonriente, saludándome con la mano—. No estés tan serio.

Su alegría me hizo sentir peor, pero conseguí sonreír.

—¿Cómo te encuentras?

—Tan bien que no me puedo creer que estoy enferma. Sólo necesitaba un poco de sangre fresca. Ya estoy lista para irme a casa.

—El médico dice que mañana —dijo Jerry.

Nos quedamos al pie de la cama, sin saber qué hacer. Jerry se acercó a Carol y le dio un beso. Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—Buen chico. Tranquilo, no me voy a morir mañana. Cuando llegue la hora, ya te habrás cansado de mí. Siéntate, sentaos los dos.

Jerry puso una silla junto a la cama y se sentó. Yo me quedé de pie a su lado, aguantándome las ganas de encender un cigarro.

—Hoy me ha llamado la señora Johnson —dijo Carol—. Ha pasado por nuestro piso un par de veces y no te ha encontrado. La máquina de cloro está fallando y se ve que la piscina está asquerosa. Estaba enfadada. Me ha preguntado cuánto tiempo estaría en el hospital. Le he dicho que volvería a estar en casa en un día o dos. Ni siquiera me ha preguntado qué me pasaba.

—Vamos a empezar a pagar nuestro alquiler —dijo Jerry—. A la mierda todo ese trabajo. Ya hemos perdido mucho tiempo trabajando, en vez de divertirnos. Contrataremos a alguien para que haga las tareas de casa.

El rostro de Carol, que hasta el momento había tenido un aspecto radiante, casi de felicidad, se volvió severo.

—Y el dinero, ¿qué? ¿De dónde lo vamos a sacar?

—No te preocupes por el dinero —dijo Jerry.

Carol se volvió a mí con una mirada torva y acusadora.

—Yo no he tenido nada que ver con la decisión. He intentado disuadirle.

—Pero no sinceramente.

—Todo el mundo hace lo que realmente quiere hacer.

—Jerry, no lo hagas —le dijo—. No te juegues lo poco que nos queda.

—Hago lo que debo. Lo habría hecho igualmente.

—¿Y si pasa algo?

—No pasará nada. Los dos somos profesionales.

—¿Por eso te has pasado la mitad de la vida en la cárcel, porque eres un profesional?

—En la cárcel he aprendido a ser un profesional. Carol, ahora debemos al hospital mil dólares. Y va a seguir costándonos dinero. Necesitamos dinero y lo voy a conseguir.

—¡A mí me da igual morirme en un albergue para indigentes! ¡Como si me muero ahora mismo! Lo preferiría, a tener que verte encerrado o muerto en la calle.

—No va a pasar nada de eso.

—Con él podría pasar. Le da igual.

Aquella afirmación, pronunciada sin rabia, me impactó. Sus palabras me afectaron lo suficiente como para espetar:

—Eso no es verdad. —Quería discutirse, pero, ¿quién va a discutir con una moribunda?

—No la tomes con Max —dijo Jerry—. ¿Es que no entiendes cómo me siento? ¿No ves que lo tengo que hacer, si quiero seguir considerándome un hombre?

—No lo necesitamos.

—Sí que lo necesitamos.

—Tanto no. Preferiría meter la cabeza en el horno.

—Si fueras tan cruel como para hacerlo, yo iría detrás.

Estaban al borde de las lágrimas y yo también. Se miraban fijamente el uno al otro, furiosos y desesperados.

—Haz lo que quieras —dijo Carol—. Da igual. No duraré mucho. —Su tono de voz había perdido los matices y la energía—. Pero no me cuentes nada de lo que haces.

Cuando nos marchamos, quince minutos más tarde, la herida abierta con aquel episodio había quedado cerrada y cubierta por varios temas de conversación triviales y una gran dosis de ternura. Los dos prefirieron ceder a hacerse daño el uno al otro. Jerry se había mantenido firme, pero las reprobaciones de Carol le habían afectado y dejarían cicatriz. Yo me mantuve en la distancia. Carol era amable conmigo y lo era sinceramente. Su opinión sobre mí no había cambiado. Simplemente me aceptaba, a pesar de lo que pensaba de mí. Quizá acabó decidiéndolo así porque, con la proximidad de la muerte, aquella profunda preocupación le parecía ridícula.

En el pasillo, bajo las luces implacables del hospital, Jerry empezó a caminar encorvado. De pronto, su físico corpulento parecía demacrado, o yo lo vi así por primera vez, y se tambaleaba al andar. Tenía el rostro empalidecido. La escena de la habitación lo había turbado y consumido sus últimas energías. De camino al motel, parecía que estuviera en trance.

Pero la mente humana, al llegar al fondo del abismo, tiene que recuperarse o bien desintegrarse por completo. Aturdido por el whisky y el seconal, Jerry se derrumbó en una silla. Pasadas unas horas, pese al aturdimiento y la rigidez, se recuperó. Después de lavarse la cara con agua fría, sonrió y dijo:

—¿Por qué no llamamos a ese gángster de pacotilla y vemos cómo está la cosa? Si me pongo en acción, no pensaré. Prefiero hacerlo así.

—De acuerdo al cien por cien —dije. Y así lo creía.

Capítulo 8

Al día siguiente, Jerry iba a llevar a Carol a casa por la tarde. Era mejor que no me viera, pero pasé la tarde con él en su apartamento, haciendo tareas de la casa atrasadas. Entre sorbos de cerveza fría y porros de marihuana, regamos las flores, limpiamos la piscina, quitamos las hojas secas y limpiamos el apartamento. Jerry se había repuesto de su abatimiento. Me recordaba más al hombre tranquilo que yo conocía; no era menos amor o falta de amor, sino la entereza de alguien acostumbrado a las pérdidas.

Por la tarde volví al motel, me senté a tomar el sol al lado de la piscina y a ver un partido de rugby universitario en un televisor portátil que habían llevado dos hombres de mediana edad. Era un día soleado, algo caluroso, pero a medida que avanzaba la tarde, se levantó un aire fresco.

Me fui a cenar a Hollywood. Cuando regresé al anochecer me encontré una nota pegada con celo en la puerta: «Ha llamado el Sr. Johnny T. para decirle que la partida es esta noche a las ocho».

Había esperado aquel mensaje con una impaciencia casi febril. Ahora que lo tenía en la mano, me empezaron a revolotear por el estómago las mariposas que anunciaban un peligro inminente; no era una sensación totalmente desagradable. Bajé a la recepción del motel y llamé a Jerry desde la cabina.

—Es esta noche —dije—. Voy a llamar al tío de las pistolas.

—Acabamos de llegar hace diez minutos. ¿Qué le voy a decir a Carol?

—Te dijo que no le contarás nada. Dile simplemente que tienes que hacer un recado y que estarás fuera un par de horas. Ahora no te puedes echar atrás.

—¿A qué hora es la operación?

—Empiezan a las ocho. Dejémosles una hora para que se instalen.

—Llego en veinte minutos.

A continuación metí diez centavos en la cabina y llamé al club de Abe. Respondió él mismo y me dijo que Manny se había tomado la noche libre. A Abe le parecía que estaría liado con una tía que había conocido la noche anterior. Colgué y llamé a Manny a su apartamento de West Hollywood. Dejé sonar el teléfono cinco minutos, sin que nadie contestara, y colgué, frustrado y profiriendo insultos entre dientes. Volví a mi habitación y me quedé de pie junto a la ventana, esperando a Jerry y viendo cómo las montañas pasaban del naranja al violeta. Cuando llegó Jerry, volví a llamar. En el apartamento de Manny seguían sin responder al teléfono.

Así que en vez de derribar una puerta y asaltar a una docena de pseudomafiosos —para después acabar contando alegremente entre quince y veinte mil dólares encima de la cama—, nos pasamos la noche dentro del coche, aparcados en una calle arbolada de una urbanización de West Hollywood, esperando a que Manny volviera a

su casa. A las once comprendimos que aquel golpe había pasado a la historia. Jerry se rió y a mí también me parecía gracioso, pero también me abrumaba la sensación de haberme comportado como un idiota.

—Vamonos a casa —dijo Jerry—. Tengo hambre.

—Ya podemos despedirnos de esto para siempre. El italiano ya no va a querer ayudarnos. Supongo que podríamos esperar todas las noches, pero yo no sé esperar demasiado.

—Yo tampoco. ¿Hay alguna otra cosa en marcha? Necesito unos dos mil para la próxima semana o la otra.

—Sólo está la operación de las joyas y va a tardar en ponerse en marcha.

—Podríamos empezar a planear el robo de una joyería. Haz una lista de todas las joyerías de primera categoría y empieza a echarles un vistazo. Pásate por Pasadena y la zona este. Yo iré a Beverly Hills.

—Sí, pero eso va a tardar. Yo le daría por lo menos un mes. Tú necesitas dos mil antes y yo apenas tengo dinero para la gasolina. Lo que tendríamos que hacer es mirar unos cuantos bancos. Eso lo podemos montar en una o dos semanas.

Jerry estaba poniendo en marcha el coche cuando por la ventana de atrás apareció el resplandor de unos faros. Era el automóvil de Manny. A juzgar por sus movimientos al bajar, estaba un poco borracho. Bajé a la acera y lo llamé. Manny se acercó sonriente y se inclinó para ver quién había dentro en el coche. No conocía a Jerry. Su sonrisa aumentó mi irritación.

—¿Dónde coño estabas? —le espeté, aunque en realidad no tenía intención de sonar tan furioso; no era más que una metedura de pata. No tenía por qué estar continuamente esperando a que le llamara.

—Estaba en casa de una tía pasada de vueltas, follando. ¿Qué pasa?

—Ahora nada. Necesitábamos las armas. Pero ya es demasiado tarde. Se nos ha jodido un golpe porque no estabas.

—Bueno, da igual. El tío de las armas vino a recogerlas ayer por la tarde. Iba a llamarte anoche, pero perdí tu número.

Tardé unos segundos en digerir lo que me decía. En cuanto asimilé el mensaje, miré su sonrisa resplandeciente y le pegué de improviso un puñetazo. Mi gancho izquierdo le aterrizó en el ojo, le abrió la carne y lo tumbó al suelo. El segundo puñetazo, con la mano derecha, le pasó por encima de la cabeza, porque ya andaba camino del suelo.

—¡Eh, joder! —gritó—. ¿Qué pasa? —Estaba asustado, más que aturdido o herido. Se irguió sobre un codo y se apartó la sangre de los ojos.

—¡Gilipollas! —dije.

—Tío, ¿pero qué te he hecho?

—Da igual. —Nuestro absoluto fracaso se volvía insoportable al pensar en la

negligencia de Manny al olvidar contarme algo tan importante como que el tío se había llevado las armas—. Imbécil, chupándole el coño a una tía cuando tendrías que haber estado al caso de los negocios... Si lo hubiéramos sabido con tiempo, Jerry podría haber traído una escopeta, y yo aún tengo el revolver pequeño... —Di un paso atrás, para coger impulso y darle otro puñetazo, pero Manny evitó el golpe y se quedó tumbado boca arriba; se creía más seguro en el suelo que de pie.

Jerry había salido del coche; me tiró del brazo.

—¡Tío, estás loco! Tranquilo. Alguien va a llamar a la pasma y nos pillarán por una puta pelea que ni nos va ni nos viene.

Jerry me acompañó al coche y nos marchamos.

—Capullos de mierda. Putos cabrones. Somos unos gafes —mascullé, mientras pasábamos por Sunset Boulevard, entre la explosión de neones y las aceras abarrotadas de mujeres con minifalda y hombres vestidos con trajes caros.

—Ya lo arreglaremos. No te hagas mala sangre. Son cosas que pasan. A la mierda. Mañana nos ponemos a montar otra cosa.

En cuanto llegué al motel, me vinieron a la cabeza dos ideas casi a la vez: el supermercado que había mencionado Willy Darin y la casa de empeño que estaba al lado de la coctelería Monticello. Con un robo a la casa de empeño conseguiríamos armas y unos cuantos cientos de dólares. —L. L. Red podría vender la mercancía—; en el supermercado sacaríamos los dos mil que necesitaba Jerry y con mi parte me podría comprar un coche y ropa, y pagar un mes de alquiler.

Ya estaba en tensión, preparado para delinquir. Iría a robar la casa de empeño aquella misma noche, solo. En el maletero del coche de Mary había una palanca para desmontar neumáticos y un destornillador: todo lo que necesitaba para hacer un agujero en la pared. A la una y diez ya estaba de camino. Me detuve en Hollywood para comprar unos guantes de goma en una tienda abierta las veinticuatro horas.

Justo enfrente de la puerta de atrás de la barbería había una plaza de aparcamiento vacía, con lo que la distancia que tendría que recorrer con el botín sería mínima. Aparqué marcha atrás, apagué el motor y acabé de fumarme un puro que tenía a medias, mientras observaba la puerta de atrás de la coctelería. Era una noche tranquila, sin mucha afluencia de clientes. En el aparcamiento había media docena de automóviles. Nadie iba ni venía. No había indicios de peligro.

Apagué la colilla del cigarro pausadamente, me puse los guantes, cogí la palanca para desmontar neumáticos y me acerqué sigilosamente en la oscuridad a la puerta de la barbería. Apenas diez segundos después de que se oyera el estallido del vidrio ya estaba dentro, inmóvil, atento a las posibles reacciones del vecindario. Todo seguía en silencio y la quietud era absoluta.

Todo estaba exactamente igual que la primera vez. La pared que daba a la casa de empeño era delgada y no tenía protección. Clavé la palanca para desmontar

neumáticos en la pared. El yeso era seco y blando, y un trozo se cayó de inmediato, dando un golpe suave en el suelo. El ruido no se oiría fuera del edificio. Del exterior llegaban destellos de luz y el ruido de los motores de los automóviles al pasar. Tenía todos los sentidos alerta ante cualquier alteración en el pulso de la noche: la más leve variación, un rumor de pasos, un coche con un ruido peculiar, un silencio insólito. Ante cualquiera de aquellas señales, me quedaría inmóvil y me convertiría en un depredador sorprendido bajo los focos.

Seguí cavando el agujero. Los trozos de yeso se amontonaban en el suelo y crujían bajo los pies. Con el destornillador y la palanca a la vez, rompí los listones de madera que había debajo del yeso. A los quince minutos, había abierto un boquete suficientemente grande para poder colarme por él a rastras. Al otro lado estaba el almacén de la casa de empeño, suficientemente iluminado como para no necesitar la linterna. Los objetos empeñados estaban colocados dentro de cubos alrededor de la pared y del suelo, agrupados por el tipo de artículo —las armas juntas, las máquinas de escribir juntas—. Cada uno tenía una etiqueta con el nombre de quien lo había empeñado.

Agrandé el agujero con las manos, quité las puntas afiladas de los bordes y metí primero la cabeza, después las manos y finalmente me quedé un minuto agachado en el suelo, inmóvil, escuchando. Siempre cabía la posibilidad de que hubiera una alarma que no hubiera visto o que alguien, quizá borracho, estuviera durmiendo en el interior de la tienda.

La casa de empeño y los alrededores seguían imperturbables en la oscuridad. Mi pulso, hasta entonces marcado por el miedo, empezó a acelerarse por la anticipación del éxito. Por un momento sentí dudas, porque me vinieron al pensamiento las imágenes de los propietarios de aquellos objetos. Quizá se hubieran visto obligados a empeñar algo que tenía un valor sentimental para ellos. Por aquel motivo nunca entraba a robar en casas particulares. Robar dinero u objetos que sólo tenían valor monetario era un acto impersonal, sobre todo si provenían de unas manos que podían resistir la pérdida. Causar un daño emocional era algo muy distinto.

Aquel remordimiento desapareció enseguida. En pleno delito no hay espacio para la conciencia doliente ni para la meditación.

Lo primero que hice fue buscar alarmas ocultas en la puerta de atrás. No encontré ninguna, ni lo esperaba; aquellos dispositivos eran caros. Pero si el riesgo era pasarme unos cuantos años en la cárcel, no podía permitirme el lujo de darlo todo por supuesto.

A continuación abrí el pestillo de la puerta de atrás para poder salir rápidamente, en caso de necesitarlo. De todos modos, sacaría los objetos robados por el agujero de la pared. La alarma sonaría en cuanto abriera la puerta, pero si me veía obligado a salir corriendo daría igual. Por el orificio no podía sacar artículos grandes, pero en

realidad lo que quería eran armas. Todo lo demás sería una guinda sobre el pastel.

En la parte de delante del local había luz y no hacía falta utilizar una linterna. Me alegraba de que fuera así. Una vez había entrado en un almacén de licores por la azotea, con la ayuda de un taladro y una sierra de calados. Desde arriba me pareció ver con la linterna un desnivel de unos cuatro metros. Me dejé caer y me estrellé contra el techo de cristal de la oficina, que no había visto con la linterna. Milagrosamente, sólo me hice un corte en una mano, pero podría haberme desgarrado el cuello fácilmente. En contra de lo que se suele aconsejar, como ladrón, yo prefería que los propietarios dejaran las luces encendidas.

Avancé y me detuve a un lado del arco que conducía a la parte de delante de la tienda. Me agaché y eché un vistazo alrededor, sin levantar demasiado la cabeza del suelo, para que nadie advirtiera mi sombra desde fuera. De vez en cuando se veían los faros de un automóvil. Cerca del escaparate había una caja fuerte antigua, iluminada. Habría tardado treinta minutos en abrirla con un martillo y un cincel, y aún menos con un soplete de acetileno. Pesaba demasiado para moverla y, aunque hubiera tenido las herramientas adecuadas, tampoco podía utilizarlas delante del escaparate. Me sentí como un gato contemplando a un canario dentro de una jaula.

Las pistolas estaban en una vitrina. Volví al almacén, vacié una caja de cartón que estaba llena de basura y la llené de cámaras y calculadoras que creí que cabrían por el agujero. También había media docena de rifles y dos escopetas; de todas las armas colgaba una etiqueta en el guardamonte. Todos los rifles eran del calibre 22, por lo que no me interesaban más que para venderlos, pero había una escopeta de dos cañones del 12.

Lo metí todo por el agujero que daba a la barbería y me arrastré por él para dejar toda la carga en el coche y volver a buscar lo que había en la parte de delante de la tienda. Lo más peligroso sería despojar el escaparate lo más rápidamente posible. Si cargaba ahora el coche, podría salir inmediatamente después del segundo viaje. Si alguien me veía y llamaba a la policía, me quedaría tiempo suficiente para la huida.

El yeso crujía bajo mis zapatos. Sobre las paredes de la barbería se proyectaban las sombras de los automóviles al pasar. Se oyó un portazo y a continuación unos pasos y el eco de una risa de mujer. Era una pareja que salía de la coctelería en dirección a su coche y pasó a tres metros de mí. El hombre le acariciaba de forma insinuante el trasero a la mujer. Al salir del aparcamiento, se detuvieron en el cruce y las luces traseras del vehículo iluminaron la calle por un momento. Aproveché para colarme por la puerta con los brazos cargados de rifles. A los treinta segundos, dejaba la caja llena de cámaras en el asiento trasero del coche.

De vuelta en la oscuridad de la barbería, me quedé en silencio, para comprobar si había despertado las sospechas de alguien. La noche seguía imperturbable.

Con el sudor resbalándome por la frente y la barbilla, y la respiración agitada, me

arrastré por el agujero. Era un trabajo arduo y lo estaba realizando con movimientos rápidos y bajo presión. Me detuve para coger la palanca para desmontar neumáticos y eché un somero vistazo por el arco, tan sólo para asegurarme de que no había nadie en la acera de enfrente. Avancé rápidamente a la vitrina, que estaba cerrada, con la palanca para desmontar neumáticos en la mano, y reventé el vidrio. El ruido estalló en el silencio. A los treinta segundos, había sacado cuatro pistolas. Una era una Browning del calibre 380, mi revólver favorito. Me quedé de rodillas detrás de la vitrina, con las pistolas en la mano. En el escaparate había varios instrumentos musicales que se venderían fácilmente, pero eran demasiado voluminosos, y serían imposibles de llevar, teniendo en cuenta que ya tenía las manos cargadas.

En un colgador de la pared había unos cuantos relojes de pulsera, cada uno con su etiqueta. Un regalo de última hora. Me llené los bolsillos.

Tres minutos después circulaba por calles oscuras con el viejo Plymouth, rumbo a la chabola de la montaña de L. L. Red. Atrás dejaba la tienda saqueada y una pared agujereada. De pronto, imaginé el dolor y la rabia en el rostro del propietario cuando descubriera el robo; a cada momento descubriría que le faltaba algún artículo más. Me invadieron los remordimientos, o más que remordimientos, el deseo de que el dueño de la casa de empeño tuviera un seguro. Pero inmediatamente reprimí aquellos sentimientos. No tenía que justificarme por lo que había hecho y, aunque tuviera que hacerlo, era fácil imaginarse que el dueño era un avaro mísero y vil, un hombre sin compasión ni coraje. Conseguí despreciar a aquel hombre sin ni siquiera haberlo visto jamás. Era un ciudadano modelo que creía en la pena de muerte, y era un cobarde y un perro. Era una condena indiscriminada e irracional, la misma que los de su calaña me habían aplicado a mí durante toda mi vida.



Jerry Shue tenía en su casa un taller con herramientas. Sujetó la escopeta en un tornillo de banco y serró el cañón y la culata, y a continuación pulió el primero con una lima y la segunda con papel de lija. Ahora parecía una pistola del siglo dieciocho. Envolvió con cinta aislante la parte central del cañón, para poder sujetarla mientras se disparaba. Formó un lazo con una correa larga y la ató a la culata para poder llevar la escopeta colgada del hombro, por debajo del abrigo.

Dejamos las armas en casa y nos fuimos en coche al supermercado. Todo era como había dicho Willy. Subí las escaleras y entré en la oficina del encargado, que alzó la vista, sobresaltado. Le dije que vendía carritos de la compra, pero no le interesó la oferta. Vi lo que quería: la caja fuerte estaba al lado de la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó Jerry cuando volví al coche.

—Está chupado. Si lleváramos las armas encima lo pillábamos ahora mismo.

—¿Tan bien está la cosa?

—La cosa está clara como el agua.

La huida sería más difícil que el robo. El supermercado estaba en un cruce. La calle de la derecha era de sentido único y se convertía en una rampa que desembocaba en la autovía. El aparcamiento tenía un amplio acceso a esta calle y era la vía lógica de salida. También sería la primera que patrullaría la policía en cuanto sonara la alarma. Al otro lado del supermercado había un camino estrecho que llegaba a la calle de enfrente, pero si tomábamos aquel camino y girábamos a la izquierda, acabaríamos en un centro comercial que estaba a dos manzanas: un laberinto de calles de sentido único y zonas peatonales. Si salíamos por el camino y girábamos a la derecha, pasaríamos por delante de la fachada principal del supermercado y tendríamos que detenernos en una señal de stop que había delante de la entrada; a continuación pasaríamos por debajo de la autovía, donde había otra señal de stop. Pero justo después de aquella segunda señal, se abría a la derecha una calle residencial —y girar a la derecha era más fácil que girar a la izquierda, un detalle que era importante tener en cuenta a la hora de planear la huida— y recorriendo menos de un kilómetro llegaríamos a la calle de Mary Gambesi, justo a una manzana de su casa. Decidimos largarnos por aquel camino. Llevaríamos el coche de Mary, con unas matrículas robadas pegadas encima de las auténticas. El coche de Jerry podía estar aparcado en la acera, delante de la casa. Pasaríamos a visitar a Mary, le devolveríamos el coche, contaríamos el dinero y nos quedaríamos allí escondidos hasta que llegara la hora punta del mediodía.

Hicimos el recorrido, parándonos en las dos señales de stop y respetando todas las normas de circulación. Tardaríamos cuatro minutos en llegar a nuestro destino. Si dejábamos al encargado atado y amordazado, antes de que dieran la orden de búsqueda por la radio de la policía nosotros ya estaríamos tomando un café en la cocina de Mary.

—¿Qué te parece mañana? —preguntó Jerry.

—Por mí perfecto.

Volvimos rápidamente a Los Ángeles. Nos desviamos para visitar a L. L. Red, pero la chabola estaba vacía. Seguramente había salido a vender el material de la casa de empeño.

—Déjame en el motel —dije.

—No te preocupes por Carol. Le caes bien.

—Bah, a la mierda. No echemos sal en la herida. Será mejor que no la vea en unos cuantos días.

—Te paso a buscar mañana hacia las nueve. Mejor que haya poco tráfico.

—Coge cartuchos de sobra.

—Podemos comprarlos de camino.



La tarde y la noche del domingo se me presentaban como un lienzo en blanco en el que podía pintar todo lo que se me antojara. Desde que había saltado del automóvil de Rosenthal, había estado sometido en todo momento a una enorme presión, incluso en los ratos que había pasado emborrachándome con Red o en el club de Abe. Pero ahora las aguas estaban tranquilas; me encontraba en el ojo del huracán. Hasta la mañana siguiente no podía hacer nada más que esperar. No me apetecía nada quedarme solo en el motel ni encontrarme con otros delincuentes, que podían aliviar mi soledad, pero lo que yo quería era tranquilidad.

Dejé el coche en una gasolinera próxima a Hollywood Boulevard para que le cambiaran el aceite y le hicieran una revisión. Tampoco nos iba a servir para huir a toda velocidad, en caso de persecución, pero de todos modos quería asegurarme de que no se escacharrara en cuanto saliéramos del aparcamiento.

Como no tenía nada más que hacer, me pasé una hora paseando por el Boulevard, mirando a los jóvenes con sus extrañas vestimentas: sandalias, cabellos largos, y sombreros con plumas y collares. El club de Abe estaba a varias manzanas de allí, pero me apetecía más pasear bajo el sol. Cuando llegué al tramo de la avenida en el que dejaba de haber edificios altos y multitudes, cogí un taxi y me fui al nuevo museo de arte, un lugar tranquilo para pasar una tarde de otoño. Allí contemplé tanto los cuadros como a la gente. Me deleitaba en la profunda seriedad con la que se acercaban a la cultura. No es que fuera cínico; mi actitud general era benevolente, hasta de ternura. La compasión era algo poco común en mí. Sólo la sentía por los más allegados. Normalmente buscaba en los demás sus debilidades, los contemplaba como presas, como enemigos, aunque no necesariamente con odio. El león no odia a la gacela; le es indiferente. Hoy me gustaban por sus flaquezas y me encontraba tranquilo y cómodo.

A media tarde, cogí otro taxi, esta vez hacia un restaurante de Wilshire Boulevard, en Beverly Hills. Frascati era célebre por su cocina belga, pero no lo escogí por aquel motivo —habiendo crecido en la cárcel, mis credenciales gastronómicas se limitan a las alubias—, sino porque tenía un patio a la sombra de los árboles separado de la avenida por un muro bajo que permitía mirar el paisaje desde la mesa. Aquella vista siempre me había gustado.

A continuación me fui a pasear tranquilamente por la zona comercial y de negocios de Beverly Hills. Me hubiera gustado pasear por las calles residenciales, llenas de palacetes, pero en aquel entorno los transeúntes son insólitos y la policía los para en la calle y los interroga sistemáticamente. Son detenidos sumariamente, especialmente si tienen antecedentes, y acaban pasando treinta días en la cárcel por vagabundeo.

Me adentré en la zona de negocios y llegué a la esquina de Wilshire con Beverly Drive, el centro del sector de la joyería del sur de California: joyería de lujo, por supuesto. En las inmediaciones había varias joyerías exclusivas: Van Cleef & Arpéis, Tiffany & Co., Raymond & Co., entre otras. Me acordé de una arriesgada operación en la que se habían llevado doscientos cincuenta mil dólares de Raymond. Cogí Beverly Drive hacia el sur y seguí mirando los escaparates. Estaban vacíos, igual que las cajas en exposición, pero a través del vidrio se podían ver lujosas alfombras, elegantes lámparas de araña de cristal tallado, vitrinas con cerraduras especiales y las puertas de acero reluciente de la cámara acorazada.

Cometer un robo en las inmediaciones era impracticable. Ahora las calles estaban vacías, pero en cuanto abrieran las tiendas, estarían a rebosar. En todos los sentidos había por lo menos seis manzanas de calle ocupadas exclusivamente por edificios comerciales y de negocios, con los correspondientes semáforos y edificios de oficinas. Se tardaría demasiado en recorrer cualquier distancia.

Llamé a otro taxi y, mientras esperaba que llegara en una gasolinera Standard, cogí las páginas amarillas y busqué «diamantes» y «joyerías, venta al detalle». Podía localizar mentalmente la mayoría de las direcciones. Una me llamó la atención: Gregory's. El nombre me sonaba tanto como el de Van Cleef & Arpéis, y la dirección estaba en Wilshire, pero por el número parecía que estaba al este, un poco apartada de la zona comercial. Tuve un presentimiento y le pedí al taxista que bajara por Wilshire para ver dónde estaba el local.

Gregory's se hallaba en una casa baja pintada de un blanco reluciente, de diseño colonial. Había pasado por delante miles de veces sin advertir qué era. Junto a la puerta había una placa metálica pulida y muy brillante. Al otro lado de Wilshire se prolongaba la zona comercial, pero detrás de la joyería había calles de edificios de apartamentos elegantes y casas de postín. Los árboles desbordaban las aceras.

Tras aquella primera ojeada, decidí volver e investigar un poco más cuando tuviera tiempo. Me dejé caer en el asiento del taxi y encendí un puro. Todavía tenía la noche libre. Empezaba a oscurecer. Decidí ir a ver a Manny y aplacarle los ánimos.

Capítulo 9

En el club había poca actividad, como todos los domingos por la noche. Manny January estaba apoyado en una máquina de cigarrillos que había en la parte de atrás del local, cerca del pasillo que conducía a la oficina, con una tirita de color carne en el ojo derecho. Cuando entré por la puerta principal, me miró con recelo. Si de pronto me hubiera metido la mano en el bolsillo, habría echado a correr del susto. Verle asustado me producía cierto deleite: a falta de otras señas de identidad, la capacidad de infundir miedo en los demás puede satisfacer esta necesidad.

Tardé diez minutos en convencerle de que no tenía intención de hacerle daño y conseguir que saliera del local. Fuimos a dar una vuelta en su coche. Cuando alguien está aterrorizado, la mejor forma de disipar su pánico es ponerle en una posición en la que podrías hacerle daño, pero en cambio le tratas con consideración. Manny captó el mensaje cuando recorrimos un barrio residencial de calles oscuras. Sólo entonces mostró el resentimiento que le producía que yo lo hubiera tumbado al suelo y obligado a moverse a rastras. Aquella era la indignación que yo quería que expresara, porque no quería que se enquistara ni que creciera y le emponzoñara el pensamiento. El miedo, el odio, el resentimiento... Nada de esto importaba si quien los sentía estaba a una distancia de seguridad. Pero Manny se movía en mi círculo y su secreta animadversión podía suponer una amenaza para mí. Con sólo meter diez centavos en una cabina y contarle cuatro cosas a un policía podía dar rienda suelta a su sed de venganza.

En cuanto hubo expresado su animosidad, lo traté como a un niño que ha sido malo y al que se le ha castigado, pero al que todavía se le quiere. Le conté los fallos que había cometido en el ejercicio de sus responsabilidades, dónde se había equivocado. Me disculpé por haber perdido los nervios, pero le hice comprender que era culpa suya y por qué.

Nos paramos en su apartamento, donde cogimos una docena de porros y el doble de anfetaminas. En el camino de vuelta al club, ya estábamos los dos colocados y él me contó sus esperanzas, dudas y problemas. Le dejé hablar sin interrumpirle y cuando bajamos del coche y entramos en el club a escuchar la música, me adoraba más que nunca.

Un poco más tarde, quizá cerca de la medianoche, estaba hasta arriba de marihuana, pastillas y alcohol, en una mesa del club con Abe, Manny, Angie y dos tías que no había visto nunca. Lo único que sabía Manny de ellas es que habían llegado al club por separado y las dos habían estado allí antes en las últimas semanas. Una era todo oropel sin sustancia, de rasgos duros pero quebradizos; se hacía mayor. En la bruma de mi embriaguez, me pareció una de aquellas mujeres para las que la edad es un castigo especialmente severo, porque carecía de un fondo sobre el que

afianzarse cuando su belleza se marchitara. La otra muchacha, Allison, se sentó delante de mí. Sus cabellos rubios pálidos parecían descoloridos, frente al brillo lacado de Angie y la otra mujer. A primera vista, parecía una chica mona de veintitantos, una del montón, con un aspecto más discreto que el de las que frecuentaban aquellos locales. Observándola más de cerca advertí que no necesitaba vestirse para llamar la atención: tenía los pómulos altos y una piel tersa como la seda, que no requería maquillaje para disimular imperfecciones. Tenía los ojos entre castaños y violetas, y me miraba directamente a los míos sin ningún tipo de nerviosismo. Si no hubiera sido por las drogas, yo habría apartado la mirada, porque prolongarla creaba un juego silencioso de voluntades.

No nos dijimos nada y las pocas palabras que dijo a los demás no revelaron demasiado de su carácter. Advertí un leve deje de acento sureño en su voz. Alguien mencionó a un popular cantautor folk y ella dijo «¡Oh, qué bueno es!», dándole énfasis a la última sílaba y tiñendo de emoción aquella sencilla frase. De vez en cuando, cuando la música vibraba con más fuerza, balanceaba rítmicamente la cabeza. Ahora recuerdo aquellas imágenes con más claridad que cuando sucedieron.

Todo el mundo iba a ir a una fiesta y las chicas se marcharon primero. Abe y Manny llegarían en cuanto cerrara el club. Abe quería que yo fuera, pero rechacé la propuesta. La noche anterior había dormido tres horas y a la mañana siguiente tenía un compromiso: había que cometer un robo.

Allison tenía coche, pero estaba aparcado en Sunset Boulevard, delante de otro club. Manny se ofreció para acompañarla a buscar el coche. Luego me llevaría a mí a casa.

—Mejor déjame en el Carolina Pines. Me comeré un bocadillo y cogeré un taxi —dije.

Por el camino, Manny sacó más porros y nos los fumamos. Yo seguía sin tener oportunidad de hablar con la chica. Si el atraco iba bien, ya me darían su teléfono Abe o Manny, si es que lo tenían. Si no, ya la volvería a ver, quizá.

Tras bajar del coche, me quedé mirando cómo se alejaba y a continuación entré en la cafetería, un inmenso local reluciente con muebles de acero inoxidable y fórmica. Las anfetaminas me habían saciado el apetito y me senté a tomar un café, porque me sentía incapaz de comer nada. También me dio la impresión de que no podría volver a dormir nunca más, a pesar de lo mucho que lo necesitaba y deseaba.

Cuando salí, me quedé bajo la marquesina de la cafetería, iluminado por la luz que salía por las ventanas, y me pregunté qué podía hacer. Podría ir al centro, por ejemplo. La gente de los bajos fondos estaría allí, en el cochambroso Traveler's Café, de Temple Street, o en el Dixie's Waffle Shop de Broadway. Hasta podría comprarme un globo de heroína. Por allí estarían también las putas drogadictas. Podría comprarme medio gramo, pillar a una y montar una orgía. Sería fácil estando hasta

arriba de anfetaminas y heroína.

Y si, por casualidad, no encontraba a ningún conocido, también podía ir a un cine abierto las veinticuatro horas.

Lo que me hizo cambiar de opinión fue que de madrugada en el centro había mucha policía. Igual me paraban y aunque mi carnet falso era de buena calidad, sería una situación arriesgada. No cabía duda de que había cientos de fugitivos sueltos en Los Ángeles, pero siempre existía la posibilidad de que algún policía se acordara de mi fotografía.

Un taxi dejó a un cliente en la acera. Sin tener el destino decidido, pero con la voluntad de irme a algún otro lugar, lo paré y me acerqué a él.

Entonces un automóvil aparcó en la acera a mi lado; lo vi de reojo. Miré hacia el vehículo, sin pensar. Allison estaba sola tras el volante de un deportivo descapotable azul celeste. Tenía la capota bajada y los cabellos alborotados por el viento; al verla, unos dulces escalofríos me recorrieron el cuerpo. Me di cuenta de que, en algún rincón de mi mente, y después de haberme comunicado en silencio con ella durante el intercambio de miradas en el club, la había estado esperando o por lo menos tenía la esperanza de que apareciera.

Me saludó con una sonrisa picara e insegura, como si tuviera miedo de que yo rechazara su atrevimiento.

—¿Qué ha pasado con la fiesta? —pregunté.

—He cambiado de opinión.

—Ajá. ¿Y sabías que yo necesitaba que me llevaran a casa, no?

—Adonde quieras... —Se ruborizó ligeramente. Estaba insegura. Aquello hizo que me gustara todavía más. Me quedé de pie al lado del coche, mirándole los muslos; la minifalda se le había subido al sentarse en el automóvil. Tenía los muslos muy blancos. Ella sabía que la miraba.

—Bueno, sube —dijo.

Puso el coche en marcha, en dirección a Hollywood Boulevard.

—Bueno, ¿qué quieres hacer?

«Follar», quería decir, pero tampoco era lo único que quería. Algo me decía que ella era algo más que un rollo de una noche. No era la química del amor, sino algo más suave. Parecía una persona capaz de aliviar el dolor de mi soledad.

—Podemos fumarnos un par de porros, dar una vuelta, y ver si realmente nos gustamos el uno al otro —dije.

—Genial —dijo, con una sonrisa muy abierta.

Pronto, sin que le dijera nada, eligió el camino que yo hubiera tomado, las curvas serpenteantes de la cima de Hollywood Hills, con sus casas elegantes escalonadas. En una noche despejada se podían ver sesenta kilómetros al sur y cincuenta al norte, y cada centímetro resplandecía con las luces de la ciudad.

Aparcamos en un lugar con vistas panorámicas. Allison encendió la radio del coche, la dejó a un volumen suave y nos quedamos sentados hablando. Le había preguntado por mí a Manny cuando la había acompañado a buscar su coche. Le había contado que acababa de cumplir diez años de cárcel y aquello la fascinaba. Nunca había conocido a nadie que hubiera pasado una noche en la cárcel, y mucho menos una década. Le indiqué que en realidad habían sido dos años menos.

—Bueno —dijo—, seguro que he conocido a alguien, pero no lo sabía.

Aquella confesión me sorprendió y me fascinó. Parecía que todos mis conocidos se hubieran criado en la cárcel.

Quiso saber cómo era aquello —la violencia, la ausencia de mujeres—, como si la vida en la cárcel pudiera condensarse en la conversación de una noche. Le conté algunas verdades y algunas mentiras, y alenté su evidente deseo de recrearse con una idealización de la vida penitenciaria. Básicamente desvié el tema y centré la conversación en ella, para que se mostrara comunicativa, porque tengo la teoría de que cuando dejas hablar a alguien de sí mismo durante mucho rato —y especialmente de sus sentimientos y problemas— te coge cariño.

Allison se describió irónicamente como una «divorciada alegre», aunque su divorcio tampoco era definitivo. Había tenido una vida desdichada, que había dejado atrás para liberarse, encontrarse a sí misma y sentir todos los placeres —y dolores— que la vida le deparara. Era la única hija de una familia de clase media de Kentucky. Su padre publicaba un periódico en una ciudad de veinte mil habitantes y había estudiado dos años en una universidad baptista femenina. Su vida había sido aburrida, pero nunca se había dado cuenta, porque no tenía con qué compararla. Sólo había encontrado alegrías en la lectura, pero los libros no habían despertado sus deseos, o por lo menos deseos conscientes. Para ella, una noche loca consistía en tomarse unas cervezas y conducir más rápido de lo habitual por una carretera secundaria, luego aparcar el coche y meterse mano; un ritual impregnado de un delicioso sentimiento de culpabilidad. Se rebeló contra la rectitud calvinista sin refutar su validez.

Su marido era de Baltimore, un ingeniero quince años mayor que ella. Lo conoció cuando estaba en el ejército, destinado en una pequeña base próxima a su ciudad. Pronto se iba a licenciar y se marcharía a California, donde su formación le garantizaría una carrera en la industria aeroespacial. Le pareció el hombre más refinado y cosmopolita del mundo e imaginaba California como la tierra prometida, un paraíso de la abundancia bajo el sol y junto al mar. Se quedó embarazada intencionadamente y se marchó a California con él, con un anillo de matrimonio en el dedo y un corazón que abrigaba un cúmulo de esperanzas. Tenía diecinueve años.

Cinco años después, estaba en un bonito chalet adosado de un barrio residencial de las afueras, de rodillas en la cocina, rascando los restos de comida de las paredes del horno. En aquel momento tiró al suelo el estropajo de aluminio y decidió que

aquello se iba a acabar. Había visto más cosas en la vida y se conocía mejor, y estaba desencantada, desengañada, insatisfecha. Había combatido aquella sensación apuntándose a la asociación de padres de alumnos, a clubes femeninos, a grupos de mejora personal; había tenido una aventura y hecho trabajo social. La insatisfacción aumentaba. Y el hombre que en una ciudad pequeña le había parecido sofisticado, en la gran ciudad no era más que un pelele. Se pasaba las tardes mirando el reloj, corroída por la inquietud. A él lo único que le preocupaba era tener un plato en la mesa y después se despatarraba en un sillón y miraba la televisión hasta que llegaba la hora de dormir. El sexo no era placentero, aunque él quería practicarlo todos los días. Era un hombre que no iba a ninguna parte, no quería ir a ninguna parte y sólo había leído un libro desde que se habían casado: *Los Insaciables*, de Harold Robbins.

Empezó a salir sola por las noches para hacer una ronda por los bares y aún lo despreció más por aceptar con pasividad que ella lo maltratara de aquella manera.

—Joder, es tan débil... —dijo—. Y me porté muy mal con él. Le absorbí la poca hombría que tenía. Y cuando le dije que se había acabado, lloró y me amenazó con suicidarse. Dios, lo odiaba y me sentía como una guarra y una puta. Pero allí me ahogaba. Tenía que huir, hacer algo diferente. Era como si mi metabolismo funcionara con un ritmo distinto.

Su hijo se marchó a Kentucky con sus padres y ella se había ido a vivir a un apartamento en la montaña y trabajaba en la oficina de un abogado. Llevaba seis meses explorando, conociendo a otras personas y probando cosas nuevas. Se lo había pasado en grande.

—¿Y qué objetivo tienes? ¿Qué quieres?

—No lo sé, todavía. ¿Cómo lo voy a saber si no pruebo lo que hay? Ahora mismo sólo quiero ver qué hay en el horizonte. A lo mejor sólo quiero diversión. Me siento más viva viviendo así. Cada mañana me levanto y me pregunto qué va a suceder, qué aventura se cruzará por mi camino.

—¿Y el amor? ¿Entra el amor en tus planes?

—Bueno, el amor... Me pregunto si... El amor es maravilloso... si lo sientes realmente. Pero cuando quieres querer a alguien y no eres capaz, acabas destrozada. Creo que hay que poner en duda lo que sientes, demostrar que realmente es amor. No buscarlo con tanta avidez que te engañas a ti misma. ¿Y tú?

—¿Qué quieres saber?

—¿Odias a la sociedad?

—A veces sí. Unas veces más que otras. La odio, más que por cómo me ha tratado, por aquello en lo que me ha convertido.

—¿Te odias a ti mismo?

—No. Estoy orgulloso de mí mismo, en cierto modo. Soy el hombre más libre que conocerás jamás.

—¿Trabajas?

—Qué va...

—¿Y qué haces?

—Joven, estas cosas no se preguntan. Estás traspasando una frontera que lleva a un terreno prohibido.

—Yo charlo sin parar y te cuento mi vida, y tú no me quieres contar nada.

—No hemos hecho ningún trato, en plan: tú me cuentas y yo te cuento.

—No es justo.

—Nada es justo.

Eran casi las cinco. El sol se asomaba por el horizonte.

—¿Te apetece comer algo? —pregunté.

—No, pero si tienes hambre, vamos a mi apartamento y te preparo algo. No está muy lejos, en un cañón. El sitio es guay.

Le dije que me parecía perfecto y puso en marcha el coche.

—¿Sólo llevas fuera unos días? —preguntó, mientras el coche tomaba una curva.

—Ajá.

—¿Has estado con alguna mujer ya?

—No. A mí me van más los tíos.

Se quedó totalmente pálida y, cuando estallé en carcajadas, se ruborizó completamente.

—Tengo que recoger el coche en una gasolinera de Hollywood a las ocho y media. ¿Me puedes llevar?

—Llegaré tarde a trabajar, pero puedo llamar.



El edificio de su apartamento era más antiguo que la mayoría de los de los cañones de las colinas. La fachada era de estuco amarillo oscuro, con tejas en el tejado y verjas de hierro forjado en el balcón; un diseño de influencia española. Se llegaba por un camino tortuoso sin aceras y estaba rodeado de árboles y de una espesa maleza. En el grueso muro se abría una puerta pesada de madera oscura. Se había construido en una época en que la mano de obra y los materiales eran baratos, antes de que Hollywood Hills se convirtiera en un barrio de moda. Los techos altos tenían vigas de madera. Una chimenea ancha y profunda ocupaba la mayor parte de una de las paredes del salón principal, enorme para tratarse de un apartamento. Los muebles eran de estilo y colores mexicanos. Me gustaron los tonos rojos oscuros, los negros, el aura de comodidad rústica. La fórmica y el acero inoxidable no me gustan nada.

Preparó unos huevos revueltos con patatas fritas y jamón, y un buen café. Me lo comí todo con gusto y aproveché el café para tomarme cinco anfetetas más. Durante el

robo iba a estar bien despierto.

Seguimos hablando durante el desayuno. Me duché y me afeité. Ella se arregló. No hicimos el amor, ni lo mencionamos. Los dos sabíamos que lo nuestro acababa de empezar y no había necesidad de prisas. No valía la pena acostarse y mirar de reojo el reloj. Sería mejor esperar a que tuviéramos tiempo. Además, retrasándolo lo deseábamos todavía más y, cuando llegara el momento, todo iría aún mejor.

De camino a Hollywood, Allison me preguntó cuándo la llamaría y le dije que pronto, quizá más tarde aquel mismo día o quizá al día siguiente, porque tenía que encargarme de unos asuntos y no sabía cuánto me iba a llevar. No me preguntó qué iba a hacer, ya que reconoció instintivamente que aquellas preguntas estaban prohibidas. No se lo hubiera contado, ni siquiera si hubiéramos estado viviendo juntos. Son demasiados los delincuentes que les cuentan a sus mujeres sus negocios. Yo seguía rigurosamente la regla según la cual no había que confiarle nunca nada a nadie, si no era absolutamente necesario. Y era innecesario siempre que la persona en cuestión no estuviera implicada directamente en el asunto. La persona que hoy parece más digna de confianza puede no serlo mañana —o la semana que viene, o el mes que viene—, y los crímenes no prescriben hasta pasados varios años. Una vez, una mujer delató a su marido por un asesinato cometido hacía diez años.

Capítulo 10

Eran las 9.45 de la mañana. Dejamos el coche en el aparcamiento de detrás del supermercado. Había un camión refrigerado en una zona de descarga, a una distancia considerable de la puerta de atrás. No había por qué preocuparse. Sólo había unos cuantos coches aparcados y la mayoría debían de ser de los empleados.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—Bastante bien. Sólo espero que tengamos un poco de suerte.

—No pararemos hasta que tengamos lo que queremos. Tenemos cuerda para rato, mientras no se rompa la cuerda.

—O nos cuelguen a nosotros.

Dejamos el viejo Plymouth aparcado delante de las puertas de cristal, a apenas veinte metros de distancia. Dejé la llave puesta en el contacto a posta. Si las cosas se desmandaban y teníamos que huir despavoridos, buscar la llave en el bolsillo supondría una molestia innecesaria.

Observamos. Jerry cogió la bolsa de la compra que contenía la escopeta recortada y la puso encima del asiento, entre nosotros. Se colocó bien la pistola de calibre 38 en el cinturón, debajo del jersey, para que no se viera la culata y resultara cómoda de llevar. Se movía con pulso firme y gestos pausados.

Su serenidad reforzaba la mía.

—¿Malas vibraciones? —preguntó. Quería saber si percibía algún problema, no con las facultades habituales, sino con el instinto primordial que desarrollan los ladrones. Siempre cabía la remota posibilidad de que la policía estuviera esperándonos en una emboscada; que hubieran montado una operación de vigilancia. Estas operaciones no se anuncian con una petición de rendición, sino con el estallido flatulento de un disparo. La policía no deja pasar la oportunidad de disparar primero, ni lo haría yo en su lugar. Como Jerry y yo éramos las únicas personas que sabíamos que aquel robo se iba a cometer, las probabilidades de que hubiera una operación de vigilancia eran muy pequeñas. Pero podía haber algún otro ladrón operando en la zona.

Una mujer gorda, con un aspecto horripilante —pantalones ajustados de color rosa y un pañuelo en la cabeza, cubriendo los rulos—, salió del supermercado empujando un carrito con una mano y arrastrando a un niño con la otra. Si la policía estaba esperando, nunca los habría dejado salir, porque era como dejarlos abandonados en medio de un posible tiroteo. La zona era segura.

El encargado no aparecía por ningún sitio. Esperamos.

—¿Has visto al tío al que le pegaste una paliza? —preguntó Jerry.

—Lo vi anoche y lo tranquilicé.

—Muy bien. Sobre todo si sigues pasando por ese local.

—Sabe que la jodió. No es peligroso.

—Si confías en la gente, al final te acaban trincando. Si no confías en alguien, que no se acerque.

Asentí, porque era de la misma opinión, y seguí mirando las puertas.

—Mañana iré a ver ese sitio de Beverly Hills —dijo Jerry.

—Tenemos que ir a un banco primero. Es más rápido.

—También buscaré uno.

Entonces apareció la delgada figura del encargado subiendo las escaleras.

—Ahí está —dije.

—No le hagamos esperar.

Cogí la bolsa con la escopeta. Atravesé el aparcamiento con los sentidos a flor de piel, afinados ante ruidos e imágenes de fondo que normalmente me pasaban desapercibidos. Notaba cómo el sol me traspasaba la camisa y percibía la dureza del asfalto a través de las suelas de los zapatos; oía el zumbido de los automóviles que pasaban por la autovía a un kilómetro de distancia. Un carpintero martilleaba una melodía. Distinguía claramente el olor acre de la maleza, aunque no se veía ningún arbusto. En los guijarros del pavimento percibía los destellos de los rayos del sol.

Jerry empujó hábilmente las puertas de cristal con el hombro, para no dejar huellas. En el interior del supermercado, nadie miró hacia nosotros. Subimos los escalones, dos escalones con cada paso, pero en silencio. En el primer rellano nos detuvimos, nos pusimos guantes de goma y medias en la cara. Los músculos de Jerry se desfiguraron debajo del nailon. El corazón me latía con fuerza, alterado por las anfetaminas y por la emoción.

Saqué la escopeta, aplané la bolsa y me la metí en el bolsillo de la cazadora. Jerry me golpeó el hombro con el revólver y señaló el piso de arriba. Yo fui primero, con la escopeta recortada cogida con las dos manos.

Al llegar a lo alto de la escalera, me detuve. La puerta estaba cerrada. Jerry se tropezó conmigo. Me pregunté si era mejor entrar o llamar. Si la puerta no estaba cerrada con llave, entrar rápidamente nos daba la ventaja de la sorpresa total. Pero si estaba cerrada podía darnos problemas. Aún no lo había decidido —todo sucedió en tres segundos—, cuando advertí un movimiento fugaz en un recoveco de la pared, a tres metros de distancia. El encargado miraba por un agujero; vigilaba a los compradores para que no robaran en la tienda.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Avancé. El encargado pegó un salto en cuanto notó un roce en el hombro; era la escopeta, colocada a quince centímetros de su barbilla. Se quedó mirando los dos cañones y no pestañeó ni alteró la expresión. Simplemente palideció. Esperaba que me dijera de un momento a otro «¿Le puedo ayudar en algo, caballero?».

Jerry se había colocado detrás de él y le presionó en la columna con el revólver.

El encargado abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Su expresión vacua reflejaba la parálisis del terror absoluto. Lo cogí de la manga con la mano izquierda, sosteniendo la escopeta como si fuera una pistola.

—Ahora, si es tan amable, acompáñenos a abrir la caja.

Me siguió a la oficina, como si estuviera ciego. Entramos.

—Abre la caja —dijo Jerry.

—Está abierta —dijo, tragando saliva.

Cerré la puerta de la oficina y busqué alguna cosa que sirviera para atrancarla, pero no encontré nada. El encargado había abierto la puerta de la caja y Jerry lo acompañó a un rincón.

—Tengo familia —dijo—. No os daré problemas. No me hagáis daño.

—No tenemos intención de hacerte daño —dijo Jerry—. Queremos dinero, no sangre. Túmbate de lado, tenemos que atarte.

Con la tranquilidad de haber dejado a Jerry a cargo de la víctima, me agaché delante de la caja abierta, llené la bolsa con fajos de dinero y rebusqué en los compartimentos. Por el suelo fui esparciendo lo que no quería. En los estantes más altos había billetes; en la parte de abajo había una bolsa de lona.

Cuando terminé, Jerry le ataba al encargado las muñecas con cinta aislante por detrás de la espalda. Llevábamos en la habitación tres minutos en total.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó Jerry.

—Buen golpe. ¿Qué hacemos con la calderilla?

—Se gasta igual que el papel.

Tiré en la bolsa las monedas, envueltas en paquetes de papel marrón.

Jerry le tapó la boca al encargado con cinta aislante.

—Mira a la pared y nada más —ordenó.

Me había quitado los guantes, e iba a quitarme la media también, cuando alguien llamó a la puerta.

—Señor Ecklund —dijo una voz amortiguada.

Jerry se agachó y se quedó inmóvil, junto al encargado, tumbado boca abajo. Mantuve la calma, pero mi mente funcionaba a toda velocidad. Cogí la escopeta del suelo y le hice un gesto a Jerry para que abriera la puerta.

Volvieron a llamar.

Jerry avanzó sigilosamente por la pared. Yo me quedé justo delante de la puerta y levanté la escopeta. El arma me daba confianza. Con ella podía controlar a quienquiera que estuviera fuera. Jerry descorrió el pestillo y abrió la puerta, y saltó de inmediato atrás para evitar posibles disparos. La pistola estaba a punto para disparar.

Al otro lado de la puerta apareció un adolescente con unos Levi's y una bata de carnicero que se tambaleó y casi se desmayó al ver a un enmascarado con una escopeta de dos cañones.

Jerry dio un salto, cogió al muchacho del brazo, lo arrastró adentro de la habitación hasta dejarlo junto al encargado y lo empujó contra el suelo.

—Quédate aquí. No te muevas ni un centímetro.

—Átalo —dije.

—No queda cinta. Si se mueve, le salto la tapa de los sesos —dijo Jerry, para infundirle miedo. Avanzamos hacia la puerta. Bajamos las escaleras saltando tres escalones a la vez, nos quitamos las medias y los guantes y nos los metimos en el bolsillo. Metimos la escopeta en la bolsa del dinero. Cuando salimos por las puertas de vidrio, parecíamos clientes del supermercado en una mañana soleada. Sólo una mirada atenta hubiera advertido nuestra respiración fatigada.

Me obligué a ir andando al coche, sin correr. La escena era apacible: primera hora de la mañana en una zona residencial. Me dirigí al lado del conductor, subí al coche y dejé la bolsa en el suelo. Jerry me esperaba junto a la puerta del pasajero, con la mano debajo del jersey y la mirada en la puerta del supermercado. Esperó hasta que el motor se puso en marcha y entonces entró, colocándose el revólver en el regazo y sin dejar de mirar la puerta hasta que llegamos al camino que salía a la carretera. Conducía con una atención extrema, consciente de cada cambio de marchas y valorando cuidadosamente la necesidad de adquirir velocidad frente a la posibilidad de llamar innecesariamente la atención. Al llegar al final del camino, me detuve; pasaron dos coches y después fui yo. Pasamos justo por delante de la entrada del supermercado. En el interior todo estaba tranquilo; todavía no había nadie corriendo de aquí para allá como un pollo decapitado.

—El chaval no debe de haber desatado todavía al encargado —dijo Jerry—. Si no estarían dando vueltas como locos.

Frené en la primera señal de stop, parándome mucho más de lo que lo haría en circunstancias normales. Empezaba a sentir la euforia del éxito. Al pasar por debajo de la autovía, reduje la velocidad. Me detuve en el segundo stop y observé los automóviles de detrás. Me sonreí, pensando que nunca se imaginarían que nos habíamos marchado por allí. ¿Cómo nos íbamos a parar dos veces a un kilómetro del local? Solté el freno, apreté el acelerador, encendí escrupulosamente el intermitente y además hice una señal con el brazo.

—¡Joder, tío! —exclamó Jerry—. Me he olvidado de quitarle la cartera.

—Tío, no me hagas estas cosas. Pensaba que habías visto a la pasma. Y no podemos ir más rápido que una moto.

Los rayos del sol se filtraban entre los árboles que cubrían la calle residencial. El límite de velocidad era veinticinco kilómetros, pero subí lentamente hasta cuarenta: no era excesivo, pero al menos nos movíamos. Por el retrovisor, todo seguía despejado. A los dos minutos, vimos la casa de Mary. Allí estaba el coche de Jerry, cociéndose al sol.

Joey Gambesi jugueteaba con la bicicleta en el camino de la casa. Al oír el claxon, alzó la vista y apartó la bicicleta para que pasáramos. Avancé hasta la parte de atrás de la casa, aparqué en el garaje y apagué el motor. Me incliné sobre el volante y suspiré.

—En casa, sano y salvo, chaval.

—Como robarle un caramelo a un niño.

Mary había oído el automóvil. Las cortinas se movieron. Poco después, salió de la casa por la puerta de la cocina, negando con la cabeza y agitando el dedo índice para reprobar mi comportamiento. Pero no estaba enfadada; apretaba los labios para no sonreír.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. ¿Nueva York? ¿Miami?

—El coche se estropeó.

—¿Y el teléfono también? Me has tenido aquí abandonada una semana.

Eufórico por nuestro éxito —era como si no hubiéramos hecho nada— y seguro de que mi júbilo sería contagioso, bajé del coche y le pellizqué la mejilla.

—Ahora te doy una compensación por las molestias causadas.

Me cogió por la muñeca con expresión sombría.

—Ven aquí. Tengo que decirte una cosa.

—¿Del coche?

—No, de Lisa.

—¿Puede entrar Jerry?

—Claro.

Le hice una señal.

—Coge la bolsa. Voy en un minuto.

—No hagas caso del desorden —dijo Mary—. Hay café en la cocina.

Jerry le dio las gracias y entró por la parte de atrás de la casa con la bolsa llena. Cuando ya no nos podía oír, Mary me dijo que Lisa iba a estar fuera durante el día. Empezaba a estar más tranquila y prefería que no me viera durante un tiempo. Mary nunca me haría el vacío, pero sabía que yo entendería la decisión. Le dije que me parecía bien.

Joey apareció lentamente con su bicicleta por el camino de entrada de la casa, sonriente. Se burló un poco de su madre, recordándole lo mucho que se había enfadado por el coche y cómo había jurado decírmelo en cuanto yo apareciera. La hizo ruborizar y ella le alborotó el pelo. Pensé que ojalá fuera mi hijo.

Pero era mejor que Joey se marchara y no volviera hasta pasados quince o veinte minutos. Había que contar el dinero y retirar la matrícula. Lo mandé a comprar el periódico y una caja de puros. Cuando se alejaba pedaleando por el camino, Mary quiso entrar en la casa, pero al ver que yo me quedaba fuera, me esperó.

—A la mierda —musité, mientras me dirigía a la parte de atrás del coche.

Arranqué la matrícula que había pegado con cinta aislante y la doblé por la mitad.

Mary me vio y comprendió lo que había sucedido.

—¡Mi coche!

—Cuando la vida es dura, hay que ser duro. No tenía elección.

—¿Por qué con mi coche?

—Era lo que tenía a mano.

Negó con la cabeza, más resignada que enfadada. Cuando entramos en la cocina, Jerry estaba sentado en la mesa tomándose un café.

—Nos vamos a tu habitación, si no te importa —le dije a Mary.

No preguntó qué íbamos a hacer, no quería saberlo, pero nos aconsejó que bajáramos las persianas.

—Hay un vecino que mira por las ventanas.

Cuando estuvimos en el dormitorio, con las persianas bajadas, Jerry inclinó la cabeza hacia la cocina.

—Parece buena tía.

—Es una tía de puta madre. Podría presentarme aquí justo después de matar a alguien y me escondería en su casa. Tampoco tiene malicia. No es ninguna arpía.

Jerry tiró la bolsa en la cama. Separamos el dinero de la escopeta y el resto del material y lo esparcimos por encima de la colcha. Cada uno empezó a contarlos en un montón aparte.

—Dos mil seiscientos cuarenta —dijo Jerry.

—Aquí hay dos mil ochocientos.

—¿Y la calderilla?

—Unos cien. ¿Se lo damos a ella?

—Me parece justo.

Mary nos interrumpió llamando a la puerta.

—Joey ya ha vuelto —dijo—. Daos prisa.

Metí los rollos de monedas debajo de la almohada y volví a esconder la escopeta en la bolsa.

Cuando entramos en la cocina, Joey me entregó el periódico y los puros. Le di un billete de cinco dólares y le dije que quería hablar con su madre. Encogió los hombros —la paga estaba bien— y salió al jardín.

—Debajo de la almohada tienes un montón de monedas. Están envueltas en paquetes. Tira los papeles.

Me miró y asintió con la cabeza, con el gesto torcido.

—¿No lo quieres?

—Claro que sí. ¿Crees que estoy loca?

Teníamos previsto quedarnos en casa de Mary hasta mediodía, para pasar desapercibidos entre el tráfico de la hora de comer. Pero en realidad no era necesario:

íbamos a circular por avenidas por las que pasaban mil vehículos cada hora, podíamos elegir entre una docena de carreteras y además iríamos en un vehículo diferente. Los dos nos movíamos inquietos, ansiosos por marcharnos, así que nos fuimos a la media hora.

Una vez en la autovía, sentado en el asiento de vinilo caliente por el sol y con las ráfagas de brisa entrando por la ventana, cerré los ojos y me relajé. Los movimientos del robo me pasaban por la cabeza, igual que a un jugador de ajedrez que repasa la última partida. Al fin y al cabo, habíamos actuado con precisión y trabajado en equipo. Me sonreí al recordar el rostro del adolescente ante la escopeta. De todos modos, tendríamos que haber llevado más cinta aislante. No había pasado nada, pero podría haber pasado. Podríamos habernos encontrado con varias personas dentro de la oficina y tendríamos que haber pensado en la posibilidad de que alguien entrara de improviso. Nuestro margen de seguridad se habría reducido varios minutos si el muchacho hubiera bajado gritando por las escaleras.

Pero el robo había sido provechoso en varios sentidos. El dinero era el beneficio más importante, pero también nos había servido de prueba y había salido bien. Jerry y yo trabajábamos bien juntos; era un buen ladrón, porque no tenía una imaginación con propensión al pánico. Llegado el momento crucial, nunca se quedaría paralizado por visualizar las consecuencias de sus actos. Había algo que estaba claro: en adelante necesitaríamos más preparación. En todo hay siempre un factor X que no se puede prever, pero cuando se comete un delito ese factor debe reducirse al mínimo. No basta con ganar casi siempre; con perder una sola vez todas las victorias previas quedan anuladas. En igualdad de condiciones, la audacia solía ser una ventaja, pero hasta los más atrevidos tenían que calcular sus movimientos con extrema precisión para que lo que parecía una insensatez no lo acabara siendo.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Jerry.

—A ver a un viejo pervertido que vive en una colina. Pelirrojo. Podrá esconderme las armas y llevarme en coche. Esta tarde me compraré un coche y mandaré un telegrama. Voy a ver a ese tío que está en el norte. ¿Y tú?

—Me quedaré en casa con Carol.

—Te llamo esta noche. Joder, tío, tengo que dormir. Estas putas anfetanas me están matando. Necesito descansar y no puedo.

Llegamos a la salida de Soto Street.

—Ponte en el carril derecho y sal por Soto, dirección hacia el norte. Es la vía más rápida para llegar a casa de Red.

—Te dejo a ti la 38. No quiero que la vea Carol.

—Me la llevaré. Red nos puede guardar la escopeta hasta que la necesitemos.

Jerry redujo la velocidad y subió por la rampa de salida. Los coches zumbaban al pasar por nuestro lado. Todavía no era mediodía.

Capítulo 11

L. L. Red había vendido la mercancía de la casa de empeño por setecientos dólares y se quedó encantado cuando le dije que se quedara la mitad. Estaba hasta dispuesto a llevarme a Miami, así que no le importó lo más mínimo acompañarme a comprar un automóvil. También me guardó la escopeta.

Me compré un GTO negro que tenía cuatro años, pero estaba muy bien cuidado. A su joven propietario lo habían reclutado para enviarlo a Vietnam y allí una bomba lo había dejado ciego. Sus padres me vendieron el coche conteniéndose las lágrimas; les recordaba demasiado a la tragedia. Pagué en efectivo, cogí el registro de propiedad en mano y no lo llegué a enviar nunca al Departamento de Vehículos Motorizados. Si sucedía algo, sería un obstáculo más para localizarme.

Ya era media tarde cuando me marché de casa de L. L. Red con el coche. Estaba completamente exhausto. De camino al motel, paré para enviarle el telegrama a Aaron y, en cuanto llegué a la cama, me quedé dormido vestido.



Me desperté después de medianoche, salí a comer algo y entonces, siguiendo mis impulsos, cogí la autopista del norte. Conducir un vehículo tan potente era un placer. Sentía el poder en mis manos, sumido en la oscuridad y con la línea blanca corriendo a toda velocidad delante de los faros. Sintonicé una emisora de música clásica y dejé que fluyera la música a un volumen brutal.

Al amanecer, aparecieron las colinas de San Francisco. No tenía sueño, pero cogí una habitación en el Hotel Fairmont. Lo escogí porque era el mejor de la ciudad. Está demostrado que un delincuente puede dormir una noche en un hotelucho de dos dólares por habitación y la siguiente, en una suite que cuesta cuarenta.

Dormí una hora de siesta y después me fui de compras. Me esperé hasta que me hicieron arreglos en la ropa. No era todo lo que quería, pero suponía una mejoría considerable. Le compré ropa también a Aaron y cajas de municiones para la 380 y la 38.

Crucé el Golden Gate en dirección a Marin en la hora punta de la vuelta del trabajo; todo se movía con una lentitud insoportable. No obstante, pronto el río de automóviles empezó a secarse, a medida que la autopista iba pasando por las poblaciones de la periferia de la bahía. La autovía se despejó; los vehículos empezaron a pasar volando y yo los seguía a toda velocidad. Los pueblos estaban cada vez más alejados entre sí, separados por paisajes rurales, y en el arcén aparecieron vallas publicitarias anunciando las virtudes de Reno y del lago Tahoe, a cientos de kilómetros de distancia. Casi al anochecer salí de la autopista nacional y

seguí por una del estado. Los campos amarillos se convirtieron en montañas bajas y bosques; el paisaje se llenó de vegetación. El último resplandor rosado abandonó el cielo al mismo tiempo que la autopista se adentraba en los inmensos bosques del nordeste de California. Me paré en un pueblo a comerme una hamburguesa. Pronto se acabaron los pueblos y las vallas publicitarias. El bosque de pinos era un muro de negritud infinito e inmóvil, melancólico y misterioso. Los faros iluminaban arbustos que adquirirían formas hostiles cuando se acercaban al automóvil a toda velocidad, hasta que la autopista inevitablemente se desviaba y la vegetación volvía a desaparecer en las fauces de la noche.

Mi mapa indicaba el trayecto y la distancia, pero no las condiciones de la carretera. Me había imaginado un trayecto más tortuoso de lo que fue en realidad y llegué a mi destino una hora antes de lo previsto. Los faros recorrieron el camping turístico, desierto salvo por el letrero que indicaba el nombre; había un terreno despejado, unos servicios contruidos con hormigón, una barbacoa y una papelera. Volví atrás y seguí circulando lentamente por la autopista. A un kilómetro y medio del camping apareció un letrero en el arcén que indicaba: CAMPO FORESTAL DEL DEPARTAMENTO DE CALIFORNIA, 3 kilómetros. Aquello significaba que Aaron tendría que correr cuatro kilómetros y medio por el bosque.

Volví para esperar a Aaron. En vez de esperarlo dentro del automóvil, cogí las dos pistolas, las municiones y una manta, y me adentré treinta metros en el bosque. Si Aaron se había equivocado al calcular cuándo lo echarían en falta, mientras él daba su larga caminata por el bosque la policía circularía a toda velocidad por la carretera. No cabía duda de que se detendrían para inspeccionar un automóvil que se había parado a sesenta y cinco kilómetros del pueblo más cercano e interrogarían al conductor. En el bosque hacía más frío, pero estaba más seguro. Podía pasar desapercibido; estaba protegido por cientos de miles de hectáreas de reserva natural.

Me senté en la manta, con la espalda apoyada en el áspero tronco de un árbol, encendí un puro y me puse a esperar. Por encima de las ramas más altas de los árboles, que de vez en cuando se agitaban mecidas por una brisa vagabunda, se atisbaba un cuarto de luna. Su luz plateada bastaba para que los objetos tomaran forma. En la majestuosidad de la noche, me invadió un sentimiento desbordante de soledad e insignificancia. Me entraron ganas de hacer algo tan absurdo como disparar las pistolas en el bosque y contemplar sus esputos de fuego sobre la noche indiferente. Era un acto de desafío. Me vinieron a la cabeza pensamientos tristes: Carol en el hospital, la pobreza de Mary, mi padre en una habitación mugrienta sin un solo amigo y Aaron en algún lugar del bosque, cerca de allí, huyendo de los perros, guiado por su esperanza de libertad.

Me acabé el puro y tiré la colilla, que describió una parábola y aterrizó en un montón de ramas de pino secas que empezaron a crepitar y chisporrotear. ¿Se

extendería el incendio por el bosque? ¿Acabaría generando millones de dólares de pérdidas? ¿Qué más me daba si el bosque, o el mundo entero, quedaba reducido a cenizas?

Mi interrogante quedó abierto: la colilla se apagó antes de que prendiera.

Pasó media hora. Me preguntaba cuánto tiempo debía esperar antes de resolver que no iba a llegar. Justo entonces le oí gritar mi nombre. Su voz provenía de algún punto de la hilera de árboles. Gritaba en dirección al coche, cuya silueta se atisbaba en medio del camping vacío. De pronto, apareció a unos veinte metros de distancia.

Un minuto después, los neumáticos del automóvil chirriaban sobre las curvas en nuestra carrera veloz por el asfalto. Aaron me dio una palmada en el hombro y me estrujó el cuello, lleno de júbilo. Era con mucho la mayor muestra de efusividad que le había visto jamás. Aunque también era la primera vez que lo veía fuera de los muros de la cárcel, lo cual seguramente algo tenía que ver. Que un hombre condenado a cadena perpetua consiga evadirse es algo que no sucede todos los días.

—Bueno, tío —dije—, a ver si nos tranquilizamos, que nos vamos a estampar contra un árbol. Ten, un caramelito. —Le di la 38—. Y en el asiento de atrás tienes ropa.

Aceptó la pistola y se las ingenió para pasar a la parte de atrás y quitarse de encima el uniforme de la cárcel.

—Sabía que podía contar contigo. Corriendo por el bosque, me preguntaba qué haría si no estabas.

—Tenía muchos motivos para venir, como convencerte para atracar un banco conmigo.

—¡Atracar un banco! Pues ya puedes tener buenos argumentos.

—Tengo un par de cojones.

—Ese es un argumento incontestable.

Delante de nosotros aparecieron dos esferas gemelas de un color amarillo blanquecino. Aaron se agachó, aunque era imposible que desde el otro vehículo se viera algo más que el contorno de nuestras figuras. Tras el resplandor del faro, llegó la ráfaga de viento que dejó el automóvil al pasar. Miré por el retrovisor para ver si el coche giraba. El GTO podía correr más rápido que un coche de la policía de tráfico, sobre todo porque yo estaba dispuesto a correr más riesgos por mi libertad que ellos a cambio de su paga. Pero no se podía correr más rápido que un emisor y receptor de radio. Si era un coche de la policía de tráfico y daba la vuelta, yo cogería una curva, pegaría un frenazo y Aaron podía precipitarse en la maleza. Buscaban a un negro. Con mi carnet podía salir del paso.

El otro coche siguió su camino y no fue necesario llevar a la práctica aquel plan. Pero seguí mirando por el retrovisor hasta que recorrimos treinta kilómetros más y llegamos a la autopista nacional. Cogimos uno de los ocho carriles y pusimos rumbo

al sur.

A Aaron ya le había llegado el rumor de que yo era un fugitivo. Rosenthal, o algún otro oficial de la condicional, se lo debía de haber contado a algún preso en libertad condicional que hubiera vuelto a la cárcel, quizá con la intención de conseguir información sobre mí. Cuando llegaban a la cárcel, se pasaban los primeros días contando historias y respondiendo preguntas: «He visto a fulanito; al tío le va bien». O «la parienta de manganito está yonqui perdida». O «fulanito está por ahí mangando». O «Max Dembo le pegó una paliza al oficial de la condicional y se dio a la fuga». Algún otro preso del campo debía de saber que Aaron era amigo mío y se lo contó.

—¿Qué pasó con tus buenas intenciones?

—Me engañaba a mí mismo con esas gilipolleces. Yo no soy así.

—Eso es verdad, pero habrá algo más. ¿Qué pasó?

Se lo conté con todo detalle, con la imagen de Rosenthal continuamente en mente, y le añadí un poco de malicia a la historia. La autocompasión también se coló en el relato; le expliqué la terrible tensión y el temor infinito que se sufren siendo fugitivo.

—Es un mal vivir —añadí.

—Mejor huir de la jaula que seguir en ella.

Entonces me di cuenta de que me quejaba ante un hombre que se la había jugado para aprovechar la única oportunidad que tenía de ser libre. Si lo pillaban, tardaría veinte años en tener otra oportunidad. Y en algún recoveco del cerebro, allí donde almacenamos aquellas opiniones que nos parecen imbatibles, yo abrigaba la convicción de que lo cogerían más pronto o más tarde. Al ochenta por ciento de los que se escapan los pillan en menos de una semana; menos del tres por ciento duran un año. Sólo se me ocurrían dos casos de fugitivos que habían seguido en libertad cinco años o incluso más. Uno era un australiano que había viajado mucho por el mundo antes de entrar en la cárcel y tenía una preparación óptima para la fuga. El segundo, que oficialmente seguía desaparecido, en realidad había muerto y se le había enterrado en secreto en los tres primeros meses de su fuga. Se había desquiciado. Se había vuelto paranoico y era una amenaza para sus amigos. Uno lo mató con un disparo en la cabeza y lo enterró en el bosque. Aquella era una historia conocida en el patio de la cárcel y no cabía duda de que las autoridades también la conocían, pero no podían hacer nada.

Mis posibilidades de seguir en libertad eran casi tan escasas como las de Aaron. Pero siempre es preferible que te persigan a que te pillen. La muerte también es inevitable, pero la gente también intenta escabullirse de ella.

Pasamos horas con el velocímetro a ciento diez kilómetros por hora. Casi no había automóviles en la autopista. Podríamos haber ido con tranquilidad a ciento cuarenta, pero cabía la posibilidad de que algún policía rural nos parara por exceso de

velocidad y podía considerar sospechoso que un negro y un blanco viajaran juntos, sobre todo de madrugada. Aaron no tenía identificación. Las cosas se podían torcer.

Aaron tenía planes. Ya suponía que yo le proporcionaría un lugar donde esconderse y le prestaría otros tipos de ayuda, más allá del servicio de taxi hasta la ciudad. Pero tampoco esperaba que le ayudara tanto como lo hice —dinero, ropa, identificación— y no tenía ningún robo en mente, pero lo cierto es que necesitaba dinero para salir del país. Hablaba muy bien español y después de pasar años trabajando en el servicio dental de la cárcel —había hecho todo tipo de servicios para los presos: caries, empastes, limpiezas y fundas— se había convertido en un dentista suficientemente cualificado, un oficio con demanda en muchos países subdesarrollados. Sus conocimientos de electrónica también eran valiosos; y yo quería aprovecharlos para nuestros propósitos. Tenía en mente algún lugar de Centroamérica o Sudamérica. Pero primero necesitaba un pasaporte y dinero.

A mí también me había pasado por la cabeza la idea de marcharme de Estados Unidos, pero había aplazado la concreción de los planes —y hasta la decisión en sí— hasta que tuviera dinero suficiente para vivir con comodidad. En cuanto a los destinos, me inclinaba por España o algún otro lugar del Mediterráneo, preferentemente un país demasiado pobre para tener un cuerpo de policía que actuara con una eficiencia extraordinaria o pusiera demasiado celo en investigar a los residentes extranjeros con dinero.

En aquel mismo momento, mientras escuchaba cómo Aaron relataba sus planes, pensé que yo no tenía proyectos definidos más allá de lo que haría al día siguiente. Mi sueño era cometer el gran golpe. ¿Y quién piensa más allá de sus sueños?

A las tres de la madrugada, a ochenta kilómetros al norte de Bakersfield, empecé a cabecear delante del volante. Aaron me sustituyó y yo me quedé dormido en el asiento de atrás.

Al llegar a San Fernando, el sol y el tráfico matutino se desperezaban simultáneamente cuando me caí del asiento trasero porque Aaron pegó un frenazo y giró bruscamente para no chocar con un camión de la leche. Hacía diez años que no conducía y necesitaba practicar antes de circular por las autovías de Los Ángeles.

Alquilamos una habitación amueblada en una gran mansión victoriana. La habitación era bastante espaciosa y estaba en la segunda planta. Había un gran ventanal con vistas al jardín delantero y una calle bordeada de árboles. Estaba en el límite noroeste del gueto negro. En realidad, era un gueto sólo en el sentido de que quienes vivían allí eran negros, pero todos los residentes eran de clase media. Las viviendas eran antiguas, pero habían estado de moda apenas diez años atrás. Aaron pasaría inadvertido en aquel barrio y estaba a diez minutos en coche de Hollywood. Cuando fuera a visitarlo, no tendría que atravesar territorio hostil.

Había previsto pasar el día con él y acompañarlo a que se hiciera una fotografía

para un carnet de conducir falso y a comprar ropa. Pero después de conducir mil seiscientos kilómetros en treinta horas —lo que había que añadir al ritmo de vida desordenado que llevaba y al robo—, el cansancio pudo conmigo. De pronto me sentí totalmente desfallecido, como si me absorbiera un aspirador gigante. Me caía de sueño.

—Échate una siesta aquí —dijo Aaron—. Yo llamaré a mi madre al trabajo para decirle que estoy bien. Seguramente ya la habrán llamado. Debe de pensar que estoy dando tumbos por Sierra Nevada y me persiguen los osos y las serpientes de cascabel.

—No, tío. Estoy con una chávala. Me voy a dormir a su casa. Es una chávala del sur, una tía de alcurnia.

—A mí ya me gustaría meterla en caliente, pero antes hay otras cosas más importantes.

Le di los teléfonos del club de Abe y del apartamento de Allison. Me marchaba del motel, así que aquel número no lo necesitaba.

—Si pasa cualquier cosa, llámame. Hay un centro comercial a tres manzanas de aquí. Puedes ir andando y comprarte cuatro trapos.

Le dejé trescientos dólares y la 38, y le prometí que lo iría a buscar por la noche; empezábamos a tomar decisiones.

Me acompañó al coche. La casera, una fornida mujer negra cuyo marido se había retirado del ejército y trabajaba en Hughes Aircraft, estaba regando un arriate de flores que había a un lado de la casa. Cada planta tenía flores de colores diferentes: no había visto jamás unos amarillos y rojos tan vivos y penetrantes. Aaron ya le había causado muy buena impresión de entrada, al mirar la habitación, porque su educación, sus modales y su inteligencia saltaban a la vista. En aquel momento hizo un comentario sobre las zinnias y alabó sus cuidados, y la mujer quedó hasta tal punto embelesada que me hizo dudar de que, en caso de que supiera la verdad, decidiera llamar a la policía.

—No dejes que se haga ilusiones, ¿eh? Se la ve con carácter —le susurré cuando íbamos de camino al coche. Antes de subir, nos dimos la mano.

—Gracias, tío —dijo—. Te lo agradezco mucho.

—¡Tío, vete a la mierda! Es lo que había que hacer. A los amigos hay que aprovecharlos, y no digo aprovecharse de ellos. Así todos somos más fuertes. Nadie puede vivir solo. Yo también te necesito.

—Deja de darle a la sinhueso, que parece que vas de *speed*. En marcha.

—Volveré hacia las nueve. Igual traigo a mi compañero para que os conozcáis.

Por el camino, pensé que ojalá Jerry y Aaron se llevaran bien y se respetaran, como yo los respetaba a los dos. Si conseguía que tuvieran una buena relación —actuando como elemento de cohesión, no como líder—, podríamos plantearnos cualquier objetivo, por ambicioso que fuera.

Le había dicho a Aaron que me «esperaba» una mujer, pero no era cierto. Cuando aparqué en la carretera de la montaña, con la ropa amontonada en el asiento de atrás, Allison estaba trabajando. Estaba demasiado cansado para dar un paso más. Rompí una ventana, metí la mano para descorder el pestillo y me encaramé al alféizar para entrar en la casa. Cuando Allison llegó, yo estaba durmiendo en calzoncillos en su cama. Se quedó sorprendida, pero no se enfadó. Al contrario, mi barba sin afeitar y mi aspecto desaliñado en general apelaron a su instinto femenino de cuidado. Farfullé que había ido y vuelto de México y conducido mil seiscientos kilómetros. No me lo discutió; eso me gustó.

Afuera oscurecía. Allison se había sentado en el borde de la cama. Había llegado el momento de hacer el amor. Lo percibí tanto en el deseo que transmitía su cuerpo como en la espera silenciosa en su mirada. Me acerqué a ella.

A los pocos minutos, con los cabellos ya alborotados, la blusa desabrochada y la falda enroscada, se levantó y se quitó poco a poco la ropa. Cuando estuvo desnuda, con el cuerpo moteado por el sol mortecino que filtraba un árbol que había delante de la ventana, se quedó posando con los pechos de perfil. Estaba morena y la piel de los pechos era mucho más clara que la de su vientre, su espalda y sus piernas.

—Me gusta hacerlo a poco a poco, dejando que fluya el placer —dijo, apoyando una rodilla en la cama, poniéndome una mano entre mis piernas y acercando su boca a mi ombligo para meter la lengua en él.

Nos prolongamos largo rato, a veces actuando con torpeza, porque no estábamos acostumbrados el uno al otro, y nos detuvimos en todo lo que los amantes desinhibidos pueden hacer con sus manos y sus bocas. Empezamos suavemente y acabamos con frenesí, y entre el principio y el fin, descansamos, para no cansarnos antes de tiempo. A Allison le encantaba ser a la vez tímida y vulgar, y le gustaba que le susurrara groserías al oído. Su piel tenía la textura del terciopelo y se movía con agilidad; hubo un momento en que me rodeó con sus piernas y me acarició los muslos con la planta de sus pies. Haciendo el amor en la oscuridad, sintiendo su calidez y sus caricias, la desolación y las tribulaciones de mi vida desaparecían. Encontraba reposo.

Después me quedé dormido. Cuando me desperté dos horas después, Allison estaba haciendo unas hamburguesas a la plancha. Sólo llevaba unas bragas azules semitransparentes y zapatillas.

—¿Qué tal estuve? —preguntó.

—Por un momento pensé que me ibas a chupar el cerebro.

Se rió y se ruborizó, porque no estaba acostumbrada a oír aquellas ordinarieces, pero le gustaban.

—Así que ahora vivo aquí, ¿no?

—Pues claro. ¿Es lo que querías, no?

—Justamente. Pero vamos a salir, ponte algo.

—¿Adónde vamos?

—A buscar a un amigo mío para salir a cenar con él.

—¿Vamos a algún sitio en especial?

—Ponte cualquier cosa. Unos tejanos ya van bien. Pero tendríamos que estar allí ya, así que date prisa.



Cuando llegamos, Aaron se había marchado. Le había dejado una nota a la casera que decía que iba a ver a su madre. Había intentado llamarme pero no me había encontrado. Volvería a medianoche. Si a aquella hora yo tenía que estar en algún otro sitio, me llamaría por la mañana.

—¿Tu amigo es negro? —preguntó Allison cuando nos marchábamos en el coche.

—¿No te lo había dicho?

—No.

—¿Pasa algo?

—Nada de nada. Sólo preguntaba.

—Es un hombre como cualquier otro.

—No te pongas a la defensiva.

—Lo siento. No quería que sonara así.

Se acercó a mí y me apoyó la mano en la rodilla y la dejó en aquella posición durante el trayecto. No me importaba que Aaron se hubiera marchado.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—¿Volvemos a la cama y echamos otro polvo? —dijo.

—Una idea genial, guapa. Pero primero pasémonos por el club. Quiero ver a Manny January.



Aún no nos habíamos sentado cuando Manny atravesó la multitud hacia mí y, muy emocionado, me hizo una señal para que habláramos en privado. Tenía la M16 en el maletero del coche, junto con cuatrocientas municiones. Precisamente lo que quería preguntarle era si podría conseguir finalmente el rifle automático, pero en ningún momento me había imaginado la posibilidad de que ya lo tuviera en sus manos. Incluso lo había pagado con su dinero y me dijo que se lo podía devolver cuando diera algún golpe; no sabía que ya había empezado a actuar. Le devolví su inversión y lo abracé para demostrarle que había enmendado totalmente su primer

error. Era lo que quería y respondió a mi efusividad con una sonrisa radiante.

Cuando llegó el momento de marcharse —después de una sola copa—, cogí el coche y lo dejé en el callejón. Manny salió por la puerta de atrás del local y, en cuanto frené, metió una larga caja de flores en el asiento de atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó Allison.

—No es asunto tuyo —dije, pero le acaricié la mejilla para suavizar la reprimenda.

—Perdona —dijo—. Ya aprenderé. Soy una fisgona.

—Acuérdate de lo que le pasó a Pandora.

—No sé qué tienes entre manos, pero ten cuidado. —Me estrechó el antebrazo, en una posesiva muestra de afecto.

Antes de medianoche estábamos en la cama. En el televisor del pie de la cama se veía la última película de la noche; pero nosotros estábamos demasiado ocupados para prestarle atención. La segunda vez fue todavía mejor que la primera, menos torpe, y mientras hacíamos el amor, el caos de mi vida volvió a desaparecer. Lo único que existía era aquella hora de placer: la habitación, su cuerpo y sus manos.

—Córrete para mí, papito... Córrete... —salmodiaba, con su cálido aliento en mi oído.

Por la mañana me di cuenta de que me quedaban cuatrocientos siete dólares del robo al supermercado. La presión volvía a aumentar. Pero ahora tenía todo lo que necesitaba para conseguir dinero: dos buenos cómplices y un arma automática.

Capítulo 12

Resulta difícil relatar cronológicamente los acontecimientos de los diez días posteriores. Fue una época ajetreada, pero tampoco más de lo habitual en la desordenada vida de un ladrón. Sé lo que sucedió, pero no exactamente en qué secuencia ni recuerdo muchos detalles. La absoluta claridad con la que lo recordaba todo cuando salí de la cárcel había desaparecido, arrastrada por el torbellino de la vida. En los dos primeros encuentros, Jerry y Aaron se trataron con cierto desdén, pero acabaron respetándose mutuamente. De todos modos, entre ellos nunca llegaron a entablar una amistad tan intensa como la que tenía cada uno conmigo. No es que yo fuera el líder de la banda, pero sí que actuaba como factor de unión y cohesión.

Aaron nunca llegó a conocer a Carol, porque Jerry quería evitarle todo aquello que la pudiera molestar. Pero Allison y Carol se conocieron una tarde en que fuimos de visita a su casa y se hicieron amigas de inmediato. Empezaron a llamarse todos los días y Allison la iba a visitar por lo menos dos o tres veces a la semana y se iban juntas de compras o a la peluquería. Allison pensaba que Carol no tenía muy mala cara, pero la verdad es que no la había conocido antes de que su implacable enfermedad se agravara. A mí me daba miedo. Su rostro se había vuelto espantosamente amarillento y se le habían hinchado los rasgos, sobre todo el contorno de los ojos. Según contaba Jerry eran efectos secundarios de los medicamentos, más que síntomas de la enfermedad.

Una vez intentamos salir a cenar juntos, pero aquella noche fue un fracaso total, porque Carol acabó totalmente exhausta. Hacía cinco días que le habían hecho la transfusión semanal de sangre (y de energía). La enfermedad ya la había consumido y no tenía fuerzas. Solía decir que se sentía como si fuera la hija de Drácula, pero la ligereza de sus palabras nos pesaba como el plomo. Era la única que conseguía reírse.

Allison había dicho en su empresa que iba a dejar el empleo en dos semanas, pero de momento seguía trabajando por las mañanas, así que Jerry, Aaron y yo nos solíamos reunir en el apartamento de la montaña. De todos modos, Aaron estaba casi siempre allí, sobre todo durante el día. Su habitación alquilada, aun siendo mucho más agradable de lo habitual en aquellos casos, seguía siendo deprimente y le causaba una insoportable sensación de confinamiento. Había conseguido un buen carnet que lo identificaba como dentista. Tenía por norma no estar en la calle pasada la medianoche, pero a parte de aquello se movía libremente y disponía de mi coche como si fuera suyo, sobre todo por las noches, cuando yo tenía a Allison para mí. Entonces se aventuraba en el mundo de los negros. Se reunía con su familia, pero en lugares apartados. Sabía que la policía ponía especial atención en la vigilancia de la familia y los cómplices conocidos de cualquier fugitivo que fuera objeto de una persecución intensa. Se había encontrado con una ex novia, pero el tiempo había

atrofiado cualquier romance que pudiera haber existido en el pasado y ahora la muchacha tan sólo era un receptáculo para el apetito sexual de Aaron. A veces la mencionaba y me dio su teléfono por si tenía que hablar con él, pero se opuso a cualquier encuentro y vetó la propuesta de Allison de que saliéramos juntas las dos parejas. Yo tenía la sensación de que aquel veto tenía alguna relación con la raza; quizá por parte de la chica. Por muy sincera que fuera nuestra amistad, siempre había algo que inevitablemente ponía sobre la mesa la cuestión de la raza. Era ineluctable.

Y mientras sucedían todas aquellas cosas, buscábamos un banco para atracar. De entrada parecía que iba a ser fácil, teniendo en cuenta que en el sur de California había varios centenares. Nos interesaban las sucursales del Bank of America en general porque en la cárcel me habían dado información sobre sus procedimientos de seguridad. No era una información totalmente fiable, pero por lo menos era algo. El primer rumor resultó ser cierto: no había guardias de seguridad armados. No es que un guardia de seguridad cuente mucho por sí solo; suelen ser viejos. Y aunque fuera Wyatt Earp, ¿qué puede hacer un guardia con su revólver enfundado, cuando se le apunta contra el pecho con un rifle automático?

El dispositivo de seguridad más importante del Bank of America eran las cámaras, que eran la perdición de los ladrones a cara descubierta. Por la mañana le entregaban una nota al cajero y aquella misma noche aparecían a todo color en la televisión. Pero las cámaras eran inofensivas para los ladrones enmascarados y enguantados. Según la información que teníamos, los empleados tenían la orden de no disparar la alarma a menos que la seguridad fuera absoluta. El banco veía con malos ojos los tiroteos. Fuera cierta o no aquella información, partíamos del supuesto de que la alarma sonaría en cuanto empezáramos el atraco. La velocidad nos perjudicaba. Había que entrar y salir en cuestión de unos minutos y no tendríamos tiempo de saquear la cámara acorazada. Nos quedaban los cajeros y lo que encontraríamos por ahí en la oficina. Lo malo era que un cajero no solía disponer de más de mil dólares. Por aquella cantidad no valía la pena arriesgarse, sobre todo porque entre aquellos mil dólares habría billetes marcados: billetes con números que el banco anotaba y guardaba especialmente para mezclarlos con los demás en caso de atraco.

Pero había oficinas que contaban con un cajero especial para cuentas comerciales que solía estar en una sala semiprivada, en realidad no más protegido que cualquier otro, y en cambio disponía de por lo menos quince o veinte mil dólares: una buena cantidad de base para el atraco. Era lo que buscábamos. El problema era que la mayoría de las oficinas que contaban con aquellos cajeros estaban situadas en zonas urbanas que no podíamos considerar, porque a la hora de la huida habría demasiada gente.

Todos los días buscaba oficinas de aquellas características, aunque tampoco con

extrema diligencia. Era más bien como un turista que exploraba el sur de California y de paso buscaba algún banco, mientras pasaba el rato en coctelerías tenuemente iluminadas, hablando de gilipolleces con ex presidiarios y prostitutas, o paseaba por los parques de los barrios de la periferia. A veces Aaron iba conmigo. Mientras tanto, Jerry recorría las zonas del norte y del oeste de la megalópolis.

En uno de aquellos trayectos, de camino a Pomona, Aaron y yo pasamos por casa de Willy Darin. Aaron quería un globo de diez dólares de heroína, y yo medio kilo de marihuana. Cuando llegamos, Willy estaba en casa vigilando a sus hijos. Selma trabajaba ahora en una empresa de juguetes y a Willy lo habían despedido. Además, el coche había quedado destrozado porque le habían fallado los frenos y se había estampado contra un poste de teléfonos. Por aquel accidente también le habían puesto una multa de tráfico por conducir sin permiso. Cuando se presentara en los tribunales se descubriría que el permiso estaba revocado.

Ante aquella situación, Willy seguía imperturbable. Para evadirse de sus problemas, recurría a su droga milagrosa particular. Le di cien dólares para que se comprara otro carricoche y al menos pudiera desplazarse. Después de aquello, me quedé con menos de cien dólares, lo que me obligó a ser más diligente en la búsqueda de un banco para el atraco.

Finalmente me decidí por una oficina situada en un inmenso centro comercial en Anaheim. Había dos grandes almacenes, un *drugstore* enorme, un supermercado del tamaño de un almacén y otras muchas tiendas muy espaciosas. Entre el centro comercial y las hectáreas que ocupaba el aparcamiento, la superficie total del complejo llegaba a los dos kilómetros y medio. Era tan nuevo que en los extremos aún había grupos de albañiles nivelando el asfalto y algunas tiendas todavía no estaban abiertas.

La oficina bancaria estaba en un extremo, en un edificio bajo de arquitectura ultramoderna. La fachada estaba diseñada para permitir la máxima entrada de luz sin renunciar a la privacidad. Contaba con un cajero comercial, aislado de los demás. Me puse a la cola para hacer una pregunta y confirmé que había montones de billetes de cien dólares dentro del cajón. Estaba literalmente a rebosar.

Había dos entradas. Una de ellas estaba en un lateral que daba a un amplio aparcamiento y tenía una puerta pequeña situada en un hueco. Alguien tendría que cubrir aquella puerta, que no se veía desde la puerta principal. Por lo tanto, los tres tendríamos que entrar en el banco y no podríamos dejar a nadie en el coche. Uno entraría por la puerta principal, se apartaría a un lado y sacaría la M16. Todos teníamos que llevar caretas. Otro saltaría la baranda y empezaría a limpiar al cajero comercial. Si lo hacía rápido, podía empezar con los demás. El tercero esperaría cerca de la puerta lateral. Pensamos que estando dos minutos dentro del banco tendríamos margen suficiente. Se puede pillar mucha pasta en dos minutos.

El que estuviera en la puerta lateral saldría el primero y nos esperaría a los demás en el coche. Lanzaríamos una bomba de humo, para despistar. Nos marcharíamos con un coche robado y recorreríamos un kilómetro y medio por una carretera semirrural, hasta llegar a un camino de tierra privado que atravesaba unos campos de naranjos. Allí cambiaríamos de coche. A la salida del camino —que no aparecía en los planos—, llegaríamos a una gran avenida que estaba a quinientos metros de una entrada de la autovía. La policía nunca nos imaginaría allí, a juzgar por el camino que habíamos tomado.

Una vez encontramos el banco adecuado, todo sucedió muy rápido. Visitamos el banco varias veces a lo largo de tres días y nos jugamos a suertes los papeles de cada uno: a mí me tocó llevar la M16 y a Jerry, limpiar al cajero. Aaron vigilaría la puerta lateral y conduciría. Al día siguiente, a las 13.55 horas, dimos el golpe, enmascarados con fundas de almohada con agujeros en los ojos. La mitad de los empleados se habían ido a comer y la mitad de los que quedaron no se enteraron del atraco hasta que prácticamente habíamos terminado: cuando Jerry saltó por la baranda con un saco de dinero, alguien le gritó. Jerry lo apuntó con una pistola y ya no hubo más jaleo. En total, estuvimos dentro del banco dos minutos y cuarenta y un segundos.

A las 14.45 estábamos en cuclillas en el suelo del apartamento de la montaña, contando a toda prisa el botín y dividiéndonoslo antes de que Allison llegara a casa. El suelo estaba cubierto de montones de dinero y de los papeles en que estaban envueltos los billetes. Había treinta y dos mil en total, diez mil más de lo que esperábamos. Todos nos sentíamos satisfechos y aliviados.

—Sin la alarma podríamos haber sacado más —dijo Jerry sin lamentaciones, simplemente constatando un hecho.

—Eso la próxima vez —dije, mientras apilaba los billetes de mi parte en una caja de zapatos: un lugar como cualquier otro.

—A lo mejor con esto ya tengo bastante —dijo Aaron.

—Cabrón —dijo Jerry jocosamente, haciendo como que lo estrangulaba—, ahora no lo puedes dejar. Cómo vas a plantarnos con cuatro chavos. Esto está tirado, casi no hay que salir de casa.

—Ya hablaremos mañana —dije—. Ninguno está mal de pasta. Tenemos tiempo para pensarlo bien. Recordad que ahí hay dinero marcado, así que no os gastéis mucha pasta en un solo sitio. Cambiadlo primero.

—Tío, todo eso ya lo sé —dijo Jerry.

—Me preocupo por ti, tonto.

—Y tú eres un puto colega, cabronazo.

La verdad es que estábamos muy contentos.

Capítulo 13

En las semanas siguientes al atraco al banco ocurrieron muchísimas cosas: algunas buenas, otras malas; viví experiencias emocionantes y otras deprimentes o exasperantes. Pero ahora, desde la distancia, veo que en su conjunto fue casi la época más feliz de mi vida, solamente empañada por mi conciencia de su precariedad. El eje de aquella felicidad era Allison. Mis alegrías eran más plenas porque las compartíamos y su presencia aliviaba las experiencias desagradables. El amor nunca se mencionaba. No sentíamos una pasión encendida, sino un cálido afecto. Estábamos a gusto juntos. Ya no estábamos solos.

Allison nunca se enteró del atraco al banco, aunque era imposible ocultar el giro de la fortuna, sobre todo cuando hasta entonces no había parado de refunfuñar y de quejarme por la falta de dinero. Oculté la situación durante varios días, sencillamente dejando de mencionar el dinero, y aquello fue suficiente para disimular su origen. Un atraco a un banco sólo era noticia durante un solo día: apenas apareció en una página interior del *Los Ángeles Times* y ocupó treinta segundos en las noticias de las diez de la televisión. Si Allison se enteró de la noticia en el periódico o la televisión, la información le entró por un oído y le salió por el otro. No advirtió que yo tenía dinero hasta el sábado siguiente, un día después de su último día de trabajo. Me iba a comprar ropa y ella me acompañó para aconsejarme y orientarme, porque estaba más al caso de la moda que yo. Cuando vio lo que me gastaba arqueó una ceja y comentó irónicamente que debía de haber estado en alguna mina de oro mexicana. Creía que estaba implicado en el tráfico de drogas, pero limitó su curiosidad a aquel comentario hecho de pasada. Aprendió con tanta rapidez y perfección el arte de no hacer preguntas que, si hubiera estado solo, incluso podría haber confiado en ella. Pero yo no tenía derecho a poner en sus manos el bienestar de Jerry y Aaron, que era lo que hubiera hecho si se lo hubiera contado.

A partir de entonces, llevamos una vida que era como unas largas vacaciones.

Era el final del verano y pasábamos muchas tardes en la playa. Ella estaba muy morena y tenía la piel salpicada de pecas doradas, sobre todo alrededor de los hombros. Se untaba el cuerpo con aceite y se tumbaba al sol con un transistor y un libro. Le regalé *Siddharta* y se quedó prendada de Hermán Hesse, aunque algunas de sus afirmaciones la deprimían. Nunca entendí cómo podía leer con el rock psicodélico sonando a todo trapo en la radio. Mi pálida piel se quemó, se peló y finalmente adquirió un aceptable moreno del sur de California. Por consejo de Allison, y por lo que veía en los demás, llevaba ropa más colorida y me dejé crecer el pelo. No lo había llevado tan largo desde aquella época de mi primera adolescencia en la que también llevaba trajes *zoot*. Allison me disuadió de que me dejara barba.

Tanto los días como las noches eran ociosos. Ojeábamos librerías polvorientas y

recorriamos museos silenciosos, o nos sentábamos en un parque a fumar hierba y ver cómo los niños correteaban por el césped bajo el sol. La rabia que sentía ante la vida y la sociedad nunca desapareció, pero se mitigó. Cuando pensaba en lo frágil que era aquel interludio y su destino fatal —seguía siendo un hombre perseguido y aún seguía convencido de que cometería otros delitos—, me hacía daño. Aquellas punzadas de dolor me sobrevenían de forma rápida e inesperada, como cuando en el hipódromo de Santa Anita ganó el caballo por el que había apostado a ganador y tendría que haber estado rebotante de alegría. O entre nuestras carcajadas en Disneylandia, o dentro de una discoteca, bajo una música atronadora.

A pesar de aquellos espasmos premonitorios, vivía bien. Un fin de semana en Las Vegas se alargaba seis días, simplemente porque lo pasábamos bien y no teníamos ninguna responsabilidad que nos obligara a marcharnos. La primera noche gané ochocientos dólares a los dados; fue la única noche que jugamos. Yo ya me la jugaba bastante con mi forma de vivir y mi cuota de juegos de azar estaba más que satisfecha. La ciudad estaba abarrotada de artistas y espectáculos que queríamos ver y durante el día íbamos a montar a caballo por el desierto o recorriamos el lago Mead con una lancha motora. Jerry y Carol estuvieron con nosotros los dos últimos días. Carol perdía peso y, en plena embriaguez, Jerry me confesó al oído que los médicos estaban considerando la posibilidad de cortarles los pechos. Llamé a Aaron y le invité a que cogiera un avión y viniera a vernos. Rechazó la propuesta sin dar ningún motivo, pero lo cierto era que una ciudad como Las Vegas, blanca como la azucena, no era exactamente la ciudad más segura para un negro prófugo condenado a cadena perpetua.

Cuando volvimos a Los Ángeles, les envié media docena de brillantes postales de los hoteles casino a mis amigos de la cárcel. Sabía que apreciarían aquel pequeño gesto y comprenderían que no los había olvidado.

De vez en cuando, cuando iba solo en el coche, me fastidiaba ser feliz, me molestaba haber encontrado cosas que me importaban. Disfrutaba demasiado de la vida, las cosas eran demasiado preciosas, sobre todo porque se tenían que acabar. Si hubiera llegado a aquella situación legalmente, y tuviera un automóvil bonito (aunque de segunda mano), un vestuario digno (aunque no un armario lleno de trajes de seda y zapatos de piel de cocodrilo), una vivienda confortable (aunque no un ático de lujo) y una mujer que me gustaba, por nada del mundo me habría arriesgado a perderlo todo cometiendo un delito. Me habría matado trabajando. Pero, por supuesto, la realidad era la que era y aquello no era más que hacerse ilusiones. Y lo cierto es que no sabía hacer nada más que robar.

Me molestaba pensar en aquellas cosas, porque la única alternativa a mi vida de fugitivo era la cárcel: no había opción. Haría como todo el mundo: iría tirando. Me movería en los límites de lo que el destino me había preparado —y yo había

preparado junto a él—, pero nunca los traspasaría.

—Tengo que poner en marcha otro golpe —dijo Jerry—, una joyería o lo que sea, y con vosotros o en solitario. Hay que ser millonario para seguir pagando las transfusiones.

Aaron negó lentamente con la cabeza, en rechazo al impulso desesperado de Jerry, y lo tranquilizó sin condescendencia.

—Tranquilo, tío. Ya te dejo doscientos, pero no te tires a lo loco.

Jerry bajó la mirada, avergonzado, y negó con la cabeza.

—Ahora mismo no lo necesito. Pero si no montamos algo en las próximas semanas, lo voy a pasar mal. Voy a fallarle a Carol, pase lo que pase.

—No van a dejar de darle sangre ni la van a dejar morir. Que te lo apunten en la cuenta.

—Querrán algún aval y toda esa mierda. La sangre también se puede conseguir en el hospital del condado y si no les doy pasta o les digo de dónde sale, ahí la van a meter.

—Joder, está claro que no les puedes decir de dónde sale. Pero ya encontraremos algo, no te preocupes. Mi cuenta del banco también está bastante esquilada.

Era cierto. Hacía dos meses que habíamos salido del banco con una bolsa llena de dinero. A mí me quedaban doce mil dólares. Aaron seguramente tenía todavía la mitad de su parte, porque al ser un fugitivo se le exigía vivir con una frugalidad que no llamara la atención. Y Jerry probablemente también tenía más dinero que yo, pero sus gastos eran constantes e inevitables, mientras que yo podía dejar de vivir con tanto lujo y no me vería obligado a dar otro golpe hasta que pasaran meses. No obstante, los delitos que se cometen por desesperación son mal asunto, porque la desesperación nubla el juicio. Tanto Jerry como yo creíamos que era preferible no tardar demasiado en preparar otro golpe. Aaron y Jerry conocían la joyería Gregory's y durante la semana le habíamos echado un vistazo cada uno por separado. Yo había ido con Allison, en principio para comparar precios de los anillos de compromiso, aunque en realidad lo que quería era inspeccionar el local. También había hecho averiguaciones sobre el encargado. Se llamaba Jules Neissen, estaba casado y vivía en Topanga Canyon con su esposa y una hija de ocho años.

Nos reunimos en una elegante brasería tenuemente iluminada que había en la autopista de la costa. Tenía vigas en el techo y las paredes cubiertas con paneles de madera de un tono oscuro y cálido. Había reservado una buena mesa al lado de un ventanal, desde la que se veían las olas rompiendo contra las rocas. Aquel restaurante

había sido uno de mis favoritos antes de entrar en prisión y había cambiado muy poco. Charlamos, mientras comíamos solomillo y langosta, y aunque la conversación a veces se desviaba al último campeonato de béisbol y las próximas elecciones, nuestro auténtico interés era poner en marcha otro robo. Cuando llegamos a los postres y cafés, nos pusimos a hablar en serio.

—¿Estás seguro de que podrás quitar la alarma? —le preguntó Jerry a Aaron.

—No estaré seguro hasta que lo pruebe, pero yo diría que, con el material adecuado, sí que lo puedo hacer. Las alarmas silenciosas funcionan con las líneas de teléfono. Así se transmite la señal de alarma. No muy lejos siempre hay una caja de conexiones en la que se juntan varias líneas. Puede ser un poste de teléfonos o, en este caso, una alcantarilla. Tendré que interrumpir cada línea de una en una para encontrar la de la alarma y entonces desconectarla para que, cuando salte la alarma, no pase la señal, como si le quitaras el sonido a un timbre. Necesitaré algún dispositivo para medir... Bueno, total, creo que puedo hacerlo.

Jerry murmuró algo entre dientes y se volvió hacia mí.

—Tú dijiste que podríamos sacar medio millón en diamantes. ¿Por ahí se nos podría joder la cosa? Si el perista desaparece, no podremos llevar los diamantes a empeñar.

—Él dice que los puede manejar. No tengo ningún motivo para dudar de él.

—Si es que es de fiar...

—He investigado un poco. Si quiere jodernos, va a tener que dejarlo todo: su mujer, sus hijos, su negocio. Es mucha pasta y, quién sabe, a lo mejor es lo que quiere. Igual le debe ya cien mil a alguien y está liado con alguna tía buena y quiere largarse. No podemos saberlo. Pero no creo que quiera tirar toda su vida a la basura. Podría ser hábil a la hora de la tasación y darnos de menos. Y si la pasma lo coge, se nos acabó el chollo. ¿Pero por qué lo iban a pillar? Sólo lo sabemos nosotros. Créeme, sesenta por ciento de la venta al por mayor es la hostia.

—Sacamos cada uno el veinte por ciento por jugarnos la vida —murmuró Jerry—. Y él se lleva el cuarenta. Ya me gustaría a mí tener montado ese chanchullo.

—Tú no has tenido su previsión —dijo Aaron—. Él ha tardado veinte años en montárselo.

—Yo por aquel entonces no veía otra cosa que los muros de la cárcel de Canyon City. Vale, se lleva el cuarenta por ciento. ¿Y si cuando llega a Nueva York hace una llamada anónima a la poli? A nosotros nos trincarían y él podría quedarse con todo.

—Eso me parece muy maquiavélico —respondió Aaron—. No lo conozco, pero no creo que, en términos psicológicos, sea capaz de asumir ese riesgo. Para meterse en ese lío hay que estar desesperado, porque nada le asegura que no vayamos a largarlo todo. Además, sólo conoce a Max y ni siquiera sabe dónde vive. Se imaginará que si cualquiera de nosotros está en libertad, habrá venganza. Hasta un

idiota se daría cuenta de que si tenemos valor para entrar en una joyería de Beverly Hills con una metralleta tampoco tendríamos ningún reparo en matarle a él.

—Me fío del criterio de Max sobre este tío —dijo Jerry—. Sólo estoy haciendo de abogado del diablo.

—Yo me creo de que... —empecé a decir.

—Se dice «yo creo que...» —dijo Aaron. Jerry asintió con la cabeza.

—... hay que confiar en él. —Terminé la frase—. Es mucho más fácil robar un cuarto de millón o medio millón en diamantes que en efectivo. En cuanto se quitan los engarces ya casi no hay forma de seguirles la pista. El dinero del banco siempre puede dejar rastro, por lo menos algunos billetes. Pongamos que bloqueamos la alarma. Podemos estar hurgando en el local quince o veinte minutos. Arregla la alarma y esto es pan comido.

—Yo no diría que es pan comido —dijo Aaron, sonriendo con la boca torcida—. Si consigo desconectar la alarma la cosa pinta bien, muy bien, pero si robar un cuarto de millón de dólares fuera pan comido tendríamos muchísima competencia. Yo creo que el beneficio compensa el riesgo.

—Cabrones, yo estoy con vosotros y os acompañaré a la cámara de gas, si es que llegamos tan lejos —dijo Jerry—. Pero pensaré en algún otro objetivo, por si acaso esto no sale adelante.

—Quedamos así —dijo Aaron, que añadió mirándome a mí—: Necesito un sitio para montar el material.

—¿Qué te parece un garaje? —Tenía en mente el de Willy Darin.

—Con que haya herramientas, ya me vale. Tardaré media hora más o menos. Tengo que adaptar los componentes.

—Yo tengo herramientas en mi taller —dijo Jerry—. Pero allí no lo puedes hacer. Por Carol. Ya te daré lo que necesites. ¿Para cuándo será?

—Cuanto más rápido lo tengamos, más rápido sabré si funciona.

—Mañana cojo lo que necesitas en casa de Jerry —dije—. Te paso a buscar.

—Muy bien. Tengo que comprar un oscilador y conseguir un teléfono portátil de esos que usan los técnicos para pinchar la línea y marcar.

—Ya encontraremos alguno por ahí —dije—. Nos ponemos a primera hora de la mañana.

—¿Has pensado en algún plan? —preguntó Jerry.

—Si Aaron puede hacer lo suyo, lo demás será sencillo.

—Yo le he dado algunas vueltas —dijo Aaron—. No habrá que lidiar con mucha gente. Uno podría cubrir con la M16, mientras el otro va pillando el botín. El problema es marcharse. Creo que uno debería quedarse fuera. Podríamos comprar un walkie-talkie barato y pegarle un pequeño receptor de radio con un auricular. También podríamos hacernos con una radio que coja la frecuencia de la policía. El

que espere afuera con el coche puede ir vigilando. En cuanto entras en la tienda, estás a ciegas... No te enteras de qué pasa en la avenida.

Lo que decía Aaron era cierto. El plan era sencillo y directo. Pero dejar el coche en la acera, justo enfrente de la joyería, o en el aparcamiento, era una opción bastante discutible. En los dos casos habría que girar al este o al sur, o recorrer una manzana y después girar a la izquierda, pasando por en medio de todo el tráfico. Y si íbamos hacia el este, nos quedaríamos atascados en el denso tráfico de la Miracle Mile de Wilshire, entre grandes almacenes y rascacielos. Por el sur pasaríamos dos manzanas por calles residenciales, lo cual estaba bien, pero después nos topáramos con los atascos de Olympic Boulevard. Aquél era el sentido que seguramente predeciría la policía. Si aparcábamos el vehículo al otro lado de la avenida nos resultaría más difícil llegar —aunque no en sábado, cuando hay menos tráfico—, pero en cuanto subiéramos al coche, con un giro rápido a la derecha estaríamos rumbo al norte, circulando por calles residenciales anchas y arboladas, kilómetro tras kilómetro. A los pocos minutos, habríamos llegado a las montañas. También podíamos cambiar de coche y escoger entre decenas de caminos. Aaron volvía a hablar y yo me guardé mis ideas, porque quería examinar más a fondo la zona.

—Puedo llevar un mono que ponga «Pacific Telephone» en la espalda —dijo Aaron—. Y llevar las herramientas en el cinturón y utilizar un coche o una camioneta. Quizá mejor un camión, porque tendremos que robar una valla de ésas que pone «zona de obras». No vaya a ser que un idiota se meta con el coche y se caiga por la alcantarilla mientras hago el apaño.

La conversación se fue apagando. Nos acabamos el postre y el camarero, al vernos, se acercó y nos preguntó si queríamos tomar algo más. Aaron pidió un coñac y sacó un largo cigarro de tipo doble claro.

—Como si fuera blanco, ¿eh? —dijo. El camarero se ruborizó.

Yo pedí un whisky con agua y le cogí un cigarro a Aaron. Jerry miraba el reloj con el ceño fruncido. Pensaba en Carol, que le exigía cada vez más atenciones y diligencias. Aterrada por la proximidad de la muerte, su estado de ánimo era imprevisible: a veces se sumía en la melancolía y los pensamientos de suicidio, pero lo más frecuente era que estuviera de mal humor y se le saltaran las lágrimas con facilidad. Al día siguiente iba a volver al hospital para que le hicieran una biopsia de la médula espinal. Aunque era una operación habitual y segura, Carol estaba muerta de miedo. Jerry le había mentado sobre dónde iba a estar aquella noche y le había prometido que llegaría pronto a casa.

Aaron pronunció en voz alta mis pensamientos.

—Márchate, Jerry. Ya sabemos qué pasa.

—¿Cómo vas a volver a la ciudad?

—Por aquí pasan taxis.

—Ya lo llevaré yo —dije—. Hacia las nueve de la mañana pasaré a buscar las herramientas.

Jerry se levantó, negando con la cabeza.

—Yo me iría al infierno con cualquiera de vosotros. Ya lo sabéis.

—Tío, no te pongas sentimental —dijo Aaron. Cuando Jerry se hubo marchado, añadió—: Pobre Jerry. Está dándose todo a una persona a la que va a perder enseguida.

—Eso hacemos todos... más pronto o más tarde.

—No te pongas así, tío.

—¿Cómo?

—Con esa mierda filosófica profunda. Yo hablo del aquí y del ahora, de lo cotidiano, que es lo que le importa a la gente en su vida. Si lo extrapolas todo, todo acaba dando igual.

Nos quedamos en silencio. Me acordé de nuestras conversaciones en la cárcel. Las echaba de menos. En el torbellino de los últimos días, apenas habíamos tenido oportunidades de charlar.

El camarero trajo la cuenta y Aaron la cogió. Salimos entre las mesas llenas, con un rumor de voces salpicado por las risas y el tintineo de los vasos y los cubiertos. No hacía una noche fría y, al caminar, los zapatos hacían crujir la arena de la playa que había llegado al aparcamiento. Justo detrás del oleaje, el mar era una balsa de aceite. Un rayo de luna se dibujaba sobre el agua; daba la impresión de que se pudiera llegar andando a la esfera blanca, situada justo sobre el horizonte.

—No hace falta que me lleves a casa —dijo Aaron—. Déjame en Santa Mónica y allí ya cogeré un taxi. No te queda de camino, tendrías que desviarte treinta kilómetros, y ya sé que tu chica te espera.

—Ya está acostumbrada. Cuando llegue, llegaré. Tú y yo no hemos tenido tiempo de hablar desde que paseábamos por el patio. Por lo menos, no hemos tenido ninguna conversación seria.

—No nos hace falta. Allí las únicas distracciones que teníamos eran los libros y las conversaciones. Ahora que podemos vivir la vida directamente, ¿por qué vamos a hablar de ella? ¿O leerla en los libros?

—En el talego yo leía cinco libros a la semana. Ahora a veces echo un vistazo al periódico los domingos. En los dos primeros días después de salir me compré unos libros de bolsillo de segunda mano, cosas jugosas que me apetecía leer. Todavía los tengo, pero no he acabado ninguno. Oye, en el coche tengo un poco de marihuana. ¿Por qué no damos un paseo por la playa y nos fumamos un par de porros? Si no tienes nada que hacer, claro.

—Mi chica también está acostumbrada.

Cogí los porros de la guantera. Del aparcamiento salía un camino de tierra que

bajaba a la playa. La bajada de la marea había dejado una amplia franja de arena húmeda suficientemente dura para poder caminar sin hundirse en ella. A menos de un kilómetro de distancia se veía una hoguera y figuras recortadas contra las llamas. Encendimos un porro cada uno y caminamos hacia aquella fiesta de la playa, un destino tan bueno como cualquier otro.

La marihuana me subió rápidamente. Era una sensación menos intensa de la que había tenido al salir de la cárcel, porque volvía a estar acostumbrado a fumarla regularmente. Pero igualmente era una sensación agradable, que me aguzaba los sentidos.

—Bueno, ¿cuándo crees que se acabará, amigo mío? —pregunté, sin que viniera a cuento.

—Hostia, esta noche estás introspectivo. No es habitual en ti. ¿Qué pasa?

—¿Quién sabe? Era una pregunta retórica, pero todo el mundo se lo pregunta en voz alta alguna vez. Todos tenemos que morir. En algún momento llega el final. Pero pongamos que sacamos cincuenta mil por cabeza con este rollo. ¿Y entonces qué hago? Si no necesito la pasta, no puedo pensar racionalmente en seguir robando. Con cincuenta mil, mi carrera delictiva sería un éxito, salvo por el hecho de que estoy en fuga de la condicional. Lo sensato sería volver al este, comprarme un bar y sobornar a quien haga falta para asegurarme de que no me expulsen del estado. Sería fácil. Una violación de la condicional no es nada. Sería lo más sensato. Pero la idea no me acaba de gustar.

—Quémate la pasta viviendo a tope y así justificarás otro delito.

—Eso es lo que quizá acabe haciendo, pero no lo puedo planear así. Sería pensar deliberadamente como un idiota.

—¿Has pensado en marcharte del país con Allison? ¿A México? ¿O a Sudamérica?

—A veces se me pasa por la cabeza, pero entonces me doy cuenta de que me engaño a mí mismo. Allison está bien para aliviar la soledad y nos entendemos, en el catre y fuera de él, pero no me vuelve loco de pasión ni estas cosas que se supone que hay que sentir con el amor.

—Eso es cosa de adolescentes. Ya nadie te va a volver loco de esa manera. Más que amor, es un delirio. Lo que tienes con esa tía sí que puede durar.

—Eres un romántico.

—Qué va. El romántico eres tú, que no aceptas la realidad porque no se adapta al ideal romántico del amor.

—Da igual, es hablar por hablar. Para ti y para mí todo esto no es más que teoría. El amor no es una prioridad para mí ni muchos menos. Antes necesito muchas otras cosas.

—Es verdad. En nuestra situación es irrelevante. Incluso podría perjudicarnos.

Mira lo que le pasa a Jerry. Mi primera preocupación es cómo evitar que me pillen y no acabar pasando el resto de la vida en una celda. Justo después de este golpe, voy a intentar salir del país. Lo tendría que haber hecho después de lo del banco, pero no tenía nada preparado.

—¿Y ahora sí?

—Tengo un título falso de dentista, un visado de turista a México y he escrito a una ciudad del Yucatán. Hablo español y allí es donde voy a empezar una nueva vida. Por aquí no conseguiría hacerme pasar por un dentista, pero allí abajo la gente todavía va en burro y lo que les importa es quitarse el dolor de muelas, no los papeles.

—El Yucatán es la selva. Es primitivo. ¿Es eso lo que quieres de la vida?

—Lo que quiero da igual. Lo que cuenta es lo que necesito. Viviendo en una celda, y eso sí que es primitivo, me di cuenta de que necesito muy poco.

—¿Y la venganza, qué? ¿No los odias? ¿No odias el sistema, la sociedad?

—Ya me dejé llevar por el odio durante un par de años y me cansé. Saborear la venganza está muy bien, pero el riesgo no vale la pena. A mí todavía me importa la vida. No soy como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Tu filosofía es «a la mierda todo». Te da igual. Piénsalo.

—Ya pienso, continuamente. Me gusta el riesgo, pero también me importa todo lo demás.

—Yo creo que no te importa demasiado, te tendría que importar más.

Seguimos caminando en silencio, escuchando el ritmo hipnótico del rumor de las olas. Las sombras de la gente reunida en torno a la hoguera empezaron a proyectarse sobre la arena hacia nosotros. Las figuras adoptaron una identidad. Era una juerga de adolescentes. Las botellas de cerveza centelleaban junto al fuego. Nos detuvimos cuando todavía estábamos a cierta distancia y observamos las llamas y los movimientos de los muchachos con cierta fascinación. En un transistor sonaba música de *rock and roll*.

Sobre la playa se alzaba un dique que no llegaba a los cinco metros de altura. En el borde superior aparecieron unos faros que rastreaban la zona desde lo alto, perforando la noche y el oleaje con su luz. Un foco más pequeño se movió rápidamente sobre la playa. En la parte de arriba del automóvil empezó a agitarse atolondradamente una luz roja. Las hogueras en la playa eran ilegales y los adolescentes todavía tenían prohibido beber cerveza. La ley iba a imponerse.

—Tío, pirémonos —me dijo Aaron, cogiéndome del brazo. No hacía falta que me diera consejos. Desaparecimos en la oscuridad. Pasear por la playa se había convertido en una actividad peligrosa.



Antes del mediodía llamé a Willy Darin, quien se lo pensó dos veces antes de dejarnos usar su garaje. Selma le estaba causando problemas. Se había enterado de que volvía a tomar heroína, no había ido a trabajar y Willy tenía miedo de que mi presencia la exasperara. Su miedo se disipó en cuanto le aseguré que nos quedaríamos fuera y que él se llevaría cuarenta dólares en pago por el alquiler del garaje.

Willy oyó cómo el automóvil entraba por el camino que conducía a la casa y salió en cuanto aparcamos. Llevaba chanclas y unos pantalones caquis llenos de grasa; su torso fornido, con los hombros cubiertos de un vello espeso, tenía un color lechoso, pero el rostro, los antebrazos y las muñecas estaban oscurecidos por el sol: era el moreno del albañil. Como siempre, le hacía falta afeitarse. Sus hijos, también descalzos y descamisados, salieron al porche y se quedaron mirándonos desde lejos. Se refugiaban detrás de sus grandes ojos, que observaban asombrados a Aaron. No cabía duda de que un negro era algo nuevo en su mundo. Aun sin haber prestado atención al jardín infestado de hierbas, ni a la pintura desconchada de la casa, ni al carricoche de Willy, que estaba aparcado delante de nosotros, me afectó profundamente la dejadez característica de la pobreza, que tanto contrastaba con los elegantes trajes que llevábamos Aaron y yo. La vida de Willy era cruel, limitada y ridícula. Los capitostes de la sociedad proclamaban a los cuatro vientos que robar estaba mal; mientras tanto, ellos lo tenían todo y él, nada. Era ridículo.

Aquel diálogo interior me pasó por la cabeza en los pocos segundos que tardó Willy en llegar al coche. Esperaba que advirtiera mi atuendo y frunciera los labios en señal de aprobación y de envidia. Pero no le prestó la más mínima atención a mis pantalones de cachemir ni a mi camisa de seda. Aquellas cosas le quedaban lejos. Soñaba con cómo conseguir dinero rápidamente, pero cualquier concepción del dinero o lo que se compraba con él —más allá de la subsistencia y de un chute— le resultaba irreal. Sus planes siempre quedaban abortados por sus limitaciones psicológicas; era demasiado vago para trabajar y tenía demasiado miedo para robar.

Tenía un aspecto serio y preocupado.

—Está que trina —dijo, señalando la casa con la cabeza.

—¿Selma? ¿Por nosotros?

—Por todo, joder. Ven. —Eché un vistazo hacia Aaron, que estaba de pie al otro lado del coche, y me indicó que nos apartáramos unos pasos—. Tío, no sabía que iba a venir. Quiero decir que cuando estoy yo solo no pasa nada, pero con Selma... Verte a ti no le mola nada, pero con los negratos es mortal. Si entra contigo en la casa va a caer una tormenta de mierda.

—A la mierda la casa. Ya te dije que nos quedaríamos afuera. Y a la mierda

Selma también.

—Tío, no la tomes conmigo. Es cosa de ella. No es que a mí me encanten los negros, pero ese tío es guay... Y para mí, cada persona es un mundo.

—Si saca la cabeza y quiere saber qué pasa, se la vuelves a meter adentro. Acabaremos y nos marcharemos lo antes posible.

—Guay. ¿Qué vais a hacer?

—Arreglar un equipo para desactivar una alarma silenciosa. Cuando acabemos se habrá acabado la alegría en Beverly Hills.

—Tío, vas a hacer el capullo y te van a volver a pillar.

—Tú tranquilo.

—Sólo digo lo que pienso. ¿Cuánto tardaréis?

—Media hora.

—Si vas a darme la pasta, ¿por qué no me prestas un rato el coche? Volveré antes de que acabéis.

Me lo pensé dos veces, porque sabía que quería ir a comprar heroína, pero finalmente le entregué las llaves a regañadientes.

—¡No me dejes colgado, cabrón! Vuelve, que tenemos que pirarnos.

—Vuelvo en veinte minutos. He llamado a mi contacto después de hablar contigo por teléfono. Me espera en un bar a veinte manzanas de aquí. —Se sorbió la nariz. Moqueaba. Vi que tenía las pupilas dilatadas y el labio superior cubierto por una película de sudor. Empezaba a sufrir el síndrome de abstinencia y lo entendía perfectamente. No hay nada comparable con aquella mezcla de deseo y tormento mental y físico. Un drogadicto en abstinencia prefiere una dosis a la salvación eterna.

Willy nos ayudó a entrar al garaje la caja de herramientas, el equipo electrónico, los cables y los contadores. A continuación subió al coche y salió marcha atrás. Advertí que los dos neumáticos delanteros de su coche estaban pinchados y llevaban así varios días, según parecía indicar el montón de hojas que los rodeaban.

Mientras Aaron comprobaba el equipo y lo modificaba, explicó —en la medida en que yo lo entendí— que lo que iba a hacer era medir la fuerza de los impulsos eléctricos que pasaban por la línea de la alarma, interceptarlos y transmitir aquellos impulsos a la oficina de la compañía. Si se pulsaba la alarma, llegaría a un callejón sin salida. Al provenir los impulsos de una fuente diferente —tenía un dispositivo que utilizaba otra línea—, en el panel electrónico de la oficina no se encendería ninguna señal de aviso. También explicó que en el momento en que interceptara la línea, la señal de alarma parpadearía un momento, pero nadie le prestaría atención porque desaparecería en un segundo. Además, aquella interrupción podía deberse a muchas causas: un gato, un ratón, una rata...

Aaron terminó a los veinte minutos. Se probó el mono gris con la leyenda «Pacific Telephone» en la espalda. Con el cinturón de herramientas en la cintura,

parecía un operario de la compañía telefónica.

—Te cubriré mientras haces la prueba.

—Simplemente abriremos la alcantarilla y tú la bajas en cuanto esté abajo. No hace falta hacer barricadas. La mejor hora sería hacia las cinco de la mañana.

Metimos todo en la caja y Aaron se volvió a poner el traje de calle, pero Willy no llegaba. Le esperamos bajo la sombra de la puerta del garaje. Después de pasar quince minutos mirando cómo los vehículos pasaban a toda velocidad por delante y sin que Willy llegara, yo ya me contenía el enfado como podía. Aaron me preguntó adónde había ido.

—A comprar caballo. Menudo cabrón, no te puedes fiar de él... Sabía que iba a hacer el capullo.

—Igual lo han trincado. Yo tengo que estar en la ciudad a las dos.

—Llamemos a un taxi. Nunca se sabe cuándo se pasará por aquí ese gilipollas.

Sin preocuparnos por la posible reacción de Selma, entré con Aaron en la casa por la puerta de la cocina. Olía a col hervida y el fregadero estaba lleno a rebosar de platos sin lavar.

En cuanto entramos, los dos niños se acercaron al arco de la puerta, uno mirando por encima del hombro del otro. Poco después, Selma apareció imponente detrás de ellos, apartándolos de su camino y fulminándome con la mirada. Enfadada, su rostro todavía parecía más demacrado. Estaba tan ajada como la esposa de un aparcerero durante la Gran Depresión. Se negó a mirar a Aaron. Podría haber sido invisible. A Aaron parecía hacerle gracia la situación. Antes de que ella dijera nada, lo hice yo.

—Willy se ha llevado mi coche y mi amigo tiene que llamar a un taxi.

Apretó los dientes. Quería negarse, pero todavía deseaba con más urgencia que nuestra presencia indeseada desapareciera de su casa de inmediato. Señaló el teléfono.

Veinte minutos después, Aaron se marchó. Y Willy todavía no había vuelto. Yo estaba furioso. Tenía ganas de partirle la cara, pero sabía que si nos peleábamos él era capaz de destrozarme y dejarme hecho polvo. Si me pegaba, me vería obligado a matarle. Era culpa mía por haberle dado las llaves. Le lanzaría algún desaire y lo dejaría marchar.

Willy llegó con el coche casi tres horas tarde. Apagó el motor y bajó del coche con una sonrisa.

—Tío, me he colgado. ¿Dónde está tu amigo?

—Se ha marchado. ¿Dónde coño has estado? ¿En Tijuana?

—Lo siento, tío, pero mi contacto no llevaba nada encima y me ha hecho llevarlo al este de Los Ángeles a ver a su contacto... Y se ha colgado una hora. Ya sabes cómo va esto.

Willy no estaba colocado. Estaba peor que cuando se había marchado. Aquello

contuvo mi rabia por pura curiosidad, porque un yonqui se pincharía aunque la policía estuviera llamando a la puerta de su casa, más aún si estaba con el síndrome de abstinencia.

—Tengo que esperarme. Hoy tengo la prueba de la nalorfina. Pero estoy preparado para cuando acabe. —Sacó un condón lleno de polvo *beige*, con el extremo abierto formando un nudo—. Treinta gramos.

—Eso no te lo dan por cuarenta pesos.

—Me ha dado un poco de crédito por el viaje. Sabe que le pagaré... Y también tiraré del dinero del alquiler. —Estaba contento. Sentía que tenía algo en marcha—. Oye, ¿me acercas al centro de la nalorfina? Mi carro está jodido y no quiero pedirle a Mary el suyo.

—Te llevo, pero no te puedo traer. Allí te las arreglas tú.

—Bueno, ¿me puedes esperar hasta que acabe y me dejas en la estación de autobuses del centro?

—¿Cuánto tardarás?

—Veinte minutos.

—Sí, como los veinte minutos del coche.

—Tío...

—«Tío...». A la mierda todo eso. Mete la caja en el maletero y sube.

Willy subió trabajosamente la pesada caja en el automóvil y la colocó en el maletero.

—¿Para qué es el teléfono portátil? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. Vamos a bloquear una alarma y robar un local de Beverly Hills.

—Buena suerte. —Cerró el maletero de golpe—. Un minuto, que escondo esta mierda y le digo a Selma adónde voy.

Aquel «minuto» se convirtió en quince. Toqué el claxon. Willy salió corriendo, mientras se abrochaba la camisa.

—Me ha montado una escena. No le molas.

—Ella a mí tampoco.

Veinte minutos después llegamos a la sombría calle en la que se hallaba el insulso edificio al que me había llevado Rosenthal. Willy bajó a media manzana de la cárcel. Le dije que cuando terminara me esperara en aquella esquina; yo volvería media hora después. No quería esperarle tan cerca de aquel edificio repulsivo. Conduje varias manzanas y me comí un plato de chile con carne y unas galletas saladas en una cafetería grasienta de un barrio lleno de fábricas y parques de chatarra.

Antes de volver a recoger a Willy, llamé a Allison. Se había ido sola a la playa, su actividad habitual en los días en que estaba ocupado. A aquella hora ya tendría que haber llegado a casa, pero mi retraso no la molestó. Estaba contenta, como si mi

llamada le representara una agradable sorpresa, como si no me hubiera visto seis horas antes y no me esperara hasta pasados unos días. Su regocijo hizo aumentar mi buen humor. Me había preparado una sorpresa, una cena muy especial, y quería que me diera prisa porque ya estaba en la cocina.

—Pero no me preguntes qué es —añadió.

—Tardaré una hora más.

—Vaya, ¡con todo lo que he preparado!

—Ya lo compensaré con bombones y flores.

Empecé a despedirme.

—Espera, espera... Trae unos aguacates. Sólo un par.

—Vale, guapa.

Cuando pasé por la esquina donde habíamos quedado, Willy no estaba. Di la vuelta a varias manzanas y volví. No había nadie. Dos mexicanos bajaban por la acera; uno me resultaba vagamente familiar. Me acerqué, porque pensé que debían de salir de la prueba, y los llamé. Ninguno conocía a Willy por su nombre, pero cuando lo describí me dijeron que lo habían detenido y se había quedado encerrado en una celda del final del pasillo. Llamé al centro haciéndome pasar por un abogado y confirmé la información. El oficial de la condicional me respondió con evasivas; cuando trataba con los pobres, el departamento de la condicional no estaba acostumbrado a responder preguntas. Tampoco estaba habituado a que los abogados preguntaran. Finalmente me pasó a su supervisor, que a regañadientes y con cierto tono desafiante me dijo que Willy estaba detenido por violación de la condicional, pero se negó a decirme el motivo. Tampoco era necesario. Simplemente, se le habrían dilatado las pupilas, en vez de contraerse. No había pasado la prueba.

Antes de irme a casa, llamé inquieto a Selma, le di la noticia con un par de frases y colgué antes de que le diera tiempo de soltar una sarta de reproches y se sumiera en la autocompasión. Al día siguiente iría con Allison a visitarlo y le llevaría ropa interior y calcetines limpios, y un poco de dinero suelto. En mi condición de fugitivo, no pensaba pasar del aparcamiento de la cárcel. Después de la visita le daría también dinero a Selma para ayudarla a salir del apuro hasta que le llegaran los cheques de los servicios sociales. Era lo que había que hacer; así lo dictaba el código no escrito de los ladrones.

Si Willy tenía suerte y el sistema penitenciario ya tenía las cárceles bastante llenas y no le hacían falta más presos para justificar su presupuesto ante el Congreso, algún burócrata anónimo o alguna junta lo mandaría a pasar treinta o sesenta días entre rejas, a modo de «desintoxicación». Si no tenía suerte, le tocaría pasar otro año o incluso más en el centro de rehabilitación, haciendo terapia de grupo. No sentía demasiada empatía por su situación. Había sido un idiota presentándose a la prueba, porque sabía perfectamente que era muy probable que no la pasara.

—Como un puto ratón, directo a la trampa —musité.



Cuando Allison y yo llegamos a la cárcel, las alargadas sombras de la tarde se proyectaban sobre el aparcamiento. Nos habíamos quedado dormidos. La noche anterior habíamos ido a un autocine y después habíamos dado un paseo en coche por las montañas, siguiendo las curvas de Mulholland Drive desde su principio en Hollywood, con sus lujosas mansiones, hasta más allá de Beverly Hills, donde salvo por unos pocos palacetes, el paisaje estaba casi despoblado. Nos quedamos sin gasolina en un lugar aislado, pero pensamos que se había estropeado la bomba, porque según el indicador aún quedaba una cuarta parte del depósito lleno. Tardamos dos horas en encontrar una casa y desde allí llamamos a una grúa, que nos llevó a remolque a un garaje del valle de San Fernando que estaba abierto toda la noche. Después de instalar una nueva bomba de gasolina y ver que no funcionaba, los mecánicos metieron finalmente un madero en el depósito. El flotador del depósito se había quedado enganchado y engañaba al indicador. Con el depósito lleno, el indicador seguía señalando que estaba a un cuarto de su capacidad.

Cuando subía trabajosamente las escaleras del apartamento, con Allison colgada del brazo y partiéndose de risa por el fracaso de nuestra noche romántica, el amanecer estaba tan cerca que las crías de los gorriones piaban hambrientas desde las oscuras copas de los árboles.

Así que dormimos hasta el mediodía y después nos saltamos el desayuno y salimos corriendo. Compramos calcetines y ropa interior por el camino. Le dije a Allison que informara a Willy de que en la próxima visita el borde de los tres billetes de un dólar que le daría estaría impregnado de una solución de heroína ya preparada.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Allison.

—Calientas la heroína como si te fueras a pinchar y luego la aplicas con el cuentagotas. El papel se empapa como si fuera algodón. Echas a perder dos tercios, pero así Willy podrá arrancar los bordes del billete, meterá los trozos en una cuchara con un poco de agua y, zas, a chutarse.

—¿Y la jeringa y esas cosas? ¿De dónde las sacaré?

—Créeme, seguro que adentro se puede hacer con algo.

Aparqué en el rincón del aparcamiento más alejado del edificio, debajo de un árbol pequeño. El resto de vehículos habían estacionado cerca del edificio para no tener que caminar tanto. No había ningún coche a menos de treinta metros. Nadie podría acercarse sigilosamente y pillarme de sorpresa. Si sucedía algo, lo cual era improbable, siempre podía llegar a la calle pasando con el coche por encima de un arriate de flores y de la acera. También tenía la pistola Browning en el suelo, entre los

pies. Allí trabajaban cientos de guardias y por el edificio pasaban todas las autoridades del orden público para llevar a los presos: estar allí me causaba una tensión similar a la que me producía cometer un robo. Lo vigilé todo con atención desde el momento en que llegué.

Allison volvió a los diez minutos. Todavía llevaba la bolsa con los calcetines y la ropa interior en la mano. Su rápido regreso y la bolsa indicaban que no había entrado, pero caminaba tranquilamente; no podía haber sucedido nada grave. Avancé con el coche hasta el centro del aparcamiento para que nos encontráramos a mitad del camino. Debían de haberle negado la visita porque sólo permitían a Willy una visita al día y ya había ido a verle alguien. Seguro que había sido Selma. Se me tenía que haber ocurrido que saldría corriendo a la cárcel para reprenderle por sus fracasos.

Me sentía obligado a pasar por su casa y darle dinero, por muy desagradable que me resultara. Allison no tenía por qué soportar la acritud de Selma, así que la dejé en la estación de tren, donde podía coger un taxi. Le prometí volver a casa en dos horas y llamarla si surgía algún imprevisto.



Cuando llegué a casa de Willy, Selma no estaba. El automóvil de Willy seguía aparcado en el camino de entrada a la casa, con los neumáticos pinchados.

Me fui a casa de Mary. Se me ocurrió que debía de tener alguna noticia y además quería dejarle a ella el dinero para Selma. Los dos hijos de Willy estaban alojados allí, pero en aquel momento estaban jugando con Joey por el barrio. Selma los había dejado allí y le había cogido prestado el coche. La esperaba en cualquier momento. Le di a Mary cien dólares para Selma y me alegré de no habérmela encontrado. Me marché rápido, no sólo para evitar a Selma, sino porque Lisa estaba en la cocina. La niña no dijo nada y apenas me miró a los ojos. Sólo me miraba de reojo. Había mal ambiente.

Dos días después volví a ir a la cárcel con Allison. Tampoco la dejaron entrar, aquella vez porque Willy se había marchado; lo habían soltado aquella misma mañana. Fue una sorpresa agradable. No me imaginaba que le volvieran a conceder tan rápido la condicional. Lo llamé para preguntarle cómo se había producido aquel milagro. No contestó nadie. Pensé en llamarle más tarde, pero el robo de la joyería era inminente, me enredé con aquello y me olvidé de Willy. Aquella noche, Jerry, Aaron y yo hicimos un ensayo, y calculamos el tiempo de todos los movimientos antes y después del robo. Conduciría Aaron, que nos dejaría allí. Bloquearía la alarma, y daría la vuelta para esperarnos y conducirnos en la huida. La alarma tenía que arreglarse cinco minutos antes del robo, porque a partir de entonces el teléfono de Gregory's no funcionaría. Aaron nos esperaría en la otra acera de la avenida Wilshire,

con la radio sintonizada en la emisora de la policía y el walkie-talkie encendido; y cuando saliéramos ya tendría el motor en marcha. A seis manzanas había un mercado inmenso con un aparcamiento de una manzana entera en la parte de atrás, un lugar ideal para cambiar de coche. Entre la joyería y el mercado no había semáforos. Después de cambiar de coche, teníamos diez minutos de conducción lenta, hasta llegar al intenso tráfico de Sunset Boulevard. Entonces podíamos elegir: tomar aquel camino y seguir ocultos entre la multitud, hasta llegar a Hollywood, o coger la carretera sinuosa de las montañas. En Gregory's nadie vería que entre los ladrones había un negro, así que Aaron se pondría al volante y Jerry y yo nos tumbáramos en el suelo del coche. Cuando la policía recibiera la descripción del vehículo original de la huida —una camioneta o un turismo—, estaríamos al menos a trece o catorce kilómetros y en otro vehículo completamente distinto.

El entusiasmo empezó a impregnar nuestra conversación. Cuando Jerry me acompañó a casa, ya no tenía dudas, y mientras conducía iba examinando el trayecto a través de las montañas. Decidimos que no había por qué esperar. Ya habíamos pasado muchas horas planeando la operación. El sábado por la mañana actuaríamos; era el día con menos tráfico en Wilshire. Gregory's abría a las 9.30. Esperábamos conseguir que su jornada de trabajo se redujera drásticamente.

Cuando Jerry aparcó delante del apartamento, invité a mis dos cómplices a comer en casa el viernes por la noche. No se lo había consultado a Allison, pero sabía que los dos le caían bien. A ellos les pareció bien.

Cuando entré en el apartamento, Allison estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, haciendo un esbozo con carboncillo y viendo los resultados de las elecciones por la televisión. En California acababan de cerrar las urnas, pero la CBS ya proclamaba una victoria aplastante de Lyndon Baines Johnson. Allison me saludó con la mano, pero no me dijo nada hasta que volví de la cocina con una taza de café y me senté detrás de ella.

—Llegas pronto.

—El tío me ha dejado plantado. He quedado con él el sábado por la mañana. Si hace buen día puedes ir a la playa. Estás perdiendo color y ya sabes cómo me gusta lamer tu piel morena. —Quería que no estuviera en casa, para poder examinar el botín en el apartamento.

—«Lamer tu piel morena». No te cortas, ¿eh? Sin sutilezas.

—Pero si te mola... Es tu fetiche. ¿Te apetece que vayamos a alguna parte?

—¿Por qué no nos quedamos en casa, por una vez? Llevamos la televisión a la habitación y vemos una película.

—He invitado a Jerry y Aaron a cenar el viernes por la noche. ¿Te va bien?

—Tiene que irme bien, ¿no? No puedo decir que no. Es igual, será divertido. ¿Vendrá Carol?

—No, es una especie de cena de negocios.

Allison sonrió y negó con la cabeza.

—¿Negocios? Vaya tejemanejes os lleváis.

Cogí el televisor y lo llevé al dormitorio. Lo miramos mientras hacíamos el amor.

TERCERA PARTE

No entres dócilmente en esa noche quieta [...]. Rabia, rabia contra la agonía de la luz.

DYLAN THOMAS

Capítulo 1

La mañana del robo hacía un sol espléndido. Había llovido un poco durante la noche y el agua se había llevado la polución y la atmósfera gris de noviembre. La luz amarillenta del sol calentaba suavemente el ambiente y, en el cielo, las nubes deshilachadas se movían perezosamente, deleitándose con el calor.

Jerry iba el primero, con su coche familiar. Circulábamos por la carretera de la montaña que separaba el valle de San Fernando de Beverly Hills. Aaron, con un mono gris con cremallera, conducía una camioneta robada, cien metros por detrás. Yo me senté en el suelo de la parte de atrás de la camioneta, agarrándome a la valla de madera amarilla y negra con la señal de «zona de obras» —también robada— y con una linterna en la mano. En aquella transitada carretera, solía haber policías en moto agazapados detrás de las curvas y los arbustos. Si veían juntos a un negro y un blanco en el mismo vehículo les llamaría la atención y se acordarían del detalle pocos minutos después, en cuanto oyeran en la radio el aviso del atraco.

Los vehículos serpenteaban por la carretera, junto a casas suspendidas en el aire, sobre el abismo. En la cima de las montañas, vi por un momento un destello del mar a lo lejos. Allison estaba allí, tumbada en la playa, aprovechando uno de los últimos días de sol. Por la noche su cuerpo todavía desprendería calor.

Aaron silbaba mientras conducía, con un codo relajadamente apoyado en el borde de la ventana. No parecía tener miedo. La confianza en mis cómplices me tranquilizaba. A pesar de la magnitud del robo, estaba menos nervioso de lo habitual. Estaba tan confiado que casi me sentía distante. Volví a visualizar nuestro plan —la imagen de cada movimiento me pasó volando por la cabeza— y el factor X volvió a parecerme reducido al mínimo absoluto. La gran sencillez del plan dejaba poco margen para que algo saliera mal.

La camioneta llegó al nivel del suelo. Por encima del hombro de Aaron podía ver la parte de atrás del coche familiar y advertí cómo se encendían las luces de freno en cuanto Jerry se detuvo en el semáforo de Sunset Boulevard. Redujimos la velocidad, el semáforo se puso verde, y Jerry atravesó el cruce y siguió recto. Aaron giró a la izquierda y se mezcló entre el tráfico que iba hacia el este. En la primera esquina, Aaron giró a la derecha, y siguió en paralelo al coche de Jerry, pero a una manzana de distancia. Recorrimos tres bloques y entramos en un aparcamiento alargado del tamaño de un centro comercial. Aaron lo recorrió muy lentamente y se detuvo en el extremo más alejado. Jerry nos esperaba allí. Se metió hábilmente en el asiento delantero y le di la caja alargada que contenía la M16, una caja de las que se utilizan para llevar ramos de flores. Ninguno de los transeúntes que había salido de compras aquella mañana de sábado prestó la más mínima atención a nuestra insulsa camioneta.

—He dejado el cacharro justo donde hemos dicho —dijo Jerry—. La última

hilera, al lado de la acera. Las llaves están debajo de la alfombrilla.

Estábamos a una manzana de Wilshire. Me puse el abrigo encima del traje, me arreglé la corbata, cargué el cartucho en la cámara de la Browning automática —trece tiros de balas de punta hueca Remington— y me la metí en la cintura del pantalón, por la parte de atrás. Me coloqué el diminuto auricular del receptor y me puse el sombrero, con la máscara dentro.

Desde el asiento delantero se oyó un ruido seco metálico. Jerry comprobaba el rifle automático. Entre los asientos vi cómo lo volvía a meter en la caja y se palpaba los bolsillos para comprobar que los guantes y la careta estaban en su sitio.

La pistola de Aaron estaba en el suelo, escondida dentro de un periódico doblado. Encima estaba el cinturón con las herramientas y su equipo.

Aparcó la camioneta junto a la acera, a seis metros del cruce donde estaba Gregory's. Su serena fachada blanca y reluciente insinuaba las riquezas del interior. Un Mercedes salía del aparcamiento y una mujer mayor se acercaba renqueando a la puerta lateral.

En Wilshire Boulevard había todavía menos tráfico del que habíamos previsto.

—¿Te hueles algo? —preguntó Aaron.

—Me huele a dinero —dijo Jerry.

La llegada, las comprobaciones y la conversación sucedieron en apenas unos segundos. Jerry abrió la puerta y bajó. Inmediatamente moví el asiento hacia delante y lo seguí, con cuidado para no tocar nada con la yema de los dedos.

—Nos vemos en quince minutos —le dije a Aaron.

—O en el patio de Folsom.

—O en la morgue.

—Dejémoslo mejor en quince minutos.

—Guay.

La camioneta cruzó la avenida y siguió por la calle, entre tiendas y oficinas.

—Me voy —dijo Jerry, mientras giraba a la izquierda. Se fue caminando tranquilamente por la acera, cruzó la calle en el cruce y dio la vuelta para acercarse a la puerta principal de Gregory's. Su paso era parsimonioso. Con la caja de flores debajo del brazo no llamaba la atención.

Desde mi posición privilegiada, veía a Jerry y también la camioneta. Aaron siguió una manzana y media, y aparcó en la acera. La hilera de coches aparcados lo ocultaban de mi vista. Por el auricular oí: «ahí voy, colega». Apareció calle abajo, con la valla en una mano y la linterna en la otra. Los colocó para desviar el tráfico, se arrodilló junto a la alcantarilla y levantó la tapadera con una de las herramientas. ¿Quién iba a fijarse en un negro con un mono de trabajo y un cinturón de herramientas?

Los minutos pasaban. Tardó más de lo que esperábamos. Jerry esperaba quieto en

la otra esquina y yo me empezaba a inquietar y le daba caladas a un cigarro que no me sabía a nada, porque tenía la boca seca.

Aaron salió de la alcantarilla, volvió a tapparla, quitó la valla y desapareció de mi vista. Empecé a cruzar la avenida, anticipándome a su señal, que llegó unos segundos después: «Todo perfecto. Ya podéis empezar. Yo doy la vuelta y me voy a mi sitio».

Jerry me había visto cruzar la calle y se dirigía a la puerta principal. Atravesé el aparcamiento, con una tensión que me agarrotaba el estómago. Me entraron ganas de mear y, al pensarlo, sonreí. Mis movimientos me parecían descoordinados.

Cuando me acercaba a la puerta, la vieja salió. Me detuve, volví la cabeza y me agaché, como si me fijara en algo que se me hubiera pegado al zapato. En realidad me tapaba la cara para que no me pudiera identificar después.

Las puertas automáticas se abrieron y pisé la alfombrilla de goma. El frescor del aire acondicionado me hizo tomar conciencia del sudor de mi rostro. La gruesa moqueta silenciaba los pasos.

Una pareja joven, acompañada de un hombre mayor, contemplaba una bandeja llena de anillos que les mostraba un dependiente. No había más clientes a la vista. Otro dependiente hablaba con una secretaria que tenía en la mano un fajo de papeles.

La escena era ideal. Nadie me miró.

La silueta de Jerry oscureció la puerta principal, que se abrió hacia el interior de la tienda. Me volví, levanté el sombrero y bajé la máscara. Mientras me la ajustaba con una mano, saqué la automática con la otra y le quité el seguro con el pulgar. Al sentir su peso entre las manos y palpar la culata cuadrículada, me sentí cómodo, reconfortado por una sensación de poder. Me volví.

Jerry tenía un aspecto aterrador con la careta de Frankenstein, pero más miedo daba la imponente arma que sostenía con las manos. Nadie lo había visto todavía.

—¡Esto es un atraco! —bramó— ¡Que nadie se mueva! —Movié el rifle automático en un arco que cubrió a todos los presentes, amenazándolos a todos con una muerte inmediata. Entonces se apartó de la puerta. Desde la acera no lo podía ver nadie.

Mientras Jerry gritaba y los presentes, boquiabiertos, tomaban conciencia de la situación, corrí hasta el mostrador, sosteniendo la pistola con los brazos totalmente estirados.

—Vuélvete —le espeté al dependiente que hablaba con la joven secretaria, mientras me acercaba a él. Lo obligué a volverse. La joven, que cuando entramos iba camino de la trastienda, estaba ahora cerca de la puerta de la oficina. Se había quedado parada con la mano extendida. Intuí que quería agacharse y avanzar hacia la puerta, con la intención de cerrarla de golpe y dar la voz de alarma. Lo tenía escrito en el rostro.

Me acerqué a ella justo cuando iba a coger el pomo de la puerta. Me oyó —hasta

entonces sólo había visto a Jerry— y volvió la cabeza al mismo tiempo que la agarraba del brazo. La careta la sorprendió, pero tampoco estaba realmente asustada. Le apreté con fuerza el brazo, con la firme intención de hacerle daño. Quienes no tienen experiencia con la violencia no le tienen miedo, pero se vienen abajo en cuanto la sienten en sus carnes.

—Sé buena y no te haré daño —dije.

Jerry había agrupado a los demás en un rincón y les ordenaba que se sentaran en el suelo con las manos encima de la cabeza. Todo iba sobre ruedas.

Empujé a la muchacha contra la puerta para que se abriera. Jules Neissen estaba sentado en su mesa. Cuando la chica se tropezó con la moqueta al entrar, el encargado pegó un salto, pero en cuanto le apunté al pecho con la pistola —estaba a poco más de dos metros—, se quedó quieto y palideció. Con un pequeño movimiento del dedo podía reventarlo contra la pared y él lo sabía.

—Para el carro. Tú ahí, majo —dije—. Las manos a la vista.

—No le dé nada —dijo la muchacha. Antes de que sus palabras resonaran en el otro extremo de la habitación, le pegué una bofetada en la mejilla con el dorso de la mano, lo más fuerte que pude, y se cayó de rodillas. El poco color que tenía el encargado en el rostro se concentró en sus mejillas. Se armó de valor, negó con la cabeza y dijo, con la tozudez de un niño:

—Fuera de aquí.

El tono repipi de su negativa resultaba ridículo.

—¡Abre la caja, imbécil! No quieras ser un héroe, porque acabarás muerto. Aquí quien paga es la compañía de seguros, no tú. A ellos un muerto les importa un carajo.

—Matándome no conseguirás el dinero. Y yo tampoco voy a abrir la caja.

A los cinco minutos habría cambiado de opinión. Y con una bala en la rodilla, seguro que accedía de buen grado. Pero había una forma mejor. Apreté la pistola contra la oreja de la muchacha.

—A ti no te voy a matar el primero. Pero a ésta le reviento los sesos. Os va a quedar una mancha en la pared la mar de bonita. —La amenaza era un farol. No iba a matar a aquella joven. Pero si la estrategia no surtía efectos, a él sí que lo mataría, o por lo menos lo dejaría lisiado.

La joven temblaba y se le humedecieron los ojos. El terror de la situación por fin había anidado en ella. Si el encargado se negaba a cooperar, se veía muerta. Se puso a gimotear. Me pregunté si se le habrían mojado las bragas.

Neissen quiso hablar, pero no llegó a decir ni una palabra y simplemente asintió con la cabeza. Su resistencia había durado veinte segundos.

—Venga —dije, acompañándolos hacia la puerta, sin soltar a la chica y apuntando a Neissen con la pistola por la espalda.

Jerry había reunido a los demás a lo largo de una pared. Había retenido también a

una pareja de rezagados que habían entrado en la tienda después de nosotros. Empujé a la chica hacia donde estaban los demás.

—Vigila a ésta —le grité a Jerry.

Neissen se resistía a avanzar. Le clavé el cañón en la columna y soltó un gemido de dolor.

—Date prisa, cabrón —dije. Lo empujé hacia la caja. Mientras la abría, le dije que quería primero los diamantes no engarzados, a continuación los broches de diamantes (porque tenían varias piedras) y al final los anillos de diamantes.

La enorme puerta de acero se abrió. A continuación, abrió con una llave una rejilla con barrotes de acero.

—Tienes sesenta segundos para llenarla —dije, mientras le pasaba una bolsa—. Uno..., dos..., tres...

Tardó unos segundos preciosos en comprender el alcance de la amenaza; entonces gimoteó, aterrorizado, y se convirtió en un hombre poseído que tiraba en la bolsa los diamantes de las bandejas, barriéndolos con la mano como si fueran restos de comida de los platos. Cuando un broche se enganchó en una bandeja, se volvió loco. Cada movimiento de su mano valía varios miles de dólares.

—Veinte..., veintiuno..., veintidós...

En el receptor del auricular sonó la voz de Aaron.

—La pasma. Un coche patrulla dando la vuelta. —En cuanto oí la primera palabra, le arrebaté la bolsa de la mano a Neissen y empecé a correr. Pero Aaron prosiguió sosegadamente—: Han pasado de largo, me han mirado y han dado la vuelta. Seguramente querían saber qué hacía un negro en Beverly Hills.

Aaron estaba tranquilo, más tranquilo que yo. Me tropecé con una silla por detrás de las vitrinas y seguí adelante.

—Cubre la puerta —le dije a Jerry—. Aaron ha visto a la poli.

Jerry puso la M16 en posición de disparo automático y se agachó de cara a la puerta, preparado para disparar desde un ángulo.

Volví a oír la voz de Aaron.

—En la radio han dado la voz de alarma por un robo en este edificio. Código tres.

La M16 me tranquilizaba. No es que hubiera llegado a tener miedo, sólo había pasado un momento de confusión. Yo ya estaba más allá del miedo; me había comprometido a una tarea en la que morir era una posibilidad real. Después de aceptar aquella posibilidad, ya no hay nada que temer.

Los rehenes se revolvían y sollozaban, apiñados como gallinas en el corral. Estaban mil veces más asustados que yo.

—¡Poneos boca abajo! —grité. Quise disparar por encima de sus cabezas para subrayar la frase, pero el ruido habría causado la alarma en la calle.

Me agaché al lado de Jerry.

—Saben que hay un robo, pero sólo son dos. Venga, vamos a salir.

—¡Hijos de puta!

—Teniendo la automática no tienen ninguna posibilidad —dije.

Se me ocurrió utilizar a los prisioneros como rehenes, pero descarté la idea de inmediato. La policía nos rodearía y esperaría a que nos rindiéramos. Con la M16 se podía destrozarse un coche patrulla. Teníamos suficientes municiones para huir o provocar una matanza en el intento.

Apoyé el hombro contra la pared.

—Cuando abra con el pie, haz fuego a la izquierda y corre hacia la derecha para cruzar la calle. Yo cubriré la derecha.

Afuera se oyeron dos tiros de escopeta, claramente distinguibles a pesar de estar amortiguados por las puertas.

—Vienen dos coches —dijo Aaron—. Me largo. Así os dejarán en paz a vosotros.

—¡Espérate, joder! —grité, pero él no podía escucharme. Aparté a Jerry de la puerta—. A un lado —dije, cogiéndolo por la manga.

Afuera se oyó el disparo de una escopeta y una sirena. Otro tiro de escopeta y unos cuantos de pistolas.

Corrimos hacia la puerta lateral. Cuando Jerry se abalanzó contra la puerta se oía una ráfaga de disparos en la avenida y, a continuación, percibimos un chirrido de neumáticos y un choque metálico. Aaron no lo había conseguido.

Corrí agachado por el aparcamiento a plena luz, resguardándome detrás de los pocos vehículos que había estacionados. Llevaba la pistola en una mano y la bolsa con las joyas en la otra. Jerry iba detrás de mí. Hasta hacía un momento teníamos la suerte a nuestro favor; ahora ellos tenían ventaja.

Me situé detrás de un automóvil, con una rodilla en el suelo, y Jerry se colocó a mi lado. Con el tiroteo de la avenida, la policía no se había fijado en nada más y de momento no nos habían visto. Pero delante teníamos un seto cúbico de un metro de altura y la acera de la calle lateral. Los automóviles pasaban de largo, sin advertir que atravesaban un campo de batalla. Al otro lado de la calle había una clínica. No podíamos cruzar; seguro que nos veían. Nuestra única opción era bajar por aquel lado de la calle y girar en la primera esquina. Nos vería todo el mundo que bajara por Wilshire, pero no teníamos elección.

Desde detrás de un neumático vi cómo un coche de patrulla, con la luz roja dando vueltas sin parar, pasaba el cruce a toda velocidad y giraba hacia el aparcamiento por detrás de nosotros. Otro coche dobló la curva y se detuvo detrás del primero. Cuatro policías con uniformes negros y cascos blancos saltaron de los coches y se agacharon detrás de los vehículos, apuntando con la pistola. Cubrían la puerta lateral de Gregory's, creyendo que todavía estábamos dentro. Nos daban la espalda.

Jerry se despojó de la careta y la tiró debajo del coche aparcado.

—¿Dónde pongo esto? —preguntó, señalando el rifle automático.

—Quédatelo, joder. A lo mejor lo necesitamos. —Hice un fardo con la bolsa y la sujeté debajo del brazo como si fuera una pelota de rugby—. Sigúeme —añadí.

Cogí aire, me encaramé al seto y empecé a correr. La acera vacía se extendía delante de mí. Jerry empezó un paso detrás de mí, pero me alejé rápidamente de él. No se oía ningún alboroto ni disparos detrás de nosotros. Estábamos casi a la mitad de la manzana.

Llegué al camino en el mismo momento que un coche patrulla blanco y negro doblaba la esquina. Di un salto y los pies me resbalaron sobre la gravilla. Me caí al suelo, apoyado sobre la cadera y el codo, pero sin que se me cayera nada de las manos, y volví a ponerme de pie sin apenas perder un paso. El ruido de la sirena me espoleaba a seguir adelante.

El camino daba a una zona de carga. Detrás de mí se oyó el chirrido de los frenos del coche patrulla que entraba en el solar. Salté hacia la izquierda. Había cajas y cajones apilados contra la pared. Busqué una tubería por la que pudiera escalar hasta la azotea. Pero no había tiempo. Me metí en el hueco de una puerta y me quedé agachado detrás de un cubo de basura. Miré hacia fuera, apuntando con la pistola, y vi llegar a Jerry a unos seis metros. Corría a toda velocidad hacia una verja cubierta de parras.

El coche frenó y dejó una nube de polvo al resbalar sobre el terreno. Más allá del edificio, sólo veía la verja.

Jerry había tirado la M16 por encima de la verja metálica y estaba encaramado en lo alto, con una pierna encima y los dedos cogidos a la alambrada.

—¡Alto! —gritó una voz. Su cuerpo quedaba oculto por el edificio.

Jerry se quedó quieto, colgado de la valla. Estaba atrapado. Pasaron unos segundos.

El disparo del policía me sobresaltó. Jerry se desplomó, con la espalda contorsionada. La bala le había partido la columna. Se quedó retorciéndose de dolor en el suelo, como un perro. Me entraron náuseas. Esperaba oír de un momento a otro la petición de rendición y me preparé para el ataque.

—Se acabó —murmuré.

Pero entonces sucedió lo increíble. El policía se apartó tranquilamente del camino, con la pistola colgándole de la mano y una sonrisa torcida en la boca, y se acercó pausadamente al cuerpo convulsionado de Jerry. Sólo lo había visto a él. No sabía que éramos dos.

El uniforme negro tenía el distintivo de sargento. Sus cortísimos cabellos rubios brillaban bajo el sol. Estaba a cuatro metros de mí. Mis actos se guiaban por la simple necesidad, pero en cierto modo también me alegraba de estar en aquella situación y el placer que hay en el odio tomó expresión.

El policía se desmoronó, con la pierna destrozada por un disparo desde abajo. La sangre le oscurecía la cadera y el muslo. Di un salto para recoger su revólver reglamentario. Estaba en el suelo, a un metro y medio de mí. Su elegante uniforme se quedó mugriento en cuanto cayó al suelo. El dolor y la conmoción le deformaban el aspecto juvenil de su rostro. Ahora suplicaría clemencia, mentaría a su esposa y a sus hijos. Los policías nunca admiten sus súplicas de clemencia, a pesar de pronunciarlas con más frecuencia que los delincuentes. Pero suplicar no le serviría para nada. Aunque no hubiera disparado a Jerry, lo habría matado igualmente.

Pero no suplicó, sino que me fulminó con la mirada.

—No tienes cojones —dijo—. Te pillarán y lo sabes.

Era asombroso ver a un hombre que, enfrentado a la muerte, manifestaba su creencia en la justicia del castigo divino y confiaba plenamente en que su rectitud moral lo protegería.

—Eso a ti te da igual —dije.

Le pisé el cuello, lo obligué a ponerse contra el suelo y le metí dos balas en el corazón. Las municiones de punta hueca le arrancaron la vida y se la llevaron por la espalda. En el último instante, cuando ya estaba muerto, advertí en su mirada que por fin vislumbraba la verdad.

Jerry todavía se convulsionaba, en su debilidad, como un pez agonizante sobre la cubierta de un barco. Tenía la mirada perdida y vidriosa. Los sonidos inarticulados se mezclaban con la sangre en su boca. La sangre oscura de las arterias espesaba la tierra y la convertía en un barro denso. Se me ocurrió arrastrarlo al coche patrulla y huir con él. También pensé en liberarlo de su sufrimiento.

No pude hacer ninguna de las dos cosas.

Empezaron a sonar las sirenas. Los coches se acercaban desordenadamente como un enjambre de avispas que acabaran de despertarse. Lancé la bolsa con los diamantes por encima de la verja y salté detrás. Tres segundos después, recogía la bolsa con una mano y sostenía la M16 con la otra.

Atravesé corriendo un jardín trasero lleno de arriates de flores y árboles, y una pileta para pájaros de hierro forjado. Tenía que salir de la manzana antes de que la rodearan y cruzar una calle en pocos segundos. Mi existencia se reducía a la de una bestia que huye atolondradamente delante de los aullidos de los perros de caza. Mi futuro terminaba a los pocos segundos.

Mientras corría, recorrí la casa con la mirada, buscando una cortina que se corriera o algún otro movimiento que indicara que alguien miraba, alertado por los disparos. Pero nada se movió mientras yo atravesaba un parterre de flores, bordeaba un garaje y bajaba a toda velocidad por el camino que llevaba a la casa. Llegué a la calle a grandes zancadas, la crucé atropelladamente y subí por otro camino. Salté corriendo por encima de una valla de madera que en otras condiciones hubiera tenido

que trepar; y seguramente no lo habría conseguido con la carga del rifle y la bolsa. Estaba en otro jardín trasero. Un perro pequeño correteó a mi lado, ladrando con un tono agudo y mordisqueándome los talones hasta que salté otra valla. Me encontré en un callejón, delante de un enorme muro de cemento: era la pared de un cine. El muro me obligó a desviarme a la derecha, lejos de Wilshire. Al final del muro había un callejón estrecho. Me metí en él y reduje la velocidad de mis pasos; casi no podía respirar. Entonces me detuve, al darme cuenta de que todavía llevaba la careta y tenía el rifle en la mano. Cualquiera que me viera sabría qué estaba pasando. Por primera vez, me sentí paralizado por el miedo. Tenía los pantalones raídos y llenos de polvo por mi caída en la gravilla y la cara empapada en sudor, por debajo de la careta. Era un milagro que hubiera llegado tan lejos sin que me descubrieran. Pero no me podía quedar allí mucho más. En cualquier momento aparecería un coche de la policía por el callejón de detrás o la calle de delante y empezaría la batalla.

Avancé. La valla tenía una puerta que estaba abierta. Pasé y llegué a la parte de atrás de una casa grande y lujosa, una zona de servicio con una incineradora y unos cubos de basura, separada de los árboles, el césped y los rosales por una valla enrejada. Delante tenía la pared del garaje. Apiladas contra ella había cajas llenas de latas y botellas. Cerré la puerta y me dejé caer detrás de la incineradora, fuera del campo de visión de la casa.

El ruido de un automóvil que bajaba por el callejón aumentaba y se desvanecía por momentos. ¿Sería un coche de la policía?

No me podía quedar allí más que unos segundos. Pensé en esconderme, meterme en una madriguera como si fuera un zorro. Había sido una estrategia exitosa en otras persecuciones, pero ninguna era como aquella. Sabían que iba a pie. A los pocos minutos habría cincuenta coches patrulla en la zona. Cientos de policías empezarían la búsqueda.

Mi única esperanza era huir antes de que se pusieran en marcha, si es que no lo habían hecho ya. Delimitarían el terreno a partir de Wilshire Boulevard, porque sabían que yo estaba al sur. Si conseguía cruzar la avenida, quizá pudiera pasar desapercibido entre las multitudes del sábado.

Arrastré una caja de botellas hasta detrás de la incineradora y la volqué en el suelo. Metí el rifle y encima dejé la bolsa llena de diamantes. Me despojé del sucio abrigo y la corbata, y los metí también en la caja. La Browning era demasiado grande para ocultarla entre la ropa. La puse encima de todo y volví a llenar la caja de botellas.

Sin querer detenerme a pensar en el peligro que corría, salí por la puerta, recorrí el pasaje y aparecí en la acera que conducía a Wilshire. Estaba a treinta y cinco metros. Empecé a correr a toda velocidad. Detrás de mí se oyó el motor de un automóvil. Pensé que iba a caerme una ráfaga de balas, pero el coche pasó de largo.

Antes de llegar al límite del edificio, reduje la velocidad, intentando calcular el tiempo del semáforo para llegar justo cuando se pusiera verde. Cruzaría Wilshire y durante treinta segundos estaría a la vista de la acera de enfrente de Gregory's.

El semáforo se puso verde y di un paso sobre la acera. A la izquierda apareció una visión celestial. A unos diez metros había un autobús parado y con las puertas abriéndose: eran las puertas hacia mi salvación. Al acercarme, por un momento alcancé a ver la acera de Gregory's, que estaba a dos manzanas. Había congregada media docena de personas. El autobús me ocultaba la visión del otro lado de la calle, donde estaba la camioneta destrozada. Antes de subir al autobús, dejé bajar a una mujer negra con el pelo canoso, que bajaba remugando y agarrándose con fuerza a la barandilla.

Desde el último escalón, mientras esperaba a que el conductor encontrara cambio, pude mirar por la ventana de delante. Un coche de policía pasó por delante y giró por la calle por la que yo acababa de salir. Si no hubiera subido al autobús, nos habríamos encontrado en medio de Wilshire Boulevard.

El autobús se puso en marcha. Unos coches de policía iban en el otro sentido, tres con las luces rojas encendidas.

Cuando me senté, estaba estupefacto. Mis pensamientos iban a tanta velocidad que no me podía concentrar. Me puse a temblar. Era consciente de que sólo había pasado los primeros momentos de peligro. Los perros de caza seguían husmeando en busca de mi rastro. Cuando lo encontraran, empezarían a aullar.

Tenía que llegar al apartamento y coger la pistola del calibre 32, la única que me quedaba. También tenía que coger el coche, ropa, y ponerme en marcha. Calculaba que pasarían por lo menos varias horas, o quizás días, hasta que la pista les llevara al apartamento. Yo sólo necesitaba veinte minutos. El sudor no dejaba de brotar, seguía temblando, y la conmoción me impedía calibrar la gravedad de la situación.

Capítulo 2

Las calles tortuosas y sin aceras de los alrededores del apartamento estaban en silencio, salvo por el zumbido de los insectos en la maleza y el piar de los pájaros. Mientras subía las escaleras —me había bajado del taxi a medio kilómetro—, me preguntaba si mis enemigos me habrían tendido una emboscada y estarían agachados en el suelo del apartamento, esperándome. Era improbable y la verdad es que me daba igual. A veces se está tan cansado que ni siquiera la vida parece un bien demasiado preciado.

El apartamento estaba en silencio, a oscuras, frío; era un refugio. Dejé las luces apagadas. Todo era familiar: los cuadros sin acabar de Allison, sus arreglos florales, sus discos desordenados encima del sofá. La coraza que me protegía de mis emociones se agrietó al ver aquellas cosas. Me invadió una primera punzada de dolor. Toda mi vida era una vida malgastada, pero hasta entonces había tenido la posibilidad de enmendarme, de hacer penitencia y ser perdonado.

Reprimí aquellos sentimientos. Había que seguir jugando. Mi papel era el de un asesino de un policía buscado por las autoridades, despiadado e impenitente.

Me cambié de ropa. El revólver pequeño estaba en el bolsillo de atrás del pantalón. Tiré la ropa sobre una colcha e hice un fardo con ella. Cogí los doscientos gramos de marihuana y medio tarro de anfetás; ya que era un fugitivo, por lo menos que estuviera colocado.

Tenía que cambiar la matrícula del coche. Hacerlo allí era imposible; era muy fácil que me viera cualquier vecino al mirar por la ventana. La chabola de L. L. Red me pareció el lugar más adecuado para cambiar la matrícula y además descansar un poco mientras me reponía y decidía qué paso dar. El camino hasta allí sería seguro. Por lo menos durante unas horas seguiría en el ojo del huracán.

Un automóvil subía por la montaña. Su motor se oía cada vez más fuerte, pero el ruido se amortiguaba de vez en cuando al pasar por las curvas. De pronto, advertí que estaba cerca y lo reconocí. ¡Allison! Llegaba tres horas antes.

Sus zapatos repiqueteaban velozmente por la escalera. ¿Qué le podía decir? «Cariño, acabo de cargarme a un poli. Me las piro».

La llave giró en la cerradura y la puerta rebotó contra la cadena de seguridad. Allison sacudió la puerta.

—¡Max, Max, déjame entrar!

Eché un vistazo por la ventana, con el revólver en la mano. Parecía que había venido sola. Solté la cadena y Allison se precipitó en el interior de la casa y volvió a pasar la cadena. Estaba claramente alterada. Sabía algo. Aquello me asustaba.

—Te buscan —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído en la radio.

—¿En la radio? ¿Han dicho mi nombre?

—Era un boletín especial.

Me sobrevino el pánico. Era la una del mediodía. Era imposible que se hubieran enterado de mi nombre tan rápido, a menos que Aaron hubiera hablado más de la cuenta. Y aunque hubieran conseguido mis huellas, se tardaba horas en transmitir la fotografía a Washington. Más allá del origen de la pista, lo que aquello significaba era que me seguían más de cerca de lo que yo pensaba. El apartamento ya no era un refugio, ni siquiera temporal. Era una trampa.

—No me podía creer lo que estaba oyendo —dijo Allison—. He venido corriendo a casa. En el coche he vuelto a oír la noticia en otra emisora.

—¿Cuánto hace?

—Veinte minutos. He vuelto volando, tan rápido que me he dejado la toalla y las gafas en la playa. ¿Has matado a un policía? Han cogido a dos hombres. Dicen que uno va a morir.

—Ya lo sé.

—Son Aaron y Jerry. —Yo estaba junto a la ventana, vigilando la montaña. No se veía ningún movimiento—. ¿Son Aaron y Jerry? —repitió.

—Sí. A Jerry le han disparado.

—Pobre Carol.

—¡Joder, pobre Jerry! —No hablaba con ella. Tenía que pensar, tomar decisiones. Lo primero era marcharme de allí y después pensar. Me pregunté si serviría para algo. Al final todo acabaría igual. Si me fumaba unos porros, me emborrachaba y me iba a dormir, el final iba a ser el mismo. La Tierra seguía dando vueltas al sol. Me venció la desesperación. ¿Qué quedaba de lo que había sido mi vida hacía tan sólo un día? A la mierda.

—Lárgate. Puedes volver en veinte minutos. Ya me habré ido. Si te cogen, pide un abogado. Insiste, aunque sólo te pidan que les digas tu nombre. No digas nada más, sólo que quieres un abogado.

—No quiero marcharme. He venido a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¡Serás gilipollas! Se te ha ido la puta olla, tía. Esto no es un jueguito ni una peli de serie B. Con suerte, acabarás en la cárcel, como yo, pero igual te revientan la cabeza. Cuando vengan a por mí, el juicio se hará en la calle. Me importa una mierda si estoy en un jardín de infancia. No me voy a rendir.

—Soy consciente de los riesgos.

—¡No, no! ¡Lárgate! ¡Estás pirada!

Estaba al borde de las lágrimas, pero se mostró impasible. Viéndose incapaz de hablar, negó con la cabeza para mostrar su acto de rebeldía.

—Te quiero.

—Joder, eso es lo que me hace falta. ¡Amor! He matado a un policía.

—Necesitas a alguien que te ayude. ¿Cómo vas a comprar comida? ¿Adónde vas a ir? Tienes que encontrar algún sitio para esconderte. Por favor...

Tenía razón. Podía serme útil, por lo menos durante unos días, si es que duraba tanto. Intentaba disuadirla con todas mis fuerzas porque la apreciaba, pero no quería morir solo. Le puse el índice sobre los labios para silenciar sus súplicas.

—Vale, vale... Tienes diez minutos para coger todo lo que quieras llevarte. Tíralo todo encima de una manta y ata las puntas. Ahora vuelvo y te ayudo.

Bajé corriendo por las escaleras, tiré la colcha con la ropa en el GTO y volví a subir a toda velocidad para ayudar a Allison.

El automóvil se había calentado con el sol y abrí las ventanas para que entrara el aire. Bajando por la montaña, los temores se mitigaron. Mientras estaba en el apartamento, sólo pensaba en una cosa: moverme, huir de la trampa. Ahora sentía incluso un germen de emoción, casi agradable, la anticipación de un viaje. Siempre había querido recorrer el país en coche, ver cosas, y ahora el destino me daba la oportunidad de hacerlo. Probablemente era mi última oportunidad, pero en aquel momento aquello daba igual.

Por el retrovisor veía a Allison siguiéndome con su coche. Empecé a pensar. Ir en dos coches nos perjudicaba. Había que vender uno y tenía que ser el de Allison. Estaba registrado con su nombre verdadero y si lo conservábamos y teníamos que abandonarlo la policía podría rastrear su identidad. Pronto también estarían sobre aviso sobre mi coche, pero con las matrículas falsas todavía me serviría durante unos días.

Griffith Park estaba cerca —quedaba de camino a casa de L. L. Red— y tenía que decirle a Allison qué tenía que hacer. Entré en el parque por la calle del zoo, y me detuve en la acera, junto al campo de golf. Allison aparcó detrás.

Le dije que vendiera el coche y cobrara en efectivo. Como sabía que no sería capaz de encontrar la chabola de Red, porque no tenía dirección, le di la dirección de la casa de Mary Gambesi y le dije que nos encontraríamos allí, que me esperara si yo no estaba. Allison escuchó mis instrucciones. Tenía las mejillas encendidas. Asentía a todo lo que le decía. Aquel nuevo juego le resultaba emocionante. Haría lo que yo le dijera, pero en su actitud algo indicaba que interpretaba un papel, quizá inconscientemente; no comprendía realmente la gravedad de la situación.

—Cuando llegues, di que te he dicho que nos encontraremos allí. No le digas nada más. A lo mejor no sabe lo que ha pasado. Si no estoy, no te vayas.

—¿No me dejarás, no?

—No digas tonterías. Lo más probable es que llegue yo primero.

De camino a casa de Red, dando un rodeo por las autovías para evitar los barrios bajos en la medida de lo posible —allí había más posibilidades de encontrarse con

coches de policía—, tomé conciencia de la magnitud de la fractura que se había abierto en mi vida. Si conseguía recuperar los diamantes, sería imposible venderlos a través de Eric Warren o de cualquier otro perista. Si lograba salir del país con ellos, podría venderlos en pequeñas cantidades en otro lugar, pero nunca en Estados Unidos.

También intuí lo solo que estaba. Con los disparos en la zona de carga y descarga, todas las posibilidades de amistad habían quedado destruidas. Tenía que tratar a todo el mundo como un posible soplón. En cuanto a Allison, las circunstancias me obligaban a confiar en ella. No podía haber reuniones concertadas de antemano. Conocía la perversidad humana y comprendía los motivos por los que alguien puede llegar a marcar un número de teléfono: una recompensa económica, una autorización tácita para traficar con drogas, la desestimación de la acusación por un delito, pura maldad o miedo de verse metido en un asunto grave. No podía permitirme el lujo de confiar en los delincuentes. Quizá algunos fueran dignos de confianza, pero no me podía arriesgar.

No quería examinar cuáles eran mis probabilidades de éxito; la verdad podía llevarme a la desesperación. Pero sabía que, en la era de la informática, y con todo el mundo inscrito en los archivos, desaparecer era imposible. Quizá fuera posible en la India, o en el África profunda, pero nunca en Estados Unidos. Todo pasaba por los ordenadores: la compra de un coche, un trabajo, el alquiler de una vivienda. Mis huellas podían comprobarse en Washington en treinta minutos, desde cualquier lugar del país. Ni siquiera podía pagar impuestos; los ordenadores sospecharían de mí.

Mi única esperanza era salir del país, de América del Norte, del hemisferio norte. Necesitaba un pasaporte y no tenía ni idea de cómo conseguirlo.

Trunqué aquellos pensamientos. Lo primero era lo primero. Ir a casa de Red, coger la escopeta y volver a buscar los diamantes. No era un plan a largo plazo, pero por lo menos abarcaba un futuro algo menos inmediato del que había contemplado durante mi huida por jardines y callejones.

Cuando llegué, Red bajaba del coche. Al verme, se quedó pasmado. Por la expresión de su rostro era evidente que estaba al corriente del asesinato. Sus primeras palabras lo confirmaron:

—¡Tío, no te puedes quedar aquí!

Aquel exabrupto, alimentado por el terror, tampoco me resultaba del todo inesperado —si lo pensaba con detenimiento—, pero en aquel momento sólo me provocó asco y rabia. Red era un cobarde. Siempre lo había sido. Pero me había portado bien con él, era su amigo, y en nombre de aquella amistad bien podía armarse de valor. Por un momento, me dejé llevar por la desesperación, pero la furia no tardó en desatarse y apoderarse de mi cerebro con toda su fuerza. Abrí la puerta de un tirón y bajé del coche de un salto, apuntándolo con el revólver.

—¡Hijo de puta! —bramé.

—¡Max, Max! —gritó, dando un paso atrás y echándose las manos a la cabeza, como si pudiera detener las balas con ellas.

—¡En tu casa no quiero quedarme, cabrón!

Tropezó con el talón del zapato en una piedra y se cayó al suelo sentado. Todavía tenía las manos en la cabeza, con los brazos extendidos hacia mí.

—No lo decía por eso —dijo—. Quería decir que vendrán a buscarte aquí.

Bajé la pistola.

—Tranquilo, Red. Sólo he venido a por la escopeta.

—Voy a buscarla. —Se levantó como pudo y entró en la chabola. Le seguí—. Johnny Taormina me ha llamado —dijo—. Al billar. Por eso me he enterado. Mucha gente sabe que trabajamos juntos. Alguien les dirá que se pasen por aquí. ¡En serio, tío!

—Sí, vale. —Lo que decía era cierto, pero tardarían bastante en seguir aquella pista.

Arrastró el sofá medio destrozado que tenía, levantó una tabla del suelo de madera y sacó la escopeta envuelta en una toalla. Volvió a agacharse para coger más municiones.

—Joder, Max, me sabe mal que no lo hayas entendido bien. Tú eres como mi hermano. Si no estuviera seguro de que van a venir a buscarte aquí...

—Olvídalo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal? —Me seguía afuera de la chabola.

—La cosa se jodió.

—Joder, vaya mierda... Ahora que empezabas a estar forrado.

—Ya —dije, mientras entraba en el coche.

—Tío, si me necesitas, llámame al billar. Yo no vendría por aquí sin avisar.

—Ya te llamaré.

Mientras bajaba por la montaña, L. L. se quedó pasando un rastrillo por el suelo para borrar las marcas de neumáticos. Me sonreí. No había duda de que Red era de los que salían a flote.

No había cambiado las matrículas. No habría sido seguro cambiarlas delante de Red. Pero había conseguido la escopeta; la tenía debajo de un jersey en el asiento de al lado.

A los pocos minutos, estaba en la autovía, camino de casa de Mary, preguntándome cómo me recibiría. Si fuera necesario, cogería como rehenes a Mary y a sus hijos hasta que llegara Allison. Si tenía la misma actitud que Red, no habría otra opción.

A medio camino de El Monte, advertí dos policías de tráfico en moto detrás de mí. Se acercaban rápidamente, sorteando el intenso tráfico. No llevaban la luz roja

encendida. Refrené el impulso de apretar el acelerador. No conseguiría alejarme de ellos con aquel tráfico y tampoco parecían ir a por mí. De todos modos, comprobé que tenía la escopeta al lado y saqué el revólver pequeño y lo dejé en el asiento, detrás del trasero. Se separaron para pasar cada uno a un lado. Si intentaban algo, embestiría contra uno, lo aplastaría contra la valla divisoria de la carretera y a continuación le pegaría un tiro al otro.

Pasaron zumbando sin ni siquiera mirarme, levantando descaradamente las motocicletas del asfalto. Me sequé las manos sudorosas en el asiento, una después de la otra, y comprendí que, durante el resto de mi vida, cada vez que viera a un policía volvería a sentir aquel terror y aquella consternación.

Quince minutos después estaba en el camino de entrada de la casa de Mary. Aparqué en la parte de atrás, que daba a la entrada de otras viviendas. Entre las casas había ropa tendida y unos diez metros de hierba reseca. Mary estaba allí, recogiendo la ropa. Iba descalza, llevaba unos tejanos desteñidos y una camisa blanca de hombre sin planchar, con un nudo en el faldón y las mangas enrolladas. En el patio había otra mujer con un vestido estampado descolorido, esperando que Mary acabara para tender, con una cesta grande llena de ropa y dos niños pequeños.

La sonrisa radiante de Mary revelaba que no estaba al corriente de la noticia.

—Hola, forastero. ¿Dónde has estado?

—Ocupado. —Saludé con la cabeza a la vecina y sonreí. La mujer también sonrió. Era un gesto banal y sin ninguna significación.

—¿Dónde están Joey y Lisa?

—Vete a saber. Pasa. Hay café en la cocina. Voy enseguida.

Al dar la vuelta a la casa, alcancé a ver los patios de atrás de las demás viviendas por encima de las vallas. Reinaba un silencio absoluto. El ambiente silencioso me alentó a detenerme un momento en el umbral de la puerta. Las nubes pasaban a la deriva, con los bordes disolviéndose como el humo. Imaginé el hormiguero de la ciudad, con cada individuo ocupado en sus asuntos. Los asesinatos y la persecución no les importaban más que a tres o cuatro. Mis amigos de la cárcel hablarían un rato de mi situación, pero tampoco sería gran cosa: una conversación de pasada, sólo unos minutos y, como estábamos en noviembre, en seguida se interesarían más por las apuestas de la liga de fútbol americano. Ahora mismo tenía a unos cuantos policías furibundos, pero, al fin y al cabo, mis delitos y mi destino no eran más que insignificantes para todo el mundo menos para mi pequeño ego; el ego que se negaba a creer que el centro del universo estaba en cualquier otra parte, una creencia muy humana.

Estaba sentándome a tomar un café cuando entró Mary con la cesta en las manos. Me saludó de nuevo con una sonrisa.

—Necesitas una secadora —dije.

—No son gratis... Y si tuviera dinero, hay otras cosas mucho más importantes. —
Dejó la ropa seca y se sirvió un café. Se sentó a hablar conmigo. Charlaba alegremente y no me hacía preguntas. Estaba contenta de ver a alguien aparte de sus hijos y de los Darin. Mencionó que había recibido una carta de Joe y que me enviaba recuerdos, y me contó que Lisa estaba loca por los chicos.

Cuando se terminó el café, se disculpó diciendo que tenía que preparar la cena. Empezó a sacar cacharros de cocina, a coger cosas del frigorífico y a cortar judías y yo me quedé ensimismado en la mesa. Me invadió un agotamiento absoluto. Era algo más que fatiga física. Era mi mente, que me exigía huir de la realidad. Tampoco era nada nuevo. Cada vez que me habían detenido —y yo sabía que tenían pruebas contra mí—, había sentido aquella insoslayable necesidad de dormir. En cuanto me encerraban en la celda, me quedaba dormido para evadirme de la situación.

Casi me quedé dormido en la mesa. Mary lo advirtió y me miró con una mirada traviesa.

—Estás hecho polvo —dijo—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha dejado tu chica?

—No, ahora está haciendo un recado. Hemos quedado aquí.

—¿Por qué no te echas una siesta? Puedes dormir en la cama de Joey.

Entré en la habitación, dándole un abrazo afectuoso por el camino. Metí el revólver en un zapato y lo dejé al lado de la cama. No podía dejar la pistola debajo de la almohada. Si la policía entraba a hurtadillas mientras dormía, nunca podría llegar a utilizarla. Era mucho más rápido alcanzar el zapato. Así, si entraban en el dormitorio podría cogerlo sin que ellos arremetieran contra mí.

Me quedé dormido de inmediato y no soñé nada.

Allison me sacudió el hombro. Durante unos segundos, mi mente se resistió a despertarse. Lo primero que reconocí fue su olor y después tomé conciencia del entorno. Entonces todos los recuerdos se materializaron. Su rostro estaba levemente ensombrecido, porque las ventanas estaban veladas por la oscuridad exterior y sólo entraba luz por la puerta.

—Son las siete —dijo.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos horas. He estado hablando con Mary. Te he dejado dormir.

—¿Sabe algo ya?

—No. Y los niños están viendo un concierto en la tele. Si ponían las noticias, iba a pedirles que cambiaran de canal.

—Eres una tía muy lista, ¿eh?

—Me han dado ochocientos dólares por el coche —dijo, mientras cogía el bolso para sacar el dinero—. ¿Dónde te los dejo?

—De momento quédatelos. —Me aparté para que pudiera sentarse. Apoyé una mano en la parte baja de su espalda y la metí por debajo de la apretada cintura de sus

pantalones elásticos. Noté la suavidad de sus bragas y de su piel.

—Te has quitado el traje de baño.

—Sí, en una gasolinera. —Me cogió la mano y me la apartó—. Max, ahora no es el momento. Me pones nerviosa.

—Sólo estoy cariñoso.

—No es el momento. He llamado a Carol. Jerry está muerto. La policía estaba en su casa y me ha dicho que la volviera a llamar después.

—No tendrías que haberla llamado. No lo vuelvas a hacer.

—Es mi amiga. Imagínate cómo se debe de sentir.

—El teléfono podría estar pinchado. Le enviaré dinero dentro de unos días. Mejor no llames a ningún conocido.

—¿Y ahora qué hacemos? Tenemos dinero.

—Vamonos al cine con Mary y sus hijos.

—No lo dices en serio.

—Sí que lo digo en serio.

Allison se quedó callada. Estaba disgustada. No entendía nada.

Una sombra cruzó el umbral de la puerta. Era Joey.

—Max, ¿me das la chaqueta? Me voy a casa de un amigo.

—¿Por qué no vamos todos al cine?

—No sé si me dejará mamá.

—Vamos todos. ¿Dónde está Lisa?

—Lavando los platos.

Me levanté de la cama. Iba a coger los zapatos cuando me acordé de la pistola. Era mejor que Joey no la viera.

—Dile a tu madre que venga un momento.

Mientras el niño estaba fuera de la habitación, me metí el revólver en el bolsillo de atrás del pantalón y me puse los zapatos. Me estaba peinando cuando entró Mary.

—¿Qué es eso del cine?

—Invito yo. Mañana domingo puedes dormir hasta tarde.

—Tardaré un rato en arreglarme.

—Date prisa, ¿vale?

Nadie discutió que atravesáramos la ciudad para ir al cine, ni preguntó qué película íbamos a ver. Mejor, porque no les podría haber respondido. Conocía los alrededores del autocine, que estaba a cinco kilómetros de Beverly Hills. Se me ocurrió coger un taxi desde el cine, pero descarté la idea. Donde necesitaba pasar desapercibido era en los últimos cinco kilómetros. Si la policía seguía vigilando la zona, un automóvil con dos mujeres y dos niños no levantaría sospechas.

Allison llevó el peso de la conversación durante el trayecto. Charlaba con Mary. Joey sacaba todo el rato la cabeza por la ventana. Le gustaba que le acariciara el

viento, como a un cachorro. Lisa estaba sentada a su lado, callada. Por su actitud retraída y casi enfurruñada, no quería ir con nosotros. No había llegado a olvidar nuestro primer encuentro. Sentía lástima por ella; lo que me preocupaba no era lo que había sucedido, sino su vida y su futuro. Era guapa, más guapa de lo que lo son las niñas de natural. Era una rosa a punto de florecer, pero condenada a marchitarse prematuramente. Tenía tan pocas opciones en su vida que pensarlo resultaba deprimente. Por ingenuidad, y con la esperanza de escapar de la rutina, se casaría demasiado pronto con algún vecino, solamente porque estaba a su alcance. Su rostro perdería su frescura, porque nunca aprendería los trucos para conservarla. Su esbelto cuerpo perdería atractivo, por tener muchos hijos demasiado rápido, porque en el estrato de la sociedad en la que la píldora era realmente necesaria seguía sin utilizarse por una falsa vergüenza y por ignorancia. Me preguntaba si tenía sueños y decidí que, si los tenía, no debían de ser más que pequeños caprichos. No era suficientemente madura como para abrigar grandes ambiciones. Mi impulsiva preocupación no era solamente altruista; se había despertado junto con mi percepción de su joven belleza nubil. Más allá de las implicaciones sexuales, me indignaba la injusticia de su vida, una injusticia claramente ilustrada por el hecho de que a sus quince años estaba en aquel coche porque le servía de tapadera a un asesino.

En el centro dejé la autovía de Hollywood y cogí la de Santa Mónica. Con aquel rodeo, evitamos la zona más vigilada. El cine estaba a diez manzanas al norte de la salida.

Llegamos a la taquilla y nos esperamos a que pasara el coche que teníamos delante. El cartel anunciaba dos películas: *La gran evasión* y *Young Dillinger*. Mary me dio un codazo y me miró con expresión de contrariedad, pensando que había elegido a posta una película de gánsters. En realidad, ni siquiera me enteré de lo que sucedía en la pantalla y las películas se me hicieron una eternidad.

Al llegar a Wilshire Boulevard, giré a la derecha, en vez de ir directamente a la autovía.

—¿Adónde vamos? —preguntó Allison.

—Tengo que hacer una cosa. Serán dos minutos.

No dijo nada más, pero supe por su silencio repentino y absoluto que comprendía, por lo menos en parte, que habíamos ido al cine por algún motivo. Nadie más pronunció una palabra. Estaban contentos porque habían salido de casa.

Las tiendas de Wilshire Boulevard estaban cerradas, pero los escaparates seguían iluminados, mostrando hábilmente todo tipo de objetos, desde abrigos de visón a coches Rolls Royce. Un coche de policía pasó a nuestro lado en el otro sentido. El conductor apenas nos miró.

—¿Pones la radio? —preguntó Lisa.

—No va. Debe de haber habido un cortocircuito o algo. A los dos minutos

empieza a salir humo. Mañana la arreglaré.

Vi el cine y el callejón de detrás. El rótulo luminoso estaba apagado. Se me encogió el estómago. Aquel patio cerrado podría ser una trampa mortal. Si hubiera estado solo, habría llegado por el otro sentido y me habría acercado muy lentamente desde la otra manzana. De aquella forma, si la policía me esperaba, estarían concentrados en los movimientos en el callejón y la verja. Si llegaba poco a poco por detrás y esperaba, podría saber si vigilaban la casa. Pero con el coche lleno, no tenía tiempo para poner en práctica aquella táctica.

Giré por la calle del cine.

—En cuanto aparque —le dije a Allison—, ponte al volante y daos una vuelta. Volved a los diez minutos.

Ahora todos sabían que tenía algo entre manos. Daba igual. Quien controlaba la situación era yo.

—¿Qué vas a hacer, Max? —preguntó Mary.

El coche se paró. Ni siquiera le respondí. Bajé, di la vuelta al coche por detrás y entré como una flecha en el callejón. Apenas me detuve un momento para comprobar que el automóvil se ponía en marcha. Avancé sigilosamente en la oscuridad. Los objetos sólo se distinguían por formas imprecisas y algo más oscuras. El levísimo crujido de mis pasos resonaba como si fuera un estrépito. Saqué el revólver. Estaba preparado para disparar. Me entraron unas ganas irresistibles de orinar, pero tenía todos los sentidos alerta. Si la policía me había tendido una emboscada, estarían encima del garaje. Y seguro que esperaban detrás de las salidas de emergencia del teatro, para bloquearme el camino al huir.

«A la mierda», me dije, «estéis o no estéis ahí, vamos a acabar con esto». Avancé y abrí la puerta, deteniéndome un momento, no para ver si había alguien, sino para acostumbrarme a la oscuridad. Me invadió una alegría desbordante. Las joyas y la M16 seguían allí; si la policía hubiera encontrado el alijo, habría sabido que iba a volver. Meé contra la valla, le puse el seguro al revólver y me lo volví a meter en el bolsillo.

Sin preocuparme por el ruido y por el desorden, volqué la caja hacia un lado. Un perro ladró en otro patio. Cogí la bolsa, la abrí y metí el abrigo y la Browning. No tenía donde meter la M16. «A la mierda, también», me dije, pensando que la llevaría en la misma mano que la bolsa para taparla, aunque fuera parcialmente. Si entraba rápidamente en el coche y la dejaba en el suelo, los niños seguramente no la verían. Había una cosa que estaba clara: no iba a dejarla allí. Prefería dejar la mitad de los diamantes.

Me esperé en la puerta hasta que vi llegar el coche y salí corriendo. Di la vuelta por detrás del automóvil hacia el asiento del conductor, con la bolsa y el rifle en una mano, y en cuanto me senté al volante los dejé en el suelo. Allison y Mary vieron lo

que hacía, pero los niños no se enteraron de qué era.

—No he tardado mucho, ¿no?

Nadie respondió.

—Hay un sitio muy bueno para comer en el cruce de Crenshaw y Wilshire.

¿Queréis ir a comer una hamburguesa?

—No —dijo Mary—. Llévanos a casa.

—¡Mamá, tengo hambre! —dijo Joey.

—Ya te prepararé algo en casa.

—No es lo mismo.

—Cállate.

—Jo, mamá...

—No discutas con tu madre —dijo Lisa.

Joe se dejó caer en el asiento, de morros, y con los brazos cruzados.

Giré hacia el sur, hacia la autovía de Santa Mónica.

Capítulo 3

En el camino de vuelta a El Monte, nadie dijo nada. Mary y Allison estaban furiosas, y Joey hacía pucheros. La bolsa se desplazaba de un lado a otro entre mis pies con el movimiento del coche. Se oía el roce de los diamantes y las piezas de oro. Pasamos por el centro institucional de la ciudad. Uno de aquellos altos edificios era el de la comisaría central y los juzgados, en cuyas plantas superiores se hallaba la vieja cárcel del condado. Desde el exterior se veía una tenue iluminación, filtrada por los barrotes y las alambradas. Recordaba que desde allí Los Ángeles parecía un lecho de brasas humeante y plomizo.

Cuando entramos en el camino de entrada a la casa y los faros iluminaron la vivienda, les dije a Joey y a Lisa que entraran porque quería hablar un momento con su madre. Se metieron dentro y encendieron las luces.

—¿Qué has hecho, Max? —preguntó Mary, conteniéndose la rabia.

—He ido a recoger una cosa que tenía escondida.

—¿Por qué nos has llevado contigo? Lo tenías todo planeado.

—He pensado que la pasma podría buscarme por el barrio. Creen que he mandado a un poli al otro barrio esta tarde. Ha salido en las noticias.

—¡Dios mío! —exclamó Mary; tardó mucho en volver a decir palabra. Finalmente añadió—: ¿Qué les voy a decir a los niños? Mañana se enterarán de todo. Seguramente vendrá la policía.

—No sé lo que les dirás. Es cosa tuya.

—No es problema tuyo, ¿no?

—Yo tengo problemas más graves. No puedo pensar en nadie más que en mí.

—¿Qué habría pasado si hubiera estado aquí la policía?

—No estaban.

—¿Y si...?

—Ya sabes lo que habría pasado.

—Eres un cabrón, Max. —Volvió a quedarse en silencio, pensativa—. No sé qué hacer. No quiero llamar a la policía, ¿pero qué van a hacer cuando interroguen a Joey y a Lisa y se enteren de la verdad?

—Haz lo que te parezca mejor. Yo en tu lugar esperaré hasta mañana, a las diez o las once, y llamaré. Diles que te acabas de enterar de que me perseguían y les cuentas lo que ha pasado. A mí no me empeorará demasiado las cosas. —Cogí el fajo de billetes que había en el bolso de Allison, abrí la puerta del coche para que se encendiera la luz y conté quinientos—. Ten. Olvídate de dónde los has sacado.

—Lo cojo porque lo necesitamos, pero lo que has hecho no me parece bien.

—Me tranquiliza la conciencia.

—¿Qué conciencia?

—Tenemos que pirarnos, Mary. Seguramente nunca volveré a verte, pero quiero que sepas que lo siento, por si te interesa saberlo.

Mary bajó del coche, cerró la puerta y se apoyó en la ventana.

—Todavía me caes bien —dijo—. No sé qué más decir. —Y entonces le dijo a Allison—: Cuídalo.

Diez minutos después, volvíamos a estar en la autovía. Allison habló por primera vez en media hora.

—Eres el hijo de puta más grande que he conocido. Utilizar a esos niños...

—Cuando la vida es dura, hay que ser duro. Eso ya te lo he dicho alguna otra vez.

«Titulares de Los Ángeles... Las autoridades prosiguen la búsqueda de Maxwell Dembo, un ex presidiario sospechoso de matar a un agente de policía de Beverly Hills durante un temerario atraco en pleno día a una joyería. En el curso del atraco también ha sido abatido uno de los atracadores, Gerald Francis Shue. Otro de los ladrones, Aaron Billings, ha sido detenido en el escenario del delito. El botín de diamantes, estimado en quinientos mil dólares, no se ha recuperado todavía...».

—Nada nuevo —dije. Estábamos en la autovía de Long Beach, camino de Santa Ana. Mientras no incumpliéramos la normativa de tráfico, las autovías eran seguras para nosotros. Del mismo modo, con siete millones de habitantes en el área metropolitana, la población de Los Ángeles era suficientemente grande para perderse en ella por un tiempo, hasta que me disfrazara y consiguiera otro vehículo. Los ochenta kilómetros que ocupaba la megalópolis eran muy útiles para un fugitivo. La persecución se concentraría en Hollywood, el centro de la ciudad y los barrios del noroeste. Si me mantenía lejos de aquellas zonas era como si me hubiera marchado del estado. Al día siguiente, después de interrogar a Mary y a sus hijos, la policía contaría con una descripción del automóvil y de Allison, pero no sabrían su nombre ni tendrían una fotografía suya. Todas las personas que aparecían en algún lugar de mi expediente serían interrogadas y vigiladas.

Orange County formaba parte de Los Ángeles, en el sentido de que sólo estaban separados por un indicador en la carretera. Cualquiera que no viera la señal nunca sabría que había pasado de una ciudad a otra. La policía de Orange County habría recibido la alarma, enseguida recibirían mis fotos del archivo policial, pero tampoco esperarían realmente mi presencia. Alrededor de Disneylandia había centenares de moteles. Me acordé de uno que tenía bungalows con aparcamientos cubiertos independientes y entradas separadas, de forma que nadie me vería colarme dentro. Me quedaría tumbado en el suelo del coche mientras Allison entraba e iba a la recepción.

Antes de que encendiera la luz del bungalow, me colé por la puerta. Examiné rápidamente todas las habitaciones, miré por las ventanas y observé los alrededores, planeando mentalmente posibles vías de escape. Quité el seguro de dos ventanas y las

abrí unos centímetros, para comprobar que se abrían fácilmente. Detrás del motel había un camping para caravanas con suelo de gravilla, árboles y setos cuidados. Desde otra ventana podía ver el camino de entrada del motel y la recepción. Si vigilaba, nadie podría entrar a hurtadillas.

Allison había ido trayendo nuestras cosas del coche mientras yo examinaba la suite.

—Pareces un gato callejero, merodeando por ahí, vigilándolo todo —dijo.

—Me siento como un gato con el culo empapado en gasolina.

—Aquí estamos seguros.

—Yo no estoy seguro en ninguna parte.

—¿Sabes qué? Tengo hambre.

Llevaba un rato con un leve dolor de cabeza. Al oírla, me di cuenta de que se debía al hambre.

—Sí. Hasta los asesinos tienen que comer.

—No digas esa palabra. Es muy triste.

—Intento acostumbrarme a una triste realidad. Tú tendrías que hacer lo mismo.

—Miré el reloj—. Hay un supermercado abierto a un kilómetro. Lo hemos visto al pasar. Compra algo para comer. Pero vuelve enseguida.

—¿No confías en mí?

—Si no confiara en ti, no estarías conmigo. Pero en cuanto vea que no vuelves a los quince o veinte minutos, pensaré que te ha pasado algo.

Siguiendo mis indicaciones, Allison apagó las luces al salir, para dar la impresión de que el apartamento estaba vacío. La miré por la ventana mientras se alejaba. Las luces de freno se encendieron un momento cuando frenó al final del camino. Cuando se hubo marchado, seguí mirando por la ventana diez minutos más, mientras pensaba en lo que tenía que hacer: limpiar la Browning y volverla a cargar, comprobar la M16, sacar los diamantes de los engarces, clasificar nuestras pertenencias y volverlas a embalar. Con las prisas de huir del apartamento, lo habíamos envuelto todo en unas colchas.

De pronto, me acordé de las noticias de la una de la madrugada de la KTTV. Pasaban unos minutos de la una.

En la pantalla aparecieron imágenes de la guerra de Vietnam: unos jóvenes oficiales estadounidenses al frente de patrullas survietnamitas, metidos hasta la rodilla en el barro de los arrozales. El locutor leyó las cifras de víctimas de la semana —las suyas y las nuestras— y de los bombardeos. Leía las cifras como si fueran resultados de fútbol.

A continuación emitieron un anuncio de suelos de terrazo y después otros de detergente, de seguros de automóvil y de la Asociación Americana contra el Cáncer. Apareció otro locutor para transmitir las noticias de Los Ángeles y alrededores. El

titular era la muerte del agente de policía y del atracador, y la desaparición de quinientos mil dólares en joyas. Mostraron fotografías de la fachada y del interior de Gregory's, y unos segundos de vídeo en los que se veía a una grúa llevándose la camioneta, con la parte delantera suspendida en el aire; después, un fragmento más largo en el que subían a una ambulancia un cadáver cubierto con una sábana. El relato de los sucesos en el interior de Gregory's se completaba con breves entrevistas a la secretaria y a Neissen. Enseñaron una fotografía del agente de policía muerto, joven, rubio y sonriente. Estaba casado y tenía una hija de seis años. Un capitán de policía con los cabellos grises me mencionó como principal sospechoso, un ex presidiario que presuntamente había cometido otros robos en los últimos meses. Dijeron que sabían que estaba actuando en la zona y me buscaban, y habían visto algo sospechoso delante de la joyería. Escuchándolo, recordé las palabras de Aaron y la secuencia de los hechos. En cuanto lo vieron, dieron la vuelta, e inmediatamente dieron la alarma del robo, sin interrogarlo siquiera.

El locutor dio mi descripción y mostró una fotografía mía del archivo policial de Los Ángeles tomada hacía diez años. Apenas escuchaba. No paraba de pensar. Lo sabían de antemano; eso quería decir una cosa. Alguien había dado el chivatazo, alguien que tenía una información parcial. Sólo una persona sabía algo: Willy Darin.

Había pillado la pista de «Beverly Hills» cuando estábamos en su garaje. Sabía que había un hombre negro en la operación. Lo habían detenido en la prueba de la nalorfina y había proporcionado la información que sabía a cambio de su libertad. Seguramente demostró que no mentía dando detalles del robo del supermercado. Ahora entendía perfectamente por qué había salido a los tres días.

También era culpa mía. Había alardeado de mis planes y hablado más de la cuenta. Hasta el momento le había costado la vida a Jerry. Aaron acabaría igual y mi muerte también estaba prácticamente asegurada. (En aquel momento no pensé en la vida del policía). Y yo sabía que Willy era débil; le había visto muestras de debilidad en muchas ocasiones, especialmente cuando me había dejado plantado, hacía tantos años.

Recordé los regalos que le había hecho y los errores que le había perdonado. Pensé en nuestra amistad. Los recuerdos alimentaban mi furia. Tenía que morir. Lo llevaría a algún descampado, lo mataría y enterraría el cadáver. La policía sabría lo que había sucedido, pero nunca conseguiría pruebas. La verdad es que daba igual. El viejo cliché de los asesinos era cierto: sólo me podían hacer pagar por un asesinato. Después de matar al policía, el resto de los crímenes me salían gratis.

La luz de unos faros se reflejó en las paredes de la habitación. Apagué la televisión y corrí hacia la ventana. Era Allison, que entraba en el aparcamiento. Le quité la cadena a la puerta y esperé.

Entró rápidamente, con unos vasos de café desechables y una bolsa blanca con

manchas de grasa.

—Parece que has encontrado algo —dije.

—El supermercado estaba cerrado —dije—, pero he encontrado una cafetería. Había un policía dentro. Me miró, pero no sé si flirteaba conmigo o sospechaba algo.

—¿Te ha dicho algo?

—No, sólo me miraba fijamente.

—¿Has vuelto por calles oscuras, para ver si te seguían?

Se quedó callada; su silencio expresaba claramente la respuesta. Comprobé la Browning y me fui a la puerta lateral.

—¿Adónde vas? —preguntó Allison.

—A echar un vistazo.

—Se te va a enfriar el bocadillo.

No contesté. Salí sigilosamente, di la vuelta al bungalow, oculto en la oscuridad, y me metí por un agujero entre los setos hasta llegar al camping de caravanas. Entre las hileras de las *roulottes* había caminos de gravilla bien delimitados. Caminé tranquilamente hasta la parte de delante. Un espeso seto dejaba ver el camping desde la autopista. Me metí dentro, protegiéndome la cara con un brazo, y encontré un hueco desde el que podía observarlo todo tumbado en el suelo. Se veía un kilómetro y medio de autopista en los dos sentidos. Pasaron varios vehículos, hasta un coche de la policía de tráfico. Me fijé en si aparecían camiones de la leche o de la compañía telefónica, vehículos que no llamaban la atención. Eran los que utilizaban para no levantar sospechas. No vi ninguno.

Me pregunté cuánto tiempo podría mantener aquel estado de paranoia necesario para la supervivencia. Conocía tres casos de hombres que habían matado a un policía en el transcurso de un delito. Dos eran asesinos por naturaleza, y no por cobardía, que era lo más habitual. Eran coléricos, implacables, despiadados. Esperaban su destino con la furia de un tigre herido, que prefería la muerte a la captura. Los habían detenido sin que opusieran resistencia. A uno lo habían ejecutado; los otros dos, también condenados a pena de muerte, sobrevivían a base de apelaciones. Me pregunté cómo se habían dejado coger vivos. En mi caso, era consciente de que mi imaginación desaforada podía sumirme en un estado de desesperación y parálisis. Pero ellos no tenían un carácter imaginativo.

Tumbado mirando la autopista, comprendí lo que había sucedido. La preparación mental necesaria para enfrentarse a una muerte inmediata no se puede mantener indefinidamente. Uno se puede mentalizar, como en una batalla o en un delito, pero la disposición visceral a tirar la vida por la ventana desaparece en cuanto uno se relaja o con el agotamiento. Necesitaba estar preparado mentalmente para morir cuando me encontrarán.

Durante unos segundos me imaginé que entraba al trapo en una comisaría con el

rifle automático y me dejaba llevar. Pero era consciente de que era una fantasía. Aquello era un suicidio y yo quería vivir.

Media hora después, volví al bungalow del motel. Allison se había quitado los pantalones ajustados y el jersey. Llevaba una media combinación, que se había subido para cubrirse los pechos y le caía suelta. Las bragas de encaje asomaban por debajo. Era un conjunto provocativo. Estaba arreglando nuestras pertenencias encima de la cama y doblando bien la ropa.

—¿Adónde has ido? —preguntó.

—Quería asegurarme de que nadie te había seguido.

—Estaba muerta de miedo. Por favor, tienes que decirme lo que haces... Sea lo que sea. Estoy contigo hasta el final, pero estoy muerta de miedo. Se van a enfriar los bocadillos. Bueno, ya están fríos. Y el café también.

—Vale, intentaré no asustarte más.

La comida estaba encima de la mesilla, colocada cuidadosamente junto a unas servilletas. También había descubierto la cama y ordenado mis útiles de afeitado.

—No sé qué haría sin ti —dije. Me acerqué a ella por detrás y la abracé, enterrando la cara entre su pelo. Ella me abrazó también. La pistola que llevaba en la cintura chocó contra su cadera.

—¡Ay! —exclamó, entre risas—. Eso siempre está entre nosotros, ¿no?

Mientras terminaba el bocadillo, Allison acabó de arreglar la ropa.

—Tenemos que comprar una maleta —dijo.

—Mañana... Mañana hay que hacer muchas cosas. ¿Qué dan en la tele?

—Una película muy mala.

—Enciéndela, si no tienes sueño.

—¿No estás... demasiado tranquilo? Es que estar como en casa, dadas las circunstancias...

—¿Qué voy a hacer? ¿Rasgarme las vestiduras y darme cabezazos contra el suelo?

—No, pero... Me parece que tendríamos que comportarnos de otra forma.

—Mira, al lado de la ventana hay una metralleta y encima de la silla hay unos diamantes robados que valen medio millón, y ni siquiera les prestamos atención. Y llevo encima una pistola todo el rato. Después de liquidar a un poli, aún hay que comer, cagar y respirar. Igual no durante mucho tiempo, pero por lo menos mientras dure.

—¿Tienes alguna posibilidad de escaparte?

—Nadie se escapa. Sólo son aplazamientos.

—No te he preguntado eso.

—La verdad es que creo que me encontrarán y me matarán. Si duro más de tres meses, será un milagro.

Allison frunció el ceño.

—Pase lo que pase, lo haremos lo mejor que podamos. Hoy me he preguntado por lo menos diez veces cómo me había metido en esto. No es que tenga dudas... No te lo reprocho, cariño —me dio un beso al aire—. Pero quería encontrar en mí algo malo, algún defecto, algún vicio. Pero no siento nada malo. Ya sé lo que piensa la sociedad, lo que me harán por estar contigo. Pero siéndote leal a ti me siento más honrada que nunca. No es que no sepa lo que siento, pero lo que me confunde es pensar cómo llegué a sentir esto. —Sonrió traviesa—. A la mierda, ¿no?

Me hizo reír.

Vimos la película, una saga japonesa de unos monstruos marinos gigantes, que se habían transformado en mutantes por una explosión atómica y se sublevaban para destruir ciudades. Una cosa llevó a la otra y acabamos haciendo el amor. Fue especialmente tierno y satisfactorio, porque la precariedad nos hacía más conscientes del cariño que nos dábamos.

Allison se durmió, pero yo me quedé despierto. Mi cuerpo se sentía débil, pero mi mente se negaba a rendirse a su exagerada agitación. Me quedé largo rato concentrado, sobre todo, en la sensación de estar vivo y de sentirme vivo, en el frescor del aire acondicionado por encima de mi torso desnudo, en el sabor y el aroma del cigarro, en los latidos de mi corazón, en el dolor de mis músculos cansados y la actividad continua de mi estómago. Acaricé el hombro desnudo de Allison, quería sentir la presencia de otra vida. La vida era maravillosa. Era lo único que importaba. Pero no significaba nada si no vivías como querías.

En la cárcel había pasado muchas noches pensando en la muerte, intentando concebirla, percibir el misterio que entrañaba, y sólo una vez conseguí imaginar la nada, un momento aterrador, un súbito pavor que no se puede afrontar más que por un instante, con la misma fugacidad con la que se mira directamente al sol.

Había matado a otro ser humano. Era un representante de aquellos a quienes odiaba, aunque en realidad había conocido a policías y guardias que eran buenas personas. Los respetaba y me caían bien. Pero eran casos raros, individuos a los que consideraba aparte, desvinculados de los que me habían jodido la vida, año tras año. No sentía nada, ni desde luego ningún remordimiento por haberlo matado, pero no pensé en su mujer y su hija. Él había matado a Jerry con más sangre fría de la que yo había demostrado al matarle a él.

La verdad es que matar no era algo totalmente nuevo para mí. A lo largo de mi vida había habido muchas veces en las que me había decidido a matar a alguien; bloqueaba la mente y me negaba a pensar en el sentido del acto o en las consecuencias. Un par de veces había sido durante un ataque de furia, pero en aquellas ocasiones no había tenido a mano un arma o la víctima había huido. Nunca había tenido ningún reparo en matar. Mi sistema de valores se había formado en la

jungla del reformatorio y en la cárcel. Nunca había oído a nadie condenar el asesinato por motivos morales. Algunos creían que la violencia «no molaba» o era «una estupidez», pero nunca estimaban que fuera mala.

Y al día siguiente por la noche mataría a Willy Darin, mi amigo del alma; Willy, la rata de cloaca. Me dormí pensando en cómo lo iba a hacer.

Capítulo 4

Nos despertamos porque llamaban a la puerta. Ya había saltado de la cama desnudo, con la pistola en la mano, cuando me di cuenta de que, si fuera la policía, habría derribado la puerta sin llamar o habría rodeado el motel y habríamos oído los megáfonos. Mi acto reflejo demostraba que un hombre perseguido aprende a dormir como los animales y siempre está preparado para salir corriendo.

Era el encargado del motel, que le decía a Allison desde fuera que era casi mediodía. Le di instrucciones al oído y ella respondió que se quedaba otra noche.

En las noticias del mediodía yo había quedado reducido a una línea; continuaba la persecución por el sur de California del sospechoso por el asesinato de un policía.

A lo largo de la lluviosa tarde arrancamos los diamantes de los engarces con unas pinzas que nos dejaron en la recepción. Era como desenvainar guisantes. El montón de piedras brillaba encima de la colcha. Los trocitos de oro, desperdicios que había que tirar a la basura, los colocamos en un periódico. Conté las piedras, como si fueran canicas: había cuatrocientos diamantes y dos docenas de rubíes, esmeraldas y perlas. La mayoría los metimos en el bolso de Allison, pero aparté cuarenta diamantes pequeños, los metí en un sobre y me lo guardé en el bolsillo. Si nos separaban, o si pasaba cualquier cosa, yo tendría dinero para ir tirando. Además, así si me pillaban no recuperarían todo el botín.

Leímos los anuncios clasificados del periódico de Santa Ana y señalamos todos los anuncios de particulares que vendían automóviles de cinco y seis años de antigüedad. Allison empezó a hacer llamadas. Cuando estaba a punto de salir, le dije que volviera después de comprar el coche, recogiera nuestras cosas y se marchara a San Diego. Una vez allí, tenía que coger una habitación en el hotel El Cortez. Yo iría a la mañana siguiente.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo cosas que hacer.

Cuando se marchó —ya había anochecido—, me afeité la cabeza por encima de la frente y en la coronilla, pero me dejé las patillas. Las teñí de gris y me apliqué loción de bronceado sobre la piel que había quedado a la vista. Parecía que estuviera calvo. Me puse gafas. Con aquellos cambios aparentaba veinte años más.

Cogí la Browning y el revólver del calibre 32. El arma más pequeña haría menos ruido. A las diez y media pasaba por delante de la casa de Willy. La primera vez pasé rápido, examinando el entorno para ver si vigilaban la casa. Luego volví a pasar lentamente y observé con atención la vivienda. Las luces estaban encendidas. El coche de Willy estaba en su sitio habitual, aparcado en el camino.

Di la vuelta a la manzana y aparqué en la calle de atrás. Atravesé un solar vacío y llegué al patio trasero de la casa. La hierba, que llegaba a los tobillos, estaba húmeda.

Había dejado de llover, pero aún amenazaba lluvia. Me encaramé a una inestable verja metálica que me llegaba a la cintura, y al bajar por el otro lado me quedé debajo de un árbol. La casa de Willy estaba a seis metros. Estaba muy oscuro y hacía frío. Las nubes tapaban la luz del cielo. De vez en cuando se oía el ruido de un vehículo pasando por la carretera.

Esperé allí inmóvil unos minutos, intentando acostumbrarme al frío, pero sin dejar de tiritar. Me asaltaron las dudas. Puede parecer insólito que una simple noche fría pueda disuadir a un asesino con la firme decisión de matar, pero estaba incómodo y nada me obligaba a cometer aquel crimen, más allá de mi decisión. ¿Quién sabría que había cambiado de opinión? ¿Quién me iba a culpar? La duda se disipó en cuanto recordé la sangre de Jerry empapando el suelo y me imaginé a Aaron dentro de una celda. Todo era culpa de Willy.

Esperé a que Willy bajara al garaje a buscar su equipo para pincharse. Todos los drogadictos se pinchan antes de acostarse. Si no aparecía, me colaría por la puerta de atrás, encendería la luz del dormitorio y lo mataría en la cama. Sería una escena escabrosa y Selma se pondría a gritar, pero si era la única forma de hacerlo, tendría que ser así.

Esperarlo pasando frío era una tontería. Avancé junto a la verja, agachado para que no se viera mi silueta, y me metí en la habitación a oscuras. El material estaba en el sitio de siempre. Me esperé junto a una ventana, sin dejar de vigilar la puerta de atrás.

Había pasado medianoche cuando Willy salió por la puerta de atrás de la casa, dando un portazo que resonó en la quietud de la noche. No iba hacia el garaje, sino que dio una vuelta a la casa y se dirigió al camino.

Salí tras él. Hasta que no di la vuelta a la esquina y llegué al camino, donde podía verme cualquiera, no pensé en la posibilidad de que la casa estuviera vigilada. Era demasiado tarde para volver.

Willy oyó mis pasos y se volvió, sobresaltado. En la oscuridad era imposible verle la cara. Yo tenía la Browning en la mano, pero no la levanté, para que no la viera.

—¿Quién hay? —preguntó, tenso, preparado para la fuga o para la lucha.

—Shhh... —dije. Me acerqué rápidamente a él.

—¡Max! —Su voz destilaba consternación.

—Calla —espeté—. Tranquilo. Necesito ayuda.

Aquellas palabras le hicieron detenerse. Advertí la confusión que le pasaba por la mente. Pensaba que no sabía lo que me había hecho. Era lo que quería.

—Tío, van a por ti. No tendrías que haber venido.

—¿Adónde voy a ir a buscar ayuda?

—¡Dios! Esta tarde han estado horas en casa de Mary.

—¿Te han interrogado?

—No, pero, joder, los esperaba en cualquier momento.

—Pensaba que sabrían que somos amigos. Venga. Salgamos de aquí. No quiero que los niños estén por aquí si se presenta la poli y empiezan los tiros.

—Tío, yo no quiero meterme en líos. No soy ningún gángster. No puedo soportar las presiones.

—Ya —dije, fingiendo indignación y ocultando mi auténtica furia—. Tú sólo eres amigo mío cuando monto una fiesta. Eres un cabronazo.

—Por el amor de Dios, tengo parienta y chavales. No soy más que un patético drogata.

—Mira, gilipollas, sólo necesito que vengas conmigo a Saltón Sea para ir a buscar un coche y luego dejes el mío en otra parte. Ya me escondo en casa de otro amigo.

—Tío, estoy cagado de miedo.

—Te daré quinientos.

—Da igual, estoy cagado. Sales en las noticias cada puta hora.

—¡Vas a venir conmigo, cabrón, vas a volver con mi coche y lo vas a dejar por ahí! —Levanté la pistola.

—¡Joder, Max! Tío, no te vuelvas loco. Iré contigo.

—Pues vamos.

Volvimos a dar la vuelta a la casa.

—Déjame coger el material. Me pincharé antes de volver.

—Venga.

Lo esperé en la puerta y me quedé detrás de él mientras saltaba la verja. Volvimos entre las hierbas adonde tenía el coche aparcado.

—Conduce tú —dije.

—Vale, pero aparta esa puta pistola. Estás loco, cabrón...

Al subir en el coche, su actitud dejó de estar marcada por el pánico. Ahora tenía miedo, pero creía que yo no estaba al corriente de su infamia. El miedo que sentía ahora se debía a la posibilidad de meterse en líos a causa de mi desesperación.

—La dejo aquí por si la necesito. —Dejé la pistola en el regazo y me apoyé tranquilamente contra la puerta. Así lo podía vigilar.

Recorrió los primeros kilómetros por carreteras secundarias. Era más lento, pero también más seguro. A la entrada de la autovía, había que salir a una avenida y atravesar un cruce muy transitado con un semáforo. Era improbable que Willy supiera que iba camino de su ejecución, pero si lo intuía, intentaría salvar la vida allí. Con vehículos en marcha y gente en las aceras, podía tirarse del coche y salir corriendo. Era su última oportunidad. Después iríamos demasiado rápido. Era lo que yo habría hecho si estuviera en su situación. Decidí que, si intentaba coger la puerta, empezaría a disparar, pero si conseguía alejarse tampoco lo perseguiría. Por venganza

no merecía la pena correr el riesgo de que me mataran o me detuvieran.

Cuando llegamos al cruce, me puse a hablar, para ahuyentar sus miedos.

—Di el gran golpe —dije—, pero he tenido mala suerte.

—Sólo espero que la mierda no te caiga esta noche.

—Esta noche no va a pasar nada —dije.

—Es una pasada de pasta, medio millón.

—Si puedo gustarla...

—Tío, vaya mierda que tuvieras que liquidar a ese poli. Y tus colegas... Me alegro de que no te trincaran.

—Todavía...

—¿Qué fue mal?

—Nos pillaron. Mala suerte, ya lo has dicho tú.

Willy estaba tranquilo y redujo la velocidad junto a los demás vehículos cuando llegábamos al semáforo. Justo antes de pararnos, el semáforo se puso verde y Willy apretó el acelerador. Me relajé. Puso el intermitente y subió por la rampa para entrar en la autovía, mientras el coche aumentaba de revoluciones.

—¿Sabe ese tío que vas a ir esta noche?

—Sí, lo he llamado por la tarde.

—Anoche la tuve con la parienta. Se enteró de lo que había pasado antes que yo. Yo me enteré anoche al llegar a casa. Estaba que se relamía. Me puse como una moto. Es una arpía... Vaya si le dije cuatro cosas. —El tono de preocupación de Willy era sincero. Se preocupaba por mí, pero de todos modos me había delatado. No se había soplado por malicia, sino sencillamente por debilidad. Era de aquellos que cuando se enteraban de lo que habían provocado tenían remordimientos; pero aquellos remordimientos ahora quedaban olvidados, porque creía que yo no estaba al corriente de su traición.

Avanzábamos a toda velocidad, kilómetro tras kilómetro. Cada vez había menos coches y las luces que había al otro lado de la valla se volvieron más dispersas. Fingí escuchar la radio del coche y sus canciones que simplificaban la vida. Sentía cierto pesar por lo que iba a hacer. Willy era un desgraciado y un ser despreciable —pero también lo era yo para la sociedad— y matándolo haría daño a otras personas: Mary, sus hijos y Selma, aunque ella tampoco me preocupaba realmente. Nunca comprenderían las leyes del mundo en el que yo vivía, las únicas que yo tenía que respetar.

Aquel ápice de compasión se debía también a que quería dudar de su culpabilidad. En realidad no tenía pruebas. Sólo había deducido su culpabilidad por un proceso de eliminación. Pero aquél era un hecho que ninguna teoría podía negar: era la única persona que lo sabía, aparte de Jerry, Aaron y yo. Allison no sabía nada. Y si Jerry se lo había contado a Carol, era evidente que ella no quería que le sucediera

nada. La policía sabía exactamente lo que sabía Willy, ni más ni menos.

Lo mataría. La decisión era firme, pero primero lo obligaría a confesar y eliminaría cualquier sombra de duda.

Al sudeste de Riverside empezó el desierto, pero la autovía continuaba. No recordaba que la autovía llegara tan lejos. Tenía en mente coger una autopista estrecha de la que salía una carretera secundaria que llegaba a las montañas de San Jacinto. Subiendo por aquella carretera había un camino de tierra que garantizaba una intimidad absoluta. No había nada en un radio de kilómetros.

Los faros iluminaron un letrero del arcén: PALM SPRINGS, 40 KILÓMETROS. No tenía ni idea de dónde estábamos respecto a la carretera secundaria y era absurdo obligar a Willy a dar vueltas en busca del lugar de su ejecución. Podía seguir en dirección a Saltón Sea, porque seguro que en algún punto de aquella inmensidad encontraría un lugar adecuado.

La autovía se acababa después de Palm Springs. El coche seguía adelante, junto a la línea blanca discontinua. Un único automóvil pasó en el otro sentido, deslumbrándonos con los faros. En una ocasión adelantamos a un camión diesel. El resto era una desolada inmensidad. Avanzábamos a toda velocidad, sin tiempo para que los faros nos permitieran ver cualquier objeto imprevisto, pero tampoco había ninguno. La luna llena perfilaba con luz plateada los contornos y las sombras de la extraña belleza del desierto, y resaltaba las formas inauditas de los arbustos y los cactus.

Se me ocurrió otro problema. No tenía pala. Y la tierra era dura. ¿Qué pasaría si encontraban el cadáver? Sería preferible que no lo encontraran, pero tampoco era algo fundamental. Si lo dejaba a quinientos metros de la carretera tardarían semanas o incluso meses en encontrarlo. Era tiempo más que suficiente para que yo estuviera lejos y a salvo, o ya me hubieran detenido.

Las reflexiones se sucedían en silencio. Finalmente me armé de valor. Abrí la guantera. El haz de luz brilló en la oscuridad del entorno.

—Para —dije—. Quiero mirar una cosa.

—¿Y si pasa la patrulla de tráfico?

—Hace cuarenta minutos que no vemos ningún coche. Y cuando pasan se ve a quince kilómetros. Para el cacharro. Quiero arreglar esta pistola.

—Tío, ya lo harás cuando lleguemos.

—Para el puto cacharro. —Saqué el cargador de la Browning, con la intención de tranquilizarlo. Aparcó en el arcén. El coche rebotó sobre la tierra blanda.

—¿Qué le pasa? —preguntó Willy

Apagué la radio.

—El muelle del cargador se está jodiendo.

—Ya lo arreglarás luego.

—Nunca sé cuándo la voy a necesitar. Igual tengo que liquidar a alguien, a algún cabronazo. —Dejé que las palabras resonaran en el aire, para que Willy las asumiera, mientras sacaba los cartuchos del cargador, uno a uno. Miraba a Willy de reajo. El ambiente era amenazador. Era posible que se abalanzara sobre mí, al ver la pistola descargada. Así se delataría, pero también desencadenaría una masacre. Yo tenía un codo en el seguro de la puerta. Si se movía, bajaría rápidamente del coche y sacaría el 32 del bolsillo trasero del pantalón. Casi olía su miedo.

—A la mierda —dije, tirando la Browning descargada en la guantera y cerrándola de golpe. En la mano derecha tenía escondido el revólver—. ¿Por qué te soplaste? —pregunté.

Willy dio un respingo, y se echó atrás hacia la otra puerta. Estaba a punto de salir corriendo.

—¿Pero qué dices, tío?

—Ya sé por qué, lameculos. Para salvar el pellejo.

—¡Estás loco, tío!

Los pensamientos y las sensaciones me atravesaban en ráfagas. Ninguno duraba lo suficiente para tomar forma. Era importante que aquella escena tuviera moraleja, que se viera el sentido. Tenía que hacerse justicia y la iba a impartir yo. Pero no había nada que decir. Saqué el revólver, se lo puse rápidamente sobre la rodilla y apreté el gatillo. La culata rebotó contra la mano y el disparo resonó en el espacio cerrado y detonó en mis tímpanos. La bala destrozó el hueso y el cartílago, rebotó en algún lugar, atravesó la ventana, dejando un agujero y grietas diminutas, y salió despedida en la noche.

Willy gritó, se cogió la rodilla con las dos manos y se inclinó hacia delante. Se dio con la cara en el volante.

—¡Hijo de puta! —exclamé. Estaba mareado, pero me obligué a apartar de la cabeza todo lo que no fuera rabia. Es más fácil matar cuando se está furioso que a sangre fría.

—¡Max, no, por favor! —suplicó lloroso. Sus ojos blancos destacaban en la oscuridad.

Bajé del coche con un salto, di la vuelta a toda prisa por detrás y abrí la puerta del conductor para arrastrarlo cogiéndolo de la chaqueta. Intentó ponerse de pie, pero con la rodilla despedazada, se desplomó en la carretera.

—Dios mío, Dios mío... —salmodiaba una y otra vez, como si alguien le pudiera oír en aquella inmensidad.

No soplaba el viento y hacía un frío glacial. El silencio y la desolación eran absolutos. Los haces de luz de los faros se extendían hacia el infinito. Podríamos haber sido los únicos seres vivos en todo el mundo. Había perdido el control, pero entonces me acordé de la confesión. Si la policía podía hacerle hablar, yo también. Su

incentivo era la libertad; el mío, la propia vida.

Me agaché para entrar en el coche y apagué los faros. La luz de la luna bastaba para distinguir las formas en la oscuridad, aunque los colores quedaban reducidos al negro y al plateado.

Mientras tanto, Willy se había sentado, con las pocas fuerzas que tenía. Su pierna fracturada se extendía hacia un lado, formando una curva antinatural. Mantenía la postura apoyándose con la mano en el asfalto. De su boca provenían gimoteos suplicando clemencia y un alegato incomprensible en defensa de su inocencia.

—Sé que has sido tú —dije—. Y si no me dices por qué, vas a morir... Tienes que darme una razón para no matarte.

—¡Max, Max! Yo no he sido... Eres como mi hermano. Soy débil... Pero no soy un traidor.

Sus mentiras me enfurecieron. Estaba ciego de rabia. Me fijé en la mano con la que se apoyaba en el suelo, plana y extendida. Apunté contra ella y disparé: la descarga, el orificio y después su grito, mientras se caía sobre la espalda y se revolvía en el suelo. Pensé que sus movimientos se debían al dolor, pero de pronto vi que se arrastraba para esconderse debajo del automóvil. Era ridículo, terrible.

Solté una carcajada estentórea. También el asesinato puede tener detalles cómicos. Trascendía la vida destruyéndola. Yo era Dios, juez y verdugo.

—Cucú, que te veo... —le dije al bulto informe en la oscuridad.

—Dios... Dios mío... Yo no he sido, Max... Yo no...

—Has sido tú, pequeño Willy. Dime la verdad.

—Te juro por mi madre que no fui yo.

—No mentes a tu madre en vano. Cuéntamelo, para que lo entienda. Quiero entenderte y perdonarte. Ha sido por tus hijos y por Selma, ¿no? No querías hacerme daño pero tenías que hacerte cargo de ellos.

—No, Max... ¡Yo no!

Apreté el gatillo y la explosión sofocó sus palabras. Disparé deliberadamente al suelo.

—Dime la verdad.

Willy respondió con sollozos. No eran lágrimas, sino los largos gemidos de un animal agonizante.

—¿Te arrepientes?

—¡Sí, Max, sí!

—Les dijiste lo que te conté en el garaje, ¿no?

—Sí... Sí...

Le disparé tres veces. Cada tiro le provocó una convulsión. En la oscuridad era imposible saber dónde habían caído las balas. No se movía.

Subí de un salto al coche y lo desplazé hacia delante. Al volverme, no vi ningún

cadáver. Por un momento, temí que hubiera desaparecido o hubiera conseguido apartarse de la carretera y adentrarse en el desierto. Entonces me di cuenta de que todavía estaba debajo del automóvil, agarrándose a algo para protegerse. Tiré adelante, puse marcha atrás y di la vuelta. Encendí los faros. Me quedaba una bala en el revólver pequeño. Bajé, le apreté el cañón de la pistola contra la cabeza y le reventé el cráneo. Murió sin soltar un gemido. Se convulsionó durante unos segundos y después se quedó quieto.

Lo arrastré cogiéndolo por los pies —la parte superior del cuerpo estaba demasiado ensangrentada— y lo dejé a cientos de metros de la carretera, sobre la tierra seca y dura del desierto, salpicada de piedras y arbustos secos. El cadáver no dejó rastro. La casa más próxima estaba a treinta kilómetros. Pasados meses o años, alguien encontraría el esqueleto. Para aquel entonces mi destino ya estaría decidido y seguramente estaría tan muerto como Willy.

Lo último que hice fue mear encima de su cadáver. Era el sacramento que un soplón se merecía.

Capítulo 5

Amanecía en San Diego. La llovizna pulía las calles y el cielo era triste y gris. Abandoné el automóvil en el aeropuerto. Cuando lo encontrara la policía, creerían que había huido en avión. O eso esperaba.

A una manzana del hotel, bajé del taxi y llamé a Allison. La desperté. No había salido de la habitación desde que había llegado, pero le parecía segura: el botones había intentado ligar con ella a última hora de la noche, cuando pidió un bocadillo.

—Si te esperaran, no habría estado tan relajado —dijo—. Y él tenía que saberlo.

—Cada vez eres más perspicaz, guapa.

A los pocos minutos, me abrió la puerta de la habitación y me daba un abrazo con los ojos húmedos.

—Estaba muy preocupada.

Percibí su demostración de afecto, pero no despertó en mí ninguna reacción. El espantoso último asesinato y la imagen de la explosión del cráneo humano me habían dejado recuerdos demasiado vividos para que me afectara cualquier otra cosa.

Allison percibió mi frialdad y se echó atrás.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?

Su sencilla y sincera pregunta tocó una fibra a la que no habían llegado las lágrimas y los abrazos. Negué con la cabeza, con un nudo en la garganta.

—No, tú eres fantástica... Sólo es... cosas que tengo en la cabeza. No tenemos tiempo. Vuelve a la cama.

—Tú también tendrías que dormir.

—Estoy demasiado nervioso.

Me pasé el día dando vueltas de un lado a otro por la habitación del hotel, sin poder descansar y rebatiendo la sensación de que aquél era un refugio seguro. Era un mero respiro temporal y en el momento en que aquella situación se hiciera patente me tendría que marchar. Marcharse en aquel momento no servía de nada, porque no tenía ningún plan. Me pasé horas mirando por la ventana, observando cómo la gente y los vehículos se movían desesperadamente bajo la lluvia, nueve pisos abajo. Ni los periódicos ni los telediarios mencionaban a Allison al describir la persecución, pero estaba seguro de que sabían que me acompañaba una mujer. Se había emitido una orden federal por fuga ilícita para evitar el enjuiciamiento por asesinato, con lo que el FBI estaba implicado en el caso. Era lo que esperaba.

De vez en cuando, cuando no pensaba en mi futuro próximo o distraía la atención, el vacío se llenaba de inmediato con el recuerdo de la carnicería. Comprendí por qué la gente bebe para olvidar. Vi a Jerry retorciéndose en el barro formado por su sangre, vi los ojos del policía, vi la cabeza de Willy rebotando contra la tierra del desierto, su mirada perdida iluminada por la luna. Veía las imágenes con más nitidez que cuando

se habían producido, porque entonces mi sensibilidad estaba embotada por el miedo y la rabia. No me arrepentía. Intenté sentir remordimientos, pero no lo conseguí. Lo que sentía eran las náuseas que se sienten al ver degollar a un cerdo.

Al anochecer, todavía perseguido por las imágenes e incapaz de decidir qué paso debía tomar, empecé a atormentarme en silencio. Allison se sentía herida por mi retraimiento. Además, se resentía de la presión de la persecución. No estaba preparada para aquello. Sus fantasías románticas empezaban a desmoronarse.

Nos acostamos pronto, porque finalmente me había quedado sin energías, pero también sentía necesidad de caricias y cariño, y me acerqué a ella. Lloriqueó un poco, pero hicimos el amor. Después, con su cabeza apoyada en mi pecho y una pierna enlazada con la mía, me pasaba el dedo por el vientre, jugueteando con mi vello.

—¿Qué pasaría si te rindieras? —preguntó.

—Si llego vivo a la cárcel, me someterán al proceso legal pertinente y después de pasar unos años engordando en el corredor de la muerte me meterán la dosis de cianuro.

—¿Cómo pueden demostrar que fuiste tú? Llevabas una careta.

—Bueno, ya conseguirán testigos. Aaron podría cambiar de opinión, si le ofrecen cadena perpetua. A lo mejor Carol se quiere vengar. O incluso Mary. O los niños. Pueden testificar sobre el trayecto que hicimos. Incluso tú podrías acabar testificando. Si no lo consiguen de otra forma, incluso podrían recurrir al perjurio. Eso también lo hacen.

—¿Realmente crees que testificaría en tu contra? —Se había enfadado.

—Tú no querrías... Pero nunca has pasado una noche en la cárcel, así que no hay forma de saber qué harías a los tres meses, sobre todo si te ofrecen la inmunidad a cambio de una pena de cinco años.

—¿Te rendirías si te conmutaran la pena de muerte?

—Podría haberme rendido antes de disparar. —Le acaricié la barbilla—. Aceptaría la libertad condicional. Es lo único. —El suicidio me pasaba por la cabeza, pero rendirme, nunca.

—Pero te pillarán, ¿no?

—Sí, es lo más probable... Pero a ti no. No creo que sepan quién eres. Dentro de unos días te vuelves a Kentucky. Te vas a olvidar de que alguna vez viste Los Ángeles. Si la poli te encuentra, no digas nada de nada, ni una palabra. Haz lo que te dije: pide un abogado una y otra vez. Ni se te ocurra mentir. Tú no tienes que demostrar nada. Son ellos los que tienen que demostrar que me has ayudado y que sabías lo que hacías.

—¿Por qué no puedo irme contigo?

—Porque me van a pillar. Además, ni siquiera sé adónde voy a ir.

—Si consigues escapar, ¿vendrás a por mí?

—Claro, guapa. —Disfracé la mentira cogiéndole suavemente con la mano un pecho desnudo y dándole un beso en el pezón.

—¿Vamos a cruzar la frontera?

—¡Uf, Tijuana! Allí estarán empapelando las paredes con mi foto.

—Sólo intento ayudarte. Quiero ayudarte.

—Shhh... Duérmete.

—Quiero ayudarte...

—Shhh...

Se quedó callada y cerró los ojos. Quizá se durmió. Yo sabía que la única posibilidad que tenía era salir del continente y establecerme en algún lugar al que todavía no hubieran llegado los ordenadores. Mi destino tenía que estar a miles de kilómetros de México. Cómo llegar ya era otro tema. Aquello era lo que me angustiaba. Todavía sin un plan, me quedé dormido y no soñé nada.

Allison me despertó con los ojos muy abiertos, las mejillas pálidas y los labios temblando de emoción.

—Han encontrado a ese hombre en el desierto —dijo. La repugnancia que expresaba su voz me impactó físicamente. Se me hizo un nudo en el estómago. Quise responder automáticamente «¿Qué hombre?», una mentira que me daría un poco de tiempo para pensar. Pero pregunté:

—¿Dónde lo has oído?

—En la televisión. Ahora hablan de otra cosa.

—¿Cuándo?

—Lo encontraron ayer, pero en un primer momento no lo identificaron.

Era increíble. Nadie se desviaba de la autopista hasta un lugar tan aislado. No podían haber tardado tan poco. Seis meses era más razonable que seis horas.

Allison percibió mis pensamientos o quizá quiso añadir una nota de horror a la noticia y añadió:

—Los buitres...

Visualicé la escena de inmediato y con gran claridad: aves carroñeras normalmente solitarias recorriendo kilómetros para volar juntas en círculos. Acudían en grupo cuando encontraban un animal muerto grande, una vaca o un caballo. A un motorista se le habría despertado la curiosidad.

Allison se había apartado de mi lado. Estaba confundido, intentaba asimilar aquella revelación, pero aun así percibí su aborrecimiento.

—¿Qué más han dicho? —pregunté.

—Que lo has matado para vengarte de su mujer.

—¡De su mujer! —Otra revelación, la súbita comprensión de que había sido Selma y no Willy quien me había delatado a la policía. Ahora lo comprendía. Willy había entrado en la casa y se había quedado unos minutos. Se lo había contado a su

mujer, seguramente para responder de alguna manera a sus preguntas y sus lloriqueos. Cuando lo detuvieron en la prueba de la nalorfina, fue Selma quien fue a negociar—. Pero confesó —musité. Aquello no era un alivio para mi conciencia. Lo había obligado a confesar, a hacer una confesión falsa.

—¿Pero quién eres tú? —susurró Allison con voz ronca— ¡Dios mío!

—Cállate la boca y déjame en paz —dije—. Tengo que pensar.

—Cuando matas no debes de sentir nada, como un animal. Acababas de matarlo cuando...

—Cállate la puta boca, tía... Y sal de aquí, joder. —Sus acusaciones tenían tan poco sentido como el aleteo de una paloma apresada. Cuando quiso decir algo más, solté un taco, me levanté y la amenacé con la mano alzada. Allison se encogió de miedo y se calló. A continuación salió sigilosamente de la habitación.

Al otro lado de la ventana la tormenta había amainado y volvía a brillar el sol en la ciudad, aunque el viento jugueteaba con los restos de las nubes y en las azoteas se veía el brillo de los charcos. La belleza cristalina del paisaje intensificó mi desesperación y mi rabia. Mis amigos habían muerto, uno de ellos injustificadamente. Lo había matado con mis propias manos. Ya no podía confiar en Allison. Atrás dejaba un páramo; hacia delante se extendía la incertidumbre. Mi imaginación desaforada evocó imágenes de mis perseguidores, acercándose a mí, escondidos detrás de un automóvil, recorriendo sigilosamente el pasillo que conducía a la habitación del hotel. Aquella imagen me hipnotizaba y si me dejaba llevar por el miedo durante mucho tiempo sería incapaz de actuar. Me sentí solo y desamparado.

Empecé a dar vueltas por la habitación, me desembaracé de aquel estancamiento emocional, volví a concentrarme en pensamientos pragmáticos: qué hacer, definir mi situación, aumentar las probabilidades de vivir un poco más.

El cadáver les indicaba que había estado en el desierto y era lógico que me buscaran en San Diego. Pronto encontrarían el automóvil y, aunque especularían sobre la posibilidad de que me hubiera marchado de la ciudad, también examinarían a conciencia los moteles y hoteles de la zona. Ahora mismo podían estar en el vestíbulo.

México quedaba descartado. En los puestos fronterizos habría alguien dedicado exclusivamente a esperarme. Las autopistas del este atravesaban el desierto y estaban tan vacías que un automóvil destacaba en la inmensidad como una cucaracha en una bañera de porcelana. Al oeste estaba el océano Pacífico. La única dirección viable era el norte, recorrer la costa hacia Los Ángeles, con lo que volvía al lugar del que había huido, dando vueltas sobre mí mismo. No me gustaba la opción, pero tampoco tenía alternativas. En la autopista de la costa había pueblos a cada pocos kilómetros y entre uno y otro había segundas residencias. Era una ruta muy transitada. La mejor hora para marcharse era la hora punta de la tarde.

¿Y qué hacía con Allison? Estaba en el cuarto de baño. Oía correr el agua de la ducha. Su actitud era comprensible. Ya no tenía una venda en los ojos. En vez de ver la realidad tal y como era, se había creado una imagen de mí. No era culpa mía. No se lo había contado todo, pero tampoco le había mentado ni engañado. Los buitres que se comían a Willy le habían ofrecido una nueva perspectiva sobre mí, en toda su dureza. Ahora creía que yo era un auténtico monstruo.

Mi actitud hacia ella había cambiado justo en el mismo momento que la suya hacia mí. ¿Era peligrosa? ¿Le había pasado por la cabeza la idea de comportarse «dignamente»? De súbito, como si me clavaran un cuchillo en el cerebro, advertí que en el fondo de mis conjeturas planeaba la consideración de otro asesinato. Mis pensamientos me repugnaban. Si realmente se volvía en mi contra, matarla sería una cuestión de supervivencia, pero matarla porque podría volverse en mi contra era una locura. Si lo hacía, perdería el respeto por mí mismo. Los asesinatos no le gustaban nada, pero tampoco podía esperar de ella que viera las cosas como yo y pensara que matar era fácil.

Fuera o no peligrosa, una aliada o una prisionera, era una carga. Y tenía que marcharse conmigo. No podía abandonarla. ¿Cuánto tiempo podría aguantar estar con alguien que no era de fiar?

Empecé a arreglar las cosas para marcharme del hotel.



Acelerando por la autopista de la costa, con la luz anaranjada del atardecer y un tráfico intenso, me vino a la cabeza el pensamiento de que toda mi vida la había pasado encerrado en una celda minúscula o corriendo despavorido hacia ninguna parte.

Allison sólo hablaba en monosílabos, así que hicimos el trayecto en silencio. Daba igual, porque tampoco podía decirle nada que ella pudiera comprender o aceptar. Lo que me sostenía como ser humano a mis ojos sólo podía comprenderlo otro delincuente. De todos modos, cuando bajamos del coche advirtió que la vigilaba de cerca. Sabía que tenía tanto de prisionera cuanto de cómplice.

A las nueve de la noche, el coche atravesó Santa Ana a toda velocidad. El centro de Los Ángeles estaba a quince minutos. El boletín horario sobre la persecución cambió de mensaje. La búsqueda se concentraba ahora en San Diego y Tijuana, y las autoridades mexicanas habían expresado su voluntad de cooperación. No mencionaron el coche abandonado, pero tampoco era necesario. Sabía que lo habían encontrado. Sonreí, al saber que había hecho lo correcto en el momento justo y que mis enemigos eran idiotas. Allison comprendió el motivo de mi sonrisa.

—Ellos pueden meter la pata mil veces —dijo—. Pero tú ninguna.

—Pensaba que estabas conmigo.

Se encogió de hombros, con actitud apática, y se sentó encima de las rodillas. Apoyó la cabeza en el marco de la puerta del coche y cerró los ojos.

Con la energía que me inyectaron los dos gramos y medio de anfetamina, me sentía despierto y alerta. Pasamos por los intercambiadores y giramos hacia el este, rumbo a la autopista 66. Si no se torcía nada, cuando amaneciera ya no estaríamos en California. Lo cierto es que cuando me concentraba en conducir y en la sensación de velocidad y poder, me sentía bien. Gozaba de la tranquilidad inducida por las drogas y no pensaba en el destino. Lo único que me importaba era la velocidad y la distancia. Primero tenía que alejarme mil quinientos kilómetros de California. Si conseguía llegar allí, ya miraría el tablero de ajedrez y haría mis movimientos.

El amanecer, Flagstaff (Arizona) y la necesidad de poner gasolina llegaron al mismo tiempo. Estaba nublado. Los intensos colores del desierto se transformaron en un paisaje de un apagado tono peltre. Hacía tanto frío que parecía que estuviéramos dentro de un frigorífico. Las ráfagas de viento helado se colaban por las rendijas y batallaban con la calefacción.

Allison seguía callada y con los brazos cruzados. Tenía la cara hinchada, había dormido mal. El marco de la puerta le había dejado una marca roja en la mejilla derecha. Su ropa —unos pantalones estrechos y un jersey gordo, que había escogido por comodidad— todavía tenían un aspecto presentable. Quería que se maquillara un poco. Con aquel aspecto podría despertar miradas curiosas en algún momento.

—Voy a parar para poner gasolina. Ve al lavabo y arréglate un poco.

—Sí, señor.

—Si lo que quieres es una paliza, la tendrás. Te la estás buscando con ese tono sarcástico. Tú te has metido en esto. Yo ya intenté quitártelo de la cabeza. Así que cállate... O por lo menos déjame paz.

—Antes no hablabas así.

—Los tiempos cambian... Y la gente también.

Se ruborizó y se quedó callada.

En cuanto vimos una gasolinera, entré tan rápido que los neumáticos resbalaron. Era una gasolinera vieja, de color amarillo y naranja descolorido, con gravilla en el suelo desgastada alrededor de los surtidores. Había un montón de neumáticos usados apilados a lo largo de una valla, y en el garaje, que estaba a rebosar, había un foso en vez de un ascensor hidráulico. Entré sin examinarla con detenimiento. Le quité el seguro a la Browning, me la puse en la cintura y me subí la cremallera de la cazadora para tapar la culata.

De la oficina salió un hombre que era una caricatura de un cowboy. Cerró con cuidado la puerta al salir, para conservar el calor. Llevaba unos tejanos descoloridos, un abrigo viejo de piel de borrego y unas botas vaqueras desgastadas. Medía unos dos

metros de altura y, coronando su esbelta figura, llevaba un sombrero de vaquero de ala ancha con manchas de sudor. Tenía unos cuarenta y tantos años.

Al bajar del coche, me azotó un frío glacial. Mi aliento se transformó en vaho.

—¿Lleno? —preguntó el hombre.

—Sí... Y échele un vistazo a todo. Nos queda un largo trecho.

—Si vienen de California les hará falta anticongelante.

—Póngalo. ¿Dónde están los servicios? Mi mujer quiere arreglarse un poco.

—Por allí. El de caballeros está bastante mugriento. Si quiere vaciar la vejiga, es mejor que se espere y use el de señoras.

Mientras el cowboy llenaba el depósito, le dije a Allison que bajara.

—Ve ahí detrás y arréglate.

Cogió el neceser.

—¿No vienes a vigilarme, no sea que me escape?

—Tendrías que correr por campo abierto. Y es un kilómetro. Podría pegarte un tiro en el culo.

—¿Lo harías, no?

Sacudí la cabeza, asqueado por su pregunta, y le indiqué con la mano que se marchara. El cowboy, que estaba inclinado sobre el capó abierto, le miró el trasero de reojo mientras se alejaba contoneándose con sus pantalones estrechos. La verdad es que estaba muy guapa, pero yo sólo pensaba en darle una patada en el culo. Se había convertido en una bruja pendenciera.

—Esto está seco como un hueso —dijo el cowboy, sacudiendo la varilla del aceite.

—¡Mierda! Pero si ayer le cambié el aceite.

—Hostia, pues ahora está sequísimo. —Se agachó, se asomó por debajo del coche, y metió un dedo. Yo también me agaché y miré. El aceite caía al suelo lenta pero constantemente. Los bajos estaban empapados.

—Parece que se ha roto el tapón.

—No me puedo esperar a que lo arreglen.

—Igual está perdiendo un cuarto cada ciento cincuenta kilómetros. Podría llevarse una lata de aceite barato e ir vertiendo un cuarto de vez en cuando. Al menos llegará adonde sea que vaya.

—Buena idea. Déjemelo en el asiento de atrás.

Vertió el anticongelante y fue a buscar el aceite. Allison había comprado un coche estropeado. Pegué una patada en el suelo y la busqué con la mirada, con la leve preocupación de que intentara desaparecer. Si huía y se iba directa a la policía yo estaría atrapado en pleno desierto.

—Menuda suerte, chaval —dijo el cowboy, ladeándose el sombrero para subrayar la frase. Estaba agachado detrás de la rueda trasera izquierda, señalando con un dedo

un bulto del tamaño de un puño—. Está mal recauchutado —dijo—. Se va a pinchar en cualquier momento. ¿Tiene uno de recambio?

El neumático de recambio estaba en el maletero, al lado de la M16.

—Sí, pero prefiero que me ponga otro. ¿Cuánto tardará?

—Quince o veinte minutos, si no tengo clientes. Y no creo que pase nadie a estas horas de la mañana.

—Vale.

—¿Nuevo o recauchutado?

—Recauchutado.

Cogió un gato y levantó el coche. Allison volvió cuando estaba cambiando el neumático y se quedó de pie, tiritando.

—¿Son ustedes de aquí? Usted me suena de algo —dijo el cowboy mientras volvía a colocar el neumático.

—Hace tiempo tenía un camión y me paraba aquí a poner gasolina y comer algo.

—No, yo hace poco que trabajo aquí. ¿Has estado en el ejército?

—No. —Decidí pasar al ataque—. ¿Adónde te destinaron?

—A Corea.

—¿Y dentro del país?

—Fort Benning, Fort Ord...

—Y cuando estabas en Fort Ord, ¿te pasabas por San Francisco?

—¡Joder, claro! Por ahí no hay nada más.

—¿Y por qué bares te pasabas a tomar algo?

—Iba sobre todo al Buccaneer.

—¡Hostia, claro! Yo trabajaba de camarero allí. Ahora me acuerdo. Ahí estabas en cuanto tenía la paga. Con esa altura, ¿cómo me iba a olvidar?

—Hostia, el mundo es un pañuelo. —Sonrió, como si se hubiera encontrado con un colega.

A los diez minutos volvíamos a estar circulando por la autopista. Se sucedían los kilómetros, pasaban las horas. Dejamos atrás la amenaza de tormenta y nos encontramos bajo un sol de justicia brillando sobre la blancura del cielo. Allison seguía callada. A pesar de haberse acabado de maquillar, el resplandor del sol sacaba a relucir los efectos de los últimos días sobre su rostro: mejillas hundidas y arrugas en lugar de hoyuelos. Cuando fue a coger el mechero, le temblaba la mano. Se habían acabado las manifestaciones de odio y rabia; ahora su silencio se debía al agotamiento.

Llegamos a Nuevo México casi al anoecer. Aparecieron vallas publicitarias anunciando los incontables moteles de Albuquerque. Tardaríamos una hora en llegar.

El crepúsculo tiñó aquellas tierras erosionadas de colores extraordinarios. Las llanuras se volvieron de color morado; las mesas, de un verde oscuro en la base, pero

con destellos de un rosa intenso y de tonos bermellones y dorados en la parte superior. La oscuridad trajo un asombroso y súbito cambio. Y con la oscuridad llegó un viento gélido. El efecto de las anfetaminas se pasaba y me sobrevino el cansancio. Llevaba veinticuatro horas conduciendo.

Mientras buscábamos un motel, nos comimos unos trozos de pollo frito para llevar y patatas fritas. Escogí un motel viejo, en el que debía de haber menos gente. Cuando cerré la puerta de la habitación, Allison se tiró en la cama vestida, dobló las piernas y metió las manos entre los muslos. Era como una prisionera que se había quedado sin fuerzas para resistir y se rendía a la desesperación. Esperaba mis instrucciones. Le dije que se acostara y lo hizo, dejando caer la ropa al suelo, sin mirarla.

Me afeité, volví a aplicarme loción en mi falsa calva y miré las noticias de las diez de la noche. En Nuevo México nadie mencionaba los asesinatos. Antes de acostarme, miré a Allison dormida y se me ocurrió cómo librarme de ella sin matarla. Pero tendría que esperar a la noche siguiente. Aquél no era el lugar adecuado.

Capítulo 6

Era mediodía cuando terminamos de desayunar y volvimos a la autopista infinita. Allison seguía callada y sumisa, pero no por miedo. Nadie puede seguir tanto tiempo furioso ni aterrorizado. Se le había agotado la adrenalina que se necesita para aquellas cosas y cuando abrí la puerta del restaurante me miró con una sonrisa triste, pero sincera. Tampoco es que hubiéramos superado el abismo que nos separaba. Los dos sabíamos que no hacía falta decir nada más, que lo que habíamos compartido ya no existía ni podría recuperarse jamás. Nos habíamos convertido en extraños el uno para el otro, pero no nos teníamos animadversión.

Y el coche siguió atravesando a toda velocidad las llanuras de Texas y el oeste de Oklahoma, sin dejar de perder aceite. Cada media hora me detenía y añadía un poco más. La planicie absoluta sólo quedaba interrumpida por los arbustos y alguna que otra gasolinera con una cafetería, que iluminaba los días grises con luces intermitentes de neón en medio de la nada.

A medida que iban girando las ruedas y me alejaba de las escenas de los crímenes, el miedo instintivo que me corroía se fue aplacando. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero la distancia también sirve de bálsamo. No me percataba de lo mucho que me atenazaba aquel temor, porque la mayor parte del tiempo planeaba por debajo del umbral de la conciencia y sólo de vez en cuando palpitaba en la superficie.

Cuando llegamos aquella noche a Tulsa, Oklahoma, dormimos en otro motel. Esperé a que Allison se durmiera y entonces cogí su ropa del coche y la entré en la habitación, sin despertarla. Le dejé ochocientos dólares, una docena de diamantes y una nota:

«Todo lo que empieza, acaba. Ha llegado el momento de que nos separemos, muchacha. Espero que algún día me recuerdes con más cariño del que me tienes ahora, aunque a todo el mundo le gusta que lo recuerden con cariño... Soy lo que soy, pero he intentado portarme bien contigo. Piénsalo.

Haz lo que creas que tienes que hacer».

Max

A los pocos minutos volvía a estar en la autopista, persiguiendo la línea blanca. Pasada una hora, las ráfagas de viento empezaron a traer una nieve racheada que se distinguía delante de los faros. Notaba cómo el viento arrastraba el volante y la autopista serpenteaba por la meseta de Orzak. Quería seguir directo hasta Chicago, pero en la radio advirtieron de que la tormenta sería fuerte, así que me paré en Joplin, Missouri, y me alojé en un hotel de segunda categoría que había en el segundo piso de una bolera. La habitación era idéntica a mi primer alojamiento a la salida de la cárcel. Incluso tenía una cajonera con el esmalte desconchado y una ventana que daba a un muro de ladrillo. El radiador no paraba de hacer ruidos, pero por lo menos

funcionaba. En el exterior seguía la ventisca.

Desde la pequeña bolera del piso de abajo, llamé al motel en el que se había quedado Allison. Me dijeron que se había marchado en un taxi hacía una hora.

Volví a subir para esperar que pasara la tormenta. Pensé que si había cogido un taxi era improbable que hubiera ido a la comisaría. Lo normal en ese caso habría sido llamar a la policía para que la fueran a buscar. En realidad era más probable que llamara cuando llegara a su casa. A lo mejor le contaba la historia a su familia y ya no habría forma de evitar que llamaran ellos mismos.

En lo que a mí respectaba, lo único que podía hacer de momento era quedarme en la habitación. No llevaba cadenas para el coche ni disponía de ropa adecuada para soportar temperaturas extremas. Cogí veinte diamantes grandes, los repartí en cuatro montones, metí cada montón en un globo y até los extremos. Me los metí por el recto; eran supositorios extremadamente valiosos. Si me sucedía algo, siempre los tendría conmigo, pasara lo que pasara.

Al día siguiente la tormenta amainó, pero no lo suficiente para viajar. Me compré unos guantes forrados de pelo, una parka y una gorra con orejeras. A la vuelta de la esquina del hotel había un pequeño café. Por las ventanas empañadas se distinguían las siluetas de varias personas y se intuía un ambiente acogedor. Entré, impulsado tanto por aquellos estímulos como por el hambre. Quería estar rodeado de gente, pero cuando me senté y los observé y escuché —eran pocos y se conocían todos—, mi sensación de soledad aumentó. El ambiente era acogedor, pero no conmigo. Echaba muchísimo de menos a Allison. Quise no haberla alejado de mi lado: hasta que te odien es mejor que estar solo.

Pero me resistí a la nostalgia y en cuanto salí y me sumí en el ambiente gélido de la tarde, me imbuí del estoicismo de la desesperación e incluso me regodeé en ella. El viento me hería las mejillas. Metí las manos hasta el fondo de los bolsillos de la parka y cogí con una mano la pistola, mi varita mágica. Me dominó un ansia de caos, de abrazar mi vida tal y como era, y aquella sensación se tragó la soledad. Recorrí aquella lúgubre calle con plena conciencia de mi libertad; era un leopardo entre gatos domésticos. Despreciaba a aquellos seres encorvados e informes, grises y anodinos, que corrían desesperados en busca del calor y de la seguridad.

Dos días después, las máquinas quitanieves habían despejado las carreteras y cogí la autopista, después de robar otras matrículas para el coche. El campo estaba cubierto de un manto blanco, salpicado de los esqueletos secos de los árboles.

El recuerdo que guardo de Chicago se parece más a una acuarela impresionista, a

una mancha de color con los detalles difuminados, que a la imagen nítida de una fotografía. Una selva de neones rojos, verdes y plateados iluminaba las calles mojadas dándoles un tinte de desolación. Durante el día, la luz invernal deslumbraba y el viento sacudía la nieve medio derretida y manchada de hollín. Chicago era una ciudad fría y sucia.

Me alojé en una habitación que estaba en un barrio de cines porno, casas de empeño y bares, una zona muy arriesgada para un fugitivo; allí era donde los bajos fondos de la ciudad salían a la luz y se hacían visibles: chaperos, putas, estafadores y yonquis. Aquel entorno, el estrato más bajo de la delincuencia, estaba conectado con todos los demás. Me presenté como un fugitivo de San Francisco que se había saltado la condicional y quería un pasaporte. Con el dinero que repartía —y mi jerga criminal— conseguí no levantar sospechas. A los tres días se hizo evidente que en aquel mercado no circulaban pasaportes. Simplemente, nadie los quería. Seguro que con el tiempo se montaría algún negocio, pero yo no podía esperar. Un chulo negro me dijo que en Nueva York podría tener más suerte, lo cual ya se me había ocurrido, y por lo menos estaba más cerca del océano que quería cruzar. Incluso podría encontrarme con el capitán de un barco extranjero que me llevara sin pasaporte, si le pagaba lo suficiente. Y en Nueva York seguramente también podría vender algunos diamantes.

En las afueras de Chicago recogí a un autoestopista, un joven que llevaba unos pantalones de ante con flecos y una parka reciclada del ejército. Llevaba un saco de dormir en el hombro, tenía el pelo largo y una barba rala, y la cabeza cubierta con un sombrero redondo muy curioso —quizá indio— con una pluma. En realidad, al recogerlo pensé que era un anciano y no me di cuenta de que era un veinteañero hasta que estuvo dentro del coche.

Al principio estuvo callado, nervioso y se comportó con un respeto excesivo. Me llamaba de usted, pero también decía palabras y expresiones comunes en la jerga de las drogas. Con bastante imprudencia, quise gastarle una broma y saqué un porro de marihuana. Empecé a deshacer el extremo enrollado con una uña. El joven lo miró asombrado, con los ojos muy abiertos. Incluso pestañeó y sacudió la cabeza, como si quisiera aclararse la vista. Estallé en carcajadas.

—Ten... Enciéndelo —dije, pasándole el porro.

No se lo creyó hasta que lo hubo encendido e inhaló el humo.

—Eh, tío, eres un viejo muy guay —dijo, chupando el porro y aspirando el humo de nuevo.

«¿Viejo? ¿Cómo que viejo?», pensé. Entonces me acordé de la calva y las gafas, y tuve que reírme otra vez.

Cuando llegamos a South Bend, Indiana, los dos íbamos a tope de hierba y pastillas. La cautela del muchacho desapareció por completo. Los problemas lo acuciaban y es fácil desahogarse y contarle los problemas a un extraño que se

muestra comprensivo, alguien al que nunca volverás a ver. Lo habían llamado a filas y se había escapado, no porque le diera miedo luchar, sino porque creía que la guerra no tenía sentido, era injusta y desde luego no era una causa por la que mereciera la pena arriesgar la vida. Iba de camino a Canadá, donde se estaban creando asociaciones de desertores. No quería volver a Estados Unidos y, si las cosas le iban mal en Canadá, podía hacerse con un pasaporte canadiense y marcharse a otra parte. Le pregunté cómo lo iba a hacer. Me contó que en Montreal conseguir un pasaporte era lo más fácil del mundo. De acuerdo con la legislación canadiense, era tan sencillo como ir al supermercado, aunque se utilizara un nombre falso. Cuando le insistí para que me diera detalles —disimulando la magnitud de mi interés—, no me los pudo dar, pero estaba seguro de que era tan sencillo como decía. Se lo había contado un amigo suyo con pasaporte canadiense.

Se bajó en Toledo, donde iba a pasar la noche con una tía soltera que vivía allí, hasta que se pusiera en contacto con los amigos que tenía en Canadá.

Seguí circulando por la autopista nacional en dirección al estado de Nueva York, pero no me desvié a la ciudad. La información que me había proporcionado aquel chico no era muy concreta, pero por lo menos era algo. En el mapa de carreteras marqué la carretera de las cataratas del Niágara, porque intuía que para cruzar la frontera lo mejor era pasar mezclado entre los turistas. Seguro que había otros pasos más seguros, pero yo era de California y no los conocía. Tampoco podía parar a cualquier transeúnte y decirle «Oiga, perdone, me busca la policía, ¿cuál es el lugar más seguro para huir del país?».

Dejaría el coche un mes en un garaje, suficiente para que no lo encontraran, y pasado aquel tiempo yo ya habría cruzado el Atlántico o habría llegado a un callejón sin salida.



La ciudad de Montreal se halla en una isla del río San Lorenzo, lo cual me sorprendió cuando me enteré al llegar. Además, a finales de noviembre hace un frío increíble. Comparado con Montreal, Chicago en invierno parece las Bahamas.

En Chicago las circunstancias me habían exigido audacia. Mis esperanzas de conseguir un pasaporte se concentraban en los bajos fondos y aquello me había obligado a instalarme en un barrio con aquel ambiente. Montreal era diferente y me movía con una cautela paranoide, evitaba siempre las zonas peligrosas, nunca salía de noche y siempre llevaba la pistola encima, aunque tampoco pensaba matar a nadie; la llevaba para obligar a disparar a la policía, si es que aparecía.

Me alojé dos días en un buen hotel —enorme y recién estrenado— en la plaza Bonaventure y después alquilé una habitación en un barrio francés de la parte este de

la isla. La pareja que alquilaba la habitación había nacido y crecido en Canadá, pero tenía un melifluido acento francés. Todo el mundo era bilingüe. Cuando llamé a su puerta, con el anuncio en la mano, la mujer no estaba y me abrió el marido, que estaba claramente enfermo: tenía el cuerpo consumido, la ropa le quedaba grande y le faltaba pelo en un lado de la cabeza (lo cual, como supe más tarde, se debía al tratamiento con cobalto de la enfermedad de Hodgkin). La habitación que quería alquilar se había construido como un anexo a la casa destinado al hijo de la pareja, que ahora estaba casado. La mujer había empezado a trabajar después de que le diagnosticaran la enfermedad al marido y necesitaban dinero. Eché un vistazo a la habitación —grande y bien amueblada— y la cogí inmediatamente, intuyendo que con los problemas que tenía aquella familia, no serían unos fisgones ni curiosearían más de la cuenta. No me equivoqué. La mujer me fue a ver aquella noche y me contó la historia de la enfermedad, pero después apenas nos vimos. La habitación tenía un pasillo aparte y una entrada separada y las temperaturas bajo cero no fomentaban las conversaciones en el jardín. A veces nos cruzábamos en la acera y nos saludábamos cortésmente, y una vez fuimos en el mismo autobús. Alguna vez oía su televisor a través de la pared. Me parecía estupendo que no me hicieran caso. Alquilé un televisor portátil —en el que sólo vi partidos de fútbol americano— y compré muchos libros para pasar las tardes: era el inquilino perfecto, tranquilo, sin visitas y con hábitos fijos.

Cada mañana cogía el autobús al centro, como si fuera a trabajar. Me pasé dos días en la biblioteca, estudiando la legislación del Canadá. Los libros le dieron la razón al autoestopista: Canadá tenía una normativa de concesión de pasaportes muy laxa. En comparación con la ley canadiense, Estados Unidos parecía Auschwitz.

Necesitaba una identidad falsa, la de un ciudadano canadiense que probablemente no fuera a necesitar pasaporte. Copié del registro municipal varias docenas de nombres de personas nacidas más o menos en la misma fecha que yo y los busqué en la guía telefónica, porque, aun en plena era de las comunicaciones, la mayoría de la gente sigue viviendo toda su vida en su lugar de nacimiento. Me puse a hacer llamadas, haciéndome pasar por un encuestador. Casi todo el mundo se prestaba de buena gana a responder unas preguntas sobre la guerra de Vietnam, las relaciones comerciales con la China comunista y Naciones Unidas. De paso, me facilitaban algunos datos personales.

Para solicitar un pasaporte ni siquiera era necesario presentar el certificado de nacimiento. Lo único que necesitaba era que alguien jurara que me conocía. A finales de la primera semana de diciembre, cogí a un vagabundo borracho, le di un aspecto presentable y le insuflé fuerzas a golpe de whisky y anfetaminas —coladas a hurtadillas en el café—. Me fui con él al notario y juró que yo era Ronald Lynn St. Clair, nacido el 12 de abril de 1934 en la ciudad de Montreal. Yo también juré su

declaración. Era el único requisito que pedían en la oficina de pasaportes. Una vez cumplimentados los formularios y entregadas las fotografías, la chica me aseguró que recibiría el documento por correo en Navidad.

Mientras estuve concentrado en conseguir un pasaporte, me sentí como cuando planeaba un robo: las demás preocupaciones pasaron a un segundo plano. A veces las ideas más terribles se asomaban a mi conciencia, como un relámpago, pero nunca llegué a arrepentirme, y las imágenes desaparecían en cuanto me concentraba en el aquí y el ahora.

Cuando llegó el momento de esperar, empezó a venirme a la cabeza una constelación de recuerdos desagradables, especialmente en la soledad de la noche: Jerry en el suelo, la pistola cayéndome en la mano cuando el policía se desplomaba, las duras advertencias de Carol, Mary con sus hijos y Willy con los suyos. No había sido un gran padre, pero sus hijos lo adoraban. Me imaginaba a Aaron en su celda, y camino del juzgado envuelto en cadenas, y con una correa en el cuello. Comprendía que lo que conectaba todos aquellos acontecimientos era mi responsabilidad en ellos, pero seguía sin arrepentirme de nada.

Los periódicos de Los Ángeles ya no mencionaban los asesinatos ni la persecución. Las comparencias de Aaron en los tribunales se describían en los breves de páginas interiores. El juicio todavía tardaría meses en empezar.

Seguía yendo todas las mañanas al centro, para mantener la falsa impresión de que tenía trabajo. Iba al cine y a veces, en los días grises, paseaba por los muelles y miraba los barcos anclados e inmóviles, porque en invierno el puerto estaba cerrado. De vez en cuando entraba en la biblioteca y me quedaba allí sentado, absorto con un libro.



Florecieron los colores de la Navidad. De pronto, la ciudad se engalanó con algodón y espumillón, y aparecieron árboles plateados con luces de colores en los escaparates de los grandes almacenes y en las ventanas de las fachadas de las casas. Había más gente en la calle, imbuida por el espíritu de la Navidad. Cuando se tropezaban unos con otros, sonreían y se disculpaban, en vez de insultarse.

En Nochebuena mi casera llamó a mi puerta y me invitó a comer con ellos el día de Navidad; acudirían su hijo y su esposa, y también su nieto. Había advertido, y me rogaba que disculpara su intromisión, que no tenía visitas ni recibía ninguna carta. Me disculpé diciendo que iba a comer a casa de un amigo. A pesar de mi soledad, no quería trabar amistad con nadie, y tampoco quería ver la muerte en los ojos de su marido, porque me recordaba a mi situación.

Así que, el día de Navidad, para disimular, me fui al centro. En Nochebuena las

calles habían estado llenas de gente. Ahora estaban vacías. La humanidad se congregaba con sus familias. En un local del Ejército de Salvación se oían las voces de los indigentes cantando al unísono. Hasta ellos se habían reunido. Quise entrar, sólo para pasar el rato con otras personas, pero estaba demasiado bien vestido y mi ropa me distinguía como extraño.

Aun sabiendo que era correr un riesgo estúpido, entré en el vestíbulo de un hotel, busqué una cabina de teléfonos y llamé a Allison. Se puso su madre, que le dijo que se pusiera al teléfono, sin preguntar quién la llamaba. Oí cómo Allison se acercaba y preguntaba «¿Quién es, mamá?».

—No tengo ni idea —repuso su madre.

Cogió el auricular.

—Dígame.

Al oír su voz, me desgarré por dentro.

—¡Hola, guapa!

—¡Max! —Se sobresaltó e hizo una pausa—. ¿Dónde estás?

—En el país de Ninguna Parte. ¿Ha pasado alguien por allí? —Lo pregunté, aunque por la actitud despreocupada de su madre, deducía que no había ido nadie.

—Todavía no. Espero que vengan todos los días. Cada vez que se para un coche en la calle. No tendrías que haberte marchado sin decir nada.

—Me pareció que tenía que hacerlo así... Por lo menos entonces. ¿Cómo estás?

—Bien... Me siento... Bueno, este lugar nunca me había gustado, pero ahora agradezco la tranquilidad. No echo de menos las luces de la ciudad, para nada. Y tú ya me diste emociones suficientes para toda la vida.

—Te echo de menos.

Otra pausa.

—¿Sí, de verdad? Es difícil de creer que echas de menos realmente a alguien.

—Me voy del país en unos días. Si encuentro un lugar seguro y te pido que vengas, ¿lo harás?

—Mmm... No creo... Ahora no. Lo que hacía entonces... Aquella no era yo.

—Vale... Pero no hace falta que lo decidas ahora... Piénsalo. —Repudié el tono lastimero que se coló en mi voz y me callé.

—Max, me siento como si me hubiera despertado de un sueño. No estoy segura de si fue un sueño maravilloso o una pesadilla. Tengo que poner en orden mi vida. Contigo habría ido a cualquier parte, era «una hora de locura y placer». Leí ese verso de Whitman el otro día. Él dice que con eso tiene que bastar. Y es todo lo que yo quería entonces. Pero ahora... —Se detuvo un momento. Se le había ocurrido otra cosa—. No te juzgo ni te condeno, pero tampoco te comprendo. —Volvió a quedarse callada, sus pensamientos sobrepasaban su capacidad de expresión. Allí, separados por cientos de kilómetros de línea telefónica, los dos supimos que entre nosotros todo

se había acabado. Yo ya lo sabía, pero al encontrarme solo en una ciudad extraña el día de Navidad, me habían entrado ganas de hablar con ella.

—¿Cómo está tu niño? —pregunté.

—Precioso. Me siento culpable por haberlo dejado solo.

—¿Necesitas dinero?

—No, no he vendido ningún diamante. Están enterrados debajo de la casa. Además, trabajo en el único despacho de abogados que hay en la ciudad.

—Vale. Mira, igual te llamo dentro de seis meses o un año. Si...

—¡Ay, Max! Podríamos haber sido felices. Te podría haber hecho feliz. Si...

—Si... nada. Al fin y al cabo sólo hubiera ido bien si yo fuera otra persona.

No respondió.

—No me olvides —dije.

—No digas tonterías —dijo, entre risas. Pero estaba a punto de llorar.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

—Adiós, guapa.

—Adiós, Max.



El pasaporte llegó el día de fin de año por la mañana. Hasta aquel momento había seguido esperando a la policía. Al verlo, me temblaron las manos. Lo volví a meter en el sobre. Era el pasaporte a mi libertad.

Con el coche de mi casero, salí de la isla y llegué a un bosque solitario que había más allá de las afueras de la ciudad. Allí estaba la M16, engrasada, envuelta en varias capas de goma y plástico, y enterrada en una caja metálica. Las posibilidades de que volviera a buscarla eran prácticamente inexistentes, pero no quería destruirla ni tirarla. Ya había vendido algunos diamantes, los suficientes para enviar mil dólares a la madre de Aaron y otros mil a Carol. Más adelante les enviaría a cada una otros varios miles, pero ya me había arriesgado demasiado vendiendo algunos diamantes en Norteamérica.

La agencia de viajes me gestionó a toda prisa una reserva a un vuelo a Lisboa, con escala en Londres. El día de Año Nuevo embarqué en un avión plateado. Una joven azafata me saludó al entrar. En realidad fue bastante sencillo.

Epílogo

Han pasado cuatro años desde que los buitres que se comieron el cadáver de Willy desataron el pánico. Hace mucho que los periódicos dejaron de hablar de aquella historia, aunque la resucitaron durante unos días cuando, en el último tramo de su mandato, el gobernador de California le conmutó a Aaron la pena de muerte por cadena perpetua, sin opción a libertad condicional.

Sigo libre. Intelectualmente, se puede aceptar la idea de que un asesino evada la justicia, pero visceralmente —allí abajo, donde reside la fe—, resulta difícil de asumir. Le cuesta incluso al propio asesino, aunque a lo largo de la historia han sido muchos los asesinos sin castigo.

Hasta que el avión no sobrevoló el océano Atlántico, creí que la venganza humana acabaría conmigo, que moriría en un tiroteo de la policía o en la cárcel, con gas de cianuro. Era una creencia profunda, que iba más allá de una valoración realista de mis probabilidades de morir, que en todo caso eran muchas. Era como si, en mi fuero interno, creyera que, más allá de la voluntad humana, había una instancia superior que hacía inevitable mi captura. Mi mayor esperanza era aguantar el juego hasta el final.

Pero los últimos cuatro años me han demostrado que, por encima del hombre, no hay ningún ser racional que pueda socorrerle. Y la única venganza que existe es la del hombre.

Durante un año me paseé por Europa Occidental y el Oriente Medio, contemplando las ruinas de la historia. Ahora vivo en una casa que he alquilado, junto a una playa. Si se aplican criterios estadounidenses, parece una casa pequeña y no demasiado cómoda, aunque la ubicación es inigualable. Tiene cuatro habitaciones y ningún baño, así que hay que tirar del orinal o de la letrina de fuera de la casa, según la hora, la temperatura ambiente y la necesidad. No es ninguna molestia; hay muchas celdas, demasiadas, que sólo cuentan con un agujero en el suelo. Tengo electricidad y agua caliente, por lo menos la mayor parte del tiempo, gracias a un generador que el ejército alemán dejó aquí hace veinticinco años. Puedo escuchar la radio transoceánica, pero no necesito un televisor porque el repetidor más cercano está a trescientos kilómetros. El suelo es de arcilla, tan dura como el cemento. Los gruesos muros encalados relucen bajo el sol y protegen la casa del calor del verano y del frío invernal, aunque aquí el clima es suave. Bajando doce escalones esculpidos en las rocas llego a una cala, resguardada del mar, y cubierta de piedrecillas del tamaño de un huevo, pulidas por el agua.

La casa tiene ventanas con batientes, desde las que tengo una vista panorámica de la cala y del mar. Muchas veces me quedo contemplando sus estados de ánimo. El fondo del mar normalmente es transparente como una pecera y permanece en una

quietud absoluta, que se resiste a todas las comparaciones posibles, como si el mismo mar se quedara dormido bajo el sol. A veces una brisa cálida lo despierta y las olas rompen una tras otra en una carrera hacia la orilla, con la espuma blanca estallando como una carcajada que se detiene sobre la arena, antes de regresar. De vez en cuando el mar se enfurece, importunado por el viento invernal, y muestra sus dientes blancos y su rostro oscuro, se retuerce y azota furioso la orilla.

Cuando terminan aquellas infrecuentes tormentas, doy un paseo por la playa, porque el mar siempre arroja a la orilla cosas curiosas: un trozo de madera con una forma espectacular, para colocarla encima de la chimenea; conchas del color de la amatista, arrancadas del fondo del mar; algas moldeadas en arabescos verde oscuro; una gaviota herida, gritando a voz en cuello hacia las demás, que asustadas por el lamento, dan vueltas infinitamente sin posarse en la playa.

Los alrededores están prácticamente deshabitados, salvo por los pueblos que siguen la accidentada costa de la región. El agua dulce escasea y el terreno es montañoso y árido, aunque hay bosques de pinos. El mar da vida al paisaje.

No vivo recluido. A la cala llegan muchas barcas y los niños vienen para jugar a tirar piedras por encima de las aguas tranquilas. Detrás de las montañas, hay una carretera asfaltada que bordea la costa, salpicada de pueblos y aldeas cada pocos kilómetros. En el pueblo más cercano, que visito varias veces a la semana, viven varias personas que hablan inglés y he aprendido lo suficiente la lengua local para hacerme entender, aunque sea provocando la sonrisa de los autóctonos.

Aquí estoy tan seguro como lo pueda llegar a estar jamás en cualquier lugar del mundo. Cuando llegué, con dinero y una identificación falsa, me pareció el paraíso, aquel lugar lejano bajo el sol con el que todos soñamos. Era lo único que quería para el resto de mi vida: sencillez, tranquilidad y el mar.

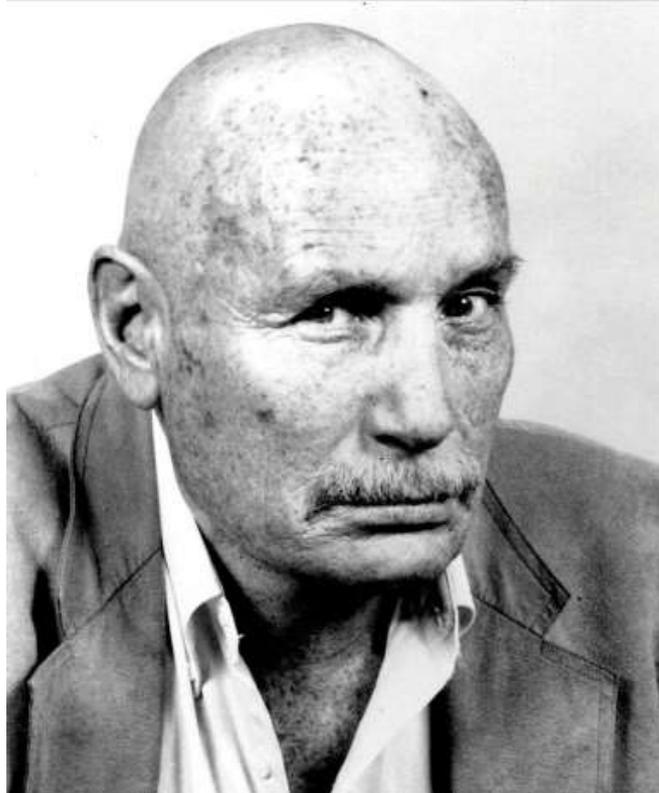


La tranquilidad se convirtió en aburrimiento y soledad. Por eso me puse a escribir mi historia, lo cual ha sido un arduo trabajo, sobre todo en los momentos en que mi relato no conseguía reflejar toda la verdad. Esta carencia no se debe a mis mentiras, sino al hecho de que la verdad es complicada. Los imbéciles creen que la verdad es algo sencillo, pero yo he descubierto que no es así. Los hechos que he descrito son reales, pero los hechos y la verdad son primos lejanos, no hermanos de sangre. En lugar de reflejar la verdad, le he dado forma racional. Estando solo, leyendo vorazmente y escribiendo estas memorias, he pensado mucho y creo que aquellos que piensan siempre piensan en último término sobre su propia muerte, aunque los pensamientos que emerjan a la superficie sean otros. Cuando se piensa en vivir, también se piensa en morir, porque la vida y la muerte están entrelazadas. Y pensar es

una maldición.

Me marché de este lugar paradisíaco. Después de vender los diamantes y de mandarle diez mil dólares a la madre de Aaron y otros diez mil a Carol, me quedaron ciento setenta mil, y todavía conservo una décima parte. Estoy cansado de la tranquilidad, y la falta de dinero me sirve de excusa. Noto los nervios en el estómago, las ganas de volver a jugar el juego de siempre. Cogeré un avión a Ciudad de México y cruzaré la frontera por El Paso. A lo mejor esta vez me trincan.

¡A la mierda!



EDWARD BUNKER. (Hollywood, 31 de diciembre de 1933 - Burbank, 19 de julio de 2005).

Fue un escritor de novelas policíacas, guionista y actor. Escribió numerosos libros, algunos de los cuales se han adaptado al cine. De niño Bunker fue brillante pero conflictivo, por lo que pasó gran parte de su infancia en diferentes hogares e instituciones. Muy temprano se transformó en un criminal, y siguió este sendero durante muchos años, ingresando en prisión una y otra vez. Fue culpable de varios delitos: robo de bancos, narcotráfico, extorsión, robo a mano armada y falsificación. Bunker fue amigo cercano de Danny Trejo, al que conoció en «Folsom State Prison», una prisión de California en la que ambos cumplieron condena. Un repetitivo patrón de condenas, libertades condicionadas, fugas, etc., continuó hasta que salió de prisión en 1975. En ese momento acabaron sus días como criminal y se dedicó a escribir y, más tarde, a actuar. Su primera novela, titulada *No Beast So Fierce* (1973) fue adaptada al cine por Ulu Grosbard y Dustin Hoffman, quien compró los derechos a Bunker; el resultado final fue *Straight Time*. No consiguió buenas críticas ni éxito comercial, pero Bunker participó en el guion y además tuvo su primer papel en una película. En 1977 publicó *The Animal Factory*, consiguiendo críticas favorables; en el año 2000 fue adaptada al cine por el actor Steve Buscemi. Eventualmente tuvo fugaces apariciones y cameos en muchas películas, como *The Running Man* basada

en la novela de Stephen King, *Tango y Cash* y la exitosa *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino, donde interpreta a *Mr. Blue*. Además de escribir el guion, también representó un papel en *Animal Factory*, basada en su novela del mismo nombre. En 1977, se casó con Jennifer, una joven abogada. En 1994, nació su primer hijo, Brendan. Bunker murió el 19 de julio de 2005 en California, a la edad de 71 años, a consecuencia de una intervención quirúrgica para mejorar la circulación de las piernas.

Notas

[1]*Free Man in the Morning* es una canción de la película *A Face in the Crowd* dirigida por Elia Kazan y estrenada en 1957. (N. de la T.)<<